

LOS SUEÑOS PROFÉTICOS DE SAN JUAN BOSCO

Parte II SUEÑOS 50>101

EL ÁGUILA

SUEÑO 50.—AÑO 1865.

(M. B. Tomo VIII. págs. 52-53)

El 1 de febrero anunció [San] Juan Don Bosco que un joven moriría antes de que se hiciese el ejercicio de la Buena Muerte y que, supuesto que llegase a hacerlo una vez, sería para el tal el tiempo máximo que se le concedería de vida.

Este anuncio fue consecuencia de un sueño.

Una noche le pareció al [Santo], mientras dormía, que entraba en el patio encontrándose en medio de sus jóvenes en tiempo de recreo. A su lado estaba el guía de costumbre; el mismo que le había acompañado durante sueños anteriores. De pronto, apareció en el espacio un águila maravillosa y de bellísimas formas, la cual trazando círculos en el aire descendía cada vez más sobre los jóvenes. Mientras [San] Juan Don Bosco la contemplaba maravillado, el guía le dijo:

—¿Ves aquella águila? Quiere arrebatarle a uno de tus hijos.

—¿A quién?—, preguntó [San] Juan Don Bosco.

—Observa atentamente a aquel sobre cuya cabeza se pose el ave.

[San] Juan Don Bosco contemplaba al animal con los ojos desmesuradamente abiertos, observando que después de dar algunas

vueltas más, fue a posarse sobre el joven de trece años Antonio Ferraris, de Castellazzo Bórmida.

El siervo de Dios lo reconoció perfectamente y después se despertó.

Apenas despierto, para cerciorarse de que no dormía, [San] Juan Don Bosco comenzó a batir palmas y, mientras reflexionaba sobre lo que había visto, hacía este ruego:

—Señor, si esto no es un sueño, sino una realidad, ¿cuándo deberá verificarse?

Se durmió nuevamente y he aquí que en el sueño reapareció el mismo personaje, el cual le dijo:

—El joven Ferraris, que es el que debe morir, no hará dos veces más el Ejercicio de la Buena Muerte.

Y desapareció.

Entonces [San] Juan Don Bosco se persuadió de que aquello no era un sueño sino una realidad. Por eso puso sobre aviso a los jóvenes.

Ferraris, por entonces, se encontraba bien.

[San] Juan Don Bosco renovaba de vez en cuando el recuerdo de su predicción.

El día 1 de marzo había sido llevado a su casa un jovencito de trece años, llamado Juan Bautista Savio, natural de Cambiano, como se lee en un libro-registro del Oratorio. El pequeño artesano era víctima de una grave enfermedad y se había corrido la voz de que era él precisamente el individuo cuyo fin había anunciado [San] Juan Don Bosco.

Pero el [Santo] refutó aquella opinión al hablar en las buenas noches el viernes 3 de marzo:

Les he anunciado ya —dijo— que uno de nosotros tiene que morir.

Vosotros me diréis:

—¿Acaso no se referirá al pequeño Savio? ¿Quién es, pues?

Solamente el Señor lo sabe. El tal está entre Vosotros, ha oído mi aviso y espero que habrá hecho bien su último Ejercicio de la Buena Muerte. ¡Están, pues, todos preparados! Sin que yo lo dijera, ya lo había dicho Nuestro Señor hace dieciocho siglos: Estote parati, que la muerte vendrá como un ladrón, cuando menos la esperemos.

*Al día siguiente, habiéndosele interrogado privadamente, respondió:
—El apellido del primero que debe morir para la eternidad comienza por la letra F.*

Es de notar que unos treinta alumnos tenían un apellido que comenzaba por esta letra y, por otra parte, en la casa todos gozaban de buena salud.

Encontrándose a la sazón en la habitación de [San] Juan Don Bosco el joven Juan Bisio, oyó decir al [Santo]:

—Siento que el Señor se lleve siempre a los jóvenes mejores. —¿Es, pues, uno de los más buenos el que debe morir?—, le preguntó Bisio en el seno de la confianza.

—Sí, uno que se llama Antonio Ferraris. Mas estoy tranquilo, porque es muy virtuoso y está preparado.

Bisio le preguntó cómo había conocido aquel misterio, y [San] Juan Don Bosco le narró el sueño con toda sencillez, sin hacer ver que se trataba de un don sobrenatural, y al final añadió:

—Con todo, tú está atento y avísame para que pueda ir a asistirlo en los últimos días de la enfermedad.

Entretanto, Ferraris comenzó a sentir un malestar que le obligaba a ir de cuando en cuando a la enfermería. Al principio pareció que se trataba de una ligera indisposición, pero no tardó en manifestarse la gravedad del mal. Entonces [San] Juan Don Bosco fue a visitar al enfermo en compañía del

doctor Gribaudo, el cual diagnosticó tratarse de un caso extremo. Mas el paciente parecía haber olvidado el sueño que él mismo había tenido el año anterior y que nosotros expusimos ya en su lugar.

[San] Juan Don Bosco escuchó sin dar muestras de extrañeza las palabras del médico y animó al muchacho como si nada supiese sobre su porvenir; proporcionándole un gran consuelo con sus frecuentes visitas.

La madre del paciente había acudido al Oratorio, a pesar de que el estado del enfermo no parecía alarmante. Después de prestarle su asistencia durante varios días, la buena señora, que consideraba a [San] Juan Don Bosco como a un Santo, tomando aparte a Bisio le preguntó:

—¿Qué dice [San] Juan Don Bosco de mi hijo? ¿Morirá o viuirá?

—¿Por qué me pregunta eso?—, replicó Bisio.

—Para saber si debo quedarme o volver a mi casa.

—¿Y Vos en qué disposición de ánimo se encuentra?

—Soy madre y, naturalmente, quiero que mi hijo sane. Por lo demás, que el Señor haga de él lo que juzgue mejor.

—¿Le parece estar resignada a la voluntad de Dios?

—Lo que haga el Señor, bien hecho está.

—¿Y si su hijo muriese?

—¡Paciencia! ¿Qué íbamos a hacer?

Bisio, al ver aquellas disposiciones de ánimo, después de dudar un poco, añadió:

—Entonces, quédese; [San] Juan Don Bosco ha asegurado que su hijo es un buen muchacho y que está bien preparado.

Aquella madre cristiana comprendió; derramó algunas lágrimas sin

hacer ninguna escena desagradable y después de aquel desahogo natural a su dolor, dijo:

—Si es así, me quedaré.

Bisio le había dicho anteriormente que no se marchase, porque calculando sobre el día para el cual se había fijado el Ejercicio de la Buena Muerte, según la profecía de [San] Juan Don Bosco, no le quedaban al enfermo más que cinco o seis jornadas de vida.

Antonio Ferraris murió el jueves 16 de marzo, por la mañana. Había recibido todos los auxilios de la Religión. Estaba para entrar en agonía cuando he aquí que aparece [San] Juan Don Bosco, se le acerca al lecho y le sugiere algunas jaculatorias, le da la última absolución y le recomienda el alma.

Esta muerte tuvo lugar antes de que se hiciese en el Oratorio el segundo Ejercicio de la Buena Muerte a partir del anuncio hecho por el [Santo].

Juan Bisio, que expuso bajo juramento la intervención que tuvo en este hecho, concluye su relato con estas palabras: «[San] Juan Don Bosco nos contó otros muchos sueños sobre futuras muertes de jóvenes del Oratorio, y sus predicciones fueron siempre consideradas por nosotros como verdaderas profecías que se cumplieron siempre al pie de la letra. En siete años que yo estuve en el Oratorio, no falleció ningún joven sin que él lo hubiese anunciado con anterioridad. Estábamos todos persuadidos, además, de que quien moría en el Oratorio bajo la vigilancia y con la asistencia del [Santo], tenía que ir necesariamente al Paraíso».

Aquella misma noche del 16 de marzo, [San] Juan Don Bosco hablaba así a los jóvenes:

i

«Los veo a todos deseosos de saber algo sobre los últimos momentos de nuestro Ferraris y aquí me tenéis para satisfacer vuestro justo anhelo. Murió resignado; en su breve enfermedad sufrió mucho, pero no perdió la serenidad. Al entrar en el Oratorio me dijo:

—[San] Juan Don Bosco, yo estoy en todo dispuesto a hacer su voluntad: le obedeceré plenamente; si ve que faltó en algo, avísame, castigúeme y verá que me enmendaré.

Yo le prometí que haría cuanto pudiese por el bien de su alma y de su cuerpo. Muchas veces me repitió el mismo ruego y siempre que hube de avisarle de algo, se corrigió inmediatamente. Se puede decir que no tenía voluntad propia, tan obediente era. Su profesor me asegura que en la clase estaba entre los primeros por su aplicación al estudio. Cuando enfermó fui inmediatamente a visitarle, diagnosticando el médico desde el primer momento la gravedad del mal. Le pregunté si el día de Santo Tomás quería recibir la Comunión. Me respondió:

—Tendría que vestirme para ir a la iglesia con los demás. Me encuentro muy débil para hacerlo.

—Eso tiene remedio, te traeremos a tu habitación a Jesús Sacramentado. ¿Estás contento?

—Sí, muy bien.

Yo le pregunté:

—¿No tienes nada que te turbe la conciencia?

¿Tendrías algo que decirme?

Y después de reflexionar durante algunos instantes, respondió:

—¡No tengo nada!

¡Qué hermosa respuesta! Un joven que se acerca a la muerte, que sabe que tiene que morir y puede responder con la mayor serenidad y tranquilidad de espíritu: —¡No tengo nada!

Le volví a preguntar:

—Dime: ¿vas de buena gana al Paraíso?

—Seguro —me replicó—, así veré cara a cara cómo es el Señor, del cual he oído decir cosas tan maravillosas, y comprenderé cómo está hecha mi alma.

En otra ocasión le dije:

—¿No quieres nada de mí?

—Solamente una cosa: que me ayude a ir al Paraíso.

—Sí. Pero ¿no me pides nada más?

—Que ayude también a todos mis compañeros a ganarse el cielo.

Le prometí que haría cuanto estuviese de mi parte. Esta mañana lo encontré muy grave, no podía hablar, el catarro lo sofocaba.

Habiéndole dicho ya a Rossi que apenas el enfermo diese señal de entrar en agonía me avisase, acudí junto a su lecho. Tenía los ojos cerrados; estaba muy falto de fuerzas, pero apenas había dado yo un paso para ausentarme, pues el fin no me parecía inminente, abrió los ojos y comenzó a mover los brazos y todo el cuerpo gritando con voz sofocada:

—¡Ah, ah, ah!

Volví atrás, le pregunté qué era lo que quería y haciendo un gran esfuerzo me dijo que deseaba morir teniéndome a su lado. Le respondí que se tranquilizase, que iba a mi habitación para despachar algunas cartas y que volvería apenas me avisasen que había llegado su último momento.

Fui a mi habitación y después de haber trabajado un rato, vinieron a decirme que el enfermo empeoraba por momentos. Acudí inmediatamente y pude comprobar que se había agravado mucho más, pero no me pareció que su muerte fuese cosa inminente. Por tanto, me dispuse a volver otra vez a mi habitación. Pero el enfermo volvió a abrir los ojos emitiendo el mismo grito:

—¡Ah, ah, ah!

El pobrecillo, siempre que me alejaba se daba cuenta.

Después de unos instantes vino Rossi a llamarme. Corrí al lecho del moribundo: efectivamente, había entrado en agonía; ya no respiraba, pero su pulso latía aún. Unos minutos después, dando un suspiro, entregaba su alma al Señor.

Ferraris había contraído un resfriado que degeneró en la pulmonía que lo llevó a la tumba. Sufrió muchos dolores con verdadera resignación, sin proferir un lamento. La muerte no le infundía temor, no tenía nada que le causase remordimiento.

Cada uno de nosotros, mis queridos hijos, debería desear haberse encontrado en el lugar de Ferraris. Tengo la seguridad de que fue derecho al Paraíso y de buena gana cambiaría mi puesto por el suyo. A pesar de ello, mañana se rezará el Rosario de difuntos en sufragio de su alma.

Los compañeros de clase acompañarán mañana por la tarde sus despojos a la Parroquia.

Termino con un aviso. Cuando yo anuncie desde aquí que algún otro tiene que morir, por caridad guardad secreto, pues hay algunos que se ajustan demasiado ante estos avisos y escriben a sus padres para que se los lleven del Oratorio, porque [San] Juan Don Bosco anuncia continuamente que alguien tiene que morir...

Pero, díganme: si yo no lo hubiese anunciado, ¿se habría preparado Ferraris tan bien para presentarse ante el tribunal de Dios?

Es cierto que era un excelente muchacho, pero, en el trance de la muerte, ¿quién puede creerse absolutamente preparado para sufrir el riguroso juicio del Señor? Vuestro compañero tuvo la suerte de que se le avisara. Pero desde ahora en adelante no diré nada.

(Muchas voces: No, no. Dígalo, dígalo).

Y a los que tanto temen a la muerte les digo: Hijitos míos, cumplan con su deber, no tengáis malas conversaciones, frecuenten los Sacramentos, sean sobrios y la muerte no los asustará.

EL LIRIO Y EL GATAZO

SUEÑO 51 .—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, págs. 33-34)

El 6 de febrero de 1865, [San] Juan Don Bosco, después de las oraciones de la noche, al dirigirse a sus jóvenes se expresó en los siguientes términos:

Hace dos o tres días tuve un sueño. ¿Quieren que se los cuente?

Como los amo tanto, siempre sueño que me encuentro en su compañía.

Pareció, pues, encontrarme en medio del patio, rodeado de mis queridos hijitos, cada uno de los cuales tenía en la mano una flor.

Quién una rosa, quién una azucena, quién una violeta, quién una rosa y un lirio al mismo tiempo. En suma: unos tenían una flor y otros otra. Cuando de pronto aparece un enorme gatazo con cuernos, completamente negro, grande como un perro, de ojos encendidos como brasas y cuyas uñas eran gruesas como un clavo y su vientre descomunadamente abultado.

La horrible bestia se acercaba cautelosamente a los jóvenes y dando vueltas alrededor de ellos, ahora daba un zarpazo a la flor del uno arrojándosela al suelo, ahora hacía lo mismo con la de otro y así sucesivamente.

Ante la aparición de este animal, yo me sentí lleno de espanto y muy maravillado al comprobar que los jóvenes no se inmutaban lo más mínimo, sino que continuaban como si nada sucediese.

Cuando me di cuenta de que el gato se dirigía hacia mí para arrebatarme mi flor, comencé a huir.

Pero me detuvieron y oí que me decían:

—No huyas y di a tus muchachos que levanten el brazo y así el gato no logrará arrebatarnos las flores de las manos.

Yo me detuve y levanté el brazo: el gatito hacía inauditos esfuerzos por arrebatarme las flores; saltaba una y otra vez, pero como era tan pesado no lograba conseguir su intento.

El lirio, la azucena, mis queridos hijos, representan la bella virtud de la modestia a la cual el diablo hace continua guerra. ¡Ay de aquellos jóvenes que no mantienen la flor en alto! El demonio se la lleva haciéndola caer al suelo. Los que así se conducen son los que halagan su cuerpo comiendo desordenadamente y fuera de tiempo; los que rehuyen del trabajo; el estudio, entregándose al ocio; aquellos a los cuales agradan ciertas conversaciones; los que leen ciertos libros; los que no quieren saber nada de mortificación. Por caridad, combatid a este enemigo; de otra manera, él se enseñoreará de Vosotros.. Tales victorias son difíciles, pero la eterna sabiduría nos ha sugerido el medio para conseguirlas: Hoc genus daemoniorum non ejicitur nisi per orationem et jejunium.

Levanten su brazo, levanten en alto su flor y estarán seguros. La modestia es una virtud celestial y el que quiera conservarla es necesario que se eleve hacia el cielo.

Sálvense, pues, con la oración.

La oración que los levanta al cielo es la de la mañana y de la noche bien rezadas; oración es la meditación y la Misa; oración es la Confesión frecuente y la Comunión; oración son las pláticas y las exhortaciones de los superiores; oración es la Visita a Jesús Sacramentado; oración es el Santo Rosario; oración es el estudio.

Con la oración su corazón se ensanchará y se elevará al cielo y así podrán decir con el rey [San] David: Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum.

Así pondrán a salvo la más bella de las virtudes y su enemigo, por más esfuerzos que haga, no se la podrá arrebatar.

LOS MONSTRUOS Y LOS NIÑOS

SUEÑO 52.—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, pág. 48)

El 24 de febrero [San] Juan Don Bosco decía a sus jóvenes en las buenas noches: Durante algunos días he estado lejos de vosotros, mis queridos jóvenes, y mi más vivo deseo es el de encontrarme siempre en su compañía, para hacerles el mayor bien posible, porque quiero consagrarme y sacrificarme en todo en beneficio suyo. Pero también cuando estoy ausente, trabajo por la casa y les puedo asegurar que en estos días he realizado más labor estando ausente, que la que habría hecho permaneciendo en el Oratorio. Tenía muchos asuntos que arreglar, muchas cartas a las que contestar, y ¿cómo podría haber hecho todo esto asediado por las mil audiencias y consultas a las que tengo que atender cuando me encuentro en casa?

Pero aun estando lejos de vosotros he pensado siempre en mis queridos hijos rezando por ellos. ¿Habéis acordado vosotros de mí? ¿Habéis rezado por mis intenciones? Algunos, sí. ¿Y los otros? Pero... hagamos las paces. Los que no han rezado por [San] Juan Don Bosco, que lo hagan en adelante.

Me marché, pues, días pasados a Cúneo invitado por el señor Obispo, el cual me trató magníficamente; la primera noche, después de haber comido bien y bebido mejor (risas generales), llegó la hora de marcharse a dormir. Después de la cena, una buena cama, gusta, ¿no es cierto?

Yo le pedí permiso al señor Obispo para quedarme a la mañana del día siguiente un poco descansando, y él me respondió:

—Sí, sí, y desearía que no se levantase antes de las ocho y , media.

—¡Oh!, —reliqué—; me quedaré solamente hasta las seis y media; es suficiente para descansar.

—No, no; desearía que se levantase más tarde: a las ocho.

Y al fin determinamos que lo haría a las siete. Y así me marché a descansar a eso de las once. Me quedé dormido inmediatamente.

Y ¿qué quieren? Comencé a soñar según mi costumbre, y como donde está tu tesoro allí está tu corazón...

...Soñé que me encontraba en el Oratorio, en medio de mis queridos hijos.

Me pareció estar en mi habitación, sentado a mi mesa de trabajo, mientras los jóvenes jugaban en el patio. El recreo estaba muy animado, mejor dicho, animadísimo: los jóvenes gritaban, chillaban, saltaban de tal forma que aquello parecía el fin del mundo. Yo estaba contentísimo, pues me satisface ver a los muchachos entregados al recreo de esta forma, convencido de que cuando se enfrascan en el juego, el demonio, a pesar de sus argucias, nada tiene que hacer.

Mientras gozaba, pues, al oír tal estrépito, noto que se hace un gran silencio, sin que yo supiera explicarme el motivo.

Me levanto asustado de la mesa para comprobar la causa de aquel cambio y apenas llego a la antesala, veo entrar por la puerta a un monstruo horriblemente feo, caminando con el hocico hacia el suelo y con los ojos clavados en la tierra. Parecía que no se hubiese dado cuenta de mi presencia, avanzando siempre en la actitud que adopta una bestia feroz cuando intenta lanzarse sobre alguno.

Temblé entonces pensando en mis queridos hijos y desde la ventana observé el patio para comprobar lo que había sido de ellos.

Entonces vi todo el patio lleno de monstruos semejantes al que había entrado en mi habitación, pero más pequeños. Mis jóvenes habían sido obligados a guarecerse muy lejos, junto a los muros y bajo los pórticos. Muchos estaban tendidos por el suelo, acá y acullá, pareciendo que estuvieran muertos.

Ante aquel tan doloroso espectáculo lancé un grito de espanto tal que

me desperté.

Al oírme se despertaron los criados del señor Obispo, se despertó el señor Vicario y el mismo señor Obispo, que se habían asustado al escuchar aquel grito.

Mis queridos jóvenes: a los sueños en general no se les debe prestar fe alguna, pero cuando de ellos se puede sacar una conclusión moral, es provechoso hacer alguna reflexión sobre ellos. Yo procuro buscar siempre una aplicación a todas las cosas, por eso lo hago también así con los sueños.

Aquel monstruo parece que quiere significar el demonio, el cual procura continuamente nuestra ruina. De los jóvenes, unos caen y otros huyen. ¿Quieren que les enseñe a no tenerle miedo y a resistir sus asaltos? ¡Escuchen! No hay cosa que más tema Satanás que estas dos prácticas:

1- La Comunión bien hecha.

2- Las visitas al Santísimo Sacramento.

¿Queréis que el Señor les conceda muchas gracias?, visítenlo frecuentemente. ¿Queréis que les conceda pocas?, visítenlo pocas veces. ¿Queréis que el demonio los asalte?, visiten pocas veces a Jesús Sacramentado. ¿Queréis que huya de vosotros?, visiten frecuentemente a Jesús. ¿Queréis vencer al demonio?, acudan frecuentemente a los pies de Jesús. ¿Queréis ser vencidos?, dejen de visitar a Jesús. ¡Mis queridos jóvenes! La visita al Santísimo Sacramento es un medio muy necesario para vencer al demonio. Acudan, pues, frecuentemente a visitarlo y el demonio no les podrá vencer.

LA LINTERNA MÁGICA

SUEÑO 53.—AÑO DE 1865.

(M. B. Tomo VIII, págs. 115-116)

El día 1 de mayo de 1865, [San] Juan Don Bosco narraba a los jóvenes

del Oratorio el siguiente sueño:

Me pareció encontrarme en la iglesia llena de jóvenes, observando que eran muy pocos los que se acercaban a la Sagrada Comunión. Próximo a la balaustrada del altar mayor había un hombre alto, de color negro y de cuya cabeza salían dos cuernos. Tenía en la mano una linterna mágica y se entretenía en hacer ver a los muchachos a través de ella, cosas diversas. A unos les hacía contemplar un recreo muy animado y entre los juegos el que mas les agradaba; a otros, los partidos perdidos o las futuras victorias; a éstos, el pueblo natal con sus paseos, sus campos, con aquella casa determinada; a aquéllos les hacía ver en su linterna el estudio, los libros, los temas mensuales; a algunos, las más diversas frutas, los dulces más variados, el vino que tenían guardado en el baúl; no faltaban quienes veían a sus padres, los amigos, escenas pecaminosas, el dinero no entregado. Por tanto, así entretenidos, eran pocos los que se acercaban a la Sagrada Mesa. Muchos al ver los paseos, las vacaciones, lo dejaban todo a un lado y se detenían a contemplar con avidez a sus antiguos compañeros y sus pasatiempos de otros días.

¿Saben lo que significa este sueño? Que el demonio hace cuanto puede para distraer a los jóvenes en la iglesia; para alejarlos de los Santos Sacramentos. Y los jóvenes son tan ingenuos que caen en la red y se pasan el tiempo mirando a través de la lente.

Hijos míos: es necesario romper esa linterna del diablo. ¿Saben cómo?

Levantando la mirada a la Cruz y pensando que alejarse de la Comunión es lo mismo que arrojarse en los brazos del demonio.

LAS OFRENDAS SIMBÓLICAS

SUEÑO 54.—AÑO DE 1865.

(M. B Tomo VIII, págs. 129-132)

Después de tratar de la enfermedad de Don Alasonatti y de cómo este virtuoso sacerdote había pedido a [San] Juan Don Bosco el señalado favor de

morir en el Oratorio de Valdocco, Don Lemoyne prosigue en sus Memorias:

Entre estas pena el [Santo] buscaba su consuelo en la devoción a la Santísima Virgen, honrada en el mes de mayo por toda la comunidad de una manera especial. De sus numerosas buenas noches la Crónica nos ha conservado la del día 30 de mayo, que es hermosa en extremo.

«Vi un gran altar dedicado a María y magníficamente adornado y a todos los jóvenes del Oratorio avanzar hacia él procesionalmente; iban cantando loas a la Madre Celestial, si bien no todos de la misma manera, aunque todos cantaban la misma letrilla. Muchos lo hacían realmente bien; otros desentonaban; otros permanecían en silencio y se salían de la fila; otros bostezaban y parecían como aburridos; otros se empujaban y reían entre sí. Pero todos llevaban ofrendas a María. Cada uno portaba un ramo de flores; unos, grandes; otros, más pequeños y diferentes los unos de los otros. Quiénes llevaban rosas, quiénes claveles, violetas, etc., etc. Algunos llevaban ofrendas verdaderamente extrañas: una cabeza de cerdo, un gato, un plato de sapos, un conejo, un cordero y otras cosas diversas.

Un hermoso joven, que estaba delante del altar, era sin duda el Ángel Custodio del Oratorio, pues al observarlo atentamente pude apreciar que tenía alas. Este celestial mensajero apenas los jóvenes ofrecían sus dones, los recibía y los colocaba sobre el altar.

Los primeros ofrendaron a María magníficos ramos de flores y el Ángel, sin decir nada, los colocó delante de la imagen. Muchos otros fueron presentando sus ramos. El los examinó, los deshizo e hizo quitar algunas flores marchitas que arrojó, lejos de sí y después de rehacer el ramo de unos y de otros, los fue colocando sobre el altar. A otros que tenían en sus ramos flores muy hermosas pero sin olor, como dalias, camelias, etc., el Ángel se las hizo quitar, porque la Virgen quiere realidades y no apariencias. Muchos, entre las flores, presentaban espinas más o menos numerosas y clavos: el Ángel quitó las unas y los otros.

Le llegó finalmente el turno al que llevaba la cabeza de cerdo y el Celestial mensajero le dijo:

—¿Cómo te atreves a presentar esta ofrenda a la Virgen. ¿No sabes

qué significa el cerdo? Representa el feo vicio de la impureza. María, que es toda pureza, no puede soportar este pecado. Retírate, pues, que no eres digno de estar en su presencia.

Siguieron después los que traían por toda oferta un gato y el Ángel les dijo:

—¿También vosotros se atrevéis a traer estas ofrendas? ¿No sabéis qué simboliza el gato? Es figura del hurto, ¿y vosotros lo ofrecéis a María? Son ladrones los que se apoderan del dinero ajeno, de las cosas, de los libros de los compañeros: los que roban comestibles en el Oratorio: los que destrozan las ropas por despecho; los que malgastan el dinero de los padres no estudiando. Y los hizo retirar también a ellos.

Llegaron después los que traían los platos de sapos y el Ángel mirándolos con indignación, les dijo:

—Los sapos significan los pecados vergonzosos de escándalo, y ¿ustedes vienen a ofrecérselos a la Virgen? Retírense vayan a formar con los indignos. Y se apartaron llenos de confusión.

Algunos avanzaban con un cuchillo clavado en el corazón. Aquel cuchillo representaba los sacrilegios. El Ángel les dijo:

—¿No veis que llevan la muerte en el alma; que si aún viven es por una particular misericordia de Dios? De otra manera estarían irremisiblemente perdidos. Por caridad: Háganse sacar ese cuchillo. Y también los tales fueron rechazados.

Poco a poco se fueron aproximando todos los demás jóvenes. Quiénes ofrecían corderos, quiénes conejos, quiénes peces, nueces, uvas, etcétera. El Ángel aceptó todas aquellas ofrendas poniéndolas sobre el altar y después de haber separado a los buenos de los malos, hizo poner en fila a todos aquellos cuyas ofrendas habían sido aceptadas por María. Entonces pude comprobar, con dolor de mi corazón, que el número de los rechazados era superior al de éstos.

Seguidamente, por una y otra parte del altar, aparecieron otros dos

ángeles, portadores de dos riquísimas cestas llenas de magníficas coronas, hechas de rosas fragantísimas. Dichas flores no eran propiamente como las de la tierra, sino como artificiales, símbolo de la inmortalidad.

El Ángel Custodio fue tomando aquellas coronas una por una y las fue poniendo sobre las cabezas de los jóvenes que estaban en fila delante del altar. Entre dichas coronas, las había más grandes y más pequeñas, pero todas ellas eran de una belleza extraordinaria.

Les he de advertir que allí no estaban solamente los jóvenes del Oratorio; sino también otros muchos a los cuales no había visto nunca. Seguidamente contemplé algo verdaderamente sorprendente: Había unos jóvenes de rostro tan feo, que su vista producía casi asco y repugnancia; a éstos les correspondieron las más bellas coronas, símbolo de que a un exterior tan poco agradable suplía el don, la virtud de la castidad en grado eminente. Otros también poseían esta virtud, pero en grado menos elevado. Otros muchos se distinguían por otras diversas virtudes, como la obediencia, la humildad, el amor de Dios y todos ellos, según el grado en que la poseían, así eran proporcionalmente coronados.

El Ángel dijo:

—María ha querido que fueran hoy coronados con tan bellas rosas. Procuren conducirse de tal manera que no se vean nunca privados de ellas. Tres son los medios para conservarlas. Practiquen: 1º la humildad; 2º la obediencia; 3º la castidad. Tres virtudes que los harán siempre agradables a los ojos de María de manera que un día llegarán mediante la práctica de las mismas a ser merecedores de una corona infinitamente más hermosa que esta.

Seguidamente los jóvenes comenzaron a cantar delante del altar *el Ave, maris stella.*

Y después de entonada la primera estrofa, se dispusieron a salir de la iglesia en procesión y cantando como al entrar la letrilla: «Load a María», haciéndolo con voces tan recias que yo quedé maravillado. Los seguí aún durante un buen rato y después me volví atrás para ver a los que el Ángel había puesto aparte; pero ya no estaban aquí.

Mis queridos hijos. Sé cuáles fueron los que recibieron la corona y quiénes los rechazados por el Ángel. Lo comunicaré a cada uno en particular, pero que procure ofrecer a la Virgen dones dignos de Ella.

A hora les voy a hacer algunas observaciones. La primera: Todos llevaban flores a la Virgen, de diversas especies mezcladas con espinas. Insistentemente reflexioné sobre el significado de estas espinas y saqué como conclusión que representaban la desobediencia. Tener dinero sin permiso y no haberlo querido entregar al Prefecto; pedir permiso para ir a un lugar determinado y luego marcharse a otro; llegar a la clase cuando los demás hace ya tiempo se encuentran en ella; preparar ensaladas y meriendas clandestinamente; entrar en las habitaciones de los demás estando rigurosamente prohibido y hacerlo bajo algún pretexto; levantarse después de la hora señalada; no cumplir las prácticas de piedad prescritas; hablar cuando es tiempo de guardar silencio; comprar libros sin hacerlos revisar; mandar cartas sin permiso por medio de tercera persona para que no sean leídas por la dirección y recibirlas de la misma manera; hacer contratos de compra y venta; he aquí lo que representan las espinas.

Muchos de vosotros preguntaréis: ¿es, pues, pecado faltar a las reglas de la casa? Lo he pensado seriamente y les respondo taxativamente que sí. No les digo si es pecado grave o leve; habría que tener presente las circunstancias, pero pecado lo es. Alguno objetará: la ley de Dios no dice que hemos de obedecer al reglamento de la casa. Escuchen: Uno de los Mandamientos dice Honra al padre y a la madre. ¿Saben qué quieren decir las palabras padre y madre? Comprenden también a quienes hacen sus veces. ¿No dice acaso la Sagrada Escritura: Obedite praepósitos vestris? Sí vosotros tienen que obedecer, es lógico que ellos tengan que mandar. He aquí el origen del reglamento del Oratorio, quedando demostrado que las reglas que lo integran son obligatorias.

Segunda observación: Algunos tenían clavos entre las flores; clavos que habían servido para clavar al buen Jesús. ¿Y cómo? Se comienza siempre por cosas pequeñas y después se llega a otras mayores. El tal deseaba tener dinero para satisfacer sus caprichos, por lo que para gastarlo a su manera no quiso entregarlo; (después comenzó a vender sus libros de clase y continuó robando y sigue robando a los compañeros. Otro quería satisfacer su gula, y

para ello necesitaba botellas de vino, etc. Después se permitió cosas más graves; en suma, que incurrió en pecado mortal. Por eso los ramilletes aparecían infectados de clavos y el buen Jesús fue de nuevo crucificado. Ya decía el Apóstol que los pecados vuelven a poner al Salvador en la cruz: Rursus crucifigentes Filium Dei.

Tercera observación: Muchos jóvenes llevaban en sus ramilletes de flores frescas y olorosas, algunas que estaban marchitas y desprovistas de olor.

Las flores marchitas representan las obras hechas en pecado mortal las cuales no sirven para adquirir méritos para el cielo.

Las flores sin olor simbolizan las obras buenas hechas con miras humanas, por ambición, para agradar solamente a los maestros y superiores. Por eso el Ángel echaba en cara a los que las llevaban el que se atreviesen presentar a María semejantes ofrendas y los mandaba retirar para que rehiciesen el ramo, hecho lo cual las colocaban sobre el altar. Estos tales no seguían orden alguno, sino que conforme iban terminando de hacer lo que se les había mandado se unían a los que estaban ya preparados para recibir la corona.

En este sueño vi lo que fue y lo que será de mis jóvenes. A muchos se lo he comunicado ya; a los demás también se lo diré. Vosotros, entretanto, procurad que la Virgen celestial reciba de su generosidad dones que jamás tengan que ser rechazados.

LA INUNDACIÓN

SUENO 55.—AÑO DE 1866.
(M. B. Tomo VIII, págs. 275-282)

En los comienzos del 1866, [San] Juan Don Bosco contaba con doce sacerdotes. El número total de los socios de la Pía Sociedad era de unos 90. Diecinueve de ellos habían emitido los votos perpetuos, veintinueve los trienales. Los demás eran simples novicios.

Orgullosa de esta bella corona de afectuosos colaboradores, el dulce amigo de las almas de los jóvenes les había prometido que el primer día del año les contaría un sueño, que le serviría al mismo tiempo para darles el tradicional aguinaldo.

El siervo de Dios había contemplado en una visión, así nos pareció entonces, el porvenir de la Pía Sociedad y el de otras Congregaciones religiosas y algo relacionado con el presente y el futuro de sus alumnos.

Pero lo que deseaba manifestar a cada uno de ellos era el estado de sus conciencias en la presencia de Dios; pues todas sus palabras, como hemos comprobado centenares de veces, no tenían otro fin que combatir el pecado con una espontaneidad libre de todo respeto humano.

De esta forma no hacía otra cosa que obedecer al precepto dado por el Espíritu Santo en el Eclesiástico (Capítulo IV, versículos 27 y 28): Ne verearis proximum in casu suo; ne retineas verbum in tempore salutis. Esto es, según explica Mons. Martini: "No disimules por falsa vergüenza los fallos de tu prójimo; no ahorres palabras, no calles cuando con tu corrección puedes salvarlo; haz uso entonces de la sabiduría que Dios te ha dado y no la ocultes cuando con ella debes dar gloria a Dios procurando la enmienda y conversión del hermano que pecó".

[San] Juan Don Bosco, pues, ante la muchedumbre de sus jóvenes, habló así el lunes por la noche, primer día del año 1866:

Me pareció encontrarme a poca distancia de un pueblo que por su aspecto parecía Castelnuovo de Asti, pero que no lo era. Los jóvenes del Oratorio hacían recreo alegremente en un prado inmenso; cuando he aquí que se ven aparecer de repente las aguas en los confines de aquel campo, quedando bien pronto bloqueados por la inundación. El Po se había salido de madre e inmensos y desmandados torrentes fluían de sus orillas.

Nosotros, llenos de terror, comenzamos a correr hacia la parte trasera de un molino aislado, distante de otras viviendas y de muros gruesos como los de una fortaleza. Me detuve en el patio del mismo en medio de mis queridos jóvenes, que estaban aterrados. Pero las aguas comenzaron a invadir aquella superficie, viéndonos obligados primeramente a entrar en la

casa y después a subir a las habitaciones superiores. Desde las ventanas se apreciaba la magnitud del desastre. A partir de las colinas de Superga hasta los Alpes, en lugar de los campos cultivados, de los prados, de los bosques, caseríos, aldeas y ciudades, sólo se descubría la superficie de un lago inmenso. A medida que el agua crecía, nosotros subíamos de un piso a otro. Perdida toda humana esperanza de salvación, comencé a animar a mis queridos jóvenes, aconsejándoles que se pusieran con toda confianza en las manos de Dios y en los brazos de nuestra querida Madre, María.

Pero el agua había llegado ya casi al nivel del último piso. Entonces, el espanto fue general, no viendo otro medio de salvación que ocupar una grandísima balsa, en forma de nave, que apareció en aquel preciso momento y que flotaba cerca de nosotros.

Cada uno, con la respiración entrecortada por la emoción, quería ser el primero en saltar a ella; pero ninguno se atrevía, porque no la podíamos acercar a la casa, a causa de un muro que emergía un poco sobre el nivel de las aguas. Un solo medio nos podía facilitar la entrada en la providencial embarcación, a saber, un tronco de árbol, largo y estrecho; pero la cosa resultaba un tanto difícil, pues un extremo del árbol estaba apoyado en la balsa que no dejaba de moverse al impulso de las olas.

Armándome de valor pasé el primero y para facilitar el transbordo a los jóvenes y darles ánimo, encargué a algunos clérigos y sacerdotes de que desde el molino sostuviesen a los que partían y desde la barca tendiesen la mano a los que llegaban. Pero ¡cosa singular! Después de estar entregados a aquel trabajo un poco de tiempo, los clérigos y los sacerdotes se sentían tan cansados, que unos en una parte, otros en otra, caían exhaustos de fuerzas; y los que los sustituían corrían la misma suerte. Maravillado de lo que ocurría a aquellos mis hijos, yo también quise hacer la prueba y me sentí tan agotado que no me podía tener de pie.

Entretanto, numerosos jóvenes, dejándose ganar por la impaciencia, ya por miedo a morir, ya por mostrarse animosos, habiendo encontrado un trozo de viga bastante largo y suficientemente ancho, establecieron un segundo puente, y sin esperar la ayuda de los clérigos y de los sacerdotes, se dispusieron precipitadamente a atravesarlo sin escuchar mis gritos:

—¡Deténganse, deténganse, que se caerán!— les decía yo.

Y sucedió que muchos, o empujados por otros o al perder el equilibrio antes de llegar a la balsa, cayeron y fueron tragados por aquellas pútridas y turbulentas aguas sin que se volvieran a ver más.

También el frágil puente se hundió con cuantos estaban encima de él.

Tan grande fue el número de las víctimas que la cuarta parte de nuestros jóvenes sucumbió al secundar sus propios caprichos.

Yo, que hasta entonces había tenido sujeta la extremidad del tronco del árbol mientras los jóvenes pasaban por encima, al darme cuenta de que la inundación había superado la altura del muro, me esforcé para impulsar la balsa hacia el molino. Allí estaba Don Cagliero, el cual, con un pie en la ventana y con otro en el borde de la embarcación, hizo saltar a ella a los jóvenes que habían permanecido en las habitaciones, ayudándoles con la mano y poniéndoles así en seguro.

Pero no todos los muchachos estaban aún a salvo. Cierta número de ellos se habían subido a los desvanes y desde éstos a los tejados, donde se agruparon permaneciendo los unos arrimados a los otros, mientras que la inundación seguía creciendo sin cesar cubriendo el agua los aleros y una parte de los bordes del mismo tejado.

Al mismo tiempo que las aguas, había subido también la balsa y yo al ver a aquellos pobrecitos en tan terrible situación, les grité que rezasen de todo corazón; que guardasen silencio, que bajasen unidos, con los brazos entrelazados los unos con los otros para no rodar. Me obedecieron y como el flanco de la nave estaba pegado al alero, con el auxilio de los compañeros pasaron ellos también a bordo. En la balsa había además una buena cantidad de panes colocados en numerosas canastas.

Cuando todos estuvieron en la barca, inseguros aún de poder salir de aquel peligro, tomé el mando de la misma y dije a los jóvenes:

—María es la estrella del mar. Ella no abandona a los que confían en su protección; pongámonos todos bajo su manto: la Virgen nos librará de los peligros y nos guiará a un puerto seguro.

Después, abandonamos la nave a las olas; la balsa flotaba y se movía serenamente alejándose de aquel lugar. *Facta est quasi navis institoris, de longe portans panem suum.*

El ímpetu de las aguas agitadas por el viento la impulsaban a tal velocidad, que nosotros, abrazándonos los unos a los otros, formamos un todo para no caer.

Después de recorrer un gran espacio en brevísimo tiempo, la embarcación se detuvo de pronto y se puso a dar vueltas sobre sí misma con extraordinaria rapidez, de manera que parecía que se iba a hundir. Pero un viento violentísimo la sacó de aquella vorágine. Luego comenzó a bogar en forma regular, produciéndose de cuando en cuando algún remolino, hasta que al soplo del viento salvador fue a detenerse junto a una playa seca, hermosa y amplia, que parecía emerger como una colina en medio de aquel mar.

Muchos jóvenes estaban como encantados y decían que el Señor había puesto al hombre sobre la tierra, no sobre las aguas; y sin pedir permiso a nadie salieron jubilosos de la balsa e invitando a otros a que hicieran lo mismo, subieron a aquella tierra emergida. Breve fue su alegría, porque alborotándose de nuevo las aguas a causa de la repentina tempestad que se desencadenó, éstas invadieron la falda de aquella hermosa ladera y en breve tiempo, lanzando gritos de desesperación, aquellos infelices se vieron sumergidos hasta los costados y después de ser derribados por las olas, desaparecieron. Yo exclamé entonces: —¡Cuan cierto es que el que sigue su capricho lo paga caro!

La embarcación, entretanto, a merced de aquel turbión amenazaba de nuevo con hundirse. Vi entonces los rostros de mis jóvenes cubiertos de mortal palidez:

—¡Animo!, —les grité—, María no nos abandonará.

Y todos de consuno rezamos de corazón los actos de fe, esperanza, caridad y contrición; algunos Pater, Ave y la Salve Regina. Después, de rodillas, cogidos de las manos continuamos rezando nuestras oraciones particulares. Pero algunos insensatos, indiferentes ante aquel peligro, como

si nada sucediese, se ponían de pie, se movían continuamente, iban de una parte a otra, guiñándose entre sí y burlándose de la actitud suplicante de sus compañeros.

Y he aquí que la nave se detiene de improviso, girando con gran rapidez sobre sí misma, mientras que un viento impetuoso lanzó al agua a aquellos desventurados. Eran unos treinta; y como el agua era muy profunda y densa, apenas cayeron a ella no se les volvió a ver más. Nosotros entonamos la Salve Regina y más que nunca invocamos de todo corazón la protección de la Estrella del mar.

Siguió después la calma. Y la nave, a guisa de un pez, continuó avanzando sin saber nosotros adonde nos conduciría. A bordo se desarrollaba un continuo y múltiple trabajo de salvamento. Se hacía todo lo posible por impedir que los jóvenes cayesen al agua y se intentaba, por todos los medios, socorrer a los que a ella caían. Pues había quienes asomándose imprudentemente a los bajos bordes de la embarcación se precipitaban al lago, mientras que algunos muchachos desalmados y crueles, invitando a los compañeros a que se asomasen a la borda, los empujaban precipitándolos al agua; por eso algunos sacerdotes prepararon unas cañas muy largas y muy fuertes y unas cuerdas muy recias y anzuelos de varias clases. Otros amarraban los anzuelos a las cañas y entregaban éstas a unos y otros, mientras que algunos ocupaban ya sus puestos con las cañas levantadas, con la vista fija en las aguas y atentos a las llamadas de socorro. Apenas caía un joven bajaban las cañas y el naufrago se agarraba a la cuerda o bien quedaba prendido por el anzuelo por la cintura, o por los vestidos y así era puesto a salvo.

Pero también entre los dedicados a la pesca había quienes entorpecían la labor de los demás e impedían su trabajo a los que preparaban y distribuían los anzuelos. Los clérigos vigilaban para que los jóvenes, muy numerosos aún, no se acercasen a la borda de la embarcación. Yo estaba al pie de un alto mástil que había en el centro, rodeado de muchísimos muchachos, sacerdotes y clérigos que ejecutaban mis órdenes. Mientras fueron dóciles y obedientes a mis palabras, todo marchó bien; estábamos tranquilos, contentos, seguros. Pero no pocos comenzaron a encontrar incómoda la vida en aquella balsa; a tener miedo de un viaje tan largo, a quejarse de las molestias y peligros de la travesía, a discutir sobre el lugar en que debíamos atracar, a pensar en la manera de hallar otro refugio, a ilusionarse con la esperanza de encontrar tierra a poca distancia y en ella un

albergue seguro, a lamentarse de que en breve nos faltarían las vituallas, a discutir entre ellos, a negarme su obediencia. En vano intentaba yo persuadirles con razones.

Y he aquí que aparecieron ante nuestra vista otras balsas, las cuales, al acercarse, parecían seguir una ruta distinta de la nuestra; entonces aquellos imprudentes determinaron secundar sus caprichos, alejándose de mí y obrando según su propio parecer. Echaron al agua algunas tablas que estaban en nuestra embarcación y al descubrir otras bastante largas que flotaban no muy lejos, saltaron sobre ellas y se alejaron en compañía de las otras balsas que habían aparecido cerca de la nuestra. Fue una escena indescriptible y dolorosa para mí al ver a aquellos infelices que iban en busca de su ruina. Soplaban el viento; las olas comenzaron a encrespase; y he aquí que algunos quedaron sumergidos bajo ellas; otros, aprisionados entre los espirales de la vorágine y arrastrados a los abismos; otros chocaban con objetos que había a flor de agua y desaparecían; algunos lograron subir a otras embarcaciones, pero éstas pronto se hundieron también. La noche se hizo negra y oscura: en lontananza se oían los gritos desgarradores de los náufragos. *Todos perecieron. In mare mundi submerguntur omnes ilii quos non súscipit navis ista*, esto es: la nave de María Santísima.

El número de mis queridos hijos había disminuido notablemente; a pesar de ello, con la confianza puesta en la Virgen, después de una noche tenebrosa, la nave entró finalmente como a través de una especie de paso estrechísimo, entre dos playas cubiertas de limo, de matorrales, de gruesos maderos, de tablas, de troncas, de mástiles destrozados, de remos. Alrededor de la barca pululaban las tarántulas, los sapos, las serpientes, los dragones, cocodrilos, escualos, víboras y mil otros repugnantes animalejos. Sobre unos sauces llorones, cuyas ramas caían sobre nuestra embarcación, había unos gatazos de forma singular que devoraban trozos de miembros humanos y muchos monos de gran tamaño, que columpiándose de las mismas ramas intentaban tocar y arañar a los jóvenes; pero éstos, atemorizados, se agachaban salvándose de aquellas insidias.

Fue allí, en aquel fangal, donde volvimos a ver con gran sorpresa y dolor a los pobres compañeros que habíamos perdido o que habían desertado de nuestras filas. Después del naufragio fueron arrojados por las olas a aquella playa. Los miembros de algunos estaban destrozados como

consecuencia del choque violento contra los escollos. Otros habían quedado sepultados en la laguna y sólo se les veía los cabellos y la mitad de un brazo. Aquí sobresalía del fango un torso, más allá una cabeza; en otra parte flotaba a la vista de todos un cadáver.

De pronto se oyó la voz de un joven de la barca que gritaba:

—Aquí hay un monstruo que está devorando las carnes de fulano y de zutano.

Y repetía los nombres de los desgraciados, señalándoselo a los compañeros que contemplaban la escena con horror.

Pero otro espectáculo no menos horrible se presentó a nuestros ojos.

A poca distancia se levantaba un horno gigantesco en el cual ardía un fuego devorador. En él se veían formas humanas, pies, brazos, piernas, manos, cabezas que subían y bajaban entre las llamas confusamente, como los garbanzos en la olla cuando esta está hirviendo.

Miramos atentamente y vimos allí a muchos de nuestros jóvenes y al reconocerlos quedamos aterrados. Sobre aquel fuego había como una tapadera encima de la cual estaban escritas con gruesos caracteres estas palabras: "El sexto y el séptimo conducen aquí".

Cerca de allí había una alta y amplia prominencia de tierra o promontorio con numerosos árboles silvestres desordenadamente dispuestos, entre los que se agitaban gran número de nuestros jóvenes de los que habían caído a las aguas o de los que se habían alejado de nosotros en el curso del viaje. Yo bajé a tierra, sin hacer caso del peligro a que me exponía, me acerqué y vi que tenían los ojos, las orejas, los cabellos y hasta el corazón llenos de insectos y de asquerosos gusanos que les roían aquellos órganos causándoles atrocísimos dolores. Uno de ellos sufría más que los demás; quise acercarme a él, pero huía de mí escondiéndose detrás de los árboles. Vi a otros que entreabriendo sus ropas, mostraban la persona ceñida de serpientes; otros, llevaban víboras en el seno.

Señalé a todos ellos una fuente que arrojaba agua fresca en gran

cantidad, aquella agua era al mismo tiempo ferruginosa; todo el que iba a lavarse en ella curaba al instante y podía volver a la barca. La mayor parte de aquellos infelices obedeció mis mandatos; pero algunos se negaron a secundarlos. Entonces yo, decididamente, me volví a los que habían sanado, los cuales, ante mis instancias, me siguieron sin titubear, mientras los monstruos desaparecían. Apenas estuvimos en la embarcación, ésta, impulsada por el viento, atravesó aquel estrecho saliendo por la parte opuesta a la que había entrado, lanzándose de nuevo a un mar sin límites.

Nosotros, compadecidos del fin lastimoso y de la triste suerte de nuestros compañeros abandonados en aquel lugar, comenzamos a cantar: "¡Load a María, oh lenguas fieles!, en acción de gracias a la Madre celestial, por habernos protegido hasta entonces"; y al instante, como obedeciendo a un mandato de la Virgen, cesó la furia del viento y la nave comenzó a deslizarse con rapidez sobre las plácidas olas, con una suavidad imposible de describir. Parecía que avanzase al solo impulso que le diesen los jóvenes al jugar echando el agua hacia atrás con la palma de la mano.

He aquí que seguidamente aparece en el cielo un arco iris, más maravilloso y esplendoroso que una aurora boreal; al pasar bajo el cual leímos escrito con gruesos caracteres de luz, la palabra MEDOUM sin entender su significado. A mí me pareció que cada letra era la inicial de estas palabras: *Mater Et Domina Omnis Universi María*.

Después de un largo trayecto he aquí que despunta la tierra en el horizonte; al acercarnos a ella, sentíamos renacer poco a poco en el corazón una alegría indecible. Aquella tierra maravillosa, cubierta de bosques, de toda clase de árboles, ofrecía el panorama más encantador que imaginarse puede, iluminada por la luz del sol naciente que subía tras las colinas que la formaban. Era una luz que brillaba con una inefable suavidad, semejante a la de un espléndido atardecer de verano, infundiendo en el ánimo una sensación de tranquilidad y de paz.

Finalmente, dando contra las arenas de la playa y deslizándose sobre ella, la balsa se detuvo en seco al pie de una hermosísima viña.

Bien se pudo decir de esta embarcación: *Eam tu, Deus, pontem fecisti quo a mundi flúctibus trajicientes ad tranquillum portum tuum devéniamus*.

Los jóvenes estaban deseosos de penetrar en aquella viña y algunos, más curiosos que otros, de un salto se pusieron en la playa. Pero, apenas avanzaron unos pasos, al recordar la suerte desgraciada de los que quedaron fascinados por la colina que se levantaba en medio del mar borrascoso, volvieron apresuradamente a la balsa.

Las miradas de todos se habían vuelto hacia mí y en la frente de cada uno se leía esta pregunta:

—[San] Juan Don Bosco: ¿es hora ya de que bajemos y nos paremos? Primero reflexioné un poco y después les dije: ¡Bajemos! Ha llegado el momento: ahora estamos seguros. Fue un grito general de alegría; y cada uno de los muchachos, frotándose las manos de júbilo, penetró en la viña, en la cual reinaba el orden más perfecto. De las vides pendían racimos de uva semejantes a los de la tierra prometida y en los árboles había toda clase de frutos; cuantos se pueden desear en la bella estación y todos de un sabor desconocido.

En medio de aquella extensísima viña se elevaba un gran castillo rodeado de un delicioso y regio jardín cercado de fuertes murallas. Nos dirigimos a aquel edificio, permitiéndonos la entrada.

Estábamos cansados y hambrientos y en una amplia sala adornada toda de oro, había preparada para nosotros una gran mesa abastecida de los más exquisitos manjares, de los que cada uno se podía servir a su placer.

Mientras terminábamos de refocilarnos, entró en la sala un noble joven, ricamente vestido y de una hermosura singular, el cual, con afectuosa y familiar cortesía nos saludó llamándonos a todos por nuestros nombres. Al vernos estupefactos y maravillados ante su belleza y por las cosas que habíamos visto, nos dijo:

—Esto no es nada; venid a ver.

Todos nosotros le seguimos y desde los balcones de las habitaciones nos hizo contemplar los jardines, diciéndonos que éramos dueños de todos ellos y que los podíamos usar para nuestros recreos.

Nos llevó después de una en otra sala; cada una superaba a la anterior por la riqueza de su arquitectura, por sus columnas y decorados de toda especie. Abriendo después una puerta que comunicaba con una capilla, nos invitó a entrar. Por fuera la capilla parecía pequeña, pero apenas cruzamos el dintel, comprobamos que era tan amplia que de un extremo a otro apenas si nos podíamos ver. El pavimento, los muros, las bóvedas estaban guarnecidas de mármoles artísticamente trabajados, de piezas de plata y oro, de piedras preciosas, por lo que yo, profundamente maravillado, exclamé:

—¡Esto es una belleza de Paraíso! No tendría inconveniente en quedarme aquí para siempre.

En medio de este gran templo, se alzaba sobre un rico basamento, una magnífica estatua de María Auxiliadora. Llamando a muchos de los jóvenes que se habían dispersado por una y otra parte para encaminar las bellezas de aquel sagrado edificio, logré concentrarlos a todos ante la imagen de Nuestra Señora para darle gracias por tantos favores como nos había otorgado. Entonces me di cuenta de la enorme capacidad de aquella iglesia, pues aquellos millares y millares de jóvenes parecían formar un pequeño grupo que ocupase el centro de la misma.

Mientras contemplaban aquella estatua cuyo rostro era de una hermosura inefable, la imagen pareció animarse de pronto y sonreír. Y he aquí que se levantó un murmullo entre los muchachos, apoderándose de sus corazones una emoción indecible.

—¡La Virgen mueve los ojos!—, exclamaron algunos.

Y en efecto: María Santísima recorría con su maternal mirada aquel grupo de hijos.

Seguidamente se oyó una nueva y general exclamación: —¡La Virgen mueve las manos!

Y en efecto, abriendo lentamente los brazos levantaba el manto como para acogernos a todos debajo de él.

Lágrimas de emoción surcaban nuestras mejillas.

—¡La Virgen mueve los labios!—, dijeron algunos.

Se hizo un silencio profundo; y la Virgen abrió la boca y con una voz argentina y suavísima, dijo:

—Si ustedes son para Mí hijos devotos, yo seré para vosotros una Madre piadosa.

Al oír estas palabras, todos caímos de rodillas y entonamos el canto sagrado: "Load a María, oh lenguas fieles".

Los jóvenes cantaban tan fuerte y al mismo tiempo tan suave, que gratamente impresionado me desperté, terminando así la visión.

[San] Juan Don Bosco concluyó su relato con estas palabras:

¿Ven, mis queridos hijos? En este sueño se nos presenta el mar borrascoso de esta vida. Si son dóciles y obedientes a mis palabras y no hacen caso de los que les aconsejan mal, después de habernos esforzado por hacer el bien y huir del mal; después de vencidas todas nuestras malas tendencias, llegaremos felizmente al término de nuestra vida, al puerto seguro del cielo. Entonces vendrá a nuestro encuentro la Virgen Santísima, que en nombre de nuestro buen Dios, nos introducirá para restaurarnos de nuestras fatigas, en su regio jardín, esto es, en el Paraíso, donde gozaremos de su amabilísima presencia divina. Pero, si por el contrario, quieren obrar, no según yo les digo, sino siguiendo su capricho y desoyendo mis consejos, entonces naufragarán miserablemente.

[San] Juan Don Bosco —continúa Don Lemoyne— daba en circunstancias diversas y privadamente alguna explicación específica de este sueño, relacionado, según parece, no sólo con el Oratorio, sino también con la Pía Sociedad.

«El prado es el mundo; el agua que amenaza ahogarnos, los peligros del mundo. La inundación tan terriblemente extendida, los vicios y las máximas irreligiosas y las persecuciones contra los buenos.

El molino, esto es, un lugar aislado y tranquilo, pero también amenazado, la casa del pan, la Iglesia Católica. Los canastos del pan, la Santísima Eucaristía que sirve de viático a los navegantes. La embarcación, el Oratorio. El tronco del árbol que forma el puente entre el molino y la balsa es la Cruz, o sea, el sacrificio de sí mismo a Dios, mediante la mortificación cristiana. El leño empleado por los jóvenes, como un puente más ligero para entrar en la embarcación, es el reglamento conculcado. Muchos vienen con fines rastreros y bajos: hacer una carrera; con deseos de lucro, de honores, de comodidades, de cambiar de condición y de estado; éstos son los que no rezan y se burlan de la piedad de los demás.

Los sacerdotes y los clérigos simbolizan la obediencia y las portentosas obras de salvación que por medio de ellos se consiguen.

Los remolinos, las varias y tremendas persecuciones que se suscitan y se suscitarán. La isla sumergida, los desobedientes que no quieren permanecer en la embarcación y vuelven al mundo despreciando la vocación. Lo mismo habría que decir de los que se refugian en las otras balsas.

Muchos de los que caían al agua o tendían la mano a los que estaban en la embarcación y con la ayuda de los compañeros subían nuevamente a ella, eran los dotados de buena voluntad; los cuates, habiendo caído desgraciadamente en pecado, vuelven a adquirir la gracia de Dios mediante la penitencia. El estrecho, los gatazos, los monos y demás monstruos, son los revolucionarios, las ocasiones y las incitaciones a la culpa, etcétera. Los insectos en los ojos, en la lengua, en el corazón: las miradas peligrosas, las conversaciones obscenas, los afectos desordenados. La fuente de agua ferruginosa que tenía la virtud de matar todos los insectos y de curar instantáneamente, son los sacramentos de la Confesión y de la Comunión. El lodazal y el fuego, los lugares del pecado y de la condenación.

Con todo, hay que observar que no quiere decir que cuantos cayeron en el fuego y no se volvieron a ver más y los que ardían en las llamas tienen que ir a parar irremisiblemente al infierno: ¡No! Dios nos libre de afirmar semejante cosa. Sino que indica que los que se encontraban en desgracia de Dios, si hubiesen muerto entonces, se habrían condenado para siempre. La sala, el templo, representan la Sociedad Salesiana, feliz y triunfante. El joven

garrido que acoge a los demás y los acompañan a visitar el palacio y la iglesia, parece que fuera un alumno muerto en el Oratorio, tal vez [Santo] Domingo Savio».

De esta última frase se deduce, que en éste, como en otros sueños de [San] Juan Don Bosco, hay un significado escondido que se refiere principalmente a la Sociedad Salesiana.

Hemos de hacer constar que contemporáneamente a cada frase del sueño, tanto de este como de los demás, correspondían otras tantas apariciones que diríamos paralelas y complementarias de las cosas descritas.

Nos autoriza a juzgar así el hecho de haber recordado [San] Juan Don Bosco a Don Julio Barberis en el año 1879, que en este sueño había visto a Don Cagliero atravesar una gran extensión de agua, ayudando a otros a cruzarla y que tanto él como sus compañeros habían hecho diez estaciones. De esta forma veía anticipadamente sus viajes a América.

Así también, en el año 1885 dijo que este sueño guardaba relación con la elevación al episcopado de Mons. Cagliero.

En la mañana del dos de enero, los jóvenes deseosos de conocer el estado de la propia conciencia, se apresuraron a confesarse con él en la sacristía. A cierto joven, el cual después de la confesión le preguntaba, dónde y en qué estado lo había visto en aquel sueño misterioso, le respondió:

—Estabas en la embarcación y te dedicabas a pescar y caíste varias veces al agua, pero yo te saqué y te devolví a la barca.

—Y cuando llegó al templo ¿recuerda haberme visto?

—Sí, sí— le respondió sonriente.

A un clérigo vercellés que le preguntó en el patio sobre su estado: Tú estorbabas a los demás —le replicó— y así impedías la pesca.

A un sacerdote que deseaba saber el papel que desempeñaba en aquella escena:

—Te vi —le dijo— apartado de los demás--- solo, serio, en un rincón de la embarcación, ocupado en preparar anzuelos con sus cuerdas correspondientes que los demás venían a coger para pescar.

Y añadió algunas cosas más que veinte años después se cumplieron de una manera maravillosa y que no es necesario exponer aquí.

Los alumnos no olvidaron este sueño que tanta impresión les había causado, y el joven Agustín Semeria de Moltedo Superiore nos lo recordaba en una carta fechada en 24 de septiembre de 1883, confirmando en su descripción cuanto hemos expuesto anteriormente y añadiendo

«Recuerdo también que en una de las noches siguientes, cosa insólita, [San] Juan Don Bosco nos hizo rezar bajo los pórticos la tercera parte del Rosario por las necesidades de nuestra Santa Madre la Iglesia. Terminada esta oración, mientras avanzaba entre nosotros, acogido con grandes muestras de alegría y numerosos vivas, nos permitió que le ayudásemos a subir a la cátedra o tribuna desde la cual nos hablaba. Esto era muy frecuente. Una vez que hubieron terminado los aplausos, hizo alusión a la alegría que experimentarán los justos al llegar a las playas de la felicidad eterna; a la paz que disfruta un cristiano viviendo siempre en gracia de Dios y al augurarnos unas buenas noches, nos dijo:

—Cuando se despojen de las ropas para acostarse, háganlo con toda modestia; pensando que Dios los ve; después méntanse en la cama; crucen las manos sobre el pecho y abandonados en los brazos de Jesús y de María, entregúense al descanso».

UNA VISITA A LOS DORMITORIOS

SUEÑO 56.—AÑO DE 1866.

(M. B. Tomo VIII. págs. 314-315)

Una carta de un ex alumno llamado Agustín Semeria, a [Beato] Miguel Don Rúa, fechada en Liguria en 1883, dice entre otras cosas:

Era el año del Señor de 1866, unos quince días antes de la fiesta de San José; [San] Juan Don Bosco nos contó lo siguiente:

Soñé que me encontraba en la cama y que se presentaba un individuo o fantasma con una lámpara encendida en la mano, diciéndome:

—[San] Juan Don Bosco ¡levántate inmediatamente y ven conmigo!

Sin temor alguno, bajé del lecho, me vestí y me encaminé detrás de aquel individuo el cual no permitió ni por un solo momento que le viese el rostro. Me hizo atravesar varios dormitorios por el centro del pasillo a cuyos lados estaban las camas de los jóvenes entregados al descanso. Al pasar me di cuenta de que sobre algunos lechos había unos gatos agarrados a los hierros con las patas de atrás y con las de delante en actitud de arañar el rostro de los muchachos dormidos.

Yo seguía siempre detrás de aquel fantasma, el cual se detuvo finalmente comenzando a dar vueltas alrededor de la cama de un joven que estaba profundamente dormido. También yo me detuve y le pregunté por qué hacía aquello. El me contestó:

—Para la fiesta de San José este joven debe venir conmigo.

Yo comprendí que el muchacho indicado moriría para aquella fecha. Entonces, pregunté a mi guía con tono resuelto:

—Necesito saber quién eres y en nombre de quién hablas.

El me dijo nuevamente:

—Si quieres saber quién soy: ¡Mira!

Y desapareció él y la linterna, de forma que me quedé a oscuras. Entonces me dispuse a ir nuevamente a mi lecho, pero en el camino tropecé no sé si con un baúl o con otra cosa y me desperté.

Hecha esta narración, [San] Juan Don Bosco explicó que aquellos gatos en actitud de arañar a los jóvenes que dormían tranquilamente, significan los

enemigos de nuestra alma, que están siempre a nuestro alrededor para hacemos caer si estamos en gracia de Dios o para destrozarnos si estamos en desgracia, cuando el Señor, cansado de nosotros, lo permitiese.

Conocí —añadió el [Santo]— a aquel que según me dijo el desconocido tenía que morir para ja fiesta de San José; pero no diré a nadie quién es para no causar demasiado espanto. Veremos si este sueño se realiza.

Entretanto, estemos todos preparados a bien morir. A los que vengan a confesarse conmigo les diré algo en particular.

Pasada la festividad de San José nos dijo que precisamente el día 19 de marzo, un joven del Oratorio había muerto en su pueblo natal.

En la Crónica del Oratorio se lee: "El 19 de marzo de 1866 muere Simón Lupotto, a los dieciocho años de edad. Por su extraordinaria piedad fue siempre de edificación para sus compañeros. Frecuentaba con gran devoción los Santos Sacramentos; participaba con gran recogimiento de las funciones religiosas; era un enamorado de Jesús Sacramentado; cuando rezaba parecía un San Luis. Soportó con heroica resignación su larga enfermedad".

Según la predicción de [San] Juan Don Bosco, Simón Lupotto fue a pasar la fiesta de San José, del cual era muy devoto, a su lado en el Paraíso.

LOS CABRITOS

SUEÑO 57.—AÑO DE 1866.

(M. B. Tomo VIII, pág. 315)

La carta de Agustín Semeria, a la cual hemos aludido en el sueño anterior, continúa:

«Otro día [San] Juan Don Bosco nos contó lo siguiente:

Soñé que me encontraba en la sacristía abarrotada de jovencitos que se estaban confesando conmigo. Y he aquí que de pronto entra un cabrito

por la puerta de la misma, y después de dar unas vueltas entre los muchachos se puso a jugar ahora con uno, ya con otro, de forma que los jóvenes perdieron el buen deseo que tenían de confesarse y se marcharon unos después de otros. El animal, por último, se acerca a mí y tuvo el atrevimiento de apartar de mi lado con sus incitaciones engañosas al joven que se estaba confesando conmigo, a pesar de que yo lo tenía fuertemente estrechado contra el pecho. Airado propiné al bicho un puñetazo en la cabeza y rompiéndole un cuerno le obligué a huir. También deseaba dar una buena reprimenda al sacristán por haberlo dejado entrar en aquel lugar sagrado.

Después me levanté y revistiéndome con los paramentos sagrados me dispuse a celebrar la Santa Misa. Al llegar a la Comunión he aquí que veo entrar por la puerta principal de la iglesia, no un cabrito, sino una inmensa manada de ellos, que metiéndose entre los muchachos procuraban desenfervorizar de mil maneras a los que, hasta entonces habían estado deseosos de recibir el Pan de los ángeles. Algunos se habían levantado ya para acercarse al altar; pero cautivados por las zalamerías de aquellos animales, desistieron de su intento y se volvieron a sus puestos. Otros estaban ya próximos a la balaustrada; algunos incluso arrodillados en ella, pero tanto éstos como aquéllos regresaron a su sitio sin haber comulgado.

Estos animales representan a los enemigos de las almas, que con las distracciones y con los afectos desordenados procuran mantener a los jóvenes alejados de los Sacramentos.

Con estas y con otras narraciones —termina Don Lemoyne— preparaba [San] Juan Don Bosco a los alumnos del Oratorio a celebrar las fiestas pascuales.

LAS ESPADAS Y LOS NÚMEROS

SUEÑO 58.—AÑO DE 1864.

(M. B. Tomo VIII, pág. 469)

En el año de 1864 —cuenta Don Lemoyne— al anunciar la muerte de los jóvenes Aiacini y Vicini, [San] Juan Don Bosco dijo a Domingo Tomatis,

compañero de ambos, que comería mucho pan con [San] Juan Don Bosco; esto es, que viviría muchos años y que se haría salesiano.

Una noche Tomatis tuvo un sueño que recordó siempre y que le sirvió de consuelo en todas las circunstancias penosas de la vida.

Se le apareció resplandeciente y de bellissimo aspecto, el ya difunto Vicini, el cual tomándole de la mano y llevándole a una balaustrada le señaló la estatua de María Auxiliadora que campeaba sobre la cúpula de su templo. Hay que notar que de dicha iglesia sólo existían entonces los cimientos; y a pesar de ello, la mostró entonces completamente terminada, en toda su grandiosa majestad.

Vicini le dijo:

—¿Ves allá arriba? Esa es tu vida. Sigue fielmente los consejos de [San] Juan Don Bosco y después vendrás al Paraíso conmigo.

Mientras hablaba, Tomatis le miraba al rostro y le parecía leer en su alma cuánto le agradecía el compañero aparecido el afecto que aún le profesaba.

Días después, habiendo ido a confesarse con [San] Juan Don Bosco, el [Santo] dijo a su penitente frases equivalentes a las que le había dicho en el sueño Vicini, causando esto gran admiración al muchacho.

En otra ocasión [San] Juan Don Bosco narró el sueño de las espadas que pendían sobre el lecho de cada uno de los alumnos y de los números escritos sobre la frente de los mismos, que indicaban los años que restaban de vida a cada uno de ellos.

Todos los jóvenes fueron a preguntar al buen padre el misterio del presente y el porvenir que les aguardaba. También Tomatis pidió a [San] Juan Don Bosco je informara sobre lo que le interesaba, a saber, si según el sueño qué había tenido el [Santo], viviría mucho o poco.

[San] Juan Don Bosco le replicó:

—Te podría indicar el tiempo exacto, pero no sería conveniente el hacerlo. No te preocupes por eso; piensa en ser bueno, pues ¡llegarás a ser sacerdote de [San] Juan Don Bosco y tendrás que ayudarlo a salvar muchas almas.

Esta respuesta fue el germen de la vocación del muchacho, pues nunca anteriormente había pensado en abrazar el estado religioso.

Continuando con entusiasmo sus estudios, en el tercer curso de bachillerato consiguió el primer premio en retórica; pero al terminar sus estudios de latín, le asaltaron ciertas dudas, llegando casi a olvidar el pasado y las palabras que le dirigiera Vicini en el sueño, como también las de [San] Juan Don Bosco.

Habiendo ido a pasar las vacaciones a Trinitá de Mondouí, su pueblo natal, determinó entrar en la Compañía de Jesús, a la cual pertenecían ya dos tíos suyos. Consultó con uno de ellos, el cual le aconsejó que reflexionara bien sobre el paso que se proponía dar; el joven lo pensó, rezó mucho, se proveyó de la documentación necesaria, hizo la solicitud de admisión y fue aceptado en la Compañía, esperando se le fijara la fecha en que había de dirigirse al Principado de Monaco. Le acompañaría un joven del Cottolengo.

Tomatis fue a Turín y antes de marcharse para su destino fue a hacer un visita a [San] Juan Don Bosco para confesarse con él y despedirse. El [Santo] lo escuchó y después de la absolución le dijo:

—¿Has ido ya a tomarte la medida de la sotana?

—No, [San] Juan Don Bosco. He pensado hacerme jesuita; ya he hecho todas las diligencias necesarias.

—Pues debes ir al sastre— continuó [San] Juan Don Bosco para que te tome la medida.

—Pero, es que hoy tengo que salir para Monaco.

—Mira, haz lo que te digo —continuó el [Santo]—. Dentro de unos días se colocará el último ladrillo de la cúpula de la iglesia y haremos una hermosa

fiestecita. Entonces bendeciré tu sotana y te la impondré. Quédate hoy a comer con nosotros y esta tarde irás al sastre para que te tome la medida.

El [Santo], adoptando entonces un ademán solemne, continuó:

—¿Es que acaso te has olvidado de cuanto hemos hablado y de lo que te dije hace tiempo y de las numerosas almas que tienes que ayudarme a salvar?

Y repitió unas palabras semejantes a las que en el sueño le había dicho Vicini, de forma que a Tomatis se le presentó en la Imaginación la figura queridísima del amigo, sintiendo en aquel momento su voluntad completamente cambiada. Se quedó a comer con [San] Juan Don Bosco y he aquí que poco después llegó el Padre Porcheddu con gran premura, pues era ya tiempo de partir.

—Ya no me marcho— le dijo Tomatis.

—¿Por qué?, le preguntó el Padre.

—Porque [San] Juan Don Bosco me ha cambiado la cabeza.

—¿Entonces?

—Yo me quedo con [San] Juan Don Bosco.

—¿Y las cartas que hemos mandado?

—Lo siento, pero... yo no me marcho.

—Y ¿qué le digo al Padre Tomatis, su tío?

—Dígale lo que quiera, pues yo no me muevo de aquí.

—Si es así, haga lo que quiera— terminó diciendo el Padre Porcheddu. Y sin más, se marchó.

En la noche del 23 de septiembre, Tomatis recibió la sotana de manos

de [San] Juan Don Bosco. Desde aquel momento cesaron las dudas sobre su vocación, a pesar de las contrariedades y disgustos que hubo de soportar.

LAS REGLAS

SUEÑO 59.—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo VIII, pág. 569)

En 1867 [San] Juan Don Bosco había dado a la imprenta un opúsculo titulado: "Vida de San José, Esposo de María Santísima y Padre adoptivo de Jesucristo".

Habiendo tenido que salir para Roma a fin de solventar algunos importantísimos asuntos, dio orden de que le enviasen a la Ciudad Eterna las pruebas de dicha obrita.

El principal motivo que llevaba al [Santo] a la capital del Orbe Católico, era obtener ya aprobación definitiva de la Sociedad de San Francisco de Sales y, si era posible, conseguir al menos la facultad de conceder las dimisorias a sus clérigos para las sagradas órdenes y de poderlos admitir a las mismas título mensae communis.

Por eso llevaba a Roma consigo las Reglas redactadas en lengua latina, y por él corregidas una y otra vez para adaptarlas a las Animadversiones, sin menoscabo de las necesidades futuras de la Sociedad Salesiana y sin dejar de seguir el contenido de un ejemplar, que le había sido mostrado «en sueño».

LOS REBAÑOS

SUEÑO 60.—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo VIII, págs. 840-844)

El domingo de la Santísima Trinidad, 16 de junio, en cuya festividad, hacía veintisiete años, había celebrado [San] Juan Don Bosco su primera Misa, los jóvenes esperaban con impaciencia que les contara un sueño, según

les había prometido el día 13 del mismo mes.

Su ardiente deseo era buscar el bien espiritual de su rebaño y su norma, las amonestaciones y promesas del capítulo XXVII, versículo 23-25 del libro de los Proverbios: ²³ Diligenter agnosce vultum pecoris tui, tuosque greges considera : ²⁴ non enim habebis jugiter potestatem, sed corona tribuetur in generationem et generationem. ²⁵ Aperta sunt prata, et apparuerunt herbæ virentes, et collecta sunt fœna de montibus.

En sus oraciones pedía al cielo el conocimiento exacto de sus ovejas; la gracia de vigilar atentamente; de asegurar la custodia del redil aún después de su muerte y de proveerle de fácil alimento material y espiritual.

[San] Juan Don Bosco, pues, después de las oraciones de la noche, habló así:

«En una de las últimas noches del mes de María, el 29 o el 30 de mayo, estando en la cama y no pudiendo dormir, pensaba en mis queridos jóvenes y me decía a mi mismo:

—¡Oh si pudiese soñar algo que les sirviese de provecho!

Después de reflexionar durante un rato añadí:

—¡Sí! Ahora quiero soñar algo para contarlo a mis jóvenes.

Y he aquí que me quedé dormido.

Apenas el sueño se apoderó de mí, me pareció encontrarme en una inmensa llanura cubierta de un número extraordinario de ovejas de gran tamaño, las cuales, divididas en rebaños, pacían en los extensos prados que se ofrecían ante mi vista. Quise acercarme a ellas y se me ocurrió buscar al pastor, causándome gran maravilla que pudiese haber en el mundo quien pudiera poseer un tan crecido número de animales de aquella especie. Después de breves indagaciones me encontré ante un pastor apoyado en su cayado. Inmediatamente comencé a preguntarle:

—¿De quién es este rebaño tan numeroso?

El pastor no me contestó.

Volví a repetir la pregunta y entonces me dijo:

—¿Y a ti qué te interesa?

—¿Por qué —repliqué— me contesta de esa manera?

—Pues bien —dijo el pastor— este rebaño es de su dueño.

—¿De su dueño? Eso ya me lo suponía— dije para mí. Y continué en alta voz:

—¿Y quién es el dueño?

—No te preocupes —me dijo— ya lo sabrás.

Después, recorriendo en su compañía aquel valle, comencé a ver el rebaño y la región en que nos encontrábamos.

Algunas zonas estaban cubiertas de rica vegetación; numerosos árboles extendían sus ramas proporcionando agradable sombra, y una hierba fresquísima servía de alimento a gran número de ovejas de hermosa y lucida presencia.

En otros parajes la llanura era estéril, arenosa, llena de piedras, recubierta de espinos desprovistos de hojas y de cardos amarillentos; no había en toda ella ni un hilo de hierba fresca; a pesar de ello, también allí había numerosas ovejas paciendo, pero su aspecto era miserable.

Hice algunas preguntas a mi guía referentes a este rebaño, pero él, sin contestarme a ninguna, dijo:

—Tú no estás destinado a cuidarlas. En éstas no debes pensar. Te voy a llevar a que veas el rebaño que te ha sido reservado.

—Pero ¿tú quién eres?

—Soy el dueño; ven conmigo; vamos hacia aquella parte y verás.

Y me condujo a otro lugar de la llanura donde había millares y millares de corderillos. Tan numerosos eran, que no se podían contar y estaban tan flacos que apenas si se podían sostener en pie.

El prado en que estaban era seco, árido y arenoso, no descubriéndose en él ni un hilo de hierba fresca, ni un arroyuelo, sino nada más que algunos cardos secos y bastante matorrales escuálidos. Todo el pasto había sido destruido por los mismos corderos.

A primera vista se podía deducir que aquellos pobres animales, que estaban además cubiertos de llagas, habían sufrido mucho y continuaban sufriendo. ¡Cosa extraña! Cada uno tenía dos cuernos largos y gruesos que le salían de la frente, como si fuesen borregos viejos y en la punta de cada cuerno tenían un apéndice en forma de ese. Contemplé maravillado aquella rara particularidad, causándome gran inquietud el no saberme explicar por qué aquellos animales tenían los cuernos tan largos y tan gruesos y la causa de que hubiesen agotado tan pronto la hierba del prado.

—Pero ¿cómo puede ser esto? —dije al pastor—. ¿Unos corderos tan pequeños y ya tienen unos cuernos tan grandes?

—Mira bien —me dijo—, observa atentamente.

Y al hacerlo pude comprobar que aquellos animales tenían grabado el número tres en todas las partes del cuerpo: en el dorso, en la cabeza, en el hocico, en las orejas, en la nariz, en las patas, en las pezuñas.

—¿Qué quiere decir esto?—pregunté a mi guía—. A la verdad que no entiendo nada.

—¿Cómo? ¿Qué no comprendes nada? —me replicó el pastor—. Escucha, pues, y todo lo comprenderás: Esta extensa llanura es figura del mundo. Los lugares cubiertos de hierba significan la palabra de Dios y la gracia. Los parajes estériles y áridos, aquellos sitios en los cuales no se escucha la palabra divina, en los que sólo se procura agradar al mundo. Las ovejas son los hombres hechos y derechos; los corderos, los jovencitos, para

atender a los cuales ha mandado Dios a [San] Juan Don Bosco. Este rincón de la llanura que contemplas, representa el Oratorio y los corderos en él reunidos, tus hijos. Este lugar tan árido es símbolo del estado de pecado. Los cuernos son imagen de la deshonra. La letra S quiere decir el escándalo. Los escandalosos, por la fuerza del mal, marchan a su perdición. Entre los corderos observarás algunos que tienen los cuernos rotos; fueron escandalosos, pero después cesaron en sus escándalos. El número tres quiere decir que soportan la pena de su culpa; esto es, que tendrán que sufrir tres grandes carestías: una carestía espiritual, otra moral y otra material.

1º La carestía de los auxilios espirituales; pedirán estos auxilios y no los tendrán. 2º La carestía de la palabra de Dios. 3º La carestía del pan material.

El que los corderos hayan agotado toda la hierba quiere decir que no les queda más que el deshonra y el número tres, o sea, las carestías. Este espectáculo significa también los sufrimientos que padecen actualmente muchos jóvenes en medio del mundo. En el Oratorio, en cambio, incluso los que son indignos de ello, no carecen del pan material.

Mientras yo escuchaba y observaba todas aquellas cosas con verdadera perplejidad, he aquí que pude contemplar algo no menos maravilloso que cuanto había visto hasta entonces. Vi que de pronto todos aquellos corderos cambiaban de aspecto.

Levantándose sobre las patas posteriores adquirían una estatura elevada y las formas de otros tantos jóvenes. Yo me acerqué para comprobar si conocía a alguno. Eran todos muchachos del Oratorio. A muchísimos no los había visto nunca, pero todos aseguraban que pertenecían a nuestro Oratorio. Y entre los que eran desconocidos para mí había algunos que están actualmente aquí, entre los que me escuchan. Son los que no se presentan nunca a [San] Juan Don Bosco; los que no acuden a pedirle un consejo; los que, por el contrario, huyen de él; en una palabra: los jóvenes a los cuales [San] Juan Don Bosco aún no conoce... Pero la inmensa mayoría de los desconocidos estaba integrada por los que no están ni han estado en el Oratorio.

Mientras observaba con pena aquella multitud, el que me acompañaba me tomó de la mano y me dijo:

—Ven conmigo y verás otras cosas.

Y así diciendo me condujo a un extremo apartado del valle rodeado de pequeñas colinas y cercado de un vallado de plantas esbeltas, en el cual había un gran prado cubierto de verdor, lo más riente que imaginarse puede y embalsamado por multitud de plantas aromáticas, esmaltado de flores silvestres y en el que, además, se descubrían frondosos bosquecillos y corrientes de agua limpiísimas. En él me encontré con una gran multitud de hijos, todos alegres, dedicados a formar un hermosísimo vestido con flores del prado.

—Al menos, tienes a estos que te proporcionan grandes consuelos.

—¿Quiénes son?—, pregunté.

—Son los que están en gracia de Dios.

—¡Ah! Les puedo asegurar que jamás vi criaturas tan bellas y resplandecientes y que nunca habría podido imaginar tanta hermosura. Sería imposible que me pusiese a describirlo, pues sería echar a perder lo que no se puede imaginar si no se le ve.

Pero me estaba reservado un espectáculo aún más sorprendente. Mientras estaba yo contemplando con inmenso placer a aquellos jóvenes, entre los que había muchos a los cuales no conocía, el guía me dijo:

—Ven, ven conmigo y te haré ver algo que te proporcionará una alegría y un consuelo aún mayor.

Y me condujo a otro prado todo esmaltado de flores más bellas y olorosas que las que había visto anteriormente. Parecía un jardín real. En él pude ver un número menor de jóvenes que en el prado anterior, pero de una tan extraordinaria belleza y de un esplendor tal que anulaban por completo a los que había contemplado poco antes. Algunos de éstos están en el Oratorio, otros lo estarán con el tiempo.

Entonces el pastor me dijo:

—Estos son los que conservan la bella azucena de la pureza. Estos están revestidos aún con la estola de la inocencia.

Yo contemplaba estático aquel espectáculo. Casi todos llevaban en la cabeza una corona de flores de una belleza indescriptible. Dichas flores estaban compuestas por otras flores pequeñísimas de una gallardía sorprendente y sus colores eran tan vivos y tan variados que encantaban al que las miraba. Había más de mil colores en una sola flor y en cada flor se veían más de mil flores.

Hasta los pies de aquellos jóvenes descendía una vestidura de fascinante blancura, toda entretejida de guirnaldas de flores, semejantes a las que formaban las coronas.

La luz encantadora que partía de las flores iluminaba toda la persona haciendo reflejar en ella la propia belleza. Las flores se reflejaban también las unas en las otras y las de las coronas en las que formaban las guirnaldas reverberando cada una los rayos emitidos por las otras. Un rayo de un color al encontrarse con otro de otro color daba origen a nuevos rayos, diversos entre sí y, por consiguiente, cada nuevo rayo producía otros distintos, de manera que yo jamás habría creído que en el Paraíso hubiese un espectáculo tan múltiple y encantador. Pero esto no es todo. Los rayos de las flores y de las coronas de unos jóvenes se espejaban en las flores y en los de las coronas de todos los demás; lo mismo sucedía con las guirnaldas y con las vestiduras de cada uno. Además, el resplandor del rostro de un joven al expandirse, se fundía con el resplandor del rostro de los compañeros y al reflejarse sobre aquellas facciones angelicales e inocentes producían tanta luz que deslumbraba la vista e impedía fijar los ojos en ellas.

Y así, en uno solo, se concentraban las bellezas de todos los compañeros de una forma tan armónica e inefable que sería imposible el describirlo. Era la gloria accidental de los santos. No hay imagen humana capaz de dar una idea aunque pálida de la belleza que adquiriría cada uno de aquellos jóvenes, en medio de un tan inmenso océano de esplendor.

Entre ellos pude ver a algunos que están actualmente en el Oratorio y estoy seguro de que si pudiesen apreciar aunque sólo fuese la décima parte

de la hermosura de que los vi revestidos, estarían dispuestos a sufrir el tormento del fuego, a dejarse descuartizar, a afrontar el más cruel de los martirios, antes que perderla.

Apenas pude reaccionar un poco después de haber contemplado semejante espectáculo, me volví a mi guía y le dije:

—Pero ¿en tan crecido número de jóvenes, son tan pocos los inocentes? ¿Tan contados son los que nunca han perdido la gracia de Dios?

El pastor respondió:

—¿Cómo? ¿Te parece pequeño su número? Por otra parte, ten presente que los que han tenido la desgracia de perder el hermoso lirio de la pureza, y, por tanto, la inocencia, pueden seguir a sus compañeros por el camino de la penitencia. ¿Ves allá? En aquel prado hay muchas flores, con ellas pueden tejer una corona y una vestidura hermosísima y seguir también a los inocentes en la gloria.

—Dime algo más que yo pueda comunicar a mis jóvenes— añadió entonces.

—Insíteles y diles que si supiesen cuan bella y preciosa es a los ojos de Dios la inocencia y la pureza, estarían dispuestos a hacer cualquier sacrificio para conservarla. Diles que se animen a cultivar esta bella virtud, la cual supera a las demás en hermosura y esplendor. Por algo los castos son los que *crecunt tanquam lilia in conspectu Domini*.

Yo quise entonces introducirme en medio de aquellos mis queridos hijos tan bellamente coronados, pero tropecé al marchar y me desperté encontrándome en la cama.

Hijos míos: ¿son todos inocentes? Tal vez entre vosotros hay algunos que lo son y a ellos van dirigidas estas mis palabras de una manera especial. Por caridad: no pierdan un tesoro de un tan inestimable valor. ¡La inocencia es algo que vale tanto como el Paraíso. ¡Si hubieran podido admirar la belleza de aquellos jovencitos recubiertos de flores! El conjunto de aquel espectáculo era tal, que yo habría dado cualquier cosa por seguir gozando de él, y si fuese

pintor, consideraría como una gracia extraordinaria el poder plasmar en el lienzo, de alguna manera, lo que vi.

Si conocieran la belleza de un inocente, les someterían a las pruebas más penosas, incluso a la misma muerte, con tal de conservar el tesoro de la inocencia.

El número de jos que habían recuperado la gracia, aunque me produjo un gran consuelo, creí, con todo, que sería mayor. También me maravillé de ver a algunos que aquí parecen buenos jóvenes y en el sueño tenían unos cuernos muy grandes y muy gruesos.

[San] Juan Don Bosco terminó haciendo una cálida exhortación a los que habían perdido la inocencia para que se empeñasen voluntariosamente en recuperar la gracia por medio de la frecuencia de los Sacramentos.

Dos días después, el 18 de junio, el [Santo] subía a su tribuna y daba algunas nuevas explicaciones del sueño.

«No sería necesario —dijo— explicación alguna respecto al sueño, pero volveré a repetir lo que ya les dije. La gran llanura es el mundo, y los distintos parajes, el estado a que es llamado cada uno de nuestros jóvenes. El rincón donde estaban los corderos es el Oratorio. Los corderos son todos jos jóvenes que estuvieron, están y estarán en el Oratorio. Los tres prados de esta zona, el árido, el verde y el florido, indican los estados de pecado, de gracia y de inocencia. Los cuernos de los corderos son los escándalos dados en el pasado. Había, además quienes tenían los cuernos rotos, o sea los que fueron escandalosos y después se enmendaron por completo. Todas aquellas cifras que representaban el número tres y que se veían grabadas en las distintas partes de j cuerpo de cada cordero, simbolizan, según me dijo el pastor, tres castigos que Dios enviará a los jóvenes: 1º Carestía de auxilios espirituales. 2º Carestía moral, o sea, falta de instrucción religiosa y de la palabra de Dios. 3º Carestía material, o sea, carencia incluso del alimento.

Los jóvenes resplandecientes son los que se encuentran en gracia de Dios y, sobre todo, los que conservan la inocencia bautismal y la bella virtud de la pureza. ¡Qué gloria tan grande les espera a los tales!

Entreguémonos, pues, queridos jóvenes, con el mayor entusiasmo a la práctica de la virtud. El que no esté en gracia de Dios, que la adquiera con la mayor buena voluntad y que después emplee todos los medios necesarios para conservarse en ella hasta la muerte; pues, si es cierto que no todos podemos estar en compañía de los inocentes y formar corona a Jesús, Cordero Inmaculado, al menos podemos seguir detrás de ellos.

Uno de vosotros me preguntó si estaba entre los inocentes y yo le dije que no, que tenía los cuernos rotos.

Me preguntó también si tenía llagas y le dije que sí.

*—¿Y qué significan esas llagas?—, me preguntó.
Yo le respondí:*

—No temas. Tus llagas están ya casi cicatrizadas y desaparecerán con el tiempo; tales llagas no son deshonrosas, como no lo son las cicatrices de un combatiente, el cual, a pesar de las heridas y de los ataques del enemigo, supo vencer y conseguir la victoria. ¡Por tanto, son cicatrices gloriosas! Pero aún es más honroso combatir en medio del enemigo sin ser herido. La incolumidad del que lo consigue es causa de admiración para todos».

Explicando este sueño [San] Juan Don Bosco dijo también que no pasaría mucho tiempo sin que se dejasen sentir estos tres males:

Pestes, hambres y también falta de medios para hacer bien a las almas.

Añadió que no pasarían tres meses sin que sucediese algo de particular.

Este sueño produjo en los jóvenes la impresión y los frutos que había conseguido otras muchas veces con relatos semejantes.

EL PURGATORIO

SUEÑO 61.—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo VIII, pág. 853-858)

El 25 de junio [San] Juan Don Bosco habló a la Comunidad, después de las oraciones de la noche, en estos términos:

«Ayer noche, mis queridos hijos, me había acostado, y no pudiéndome dormir, pensaba en la naturaleza y modo de existir del alma; cómo estaba hecha; cómo se podía encontrar en la otra vida separada del cuerpo; cómo se trasladaría de un lugar a otro; cómo nos podremos conocer entonces los unos a los otros siendo así que, después de la muerte sólo seremos espíritus. Y cuanto más reflexionaba sobre esto, tanto más misterioso me parecía todo.

Mientras divagaba sobre éstas y otras semejantes fantasías me quedé dormido y...

...me pareció estar en el camino que conduce a (y nombró la ciudad) y que a ella me dirigía. Caminé durante un rato; atravesé pueblos para mí desconocidos, cuando de pronto sentí que me llamaban por mi nombre. Era la voz de una persona que estaba parada en el camino.

—Ven conmigo —me dijo—; ahora podrás ver lo que deseas.

Obedecí inmediatamente. El tal se movía con tal rapidez que ni el mismo pensamiento le podía aventajar; lo mismo yo. Caminábamos sin que nuestros pies tocasen el suelo. Al llegar a una región que no sabría precisar, mi guía se detuvo. Sobre un lugar eminente se elevaba un magnífico palacio de admirable estructura. No sabría puntualizar dónde estaba, ni sobre qué altura; no recuerdo si sobre una montaña o en el aire, sobre las nubes. Era un edificio inaccesible, pues no se veía camino alguno que a él condujese. Sus puertas estaban a una altura considerable.

—¡Mira! ¡Sube a aquel palacio!— me dijo mi guía.

—¿Cómo podré hacerlo? —exclamé—. ¿Qué es lo que tengo que hacer? Aquí abajo no veo camino alguno y yo no tengo alas. —¡Entra!—, me dijo el otro en tono imperativo.

Y viendo que yo no me movía, añadió:

—Haz lo que yo; levanta los brazos con buena voluntad y subirás. Ven conmigo.

Y diciendo esto levantó en alto las manos hacia el cielo. Yo abrí entonces los brazos y al instante me sentí elevado en el aire a guisa de ligera nube. Y heme aquí a la entrada de palacio. El guía me había acompañado.

—¿Qué hay ahí dentro?—, le pregunté.

—Entra; visítalo y verás. En una sala, al fondo, encontrarás quien te aleccione.

El guía desapareció y yo, habiéndome quedado sólo y como guía de mí mismo, entré en el pórtico, subí las escaleras y me encontré en un departamento verdaderamente regio. Recorrí salas espaciosas, habitaciones riquísimamente decoradas y largos corredores. Yo caminaba a una velocidad fuera de lo natural. Cada sala brillaba al conjuro de los sorprendentes tesoros en ellas acumulados y con gran rapidez recorrí tantos departamentos que me hubiera sido imposible enumerarlos.

Pero, lo más admirable fue lo siguiente: A pesar de que corría a la velocidad del viento, no movía los pies, sino que permaneciendo suspendido en el aire y con las piernas juntas, me deslizaba sin cansancio sobre el pavimento sin tocarlo, como si se tratase de una superficie de cristal. Así, pasando de una sala a otra, vi finalmente al fondo de una galería una puerta. Entré y me encontré en un gran salón, magnífico sobre toda ponderación... Al fondo del mismo, sobre un sillón, vi majestuosamente sentado a un Obispo, en actitud de recibir audiencia. Me acerqué con respeto y quedé maravillado al reconocer en aquel prelado a un amigo íntimo. Era Monseñor... (y dijo el nombre), Obispo de... muerto hacía dos años. Parecía que no sufriese nada. Su aspecto era saludable, afectuoso y de una belleza que no se puede expresar.

—¡Oh, Monseñor! ¿Usted aquí?—, le dije con alegría.

—¿No me ves?—, replicó.

—¿Cómo es esto? ¿Está vivo todavía? Pero ¿no murió?

—Sí, que he muerto.

—Y si murió, ¿cómo es que está ahí sentado, con ese aspecto tan saludable y de tan buena apariencia? Si es que está vivo todavía, dígamelo, pues de lo contrario nos veremos en graves aprietos. En A... hay otro Obispo, Monseñor... ¿cómo arreglaremos este asunto?

—Esté tranquilo, no se preocupe, que yo estoy muerto —me contestó—.

—Más vale así, pues ya hay otro puesto en su lugar.

—Lo sé. ¿Y Vos, [San] Juan Don Bosco, está vivo o muerto?

—Yo estoy vivo. ¿No me ve aquí en cuerpo y alma?

—Aquí no se puede venir con el cuerpo.

—Pues yo lo estoy.

—Eso le parece, pero no es así.

Y al llegar a este punto de la conversación comencé a hablar muy de prisa, haciendo pregunta tras pregunta, sin obtener contestación alguna.

—¿Cómo es posible —decía— que estando yo vivo pueda estar aquí con Vucencia que está muerto?

Y tenía miedo de que el prelado desapareciese; por eso comencé a decirle en tono suplicante:

—Monseñor, por caridad, no se vaya. ¡Necesito saber tantas cosas!

El Obispo, al verme tan preocupado:

—No se inquiete de ese modo —me dijo—; está tranquilo, no dude de mí; no me irá; hable.

—Dígame, Monseñor, ¿se ha salvado?

—Míreme— contestó; observe cuan lozano resplandeciente me encuentro.

Su aspecto me daba cierta esperanza de que se hubiera salvado; pero no contentándome con eso, añadí:

—Dígame si se ha salvado: ¿sí o no?

—Sí; estoy en un lugar de salvación— me respondió.

—Pero ¿está en el Paraíso gozando de Dios o en el Purgatorio?

—Estoy en un lugar de salvación; pero aún no he visto a Dios y necesito aún que rece por mi.

—¿Y cuánto tiempo tendrá que estar todavía en el Purgatorio?

—¡Mire aquí!— Y me mostró un papel, añadiendo: —¡Lea!

Yo tomé el papel en la mano, lo examiné atentamente, pero no viendo en él nada escrito, le dije:

—Yo no veo nada.

—Mire lo que hay escrito; lea—. Me volvió a decir.

—Lo he mirado y lo estoy mirando, pero no puedo leer nada, porque nada hay escrito.

Mire mejor.

—Veo un papel con dibujos en forma de flores celestes, verdes, violáceas, pero cifras no veo ninguna.

—Pues esas son mis cifras.

—Yo no veo ni cifras, ni números.

El prelado miró el papel que yo tenía en la mano y después dijo:

—Ya sé por qué no comprende, ponga el papel al revés.

Examiné la hoja con mayor atención, la volví de un lado y de otro, pero ni al derecho ni al revés la pude leer. Solamente me pareció apreciar que entre los trazos de aquellos dibujos se veía el número dos.

El Obispo continuó:

¿Sabe por qué es necesario leer al revés? Porque los juicios de Dios son diferentes de los juicios del mundo. Lo que los hombres juzgan como sabiduría es necedad para Dios.

No me atreví a pedirle me diera una más clara explicación, y dije:

—Monseñor, no se marche; tengo que preguntarle algunas cosas más.

—Pregunte, pues; yo le escucho.

—¿Me salvaré?

—Tenga esperanza en ello.

—No me haga sufrir; dígame si me salvaré.

—No lo sé.

—Al menos, dígame si estoy o no en gracia de Dios.

—No lo sé.

—¿Y mis jóvenes, se salvarán?

—No lo sé.

—Por favor, le suplico que me lo diga.

—Ha estudiado Teología, por tanto lo puede saber y darse la respuesta a sí mismo.

—¿Cómo? ¿Está en un lugar de salvación y no sabéis nada de estas cosas?

—Mire; el Señor se las hace saber a quien quiere; y cuando quiere que se den a conocer estas cosas, concede el permiso y da la orden. De otra manera nadie puede comunicarlo a los que viven aún.

Yo me sentía impulsado por un deseo vehemente de preguntar más y más cosas ante el temor de que Monseñor se marchase.

—Ahora, dígame algo de su parte para comunicarlo a mis jóvenes.

—Vos sabéis tan bien como yo qué es lo que tiene que hacer. Tenéis la Iglesia, el Evangelio, las demás Escrituras que lo contienen todo; dícales que salven el alma, que lo demás nada interesa.

—Pero, eso lo sabemos ya; debemos salvar el alma. Lo que necesitamos es conocer los medios que hemos de emplear para conseguirlo. Déme un consejo que nos haga recordar esta necesidad. Yo se lo repetiré a mis jóvenes en vuestro nombre.

—Dícales que sean buenos y obedientes

—¿Y quién no sabe esas cosas?

—Dícales que sean modestos y que recen.

—Pero, dígame algo más práctico.

—Dícales que se confiesen frecuentemente y que hagan buenas comuniones.

—Algo más concreto, más particular.

—Se lo diré puesto que así lo quiere. Dícales que tienen delante de si una niebla y que simplemente el distinguirla es ya una buena cosa. Que se quiten ese obstáculo de delante de los ojos, como se lee en los Salmos:

Nubem dissipat.

—¿Y qué significa esa niebla?

—Todas las cosas del mundo, las cuales impiden ver la realidad de los bienes celestiales.

—¿Y qué deben hacer para que desaparezca esa niebla?

—Considerar el mundo tal cual es: *mundus totus in maligno positus est*; y entonces salvarán el alma: que no se dejen engañar por las apariencias mundanas. Los jóvenes creen que los placeres, las alegrías, las amistades del mundo pueden hacerles felices y, por tanto, no esperan más que el momento de poder gozar de ellas; pero que recuerden que todo es vanidad y aflicción de espíritu. Que se acostumbren a ver las cosas del mundo, no según sus apariencias, sino como son en realidad.

—¿Y de dónde proviene principalmente esta niebla?

—Así como la virtud que más brilla en el Paraíso es la pureza; también la oscuridad y la niebla es producida por el pecado de la inmodestia y de la impureza. Es como un negro y densísimo nubarrón que priva de la vista e impide a los jóvenes ver el precipicio que les amenaza con tragárselos. Dígales, pues, que conserven celosamente la virtud de la pureza, pues los que la poseen, *florebunt sicut liliun in civitate Dei*.

—¿Y qué se precisa para conservar la pureza?

Dígamelo, que yo se lo comunicaré a mis jóvenes de su parte.

—Es necesario: el retiro, la obediencia, la huida del ocio y la oración.

—¿Y después?

—Oración, huida del ocio, obediencia, retiro.

—¿Y qué más?

—Obediencia, retiro, oración y huida del ocio.

Recomiéndeles estas cosas que son suficientes.

Yo deseaba preguntarle algunas cosas más, pero no me acordaba de nada.

De forma que, apenas el prelado hubo terminado de hablar, en mi deseo de repetirles aquellos mismos consejos, abandoné precipitadamente la sala y corrí al Oratorio. Volaba con la rapidez del viento y, en un instante me encontré a las puertas de nuestra casa. Seguidamente me detuve y comencé a pensar:

—¿Por qué no estuve más tiempo con el Obispo de...?

¡Me habría proporcionado nuevas aclaraciones! He hecho mal en dejar perder tan buena ocasión. ¡Podría haber aprendido tantas cosas hermosas!

E inmediatamente volví atrás con la misma rapidez con que había venido, temeroso de no encontrar ya a Monseñor. Penetré, pues, de nuevo en aquel palacio y en el mismo salón.

Pero, ¡qué cambio se había operado en tan breves instantes! El Obispo, palidísimo como la cera, estaba tendido sobre el lecho; parecía un cadáver; a los ojos le asomaban las últimas lágrimas; estaba agonizando. Sólo por un ligero movimiento del pecho agitado por los postreros estertores se comprendía que aún tenía vida. Yo me acerque a él afanosamente:

—Monseñor, ¿qué es lo que le ha sucedido?

—Déjeme—, dijo dando un suspiro.

—Monseñor, tendría aún muchas cosas que preguntarle.

—Déjeme solo; sufro demasiado.

—¿En qué puedo aliviarle?

—Rece y déjeme ir.

—¿Adonde?

—Donde la mano omnipotente de Dios me conduce.

—Pero, Monseñor, se lo suplico, dígame dónde.

—Sufro demasiado; déjeme.

—Al menos dígame qué puedo hacer en su favor.

—Rece.

—Una palabra nada más, ¿no tiene que hacerme algún encargo para el mundo? ¿No tiene nada que decir a su sucesor?

—Vaya con el actual Obispo de... y dígame de mi parte esto y esto.

Las cosas que me dijo a vosotros no les interesan, mis queridos jóvenes, por tanto las omitiremos.

El prelado prosiguió diciendo:

—Dígale también a tales y tales personas, estas y estas otras cosas en secreto.

—¿Nada más?—, continué yo.

—Diga a sus jóvenes que siempre los he querido mucho; que mientras viví, siempre recé por ellos y que también ahora me recuerdo de ellos. Que ellos rueguen también por mí.

—Tenga la seguridad de que se lo diré y de que comenzaremos inmediatamente a aplicar sufragios. Pero, apenas se encuentre en el Paraíso, acuérdesese de nosotros.

El aspecto del prelado denotaba entretanto un mayor sufrimiento. Daba pena el contemplarlo; sufría muchísimo, su agonía era verdaderamente angustiosa.

—Déjeme —me volvió a decir—; déjeme que vaya donde el Señor me llama.

—¡Monseñor!... ¡Monseñor!...—, repetía yo lleno de indecible compasión.

—¡Déjeme!... ¡Déjeme!...

Parecía que iba a expirar mientras una fuerza superior se lo llevaba de allí a las habitaciones más interiores, hasta que desapareció de mi vista.

Yo, ante una escena tan dolorosa, asustado y conmovido me volví para retirarme, pero habiendo dado al bajar la escalera con la rodilla en algún objeto, me desperté y me encontré en mi habitación y en el lecho.

Como ven, mis queridos jóvenes, este es un sueño como todos los demás, y en lo relacionado con vosotros no necesita explicación, porque todos lo han entendido.

[San] Juan Don Bosco terminó diciendo:

«En este sueño aprendí tantas cosas relacionadas con el alma y con el Purgatorio, que antes no había llegado a comprender y que ahora las veía tan claras que no las olvidaré jamás».

Así termina la narración que nos ofrecen nuestras Memorias. Parece que [San] Juan Don Bosco haya querido exponer en dos cuadros distintos el estado de gracia de las almas del Purgatorio y el de sus sufrimientos expiatorios.

El [Santo] no hizo comentario alguno sobre el estado de aquel buen prelado. Por lo demás, por revelaciones dignísimas de fe y por los testimonios de los Santos Padres se sabe que personajes de santidad suma, lirios de pureza virginal, ricos en méritos, por faltas ligerísimas hubieron de permanecer largo tiempo en el Purgatorio.

La justicia divina exige que antes de entrar en el cielo, cada uno pague hasta el último cuadrante de sus deudas.

Habiendo preguntado algún tiempo después a [San] Juan Don Bosco — continúa Don Lemoyne— si había cumplido los encargos que se le habían dado por parte de aquel Obispo, con aquella confianza con la cual me honraba, le oí responder:

—Sí, he observado fielmente lo que se mandó.

EL JARDÍN

SUEÑO 62.—AÑO DE 1867.

(M. B. Tomo IX, págs. 11-17)

En la noche del 31 de diciembre de 1867, [San] Juan Don Bosco reunió a los jóvenes en la iglesia y subiendo al pulpito, después de las oraciones, les habló así:

«Suelen, en estos días, los padres dar el aguinaldo a sus hijos; lo mismo hacen los amigos recíprocamente. También yo acostumbro hacerlo todos los años, dando en esta noche a mis queridos jóvenes un recuerdo que les sirva de aguinaldo para el año próximo.

Estaba pensando desde hace algunos días qué aguinaldo les daría, mis queridos hijos, y a pesar de mis esfuerzos no encontraba un pensamiento a propósito para ello. También la noche pasada, estando ya acostado, pensaba una y otra vez en lo que les debería decir como consejo saludable para el 1868, pero no me fue posible concentrarme. Cuando, después de un buen rato, agitado siempre por la más viva preocupación me encontré como semidormido, en un estado intermedio entre el sueño y la vigilia.

Era un sueño que me permitía darme cuenta de lo que hacía, oyendo lo que se me decía y respondiendo a lo que se me preguntaba. O sea estaba en un estado muy parecido al sueño, pero que no lo era.

Me parecía hallarme en mi habitación. Hice por salir y en lugar de la baranda me encontré delante de un hermoso jardín en el que había

innumerables rosales; el jardín estaba rodeado de una muralla y a la entrada del mismo se veía escrito con caracteres cubitales el número 68.

Un portero me introdujo en aquel vergel y en él vi a nuestros jóvenes que se entretenían alegremente, gritando y saltando. Muchos, al verme, se apiñaron a mi alrededor hablando conmigo de muchas cosas. Comenzamos a recorrer juntamente el jardín y después de un breve trayecto a lo largo del muro, vi a un lado a numerosos muchachos agrupados cantando y rezando en compañía de algunos sacerdotes y clérigos. Me acerqué más a ellos; los miré y no los reconocí del todo; gran parte me eran desconocidos; pude darme cuenta que cantaban el Miserere y otras preces de difunto. Acercándome más aún, les dije:

—¿Qué hace aquí? ¿Por qué reza el *Miserere*? ¿Cuál es la causa de su luto? ¿Se ha muerto acaso alguno?

—¡Oh!, —me dijeron—, ¿usted no lo sabe?

—Yo no sé nada.

—Estamos rezando por el alma de un joven que murió tal día y a tal hora.

—Pero ¿quién es?

—¿Cómo?, —replicaron—. ¿No sabe quién es?

—¡No, no!

—¿Acaso no le hemos avisado?—, se dijeron mutuamente. Y después, dirigiéndose a mí:

—Pues bien, ha de saber que ha muerto el tal— y me dijeron el nombre.

—¡Cómo! ¿Ha muerto ése?

—Sí; pero ha tenido una buena muerte; una muerte envidiable. Recibió

con gran satisfacción y edificación nuestra los Sacramentos. Resignado a la voluntad de Dios, dio muestras de los más vivos sentimientos de piedad. Ahora al acompañarlo a la sepultura rezamos por su alma, pero tenemos la esperanza de que esté ya en el cielo y en él interceda por nosotros. Aun más: estamos seguros de que se halla ya en el Paraíso.

—¿Tuvo, pues una buena muerte? ¡Que se cumpla siempre la voluntad de Dios! Imitemos sus virtudes y pidamos al Señor que nos conceda también a nosotros la gracia de tener una santa muerte.

Y dicho esto me alejé de ellos, rodeado siempre de una gran muchedumbre de jóvenes. Seguimos, pues, paseando por el jardín, y tras haber recorrido un buen trecho de camino, llegamos a un prado bellísimo cubierto de verdor. Yo, entretanto, me decía a mí mismo:

—Pero ¿cómo es esto? ¿Ayer noche me acosté en mi cama y ahora me encuentro con todos los jóvenes esparcidos acá y acullá por este jardín?

Cuando he aquí que veo a otra numerosa turba de muchachos dispuestos en círculo, en el centro del cual había algo que no podía distinguir bien. Me di cuenta, sin embargo, de que estaban arrodillados; unos rezaban y otros cantaban. Me acerqué y pude comprobar que rodeaban un ataúd diciendo las preces de difuntos y entonando el *Miserere*. Entonces les pregunté:

¿Por quién rezan?

Todos ellos, con semblante melancólico, me respondieron:

—Ha muerto otro joven y ha tenido una buena muerte. Ha recibido con edificante piedad los Santos Sacramentos y ha dado muestras de sólida piedad. Ahora le llevan ya a la sepultura. Estuvo enfermo ocho días y vinieron a verlo sus padres.

Les pregunté el nombre del difunto y me lo dijeron; me sentí muy apesadumbrado al oírlo y exclamé:

—¡Oh, lo lamento! Era uno que me quería mucho y no he podido darle

el último adiós tampoco al otro pude verlo antes de que muriese... ¿Es que ahora se van a morir todos?... Un muerto aquí, otro allá...

—¿Qué dice?, —me respondieron—. ¿Un muerto hace poco y otro ahora? ¿Le parece poco tiempo y han pasado ya tres meses que falleció el primero en tal día y a tal hora?

Al oír esto pensé entre mí:

—¿Sueño o estoy despierto?

Me parecía no soñar y, por otra parte, no sabía qué pensar de lo que estaba oyendo.

Comenzamos después a internarnos por aquellos bosquecillos, y tras un buen rato de estar caminando he aquí que oigo cantar nuevamente el *Miserere*. Retengo el paso y tanto yo como los que me acompañaban divisamos un numeroso grupo de jóvenes que se acercaba a nosotros. Entonces pregunté a los que estaban junto a mí:

—¿Qué hacen éstos? ¿Adonde van?

Venían de un lugar próximo y estaban todos desconsolados y con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué tienen?—, les pregunté, apresurándome a salirles al encuentro.

—¡Ah! Si supiese...

—¿Qué ha sucedido?

—Ha muerto un joven.

—¿Cómo? ¿Pero, he de ver muertos por todas partes?

¿A quién han acompañado a la sepultura?

Y los jóvenes, dando muestras de extrañeza, exclamaron:

—¡Cómo! Pero ¿no sabe nada? ¿No se ha enterado de que ha muerto fulano?

—¿También ése ha muerto?—, pregunté.

—Sí; pobrecillo... Sus padres no han venido a verlo... pero...

—¿Pero qué? ¿Acaso no ha tenido una buena muerte?

—No. Ha tenido una muerte nada deseable.

—¿No recibió los Sacramentos?

—Al principio no quería recibirlos; después accedió a hacerlo, pero de mala gana y sin dar muestras de arrepentimiento; así que hemos quedado poco edificados e incluso dudamos mucho de su eterna salvación, sintiendo mucho que un joven del Oratorio haya tenido una muerte tan mala.

Entonces yo procuré consolarlos diciéndoles:

—Si ha recibido los Sacramentos esperemos que se haya salvado. No hay que desesperar de la misericordia de Dios. ¡Es tan grande!

Pero no logré consolarles al intentar infundirles esta esperanza.

Entretanto, lleno de dolor y con la mente turbada, pensaba en las fechas en que aquellos jóvenes habían muerto; cuando apareció un personaje desconocido para mí, el cual acercándose me dijo:

—Mira: son tres.

Yo le interrumpí:

—¿Y tú quién eres que me hablas con tanta familiaridad, tuteándome sin haberme visto nunca?

—Escúchame —respondió— y después te diré quién soy. ¿Quieres que

te dé una explicación de cuanto has visto?

—Sí. ¿Qué significan estos números?

—Has visto —me replicó— el número 68 escrito sobre la puerta del jardín. Esto significa el año 1868. Durante él, tres de los jóvenes que te han sido indicados deberán morir. Como has visto, los dos primeros están bien preparados; al tercero debes prepararlo tú.

Y pensando si, en efecto, sería cierto que en el año 1868 morirían tres de mis queridos hijos, añadí:

—Pero ¿cómo puedes decirme eso?

—Observa atentamente si se cumple lo que te he dicho y verás —me respondió—.

Ante la seguridad y amabilidad de sus palabras comprendí que aquel personaje me hablaba como amigo y proseguí con él el camino, absorto en las palabras que le había oído decir.

—¿Acaso estoy soñando?, —exclamé—. Aquí no hay nada de sueños que bien despierto estoy. Veo, oigo, conozco...

Y mi acompañante me dijo: —Sí, sí; todo esto es realidad.

Y yo:

—¿Realidad? Te ruego que me atiendas. Me has hablado del porvenir; ahora háblame del presente. Lo que deseo es que me digas algo para repetírselo a mis jóvenes como aguinaldo mañana por la noche.

Y él:

—Diles a tus jóvenes que así como los primeros en morir estaban preparados porque frecuentaban con las debidas disposiciones la Santa Comunión durante la vida, también en punto de muerte la recibieron con gran edificación de todos; el último, en cambio, no comulgaba en vida,

cuando gozaba de salud, y por eso en el trance supremo la recibió con poca devoción. Diles que si quieren tener una buena muerte, frecuenten la sagrada Comunión con las debidas disposiciones, siendo la primera de todas, una Confesión bien hecha. El aguinaldo sea pues, éste: *La Comunión devota y frecuente es el medio más eficaz para tener una buena muerte y así salvar el alma.* Ahora sígueme y presta atención. Y se adentró un poco más en el sendero del jardín.

Yo le seguía cuando, de pronto, veo concentrados en un largo espacio abierto a mis jóvenes. Me detuve a observarlos. Los conocía a todos y me parecía que no faltaba ninguno; los veía como tantas veces, sin notar en ellos ninguna particularidad. Pero, examinándolos más de cerca, vi algo que me llenó de admiración y de horror. De debajo de la gorra de muchos, y partiendo de la frente, salían dos cuernos. Unos los tenían más largos, otros más cortos; éstos enteros, aquellos partidos; algunos sólo conservaban la señal de haberlos tenido en la misma raíz, otros, a pesar de tenerlos rotos, no podían impedir que continuasen desarrollándose, aumentando incessantemente de grosor. No faltaban quienes no sólo tenían cuernos sino que, además, parecía que sentían orgullo de tenerlos, dando continuas cornadas a los compañeros. Me llamaron la atención los que tenían un solo cuerno en mitad de la cabeza, pero de grosor extraordinario, siendo éstos los más peligrosos. Finalmente vi a otros cuya frente candida y serena jamás se había visto afeados por semejante deformidad.

Les quiero hacer presente que podría indicar a cada uno de vosotros el estado en que os vi en el jardín.

Habiéndome alejado después un poco de los jóvenes y acompañado solamente de mi guía, al llegar a cierto paraje un poco elevado, vi una extensa región ocupada por una muchedumbre de gente que guerreaban entre sí, eran militares.

Durante largo espacio de tiempo combatieron encarnizadamente sin compasión alguna hacia nadie. Mucha era la sangre vertida. Yo veía a los infelices que caían al suelo grave o mortalmente heridos.

Entonces pregunté a mi compañero:

—¿Cómo es que estos hombres se matan de esta manera tan terrible?

—Gran guerra —exclamó mi guía— en el año 1868, y esta no terminará sino después de haberse derramado mucha sangre.

—¿Esta guerra tendrá como escenario nuestra país?

¿Qué gente es esta? ¿Son italianos o extranjeros?

—Observa a aquellos soldados y por sus uniformes sabrás a qué nacionalidad pertenecen.

Los observé atentamente y comprendí que eran individuos pertenecientes a distintas naciones. La mayor parte no vestían como nuestros soldados, pero también había allí italianos.

—Esto significa —añadió el personaje— que en esta guerra tomarán parte los hijos de Italia.

Nos retiramos de aquel campo de muerte y caminando un breve espacio de tiempo llegamos a otra parte del jardín; cuando he aquí que oigo gritar a voz en cuello:

—¡Huyamos de aquí! ¡Huyamos de aquí! Huyamos, de lo contrario moriremos todos.

Y vi una gran multitud de gente que huía y, en medio de ella, a muchos de complexión robusta que caían muertos al suelo.

—¿Por qué huyen?—, pregunté a uno de los fugitivos.

—El cólera causa muchas víctimas —me respondió—; y si no huimos, moriremos también nosotros.

—Pero ¿qué es lo que veo?, —dije a mis compañero—.

Por todas parte reina la muerte.

—¡Gran epidemia en el 1868!—, exclamó.

—¿Cómo es posible? ¿El cólera en invierno? Es posible que mueran del cólera haciendo tanto frío?

—En Reggio Calabria se cuentan hasta cincuenta defunciones diarias.

Seguimos adelante, más adelante aún, y vimos una inmensa multitud de gente, pálida, abatida, exánime, consumida, con las ropas destrozadas.

Yo no podía explicar el motivo de aquel decaimiento y del estado miserable de aquella multitud y por eso pregunté a mi amigo:

—¿Qué sucede a éstos? ¿Qué significa esto?

Gran carestía en el 1868 —me respondió—. ¿No sabes que estos infelices no tienen con qué saciar su hambre?

—¿Cómo? ¿El estado en que se encuentran es consecuencia del hambre que padecen?

—Así es en realidad.

Yo, entretanto, seguía contemplando a aquella multitud que gritaba sin cesar: ¡Hambre, hambre, tenemos hambre!

Y buscaban pan para comer y no lo encontraban, y buscaban agua para apagar la sed que les abrasaba y no la hallaban.

Entonces, lleno de angustia, dije a mi compañero:

—Pero ¿es que durante este año lloverán todos los males sobre esta miserable tierra? ¿No habría algún medio para alejar de los hombres tantas desventuras?

—Sí que lo habría. El remedio sería que todos los hombres se pusieran de acuerdo en abstenerse de pecar; que dejaran de blasfemar; que honrasen a Jesús Sacramentado; que dirigieran sus plegarias a la Santísima Virgen, hoy

tan ingratamente olvidada por ellos.

—¿Y esa hambre y esa sed, es por falta de alimento corporal o espiritual?

El guía me contestó:

—Tanto lo uno como lo otro. A unos les faltará porque no quieren tenerlo y a otros porque no pueden.

—¿Y el Oratorio, tendrá que padecer también estos males? ¿Serán mis hijos también víctimas del cólera?

El guía me miró de pies a cabeza y después me dijo:

—Según. Es decir: si tus jóvenes se ponen de acuerdo en tener alejada de ellos la ofensa de Dios, honrando al mismo tiempo a Jesús Sacramentado y a la Santísima Virgen, se librarán de estos males, pues con semejantes salvaguardias se consigue todo, y sin ellas nada. Si proceden de otro modo, morirán. Que tengan presente que uno sólo que cometiera el pecado, sería suficiente para atraer la indignación de Dios y el cólera sobre el Oratorio.

Pregunté aún:

—¿Tendrán que padecer también mis hijos la falta de alimentos?

—¡Seguro! También ellos tendrán que sentir los efectos de la carestía.

—A mí me parece que esta calamidad debería caer solamente sobre mí, pues soy yo quien debo proveerles de alimento. Si falta el pan en casa, no son ellos los que se deben preocupar de remediar este mal.

—El hambre la sentirás tú y también tus hijos. Sus padres y bienhechores tendrán que sacrificarse mucho para pagar las pensiones y suministrarles otras muchas cosas necesarias. Serán numerosos los que no podrán pagar nada y la casa, falta de medios, no podrá atenderles en sus necesidades; por tanto, también ellos tendrán que padecer.

—¿Les faltará también el alimento espiritual?

—Sí; a unos porque no querrán tenerlo y a otros porque no podrán.

Y mientras hablábamos seguíamos avanzando por aquel jardín. Pero de pronto observé que el cielo se cubría de negros nubarrones que presagiaban una próxima tormenta. Al mirar a mi alrededor vi a los jóvenes que se habían dado a la huida. Abandonando a mi guía eché a correr tratando de alcanzarlos para ponerme a salvo con ellos; pero bien pronto los perdí de vista; relámpagos y truenos se sucedían sin cesar. Cayó después una lluvia torrencial y violentísima. Jamás había presenciado un tan recio temporal. Yo daba vueltas por el jardín buscando a mis muchachos y un lugar donde guarecerme, pero no encontraba ni a los unos ni lo otro. Toda aquella región aparecía desierta. Busqué la puerta para salir, y debido a mi precipitación no la encontraba; al contrario, cada vez me alejaba más de ella. Al fin cayó una granizada tan espantosa que en mi vida había visto granizos de un grosor semejante. Algunos que me cayeron sobre la cabeza, lo hicieron con tal violencia que, a consecuencia de los golpes recibidos, me desperté, encontrándome en el lecho. Les aseguro que me hallaba más falto de fuerzas que cuando me retiré a descansar.

Todas estas cosas las vi, como les he dicho, en sueño, y no se las cuento para que las crean realidades, sino para que saquen de ellas algún provecho si es posible. Consideremos como sueño lo que no nos interesa, pero aceptemos como realidades lo que nos puede servir de alguna utilidad, tanto más que podemos asegurar que así como sucedieron ciertas cosas que anunciamos en otras ocasiones, al presente podría ocurrir lo mismo. Aprovechémonos, pues; estemos preparados para la muerte; recemos a la Santísima Virgen y mantengamos el pecado alejado de nosotros.

Por último les dejo como aguinaldo la siguiente máxima: La Confesión y la Comunión frecuente y devota, son los grandes medios para salvar el alma.

¡Buenas noches!»

[San] Juan Don Bosco narró este sueño durante dos noches consecutivas. El texto del relato que acabamos de dar procede de la crónica particular del estudiante de teología Esteban Burlot, que dejó copia del mismo por él

firmada en fecha del 29 de enero de 1868. Y escribió al pie de ella: «Del sueño de [San] Juan Don Bosco hago una sencilla relación tal y como me parece haberla oído de sus labios, y siguiendo el mismo orden; sin repetir exactamente las mismas palabras por él proferidas porque no las recuerdo bien. Pero tengo la certeza de que el sentido es el mismo y esto es suficiente».

Para demostrar la importancia de este testimonio y el valor de la capacidad mental del mismo, diremos que a Esteban Burlót, ordenado de sacerdote y enviado por el [Santo] como misionero a América, le fue confiada la inmensa y turbulenta parroquia de la Boca, en Buenos Aires, a la sazón guarida de las sectas anticristianas. Y él, con su actividad, con su firmeza de carácter, con su palabra franca y leal, animada siempre por la fe, y con su ardiente caridad, sometió a las más rebeldes voluntades. Logró reformar la población; siendo amado de los buenos y temido del adversario, especialmente cuando con su periódico Cristóforo Colombo se hizo el arbitro de la opinión pública en la Boca, donde levantó un grandioso templo, un colegio para jovencitos, otro para niñas con Oratorios festivos, estableciendo asociaciones católicas de socorros mutuos y la sociedad de San Vicente de Paúl. Contando su parroquia con sesenta mil y más italianos, aprendió los distintos dialectos, celebrando solemnemente las festividades de cada uno de los Patronos de las diversas regiones italianas, despertando así en sus connacionales el entusiasmo patriótico, atrayéndolos a la Iglesia con procesiones religiosas en las que desplegaba el mayor esplendor, actos que evocaban las costumbres y tradiciones patrias. En el ejercicio del ministerio parroquial fue infatigable y heroico en la asistencia a los enfermos.

Don Bourlot, pues, joven, serio y sagaz, hacía poco que había entrado en el Oratorio dispuesto a dar su nombre a la Pía Sociedad. Sentía cierta repugnancia en prestar fe a los sueños de [San] Juan Don Bosco que le contaron sus compañeros más antiguos y, por tanto, con espíritu de crítica estuvo a la espera de lo que sucedería respecto a la desaparición de los tres jóvenes vistos por [San] Juan Don Bosco en el sueño y a las circunstancias que debían acompañar a estas defunciones. De forma que, con Don Joaquín Berto y con Don José Bologna, comenzó a consignar por escrito los acontecimientos según iban sucediendo y los tres firmaron el verbal cuando se cumplieron las profecías, quedando maravillados de la admirable precisión con que se llevaba a cabo cuanto [San] Juan Don Bosco había anunciado.

Pero estos testimonios escritos se perdieron en un traspapeleo de cartas y documentos, hecho por quien nada entendía sobre el valor de los mismos, habiéndose salvado solamente del naufragio una hoja que habla de la muerte del primero de los jóvenes. Por suerte, al regresar Don Bourlot de América por algún tiempo, mientras nos facilitó algunos datos que añadir al sueño, nos dio también noticias sobre el fin de los otros dos jóvenes, dejándonos la siguiente declaración fechada en 12 de octubre de 1889: «Puedo asegurar con juramento que la anunciada muerte de los tres hijos de [San] Juan Don Bosco como también podrían testificarlo Don Berto y Don Bologna». Y añadía que si bien no recordaba los apellidos del segundo y del tercero, podía asegurar que uno de ellos comenzaba por la letra B, que era herrero de oficio y que murió en el hospital asistido por [San] Juan Don Bosco.

Hemos de hacer notar cómo el anuncio de la muerte de aquellos tres jóvenes, no excluye el que también otros fuesen llamados a la eternidad aquel mismo año.

En efecto: nos aseguró Agustín Parigi que [San] Juan Don Bosco dijo algunos días después que otros seis jóvenes del Oratorio pasarían de esta vida a la eternidad, y que, a un compañero que temía ser del número de estos, le había dicho el [Santo]:

—Está tranquilo, el Señor no te quiere aún.

Y así fue, en efecto.

Fueron, pues, nueve los que murieron entre las ochocientas personas que se encontraban en la casa.

Pero ¿por qué el sueño hacía referencia solamente a tres?

La desaparición de éstos de la escena de este mundo había de realizarse en el espacio casi de un año completo, y la de los demás, o sea ja de los otros seis, a intervalos, ignorándose sus circunstancias, lo que haría como de despertador, obligando a los jóvenes del Oratorio a reflexionar frecuentemente sobre el sueño y sobre la descripción hecha por [San] Juan Don Bosco respecto al estado de las conciencias.

El cumplimiento de las tres muertes indicadas en el sueño es motivo suficiente para testimoniar la veracidad y cumplimiento del anuncio de los tres flagelos. [Bueno es también tener presente que, además de los centenares de internos y externos, de estudiantes y artesanos que pertenecían a la Casa, por el Oratorio pasaban miles y miles de chicos de diversas procedencias. Eso explica el número de muertos, sobre todo si se tiene también en cuenta las condiciones sociales de entonces. La mortalidad del Oratorio no era mayor que la de las otras escuelas y colegios.]

SALTANDO SOBRE EL TORRENTE

SUEÑO 63.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 133-134)

[San] Juan Don Bosco había marchado a Lanzo para descansar un poco. Se encontraba muy quebrantado de salud y esto le impedía estar en comunicación directa con sus jóvenes. Por la noche no podía descansar, pues una serie ininterrumpida de sueños no le daban punto de reposo. Se retiraba a las once de la noche con la esperanza de poder dormir profundamente después de una prolongada vigilia, pero de nada servía tal precaución. Uno de dichos sueños se refería a el Colegio de Lanzo y el [Santo] lo contó al Director de dicho centro la mañana de su partida, que fue el día 17, encargándole que él, a su vez, lo contase a la comunidad.

El Director acompañó a [San] Juan Don Bosco hasta Turín, pues tenía que ir a predicar ejercicios a Mirabello, y desde la capital del Piamonte envió a sus alumnos la relación de cuanto [San] Juan Don Bosco le había dicho.

He aquí la copia literal de la carta: El 18 de abril de 1868.

Mis queridos hijos del Colegio de Lanzo: Por lo apresurado de mi marcha no me pude despedir de ustedes como hubiera sido mi deseo, pero desde Turín les escribo lo que me hubiera gustado decirles. Escúchenme, pues, con atención porque les habla el Señor por boca de [San] Juan Don Bosco.

La última noche que estuvo [San] Juan Don Bosco en Lanzo pasé horas de verdadera inquietud durante el descanso. Vosotros sabéis que mi

habitación está próxima a la suya; pues bien, dos veces me hube de despertar sobresaltado sin saber el motivo, me parecía haber escuchado un grito prolongado que infundía pavor. Me senté en el lecho, presté atención y me di cuenta de que aquel ruido procedía de la habitación de [San] Juan Don Bosco. Por la mañana, pensando en lo que había oído, decidí hablar de ello a nuestro padre.

—Es cierto, me respondió, que esta noche he tenido unos sueños que me causaron profunda tristeza.

Me pareció encontrarme a las orillas de un torrente no muy ancho pero sí de aguas turbias y espumosas. Todos los jóvenes del Colegio de Lanzo me rodeaban e intentaban pasar a la orilla opuesta.

Muchos tomaban carrera, saltaban y conseguían caer de pie en la parte seca de la orilla contraria. ¡Magníficos gimnastas! Pero otros fracasaban; unos caían de pie al borde mismo del torrente y perdiendo el equilibrio se precipitaban de espaldas dentro del agua: otros, después de caer en el centro del torrente, desaparecían; algunos caían de bruces o daban con la cabeza en las piedras que sobresalían de las aguas, manándoles la sangre de la frente y de la boca.

[San] Juan Don Bosco contemplaba esta dolorosa escena, gritaba y advertía a los jóvenes que fuesen prudentes, pero, todo inútilmente. El torrente estaba sembrado de cuerpos que, yendo de catarata en catarata, terminaban por estrellarse contra una roca que se alzaba en un recodo del río, donde el agua era más profunda, desapareciendo después tragados por un remolino. *Abyssus abyssum invocat.*

¡Cuántos pobres hijos míos, que escuchan ahora la lectura de mi carta, se encuentran sumergidos en el agua y en peligro de perderse para siempre! ¿Cómo jóvenes tan listos, tan alegres, tan valientes y decididos al saltar fracasaban en su intento?

Porque al hacerlo tenían siempre detrás a algún compañero mal intencionado que les echaba la zancadilla o les tiraba de la ropa, de manera que al perder el ímpetu fallaban el salto.

Y también esos pobres desgraciados, pocos afortunadamente, que

hacen el oficio de diablos y buscan la ruina de sus compañeros, también están escuchando en estos momentos mi carta. A éstos les diré las mismas palabras de [San] Juan Don Bosco: ¿Por qué buscan encender con sus malas conversaciones en el corazón de sus compañeros la llama de las pasiones que después los han de consumir eternamente? ¿Por qué enseñan el mal a algunos que a lo mejor son todavía inocentes? ¿Por qué con sus burlas y con ciertos pactos hechos entre vosotros se apartan de los santos Sacramentos negándose a escuchar las palabras de quienes los quieren poner en el camino de la salvación? Lo único que conseguirán es la maldición de Dios. Recuerden las amenazas fulminadas por Jesucristo que tantas veces les he recordado. Mis queridos hijos escuchen también vosotros, los que son causa del mal de los demás, son mis queridos amigos. Incluso les aseguro que tienen en mi corazón un puesto de preferencia, porque son los más necesitados de ello. Dejen el pecado, salven su alma. Si yo supiera que uno de vosotros llegaría a perderse, no encontraría un momento de paz en todo el resto de mi vida. Pues mi único pensamiento es su salvación, como el único afecto de mi corazón y el afán exclusivo de mis días hacer de vosotros buenos cristianos. Ayúdense a ganar el Paraíso. Tengo la seguridad de que me escucharán, ¿no es cierto?

No es necesario que les explique el sueño. Ya lo han entendido. La orilla sobre la cual se encuentra [San] Juan Don Bosco es la vida perdurable. El agua del torrente que envuelve y causa la muerte a los jóvenes, es el pecado que conduce al infierno.

[San] Juan Don Bosco, pues, al contemplar semejante espectáculo, vencido por la angustia, gesticuló, gritó y, al fin, se despertó pensando para sí:

—¡Oh! si pudiera avisar a algunos a los cuales conocí, ¡cuan de buena gana lo haría!, pero mañana tengo que marchar.

Y diciendo estas palabras se volvió a dormir.

LAS FIERAS DEL PRADO

SUEÑO 64.—AÑO DE 1868.

(M . B . Tomo IX. págs. 134-135)

Y la carta en ja cual se relata el sueño anterior, escrita por Don Juan B. Lemoyne, a la sazón Director del Colegio de Lanzo, desde Turín, continúa:

Y a Don Bosco le pareció encontrarse en un gran prado donde estaban todos vosotros, entretenidos en jugar y saltar; pero ¡horrible espectáculo! Leones de ojos encendidos como brasas; tigres que afilaban sus garras en el suelo; lobos que rondaban taimados alrededor de los grupos de los jóvenes; osos de aspecto repugnante que, sentados sobre las extremidades traseras abrían las patas delanteras para abrazarlos; en suma, animales de todas las especies recorrían en todas direcciones aquel prado. ¡Qué terrible compañía la suya! Más aún. ¡Qué inicuo proceder el de aquellos animales! Aquellas alimañas se arrojaban sobre vosotros furiosamente. Muchos de vosotros estaban tendidos en el suelo teniendo encima a aquellos monstruos que con las uñas los arañaban y les destrozaban las carnes a mordiscos causándoos la muerte. Muchos corrían desesperadamente perseguidos por tales alimañas, acudiendo a [San] Juan Don Bosco en demanda de auxilio. Ante él las bestias feroces retrocedían. No faltaban quienes pretendían valerse por sí solos, pero no lo conseguían, pues la fuerza de los animales era enorme, despedazando entre sus garras a sus víctimas. Otros, miren qué insensatos, en vez de huir se detenían a contemplar a aquellos monstruos y les sonreían, y hasta pretendían jugar con ellos, como si les importase poco ser destrozados por los osos. El pobre [San] Juan Don Bosco corría de un lado para otro, se esforzaba en llamar a unos y a otros para que se acercasen a él, gritaba hasta enronquecer. Pero en vano; mientras algunos le obedecían, otros no le hacían caso.

El prado estaba sembrado de cadáveres de los pobres jóvenes víctimas de aquellos animales y de cuerpos heridos. Los gemidos de éstos, los rugidos y los gritos de los animales feroces, las voces que daba [San] Juan Don Bosco, se mezclaban de una manera extraña. Y en medio de aquella tremenda barahúnda, [San] Juan Don Bosco se despertó por segunda vez.

Este fue el sueño de [San] Juan Don Bosco y vosotros sabéis qué clase de sueños son los suyos. Vosotros se podréis imaginar la angustia de mi corazón al escuchar semejante relato. Si antes sentía grandemente

separarme de vosotros, al escuchar este sueño, habría vuelto al instante sobre mis pasos, si la obediencia no me lo hubiera impedido. ¡Si no los quisiera tanto estaría más tranquilo!

¿Qué representan estos leones, tigres y osos? Son las diversas tentaciones del demonio. Algunos las vencen porque recurren al guía; otros terminan por ser víctimas de ellas, porque condescienden con las malignas sugerencias de Satanás; otros aman al demonio y al pecado y se ofrecen insensatamente como blanco de sus asaltos. ¡Hijos míos! ¿Obrarán como valientes? ¿Recordarán siempre que tienen un alma que salvar?

[San] Juan Don Bosco me dijo también:

—Yo vi a todos esos jóvenes: he conocido a ciertos zorros. Pero conservaré el secreto para mí y a nadie lo manifestaré. La primera ocasión en que vuelva a Lanzo diré a cada uno lo que le interesa. Esta vez el dolor de muelas no me ha permitido hablar a todos: otra vez que vuelva amonestaré a los que deben ser amonestados.

Por tanto, mis queridos hijos, yo nada sé porque [San] Juan Don Bosco nada me ha dicho; pero si ahora no sé nada, llegará un día en que lo sabré. Este será el día del juicio. Será muy doloroso para mí después de haber trabajado tanto, después de haber consumido mi juventud en medio de Vosotros, después de haberlos amado con todo mi corazón, tener que vivir, tal vez, separado de alguno de Vosotros por toda la eternidad. Si ahora no comienzan a amar al Señor, ciertamente que cuando sean mayores no le amarán: Adolescens iuxta viam suam, etiam cum senuerit, non recedet ab ea.

Hijitos míos, no despreciéis mis palabras, que son las del querido [San] Juan Don Bosco. Empleen los pocos días que dura la vida en ganarse el Paraíso.

Recen para que mis ejercicios proceden bien y para que las pláticas reporten mucho fruto a las almas.

EL MONSTRUO

SUEÑO 65.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 155-156)

El 29 de abril [San] Juan Don Bosco anunció a los jóvenes:

Mañana por la noche y el viernes y el domingo, tengo algo que decirles, pues si no lo hiciera, creo que moriría antes de tiempo. Tengo algo desagradable que comunicarles. Y deseo que estén presentes también los artesanos.

En la noche del 30 de abril, jueves, después de las oraciones, los artesanos desde el pórtico que solían ocupar vinieron a unirse a sus compañeros los estudiantes para oír las buenas noches del [Santo], que comenzó a decir:

Mis queridos jóvenes: Ayer noche les dije que tenía algo desagradable que contarles. He tenido un sueño y estaba decidido a no decirles nada, ya porque dudaba de que se tratara de un sueño, ya porque siempre que conté alguno, hubo algo que objetar o que observar por parte de alguien. Pero otro sueño me obliga a hablarles del primero, tanto más que desde hace algunos días he vuelto a ser molestado de nuevo por ciertas visiones o fantasmas, especialmente hace tres noches. Pues bien: saben que marché a Lanzo en busca de un poco de tranquilidad; la última noche que pasé en el Colegio, al ir a la cama y cuando comenzaba a dormirme vi en mi imaginación cuanto voy a decirles:

Me pareció ver entrar en mi habitación un gran monstruo que, adelantándose, fue a colocarse a los pies de la cama. Tenía una forma asquerosísima de sapo y era grueso como un buey.

Yo lo miraba fijamente, conteniendo la respiración. El monstruo poco a poco iba aumentando de volumen; le crecían las patas, el cuerpo, la cabeza y cuanto más aumentaba su grosor más horrible era. Era de un color verde con una línea roja alrededor de la boca y del pescuezo que le hacían aún más terriblemente espantoso. Sus ojos eran de fuego y sus orejas muy pequeñas. Yo decía entre mí mientras lo observaba: Pero el sapo no tiene orejas.

De su hocico partían dos cuernos y de los costados dos grandes alas de un color verduzco. Sus patas se parecían a las del león y por detrás tenía una larga cola que terminaba en dos puntas.

En aquel momento me pareció no tener miedo, pero aquel monstruo comenzó a acercarse cada vez más a mí, alargando su boca amplia y guarnecida de fuertes dientes. Yo entonces me sentí invadido de un terror indecible. Lo creí un demonio del infierno, pues de ello tenía todas las trazas. Hice entonces la señal de la Cruz, pero de nada sirvió; toqué la campanilla, mas a aquella hora nadie acudió, nadie la oyó; comencé a gritar, pero todo fue en vano; el monstruo permanecía impasible.

—¿Qué quieres de mí —dije entonces—, demonio infernal?

Pero él se acercaba cada vez más enderezando y alargando las orejas. Después puso las patas anteriores sobre el borde de mi lecho y aferrándose con las patas posteriores a los barrotes, permaneció inmóvil un momento tras de haber saltado encima, con su mirada fija en mí. Después, alargando el cuerpo, puso su hocico cerca de mi cara. Yo sentí tal escalofrío, que de un salto me senté en el lecho estando dispuesto a arrojarme al suelo; pero el monstruo abrió la boca. Hubiera querido defenderme, apartarlo de mí, pero era tan asqueroso que ni en aquellas circunstancias me atreví a tocarlo. Comencé a gritar, eché la mano hacia atrás buscando la pila del agua bendita, pero sólo lograba tocar la pared sin encontrar lo que buscaba, y el monstruo me aferró con su boca por la cabeza de tal forma que durante unos instantes la mitad de mi persona permaneció dentro de aquellas horribles fauces.

Entonces grité:

—En el nombre de Dios. ¿Por qué haces esto conmigo?

El sapo al escuchar mi voz se retiró un poco, dejando libre mi cabeza. Hice nuevamente la señal de la Santa Cruz y habiendo logrado meter los dedos en el agua bendita rocié con ella al monstruo. Entonces aquel demonio, lanzando un grito horrible, saltó hacia atrás y desapareció, pero mientras lo hacía, pude oír una voz que desde lo alto pronunció claramente estas palabras:

—¿Por qué no hablas?

El Director de Lanzo, Don Lemoyne, se despertó aquella noche al escuchar mis ayes prolongados y oyó también cómo yo golpeaba la pared con las manos. Por la mañana me preguntó:

—[San] Juan Don Bosco, ¿ha soñado esta noche?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque he oído sus gritos.

De esta manera supe que era la voluntad de Dios que les contara lo que había visto, por lo que he determinado narrarles todo el sueño; de lo contrario traicionaría a mi conciencia; de esta forma creo también que me veré libre de la presencia de ciertos fantasmas o apariciones que me atormentan.

Demos gracias al Señor por su misericordia y procuremos poner en práctica los avisos que se nos den y servirnos de los medios que nos sean sugeridos para ayudarnos a conseguir la salvación de nuestras almas. En esta ocasión pude conocer el estado de la conciencia de cada uno de vosotros.

Y dichas estas palabras [San] Juan Don Bosco se dispuso a narrar a sus muchachos el sueño siguiente.

LA MUERTE, EL JUICIO, EL PARAÍSO

SUEÑO 66.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 156-157)

Deseo que cuanto les voy a decir —continuó el [Santo] la misma noche en que comenzara la narración del sueño anterior—, que cuanto les voy a contar quede entre nosotros. Les ruego que nada escriban sobre esto, ni que hablen de ello fuera de casa, pues no son cosas que se han de tomar a broma, como algunos podrían hacer; no quiero pensar que serían capaces de originar

inconvenientes que sirvieran de disgusto a [San] Juan Don Bosco. A vosotros os cuento estas cosas con toda confianza porque son mis queridos hijos y por eso las deben escuchar como dichas por un padre.

He aquí el primero de los sueños que yo quise pasar por alto y que me veo obligado a contarles:

Desde los primeros días de la Semana Santa comencé a tener unos sueños que ocuparon mi imaginación y me molestaron durante varias noches. Estos sueños me producían además un gran cansancio, de forma que a la mañana siguiente de haber soñado me sentía tan falto de fuerzas como si hubiera pasado trabajando las horas del descanso, sintiéndome al mismo tiempo turbado e inquieto.



La primera noche soñé que había muerto. La segunda, que estaba en el juicio de Dios, dispuesto a dar cuenta de mis obras al Señor; pero en aquel momento me desperté y comprobé que estaba aún vivo y que, por tanto, disponía de un poco de tiempo todavía para prepararme mejor a una santa muerte. La tercera noche soñé que me encontraba en el Paraíso, donde me pareció estar muy bien y gozando mucho. Al despertarme por la mañana desapareció una tan agradable ilusión; pero me sentía resuelto a ganarme, a costa de cualquier sacrificio, el reino eterno que había contemplado mientras dormía.

Hasta aquí se trata de cosas que no tienen importancia para vosotros ni de significado alguno que les pueda interesar. Se va uno a descansar preocupado por una idea, y es natural que, durante el sueño, se reproduzcan escenas relacionadas con las cosas en las cuales se ha estado pensando.

LA VID

SUEÑO 67.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 157-164)

PRIMERA PARTE

La misma noche que [San] Juan Don Bosco contara a sus hijos del Oratorio los dos sueños precedentes que hemos ofrecido al lector bajo los títulos de: "El monstruo" y "La muerte, el juicio y el paraíso", el siervo de Dios prosiguió expresándose en estos términos:

Soñé, pues, por cuarta vez, lo que les voy a narrar.

La noche del jueves santo (9 de abril), apenas un leve sopor comenzó a invadirme, me pareció encontrarme bajo estos mismos pórticos, rodeado de nuestros sacerdotes, clérigos, asistentes y jóvenes. Después creí observar cómo vosotros desaparecían mientras que yo avanzaba un poco hacia el patio.

Me acompañaban [Beato] Miguel Don Rúa, Don Cagliero, Don Francesia, Don Savio, el jovencito Preti y un poco apartados José Buzzetti y Don Esteban Rumi, profesor del Seminario de Genova y gran amigo nuestro.

De pronto vi que el Oratorio actual cambió de aspecto asemejándose a nuestra casa tal como era en los primeros tiempos, cuando en ella vivían sólo mis acompañantes.

Tengan presente que el patio confinaba con amplios campos sin cultivar, completamente deshabitados que se extendían hasta los prados de la ciudadela, en los que los primeros jóvenes, jugaban frecuentemente.

Yo estaba debajo de las ventanas de mi habitación, en el mismo lugar ocupado hoy por el taller de carpintería y que entonces era un huerto.

Mientras estábamos sentados hablando de nuestras cosas y de la conducta de los jóvenes, he aquí que delante de esta pilastra (donde estaba apoyada la cátedra o tribuna desde la que hablaba el [Santo]) que sostiene la bomba y junto a la cual estaba la puerta de la Casa Pinardi, vimos brotar de la tierra una hermosísima vid, la misma que durante mucho tiempo estuvo en ese lugar. Nosotros estábamos maravillados de la aparición de la vid después de tantos años y nos preguntábamos recíprocamente qué clase de fenómeno sería aquel.

Aquella planta crecía ante nuestros ojos elevándose de la tierra casi a la altura de un hombre. Cuando he aquí que comienza a extender sus

sarmientos en número extraordinario por una parte y por otra y a cubrirse de pámpanos por doquier. En poco tiempo creció tanto que llegó a ocupar todo nuestro patio y mucho más. Lo más admirable era que sus sarmientos no apuntaban hacia arriba sino que seguían una dirección paralela a la del suelo formando un inmenso emparrado, quedando suspendida sin que hubiera nada que la sostuviera. Sus hojas eran verdes y hermosas y sus sarmientos de un vigor y lozanía verdaderamente sorprendentes; pronto aparecieron también hermosos racimos, que crecieron rápidamente ofreciendo la uva su bello color.

[San] Juan Don Bosco y los que con él estaban, contemplaban maravillados todo aquello y se decían:

—¿Cómo ha podido crecer esta vid en tan poco tiempo? ¿Cuál será la causa de este fenómeno?

Y el mismo [San] Juan Don Bosco dijo a los demás:

—Esperemos a ver lo que sucede.

Yo seguía mirando con los ojos desmesuradamente abiertos y sin pestañear, cuando de pronto todos los granos de uva cayeron al suelo convirtiéndose en otros tantos jóvenes vivarachos y alegres que llenaron en un momento todo el patio del Oratorio y todo el espacio cubierto por la vid: aquellos muchachos saltaban, jugaban, gritaban, corrían por debajo de aquel singular emparrado, de forma que producía honda satisfacción el contemplarlos tan contentos. Allí estaban todos los jóvenes que estuvieron, están y estarán en el Oratorio, y en los demás colegios, pues a muchísimos de ellos ni los conocía.

Entonces, un personaje, que al principio no conocí —y vosotros sabéis que [San] Juan Don Bosco tiene siempre en sus sueños un guía—, apareció a mi lado contemplando él también a los muchachos. Pero de pronto un velo misterioso se extendió ante nosotros y dejamos de ver aquel agradable espectáculo.

Aquel velo, no mucho más alto que la viña, parecía adherido a los sarmientos de la vid en toda su longitud y bajaba al suelo a guisa de telón.

Sólo se veía la parte superior de la vid, que parecía un amplio tapete verde.

Toda la alegría de los jóvenes había desaparecido en un momento trocándose en un melancólico silencio.

—¡Mira!—, me dijo el guía señalándome la vid.

Me acerqué y vi aquella hermosa vid que parecía cargada de uva cubierta nada más que de hojas, sobre las cuales aparecían grabadas éstas palabras del Evangelio: *Nihil invenit in ea!*

Yo no sabía explicarme el significado de aquello y dije a aquel personaje:

—¿Quién eres tú? ¿Qué significa esta vid?

El tal quitó el velo que había delante de la vid y debajo apareció solamente un cierto número de los muchísimos jóvenes que había visto antes, en gran parte desconocidos para mí.

—Estos son —añadió— los que teniendo mucha facilidad para hacer el bien no se proponen como fin el agradar al Señor, Son aquellos que hacen el bien para no desmerecer delante de sus compañeros. Los que observan con exactitud el reglamento de la casa, para librarse de las reprimendas y para no perder la estima de los superiores con los cuales se muestran deferentes, pero sin sacar fruto alguno de sus exhortaciones y de los estímulos y cuidados de que serán objeto en esta casa. Su ideal es procurarse una posición honrosa y lucrativa en el mundo. No se preocupan de estudiar la propia vocación, desoyen la voz del Señor si les llama y al mismo tiempo disimulan sus intenciones temiendo algún daño. Son, en suma, los que hacen las cosas como a la fuerza, por eso sus obras de nada les sirven para la eternidad.

Esto dijo.

¡Oh, cuánto me disgustó ver en el número de aquellos a algunos a los cuales yo los creía muy buenos, amantes de nuestras cosas y sinceros!

Y el amigo añadió:

—El mal no está todo aquí— y dejó caer el velo dejando al descubierto la parte superior de toda la vid.

—Ahora, mira de nuevo— me dijo.

Miré aquellos sarmientos; entre las hojas había muchos racimos de uva que a primera vista me parecieron presagiar una buena vendimia. Y esto comenzaba a producirme honda satisfacción, pero al acercarme pude convencerme de que los racimos eran defectuosos y raquíuticos; unos estaban cubiertos de una especie de moho, llenos de gusanos y de insectos que los devoraban; otros, habían sido picados por los pájaros y por las avispas; otros, estaban podridos y marchitos. Fijándome mucho me convencí de que nada de bueno se podía sacar de aquellos racimos; que lo único que hacían era impregnar el aire con el hedor fétido que de ellos emanaba.

Entonces el personaje levantó de nuevo el velo y:

—¡Mira!—, exclamó. Y debajo de él apareció, no el número extraordinario de jóvenes que había visto al principio del sueño, sino muchísimos de ellos. Sus rostros, antes tan agradables, se habían tornado feos, torvos, llenos de asquerosas llagas. Paseaban encorvados, encogidos y melancólicos. Ninguno de ellos hablaba. Había allí algunos de los que estuvieron en esta casa y en los colegios, otros que actualmente están aquí presentes y muchísimos a los cuales yo no conocía. Todos estaban avergonzados sin atreverse a levantar la mirada.

Yo, los sacerdotes y algunos de los que me rodeaban estábamos atónitos, sin poder pronunciar palabra. Por fin pregunté a mi guía:

—¿Cómo es esto? ¿Por qué estos jóvenes que al principio estaban tan contentos y tenían un aspecto tan agradable, se ven ahora tan tristes y con esos rostros tan desagradables?

El guía contestó:

—¡Estas son las consecuencias del pecado!

Los muchachos pasaban entretanto por delante de mí y el guía me dijo:

—¡Obsérvalos detenidamente!

Hice lo que me había sido indicado y vi que todos llevaban escrito sobre la frente y en la mano el nombre de su pecado. Entre ellos reconocí a algunos que me llenaron de estupor. Siempre los había creído verdaderas flores de virtud y, en cambio, al presente veía que tenían el alma manchada con culpas gravísimas.

Mientras los jóvenes desfilaban, yo leía en sus frentes: Inmodestia, escándalo, malicia, soberbia, ocio, gula, envidia, ira, espíritu de venganza, blasfemia, irreligión, desobediencia, sacrilegio, hurto.

El guía me hizo observar:

—No todos están ahora como los ves, pero llegarán a estarlo si no cambian de conducta. Muchos de estos pecados no son graves de por sí, pero son causa y principio de caídas terribles y de eterna perdición. *Qui spernit módica, paulatim décidet*. La gula engendra la impureza; el desprecio a los superiores conduce al menosprecio de los sacerdotes y de la Iglesia; y así sucesivamente.

Desconsolado a la vista de semejante espectáculo tomé la libreta, saqué el lápiz para anotar los nombres de los jóvenes que me eran conocidos y sus pecados o al menos la pasión dominante de cada uno, para avisarles e inducirles a que se corrigiesen. Pero el guía me tomó por el brazo y me preguntó:

—¿Qué haces?

—Voy a anotar los nombres que veo escritos en las frentes de esos muchachos, para poderles avisar y que se corrijan.

—Eso no te está permitido— respondió el amigo.

—¿Por qué?

—No faltan los medios para vivir libres de estas enfermedades. Tienen el reglamento: que lo observen; tienen a los superiores: que les obedezcan; tienen los Sacramentos, que los frecuenten. Tienen la confesión: que no la profanen callando pecados. Tienen la Sagrada Comunión: que no la reciban con el alma manchada por el pecado mortal. Que vigilen sus miradas, que huyan de los malos compañeros, que se abstengan de las malas lecturas y de las conversaciones inconvenientes, etcétera, etcétera. Están en esta casa y el reglamento de la misma los puede salvar. Cuando oigan la campana, que obedezcan prontamente. Que no se valgan de subterfugios para engañar a los maestros y entregarse al ocio. Que no sacudan el yugo de los superiores, considerándolos como vigilantes importunos, como consejeros interesados, como enemigos, y que no canten victoria cuando consiguen encubrir sus faltas consiguiendo la impunidad de las mismas. Que sean respetuosos y que recen de buena gana en la iglesia y en los demás lugares destinados a la oración sin distraer a los demás ni charlar. Que en el estudio, estudien; que trabajen en el taller y que observen una compostura conveniente. Estudio, trabajo y oración: he aquí lo que los conservará buenos, etcétera.

A pesar de habérmelo prohibido, yo continué rogando insistentemente a mi guía que me dejase escribir los nombres. Y entonces él me arrebató resueltamente el cuaderno de las manos y lo arrojó al suelo diciendo:

—Ya te he dicho que no hace falta que los escribas. Tus jóvenes, con la gracia de Dios y con la voz de la conciencia, pueden saber lo que tienen que hacer y lo que han de evitar.

—Entonces —dije— ¿no puedo yo manifestarles nada de todo esto? Dime al menos lo que les debo decir; que avisos he de darles.

—Podrás decirles, lo que recuerdes y desees.

Y dejó caer el velo y nuevamente apareció ante nuestros ojos la vid, cuyos sarmientos, casi desprovistos de hojas, ofrecían una hermosa uva coloreada y madura. Me acerqué, observé atentamente los racimos y vi que en realidad eran como me habían parecido a distancia. Daba gusto el contemplarlos, causando un verdadero placer a la vista. Esparcían alrededor una fragancia exquisita.

El amigo levantó inmediatamente el velo. Bajo aquel extenso emparrado había muchos de nuestros jóvenes que estuvieron, están y estarán con nosotros. Sus rostros eran muy bellos y todos estaban radiantes de felicidad.

—Estos —me dijo el guía— son y serán aquellos que mediante tus solícitos cuidados producen y producirán buenos frutos, los que practican la virtud y te proporcionarán muchos consuelos.

Yo me alegré al oír esto; pero al mismo tiempo me sentí un poco afligido, porque dichos jóvenes no eran tantos como yo esperaba.

Mientras los contemplaba sonó la campana para el almuerzo y aquellos muchachos se marcharon. También los clérigos se dirigieron a sus obligaciones. Miré a mi alrededor y no vi a nadie. Hasta la vid con sus sarmientos y con sus racimos había desaparecido. Busqué al guía y no lo encontré. Entonces me desperté y pude descansar algo.

SEGUNDA PARTE

El viernes, 1 de mayo, [San] Juan Don Bosco continuó el relato: Como les dije ayer noche —prosiguió diciendo— me desperté pareciéndome haber oído el sonido de la campana, pero volví a amodorrarme y descansaba tranquilamente, cuando me sentí sacudido por segunda vez y me pareció encontrarme en mi habitación, en actitud de despachar mi correspondencia. Salí al balcón y durante un rato estuve contemplando la gigantesca cúpula de la nueva iglesia y seguidamente bajé a los pórticos. Poco a poco regresaban de sus ocupaciones los sacerdotes y los clérigos que me formaron corona. Entre otros estaban presentes [Beato] Miguel Don Rúa, Don Cagliero, Don Francesia y Don Savio. Estaba hablando con ellos de cosas diversas, cuando la escena cambió por completo. Desapareció la iglesia de María Auxiliadora, desaparecieron todos los edificios actuales del Oratorio y nos encontramos delante de la antigua casa Pinardi. Y he aquí que nuevamente comienza a brotar del suelo y en el mismo lugar que la anterior, una vid que parecía salir de las raíces de la otra, elevándose a igual altura, produciendo numerosos sarmientos horizontales, los cuales se cubrieron de hojas y de racimos de uva madura. Pero no apareció la turba de los jóvenes. Los racimos eran tan grandes como los de la tierra prometida. Habría sido necesaria toda la fuerza

de un hombre para levantar uno solo. Los granos eran extraordinariamente gruesos y de forma oblongada y de un color amarillo oro, dando una sensación de completa madurez. Uno solo de aquellos granos hubiera sido suficiente para llenar la boca. Su aspecto era tan agradable que la boca se hacía agua y parecía que estaban diciendo: ¡Cómeme!

También Don Cagliero contemplaba maravillado con [San] Juan Don Bosco y sus compañeros aquel espectáculo. [San] Juan Don Bosco exclamó:
—¡Qué uva tan estupenda!

Y Don Cagliero, sin más cumplidos, se acercó a la viña, cogió algunos granos de uva y se echó uno a la boca y comenzó a masticarlo; pero al hacerlo sintió náuseas y lo arrojó fuera con fuerza. La uva tenía un gusto tan desagradable como el de un huevo podrido.

—¡Contad, —exclamó Don Cagliero después de haber escupido varias veces—, esto es un veneno capaz de causar la muerte a un cristiano.

Todos miraban y ninguno hablaba, cuando salió por la puerta de la antigua capilla un hombre de aspecto serio y resuelto, que se acercó a nosotros y se paró junto a [San] Juan Don Bosco. [San] Juan Don Bosco le preguntó:

—¿Cómo es que una uva tan hermosa tiene un gusto tan malo?

Aquel hombre no contestó, sino que sin decir palabra fue a coger un haz de varas, eligiendo una nudosa y presentándosela a Don Savio se la ofreció diciéndole:

—¡Toma y golpea esos sarmientos!

Don Savio se negó a hacerlo, dando un paso hacia atrás.

Entonces aquel hombre se volvió a Don Francesia, le ofreció la vara o bastón y le dijo: —¡Toma y golpea!

Y como a Don Savio le indicó el lugar que tenía que golpear. Don Francesia, encogiéndose de hombros y sacando un poco la barbilla, movió un

poco la cabeza diciendo que no.

Aquel hombre se dirigió entonces a Don Cagliero y tomándolo de un brazo, le presentó el bastón diciéndole:

—¡Toma, golpea, hiere y abate!—, y al mismo tiempo le indicaba el lugar donde lo tenía que hacer.

Don Cagliero, contrariado, dio un salto hacia atrás y dando una palmada exclamó:

—¡Lo único que faltaba!

El guía le reiteró la misma invitación, repitiendo:

—¡Toma y golpea!

Pero Don Cagliero, recalcando las palabras, comenzó a decir:

—Yo, no; yo, no.

Y lleno de miedo corrió a esconderse detrás de mí.

Al ver esto aquel personaje, sin inmutarse se presentó de la misma manera a [Beato] Miguel Don Rúa y le dijo: —

Toma, golpea.

Pero [Beato] Miguel Don Rúa, al igual que Don Cagliero, corrió a ocultarse detrás de mí.

Entonces me encontré frente a aquel hombre singular que, deteniéndose delante de mí, me dijo:

—Toma y golpea tú esos sarmientos.

Yo hice un gran esfuerzo para comprobar si estaba soñando o si estaba en mi pleno conocimiento, y pareciéndome que todo cuanto sucedía era real,

dije a aquel personaje:

—¿Quién eres tú que me hablas de esta manera? Dime el motivo por el que he de golpear esos sarmientos. ¿Es esto un sueño; algo irreal? ¿Qué significa todo esto? ¿En nombre de quién hablas? ¿Acaso lo haces en nombre del Señor?

—Acércate a la vid —me respondió— y lee lo que hay escrito sobre las hojas.

Hice lo que se me había ordenado. Observé con atención las hojas y leí estas palabras: *Ut quid terram óccupat.*

—¡Son palabras del Evangelio!—, exclamó mi guía.

Lo había comprendido todo, pero me atreví a objetar:

—Antes de golpear recuerda que en el Evangelio se lee también cómo el Señor, atendiendo a los ruegos del labrador, permitió que se estercolase la planta inútil y que se cavase a su alrededor, reservando el arrancarla para después de haber empleado sin resultado alguno todos los medios para hacerla fructificar.

—Bien; se podrá conceder una tregua al castigo, mas entretanto sigue observando. Y me señaló la vid. Yo miraba pero no entendía nada.

—Ven y observa —me replicó—; lee: ¿Qué es lo que hay escrito en los granos de uva?

[San] Juan Don Bosco se acercó y pudo comprobar que éstos llevaban todos escrito el nombre de uno de los alumnos y el de su culpa.

Yo leí y entre tan múltiples imputaciones recuerdo con horror las siguientes: Soberbio, Infidel a sus promesas, Incontinente, Hipócrita, Descuidado en todos sus deberes, Calumniador, Vengativo, Despiadado, Sacrílego, Despreciador de la autoridad de los superiores, Piedra de escándalo, Seguidor de falsas doctrinas. Vi los nombres de aquellos *quorum Deus vénter est*; de aquellos otros a los cuales *scientia inflat*; de los que

quaerunt quae sua sunt, non quae Jesu Christi; de los que juzgan al reglamento y a los superiores. Vi también los nombres de ciertos desgraciados que estuvieron o que están actualmente con nosotros; y un gran número de nombres nuevos para mí, o sea, los de aquellos que con el tiempo estarán con nosotros.

—He aquí los frutos que produce esta viña —dijo el personaje con continente serio—; son frutos amargos, malos, nocivos para la eterna salvación.

Y sin más saqué el cuaderno y tomando el lápiz quise escribir los nombres de algunos, pero el guía me tomó del brazo como la vez anterior y me dijo:

—¿Qué haces?

—Déjame escribir los nombres de los que conozco, a fin de poderles avisar en privado para que se corrijan.

Fue inútil mi ruego. El guía no me lo consintió, y yo añadí:

—Si yo les digo la situación y estado en que se encuentran, reaccionarán.

Y él a mí:

—Si no creen al Evangelio, menos te creerán a ti.

Continué insistiendo que me dejase tomar nota y disponer de algunas normas para el porvenir; pero aquel hombre no me respondió ni palabra, sino que se puso delante de [Beato] Miguel Don Rúa con el haz de los bastones invitándole a que cogiera uno:

—¡Toma y golpea!

[Beato] Miguel Don Rúa, cruzando los brazos, bajó la cabeza y exclamó:

—¡Paciencia!—, después dirigió una mirada a [San] Juan Don Bosco. [San] Juan Don Bosco hizo una señal de asentimiento y [Beato] Miguel Don Rúa, tomando una vara en sus manos, se acercó a la viña y comenzó a

golpear en el lugar indicado. Pero había dado los primeros golpes, cuando el guía le hizo señas de que se detuviese, gritando a todos:

—¡Retírense!

Entonces, todos nos alejamos. Nos quedamos observando y vimos que los granos de uva aumentaban de volumen, se hacían cada vez más gruesos y se tornaban repugnantes. Parecían caracoles sin la concha, pero conservaban el color amarillo y no perdían la forma de la uva.

El guía gritó nuevamente:

—¡Miren! Dejen que el Señor descargue su venganza.

Y he aquí que el cielo comienza a nublarse apareciendo una niebla tan densa que no se veía ni a poca distancia, quedando cubierta la vid por completo. Todas las cosas se tornaron oscuras. Comenzaron a brillar los relámpagos, sonaban los truenos y caían los rayos con tanta frecuencia en el patio, que nos sentimos llenos de pavor. Se doblaban los sarmientos al impulso de un viento huracanado y las hojas volaban por los aires. Finalmente una horrible tempestad comenzó a azotar la viña. Yo quise huir pero el guía me detuvo diciendo:

—¡Mira el granizo!

Miré y vi que el granizo era del grosor de un huevo; parte negro y parte rojo; por un lado era puntiagudo y por el otro achatado en forma de maza. El granizo negro caía cerca de donde yo estaba con violencia y más atrás caía el granizo rojo.

—¿Cómo es esto?, —dije—. En mi vida he visto un granizo parecido a este.

—Acércate —me dijo el desconocido— y verás. Me acerqué un poco al granizo negro, pero despedía un hedor tan nauseabundo, que poco faltó para que cayera de espaldas. El guía insistía cada vez más para que me acercara. Por lo que cogí un grano para examinarlo, pero pronto hube de arrojarlo al suelo: ¡tan pestilente era el olor que despedía!

Y dije:

—No me es posible ver nada.

Y el otro:

—Mira bien y verás.

Y yo, haciéndome una violencia aún mayor, vi escrito sobre cada uno de aquellos pedacitos negros de hielo: Inmodestia. Me dirigí entonces hacia donde estaba el granizo rojo, que a pesar de su frialdad quemaba cuanto tocaba. Tomé en mis manos uno que hedía como el otro y pude leer un poco más fácilmente lo que sobre él estaba escrito: Soberbia. A la vista de esto me dije lleno de vergüenza:

—¿Son, pues, estos los dos vicios principales que amenazan a ésta casa?

—Estos son los dos vicios capitales que arruinan mayor número de almas, no sólo en tu casa, sino en todo el mundo. A su tiempo verás cuántos irán a parar al infierno impulsados por estos dos vicios.

—¿Qué he de decir, pues, a mis hijos para que los aborrezcan?

—Lo que has de decirles lo sabrás en breve.

Y al decir esto se alejó de mí.

Entretanto, el granizo, al resplandor de los relámpagos y de los rayos, continuaba asolando furiosamente la viña. Los racimos quedaban aplastados, deshechos como si hubieran estado en el lagar bajo los pies de los pisadores, y soltaban todo el jugo. Un hedor horrible se esparció por el aire haciéndole irrespirable. De cada grano salía un olor diferente, pero uno era más soportable que el otro, según la diversidad de los pecados. No pudiendo resistir más me llevé el pañuelo a la nariz. Seguidamente me volví para dirigirme a mi habitación, pero no vi a ninguno de mis compañeros, ni a Don Francesia, ni a [Beato] Miguel Don Rúa, ni a Don Cagliero. Habían huido dejándome solo. Todo había quedado desierto y silencioso. Yo también me

sentí presa entonces de tal espanto, que me di a la fuga y al intentarlo me desperté.

«Como ven este sueño es en extremo desagradable, pero lo que sucedió la tarde y la noche posteriores a la aparición del sapo, lo diremos pasado mañana domingo, tres de mayo, y les aseguro que se trata de algo aun más desagradable. Ahora no pueden conocer las consecuencias, pero como no hay tiempo para hablar de ellas, para no quitarnos más tiempo de descanso les dejo que vayan a dormir, reservándome el comunicárselos en otra ocasión».

Hay que tener presente —continúa Don Lemoyne— que las faltas graves reveladas a [San] Juan Don Bosco no se refieren todas a aquellos tiempos, sino que se relacionan escalonadamente a una serie de años futuros. En efecto, el [Saanto] vio no solamente a los alumnos que habían estado y que estaban en la actualidad en el Oratorio, sino también a una infinidad de ellos cuyas fisonomías le eran completamente desconocidas y que pertenecían a sus Institutos diseminados por todo el mundo. La parábola de la viña estéril que se lee en él libro de Isaías abarca muchos siglos de historia.

Además, no conviene y no sería justo echar en olvido lo que dijo el guía a [San] Juan Don Bosco: «No todos estos jóvenes están ahora en el estado en que los ves, pero un día lo estarán si no cambian de conducta». Por la senda del mal se llega al precipicio.

Notemos, además, cómo ante la viña aparece un personaje del que el [Santo] asegura que le era desconocido, pero que después se convierte en su guía e intérprete. En el relato de este sueño como en el de otros muchos, el [Santo] solía darle a veces el nombre de desconocido para ocultar, tal vez, la parte más grandiosa de cuanto había contemplado, indicio claro de la intervención sobrenatural en estos sueños.

Como le preguntásemos en distintas ocasiones, basados en la confianza íntima con que nos distinguía, sobre la naturaleza de este desconocido, aunque sus respuestas no fuesen explícitas, pudimos deducir de ciertos indicios que el guía no era siempre el mismo, siendo unas veces un Ángel del Señor, o algún alumno difunto, bien San Francisco de Sales, bien San José u otro santo...

En algunas ocasiones dijo de una manera concreta que había sido acompañado por Luis Comollo, por [Santo] Domingo Savio o por Luis Colle.

EL INFIERNO

SUEÑO 68.—AÑO DE 1860.

(M. B. Tomo IX, págs. 166-181)

En la noche del domingo tres de mayo, festividad del Patrocinio de San José, [San] Juan Don Bosco prosiguió el relato de cuanto había visto en los sueños:

—Debo contarles otra cosa —comenzó diciendo— que puede considerarse como consecuencia o continuación de cuanto les referí en las noches del jueves y del viernes, que me dejaron tan quebrantado que apenas si me podía tener en pie. Vosotros los pueden llamar sueños o como quieran; en suma, le pueden dar el nombre que les parezca.

Les hablé de un sapo espantoso que en la noche del 17 de abril amenazaba tragarme y cómo al desaparecer, una voz me dijo:

—¿Por qué no hablas?

—Yo me volví hacia el lugar de donde había partido la voz y vi junto mi lecho a un personaje distinguido.

Como hubiese entendido el motivo de aquel reproche, le pregunté:

—¿Qué debo decir a nuestros jóvenes?

—Lo que has visto y cuanto se te ha indicado en los últimos sueños y lo que deseas conocer, que te será revelado ja noche próxima.

Y se retiró.

Yo, pues, al día siguiente pensaba continuamente en la mala noche que tendría que pasar y al llegar la hora no me determinaba a irme a acostar. Y así estuve en mi mesa de trabajo entretenido en algunas lecturas hasta la medianoche. Me llenaba de terror la idea de tener que contemplar nuevos espectáculos espantosos. Al fin, haciéndome violencia, me acosté.

Para no dormirme tan pronto, y por temor a que la imaginación me enfrascara en los sueños acostumbrados, dispuse la almohada de tal forma que estaba en el lecho casi sentado. Pero pronto, cansado como estaba, me dormí sin darme cuenta.

Y he aquí que de pronto veo en la habitación, cerca de la cama, al hombre de la noche precedente, el cual me dijo:

—¡Levántate y vente conmigo!

Yo le contesté:

—Se lo pido por caridad. Déjeme tranquilo, estoy cansado. ¡Mire! Hace varios días que sufro de dolor de muelas. Déjeme descansar. He tenido unos sueños, espantosos y estoy verdaderamente agotado.

Y decía estas cosas porque la aparición de este hombre es siempre indicio de grandes agitaciones, de cansancio y de terror.

El tal me respondió:

—¡Levántate, que no hay tiempo que perder! Entonces me levanté y lo seguí. Mientras caminábamos le pregunté:

—¿Adonde quiere llevarme ahora? —Ven y lo verás.

Y me condujo a un lugar en el cual se extendía una amplia llanura. Dirigí la mirada a mi alrededor, pero aquella región era tan grande que no se distinguían los confines de la misma. Era un vasto desierto. No se veía ni un alma viviente, ni una planta, ni un riachuelo; un poco de vegetación seca y amarillenta daba a aquella desolación un aspecto de tristeza. No sabía ni dónde me encontraba, ni qué era lo que iba a hacer. Durante unos instantes

no vi a mi guía. Me pareció haberme perdido. No estaban conmigo ni [Beato] Miguel Don Rúa ni Don Francesia ni ningún otro. Cuando he aquí que diviso a mi amigo que me sale al encuentro. Respiré y dije:

—¿Dónde estoy?

—Ven conmigo y lo sabrás.

—Bien; iré contigo.

El iba delante y yo le seguía sin chistar. Después de un largo y triste viaje, Don Bosco, al pensar que tenía que atravesar una tan dilatada llanura pensaba para sí:

—¡Ay mis pobres muelas! Pobre de mí, con las piernas tan hinchadas...

Pero, de pronto, se abrió ante mí un camino.

Entonces interrumpí el silencio preguntando a mi guía:

—¿Adonde vamos a ir ahora?

—Por aquí— me dijo.

Y penetramos por aquel camino. Era una senda hermosa, ancha, espaciosa y bien pavimentada. De un lado y de otro la flanqueaban dos magníficos setos verdes cubiertos de hermosas flores. En especial despuntaban las rosas entre las hojas por todas partes. Aquel sendero, a primera vista, parecía llano y cómodo, y yo me eché a andar por él sin sospechar nada. Pero después de caminar un trecho me di cuenta de que insensiblemente se iba haciendo cuesta abajo y aunque la marcha no parecía precipitada, yo corría con tanta facilidad que me parecía ir por el aire. Incluso noté que avanzaba casi sin mover los pies. Nuestra marcha era, pues, veloz. Pensando entonces que el volver atrás por un camino semejante hubiera sido cosa fatigosa y cansada, dije a mi amigo:

—¿Cómo haremos para regresar al Oratorio?

—No te preocupes —me dijo—, el Señor es omnipotente y querrá que vuelvas a él. El que te conduce y te enseña a proseguir adelante, sabrá también llevarte hacia atrás.

El camino descendía cada vez más. Proseguíamos la marcha entre las flores y las rosas cuando vi que me seguían por el mismo sendero todos los jóvenes del Oratorio y otros numerosísimos compañeros a los cuales ya jamás había visto. Pronto me encontré en medio de ellos.

Mientras los observaba veo que de repente, ora uno otra otro, comienzan a caer al suelo, siendo arrastrados por una fuerza invisible que los llevaba hacia una horrible pendiente que se veía aún en lontananza y que conducía a aquellos infelices de *cabeza* a un horno.

—¿Qué es lo que hace caer a estos jóvenes?— pregunté al guía.

—Acércate un poco— me respondió.

Me acerqué y pude comprobar que los jóvenes pasaban entre muchos lazos, algunos de los cuales estaban al ras del suelo y otros a la altura de la cabeza; estos lazos no se veían. Por tanto, muchos de los muchachos al andar quedaban presos por aquellos lazos, sin darse cuenta del peligro, y en el momento de caer en ellos daban un salto y después rodaban al suelo con las piernas en alto y cuando se levantaban corrían precipitadamente hacia el abismo. Algunos quedaban presos, prendidos por la cabeza, por una pierna, por el cuello, por las manos, por un brazo, por la cintura, e inmediatamente eran lanzados hacia la pendiente.

Los lazos colocados en el suelo parecían de estopa, apenas visibles, semejantes a los hilos de la araña y, al parecer, inofensivos. Y con todo, pude observar que los jóvenes por ellos prendidos caían a tierra.

Yo estaba atónito, y el guía me dijo:

—¿Sabes qué es esto?

—Un poco de estopa— respondí.

—Te diría que no es nada —añadió—; el respeto humano, simplemente.

Entretanto, al ver que eran muchos los que continuaban cayendo en aquellos lazos, le pregunté al desconocido:

—¿Cómo es que son tantos los que quedan prendidos en esos hilos? ¿Qué es lo que los arrastra de esa manera?

Y él:

—Acércate más; obsérvalo bien y lo verás.

Lo hice y añadí:

—Yo no veo nada.

—Mira mejor— me dijo el guía.

Tomé, en efecto, uno de aquellos lazos en la mano y pude comprobar que no daba con el otro extremo; por el contrario, me di cuenta de que yo también era arrastrado por él. Entonces seguí la dirección del hilo y llegué a la boca de una espantosa caverna. Y me detuve porque no quería penetrar en aquella vorágine y tiré hacia mí de aquel hilo y noté que cedía, pero había que hacer mucha fuerza. Y he aquí que después de haber tirado mucho, salió fuera, poco a poco, un horrible monstruo que infundía espanto, el cual mantenía fuertemente cogido con sus garras la extremidad de una cuerda a la que estaban ligados todos aquellos hilos. Era este monstruo quien apenas caía uno en aquellas redes lo arrastraba inmediatamente hacia sí.

Entonces me dije:

—Es inútil intentar hacer frente a la fuerza de este animal, pues no lograré vencerlo; será mejor combatirlo con la señal de la santa cruz y con jaculatorias.

Me volví, por tanto, junto a mi guía, el cual me dijo:

—¿Sabes ya quién es?

—¡Oh, sí que lo sé!, —le respondí—. Es el demonio quien tiende estos lazos para hacer caer a mis jóvenes en el infierno.

Examiné con atención los lazos y vi que cada uno llevaba escrito su propio título: el lazo de la soberbia, de la desobediencia, de la envidia, del sexto mandamiento, del hurto, de la gula, de la pereza, de la ira, etc. Hecho esto me eché un poco hacia atrás para ver cual de aquellos lazos era el que causaba mayor número de víctimas entre los jóvenes, y pude comprobar que era el de la deshonestidad, la desobediencia y la soberbia. A este último iban atados otros dos. Después de esto vi otros lazos que causaban grandes estragos, pero no tanto como los dos primeros. Desde mi puesto de observación vi a muchos jóvenes que corrían a mayor velocidad que los demás. Y pregunté:

—¿Por qué esta diferencia?

—Porque son arrastrados por los lazos del respeto humano— me fue respondido.

Mirando aún con mayor atención vi que entre aquellos lazos había esparcidos muchos cuchillos, que manejados por una mano providencial cortaban o rompían los hilos. El cuchillo más grande procedía contra el lazo de la soberbia y simbolizaba la meditación. Otro cuchillo, también muy grande, pero no tanto como el primero, significaba la lectura espiritual bien hecha. Había también dos espadas. Una de ellas representaba la devoción al Santísimo Sacramento, especialmente mediante la comunión frecuente; otra, la devoción a la Virgen. Había, además, un martillo: la confesión; y otros cuchillos símbolos de las varias devociones a San José, a San Luis, etc., etc.

Con estas armas no pocos rompían los lazos al quedar prendidos en ellos, o se defendían para no ser víctimas de los mismos.

En efecto, vi a dos jóvenes que pasaban entre aquellos lazos de forma que jamás quedaban presos en ellos; bien lo hacían antes de que el lazo estuviese tendido, y si lo hacían cuando éste estaba ya preparado, sabían sortearlo de forma que les caía sobre los hombros, o sobre las espaldas, o en otro lado diferente sin lograr capturarlos.

Cuando el guía se dio cuenta de que lo había observado todo, me hizo continuar el camino flanqueado de rosas; pero a medida que avanzaba, las rosas de los linderos eran cada vez más raras, empezando a aparecer punzantes espinas. Finalmente, por mucho que me fijé no descubrí ni una rosa y, en el último tramo, el seto se había tornado completamente espinoso, quemado por el sol y desprovisto de hojas; después, de los matorrales ralos y secos, partían ramajes que al tenderse por el suelo lo cubrían, sembrándolo de espinas de tal forma que difícilmente se podía caminar.

Habíamos llegado a una hondonada cuyos acantilados ocultaban todas las regiones circundantes; y el camino, que descendía cada vez de una manera más pronunciada, se hacía tan horrible, tan poco firme y tan lleno de baches, de salientes, de guijarros y de piedras rodadas, que dificultaba cada vez más la marcha.

Había perdido ya de vista a todos mis jóvenes; muchísimos de ellos habían logrado salir de aquella senda insidiosa, dirigiéndose por otros atajos.

Yo continué adelante. Cuanto más avanzaba más áspera era la bajada y más pronunciada, de forma que algunas veces me resbalaba, cayendo al suelo, donde permanecía sentado un rato para tomar un poco de aliento. De cuando en cuando el guía acudía en mi auxilio y me ayudaba a levantarme. A cada paso se me encogían los tendones y me parecía que se me iban a descoyuntar los huesos de las piernas.

Entonces dije anhelante a mí guía:

—Querido, las piernas se niegan a sostenerme. Me encuentro tan falto de fuerzas que no será posible continuar el viaje.

El guía no me contestó, sino que, animándome, prosiguió su camino, hasta que al verme cubierto de sudor y víctima de un cansancio mortal, me llevó a un pequeño promontorio que se alzaba en el mismo camino.

Me senté, lancé un hondo suspiro y me pareció haber descansado suficientemente. Entretanto observaba el camino que había recorrido ya; parecía cortado a pico, cubierto de guijarros y de piedras puntiagudas.

Consideraba también el camino que me quedaba por recorrer, cerrando los ojos de espanto, exclamando:

—Volvamos atrás, por caridad. Si seguimos adelante, ¿cómo haremos para llegar al Oratorio? ¡Es imposible que yo pueda emprender después esta subida!

Y el guía me contestó resueltamente:

—Ahora que hemos llegado aquí, ¿quieres quedarte solo?

Ante esta amenaza repliqué en tono suplicante: —¿Sin ti cómo podría volver atrás o continuar el viaje? —Pues bien, sígueme— añadió el guía.

Me levanté y continuamos bajando. El camino era cada vez más horriblemente pedregoso, de forma que apenas si podía permanecer de pie.

Y he aquí que al fondo de este precipicio, que terminaba en un oscuro valle, aparece un edificio inmenso que mostraba ante nuestro camino una puerta altísima y cerrada. Llegamos al fondo del precipicio. Un calor sofocante me oprimía y una espesa humareda, de color verdoso, se elevaba sobre aquellos murallones recubiertos de sanguinolentas llamas de fuego. Levanté mis ojos a aquellas murallas y pude comprobar que eran altas como una montaña y más aún.

[San] Juan Don Bosco preguntó al guía: .—¿Dónde nos encontramos? ¿Qué es esto? —Lee lo que hay escrito sobre aquella puerta —me respondió— , y la inscripción te hará comprender dónde estamos. Miré y sobre la puerta se leía: *Ubi non est redemptio*. Me di cuenta de que estábamos a las puertas del infierno. El guía me acompañó a dar una vuelta alrededor de los muros de aquella horrible ciudad. De cuando en cuando, a una regular distancia, se veía una puerta de bronce, como la primera, al pie de una peligrosa bajada, y cada una de ellas tenía encima una inscripción diferente.

Discédite, maledicti, in ignem aeternum qui paratus est diabolo et ángelis eius... Omnis arbor quae non facit fructum bonum excidetur et in

ignem mittetur.

Yo saqué la libreta para anotar aquellas inscripciones, pero el guía me dijo:

—¡Detente! ¿Qué haces? —Voy a tomar nota de esas inscripciones. — No hace falta: las tienes todas en la Sagrada Escritura; incluso tú has hecho grabar algunas bajo los pórticos.

Ante semejante espectáculo habría preferido volver atrás y encaminarme al Oratorio, pero el guía no se volvió, a pesar de que yo había dado ya algunos pasos en sentido contrario al que habíamos llevado hasta entonces.

Recorrimos un inmenso y profundísimo barranco y nos encontramos nuevamente al pie del camino pendiente que habíamos recorrido y delante de la puerta que vimos en primer lugar. De pronto el guía se volvió hacia atrás con el rostro demudado y sombrío, me indicó con la mano que me retirara, diciéndome al mismo tiempo:

—¡Mira!

Tembloroso, miré hacia arriba y, a cierta distancia, vi que por aquel camino en declive bajaba uno a toda velocidad. Conforme se iba acercando intenté identificarlo y finalmente pude reconocer en él a uno de mis jóvenes. Llevaba los cabellos desgreñados, en parte erizados sobre la cabeza y en parte echados hacia atrás por efecto del viento y los brazos tendidos hacia adelante, en actitud como de quien nada para salvarse del naufragio. Quería detenerse y no podía. Tropezaba continuamente con los guijarros salientes del camino y aquellas piedras servían para darle un mayor impulso en la carrera.

—Corramos, detengámoslo, ayudémosle— gritaba yo tendiendo las manos hacia él.

Y el guía:

—No; déjalo.

—¿Y por qué no puedo detenerlo?

—¿No sabes lo tremenda que es la venganza de Dios? ¿Crees que podrías detener a uno que huye de la ira encendida del Señor?

Entretanto aquel joven, volviendo la cabeza hacia atrás y mirando con los ojos encendidos si la ira de Dios le seguía siempre, corría precipitadamente hacia el fondo del camino, como si no hubiese encontrado en su huida otra solución que ir a dar contra aquella puerta de bronce.

—¿Y por qué mira hacia atrás con esa cara de espanto?, — pregunte yo—.

—Porque la ira de Dios traspasa todas las puertas del infierno e irá a atormentarle aún en medio del fuego.

En efecto, como consecuencia de aquel choque, entre un ruido de cadenas, la puerta se abrió de par en par. Y tras ella se abrieron al mismo tiempo, haciendo un horrible fragor, dos, diez, cien, mil, otras puertas impulsadas por el choque del joven, que era arrastrado por un torbellino invisible, irresistible, velocísimo.

Todas aquellas puertas de bronce, que estaban una delante de otra, aunque a gran distancia, permanecieron abiertas por un instante y yo vi, allá a lo lejos, muy lejos, como la boca de un horno, y mientras el joven se precipitaba en aquella vorágine pude observar que de ella se elevaban numerosos globos de fuego. Y las puertas volvieron a cerrarse con la misma rapidez con que se habían abierto. Entonces yo tomé la libreta para apuntar el nombre y el apellido de aquel infeliz, pero el guía me tomó del brazo y me dijo: —Detente —me ordenó—y observa de nuevo. Lo hice y pude ver un nuevo espectáculo. Vi bajar precipitadamente por la misma senda a tres jóvenes de nuestras casas que en forma de tres peñascos rodaban rapidísimamente uno detrás del otro. Iban con los brazos abiertos y gritaban de espanto. Llegaron al fondo y fueron a chocar con la primera puerta. [San] Juan Don Bosco al instante conoció a los tres. Y la puerta se abrió y después de ella las otras mil; los jóvenes fueron empujados a aquella larguísima galería, se oyó un prolongado ruido infernal que se alejaba cada vez más, y

aquellos infelices desaparecieron y las puertas se cerraron. Muchos otros cayeron después de éstos de cuando en cuando... Vi precipitarse en el infierno a un pobrecillo impulsado por los empujones de un pérfido compañero. Otros caían solos, otros acompañados; otros cogidos del brazo, otros separados, pero próximos. Todos llevaban escrito en la frente el propio pecado. Yo los llamaba afanosamente mientras caían en aquel lugar. Pero ellos no me oían, retumbaban las puertas infernales al abrirse y al cerrarse se hacía un silencio de muerte.

—He aquí las causas principales de tantas ruinas eternas —exclamó mi guía—: los compañeros, las malas lecturas y las perversas costumbres.

Los lazos que habíamos visto al principio eran los que arrastraban a los jóvenes al precipicio. Al ver caer a tantos de ellos, dije con acento de desesperación:

—Entonces es inútil que trabajemos en nuestros colegios, si son tantos los jóvenes que tienen este fin. ¿No habrá manera de remediar la ruina de estas almas?

Y el guía me contestó:

—Este es el estado actual en que se encuentran y si mueren en él vendrán a parar aquí sin remedio.

—¡Oh, déjame anotar los nombres para que yo les pueda avisar y ponerlos en la senda que conduce al Paraíso!

—¿Y crees tú que algunos se corregirían si les avisaras? Al principio el aviso les impresionará; después no harán caso, diciendo: se trata de un sueño. Y se tornarán peores que antes. Otros, al verse descubiertos, frecuentarán los Sacramentos, pero no de una manera espontánea y meritoria, porque no proceden rectamente. Otros se confesarán por un temor pasajero a caer en el infierno, pero seguirán con el corazón apegado al pecado.

—¿Entonces para estos desgraciados no hay remisión? Dame algún aviso para que puedan salvarse.

—Helo aquí: tienen los superiores, que los obedezcan; tienen el reglamento, que lo observen; tienen los Sacramentos, que los frecuenten.

Entretanto, como se precipitase al abismo un nuevo grupo de jóvenes, las puertas permanecieron abiertas durante un instante y:

—Entra tú también— me dijo el guía.

Yo me eché atrás horrorizado. Estaba impaciente por regresar al Oratorio para avisar a los jóvenes y detenerles en aquel camino; para que no siguieran rodando hacia la perdición. Pero el guía me volvió a insistir:

—Ven, que aprenderás más de una cosa. Pero antes dime: ¿Quieres proseguir solo o acompañado?

Esto me lo dijo para que yo reconociese la insuficiencia de mis fuerzas y al mismo tiempo la necesidad de su benévola asistencia; a lo que contesté:

—¿Me he de quedar solo en ese lugar de horror? ¿Sin el consuelo de tu bondad? ¿Y quién me enseñará el camino del retorno?

Y de pronto me sentí lleno de valor pensando para mí:

—Antes de ir al infierno es necesario pasar por el juicio y yo no me he presentado todavía ante el Juez Supremo. Después exclamé resueltamente: —¡Entremos, pues!

Y penetramos en aquel estrecho y horrible corredor. Corríamos con la velocidad del rayo. Sobre cada una de las puertas del interior lucía con luz velada una inscripción amenazadora. Cuando terminamos de recorrerlo desembocamos en un amplio y tétrico patio, al fondo del cual se veía una rústica portezuela, cuyas hojas eran de un grosor como jamás había visto y encima de la cual se leía esta inscripción: *Ibunt impii in ignem aeternum*. Los muros en todo su perímetro estaban recubiertos de inscripciones. Yo pedí a mi guía permiso para leerlas y éste me contestó:

---Haz como te plazca.

Entonces lo examiné todo. En cierto sitio vi escrito lo siguiente: *Dabo ignem in carnes eorum ut comburantur in sempiternum. Cruciabuntur die ac nocte in saecula saeculorum.* Y en otro lugar: *Hic univérsitas malorum per omnia saecula saeculorum.* En otros: *Nullus est hic ordo, sed horror sempiternus inhabitat. — Fumus tormentorum suorum in aeternum ascendit. — Non est pax impiis. — Clamor et stridor dentium.*

Mientras yo daba la vuelta alrededor de los muros leyendo estas inscripciones, el guía, que se había quedado en el centro del patio, se acercó a mí y me dijo:

—Desde ahora en adelante nadie podrá tener un compañero que le ayude, un amigo que le consuele, un corazón que le ame, una mirada compasiva, una palabra benévola: hemos pasado la línea. ¿Tú quieres ver o probar?

—Quiero ver solamente— respondí.

—Ven, pues, conmigo— añadió el amigo, y tomándome de la mano me condujo ante aquella puertecilla y la abrió. Esta ponía en comunicación con un corredor en cuyo fondo había una gran cueva cerrada por una larga ventana con un solo cristal que llegaba desde el suelo hasta la bóveda y a través del cual se podía mirar dentro. Atravesé el dintel y avanzando un paso me detuve presa de un terror indescriptible.

Vi ante mis ojos una especie de caverna inmensa que se perdía en las profundidades cavadas en las entrañas de los montes, todas llenas de fuego, pero no como el que vemos en la tierra con sus llamas movibles, sino de una forma tal que todo lo dejaba incandescente y blanco a causa de la elevada temperatura. Muros, bóvedas, pavimento, herraje, piedras, madera, carbón; todo estaba blanco y brillante. Aquel fuego sobrepasaba en calores millares y millares de veces al fuego de la tierra sin consumir ni reducir a cenizas nada de cuanto tocaba. Me sería imposible describir esta caverna en toda su espantosa realidad.

Mientras miraba atónito aquel lugar de tormento veo llegar con indecible ímpetu un joven que casi no se daba cuenta de nada, lanzando un

grito agudísimo, como quien estaba para caer en un lago de bronce hecho líquido, y que precipitándose en el centro, se torna blanco como toda la caverna y queda inmóvil, mientras que por un momento resonaba en el ambiente el eco de su voz mortecina.

Lleno de horror contemplé un instante a aquel desgraciado y me pareció uno del Oratorio, uno de mis hijos.

—Pero ¿este no es uno de mis jóvenes?, —pregunté al guía—. ¿No es fulano?

—Sí, sí— me respondió.

—¿Y por qué no cambia de posición? ¿Por qué está incandescente sin consumirse?

Y él:

—Tú elegiste el ver y por eso ahora no debes hablar; observa y verás. Por lo demás *omnis enim igne salietur et omnis uictima sale salietur*.

Apenas si había vuelto la cara y he aquí otro joven con una furia desesperada y a grandísima velocidad que corre y se precipita a la misma caverna. También éste pertenecía al Oratorio. Apenas cayó no se movió más. Este también lanzó un grito de dolor y su voz se confundió con el último murmullo del grito del que había caído antes. Después llegaron con la misma precipitación otros, cuyo número fue en aumento y todos lanzaban el mismo grito y permanecían inmóviles, incandescentes, como los que les habían precedido. Yo observé que el primero se había quedado con una mano en el aire y un pie igualmente suspendido en alto. El segundo quedó como encorvado hacia la tierra. Algunos tenían los pies por alto, otros el rostro pegado al suelo.

Quiénes estaban casi suspendidos sosteniéndose de un solo pie o de una sola mano; no faltaban los que estaban sentados o tirados; unos apoyados sobre un lado, otros de pie o de rodillas, con las manos entre los cabellos. Había, en suma, una larga fila de muchachos, como estatuas en posiciones muy dolorosas. Vinieron aún otros muchos a aquel horno, parte

me eran conocidos y parte desconocidos. Me recordé entonces de lo que dice la Biblia, que según se cae la primera vez en el infierno así se permanecerá para siempre: *Lignum, in quocumque loco ceciderit, ibi erit.*

Al notar que aumentaba en mí el espanto, pregunté al guía:

—¿Pero éstos, al correr con tanta velocidad, no se dan cuenta que vienen a parar aquí?

—¡Oh!, sí que saben que van al fuego; les avisaron mil veces, pero siguen corriendo voluntariamente al no detestar el pecado y al no quererlo abandonar, al despreciar y rechazar la misericordia de Dios que los llama a penitencia, y, por tanto, la justicia divina, al ser provocada por ellos, los empuja, les insta, los persigue y no se pueden parar hasta llegar a este lugar.

—¡Oh, qué terrible debe de ser la desesperación de estos desgraciados que no tienen ya esperanza de salir de aquí!—, exclamé.

—¿Quieres conocer la furia íntima y el frenesí de sus almas? Pues, acércate un poco más—, me dijo el guía.

Di algunos pasos hacia adelante y acercándome a la ventana vi que muchos de aquellos miserables se propinaban mutuamente tremendos golpes, causándose terribles heridas, que se mordían como perros rabiosos; otros se arañaban el rostro, se destrozaban las manos, se arrancaban las carnes arrojando con despecho los pedazos por el aire. Entonces toda la cobertura de aquella cueva se había trocado como de cristal a través del cual se divisaba un trozo de cielo y las figuras luminosas de los compañeros que se habían salvado para siempre.

Y aquellos condenados rechinaban los dientes de feroz envidia, respirando afanosamente, porque en vida hicieron a los justos blanco de sus burlas.

Yo pregunté al guía:

—Dime, ¿por qué no oigo ninguna voz?

—Acércate más— me gritó.

Me aproximé al cristal de la ventana y oí cómo unos gritaban y lloraban entre horribles contorsiones; otros blasfemaban e imprecaban a los santos. Era un tumulto de voces y de gritos estridentes y confusos que me indujo a preguntar a mi amigo:

—¿Qué es lo que dicen? ¿Qué es lo que gritan?

Y él:

—Al recordar la suerte de sus buenos compañeros se ven obligados a confesar: *Nos insensatam vitam illorum aestimabamus insaniam et finem illorum sine honore. Ecce quómodo computati sunt inter filios Dei et ínter sanctos sors illorum est. Ergo errávimus a vía veritatis.*

Por eso gritan: *Lassati sumus in via iniquitatis et perdifionis. Erravimus per vias difíciles, viam autem Domini ignoravimus. Quid nobis profuit superbia? Transierunt omnia illa tamquam umbra.*

Estos son los cánticos lúgubres que resonarán aquí por toda la eternidad. Pero gritos, esfuerzos, llantos son ya completamente inútiles. *Omnis dolor irruet super eos!* Aquí no cuenta el tiempo, aquí sólo impera la eternidad.

Mientras lleno de horror contemplaba el estado de muchos de mis jóvenes, de pronto una idea floreció en mi mente.

—¿Cómo es posible —dije— que los que se encuentran aquí estén todos condenados? Esos jóvenes, ayer por la noche estaban aún vivos en el Oratorio.

Y el guía me contestó:

—Todos éstos que ves ahí son los que han muerto a la gracia de Dios y si les sorprendiera la muerte y si continuasen obrando como al presente, se condenarían.

Pero no perdamos tiempo, prosigamos adelante.

Y me alejé de aquel lugar por un corredor que descendía a un profundo subterráneo conduciendo a otro aún más bajo, a cuya entrada se leían estas palabras: *Vermis eorum non moritur, et ignis non extinguitur... Dabit Dominus omnipotens ignem et vermes in carnes eorum, ut urantur et sentiant usque in sempiternum.* Aquí se veían los atroces remordimientos de los que fueron educados en nuestras casas.

El recuerdo de todos y cada uno de los pecados no perdonados y de la justa condenación; de haber tenido mil medios y muchos extraordinarios para convertirse al Señor, para perseverar en el bien, para ganarse el Paraíso. El recuerdo de tantas gracias y promesas concedidas y hechas a María Santísima y no correspondidas. ¡El haberse podido salvar a costa de un pequeño sacrificio y, en cambio, estar condenado para siempre! ¡Recordar tantos buenos propósitos hechos y no mantenidos! ¡Ah! De buenas intenciones completamente ineficaces está lleno el infierno, dice el proverbio.

Y allí volví a contemplar a todos los jóvenes del Oratorio que había visto poco antes en el horno, algunos de los cuales me están escuchando ahora, otros estuvieron aquí con nosotros y a otros muchos no los conocía. Me adelanté y observé que todos estaban cubiertos de gusanos y de asquerosos insectos que les devoraban y consumían el corazón, los ojos, las manos, las piernas, los brazos y todos los miembros, dejándolos en un estado tan miserable que no encuentro palabras para describirlo. Aquellos desgraciados permanecían inmóviles, expuestos a toda suerte de molestias, sin poderse defender de ellas en modo alguno. Yo avancé un poco más, acercándome para que me viesan, con la esperanza de poderles hablar y de que me dijese algo, pero ellos no solamente no me hablaron sino que ni siquiera me miraron. Pregunté entonces al guía la causa de esto y me fue respondido que en el otro mundo no existe libertad alguna para los condenados: cada uno soporta allí todo el peso del castigo de Dios sin variación alguna de estado y no puede ser de otra manera. Y añadió:

—Ahora es necesario que desciendas tú a esa región de fuego que acabas de contemplar.

—¡No, no!, —repliqué aterrado—. Para ir al infierno es necesario pasar

antes por el juicio, y yo no he sido juzgado aún. ¡Por tanto no quiero ir al infierno!

—Dime —observó mi amigo—, ¿te parece mejor ir al infierno y libertar a tus jóvenes o permanecer fuera de él abandonándolos en medio de tantos tormentos?

Desconcertado con esta propuesta, respondí: —¡Oh, yo amo mucho a mis queridos jóvenes y deseo que todos se salven! ¿Pero, no podríamos hacer de manera que no tuviésemos que ir a ese lugar de tormento ni yo ni los demás?

—Bien —contestó mi amigo—, aún estás a tiempo, como también lo están ellos, con tal que tú hagas cuanto puedas.

Mi corazón se ensanchó al escuchar tales palabras y me dije inmediatamente: Poco importa el trabajo con tal de poder librar a mis queridos hijos de tantos tormentos.

—Ven, pues —continuó mi guía—, y observa una prueba de la bondad y de la misericordia de Dios, que pone en juego mil medios para inducir a penitencia a tus jóvenes y salvarlos de la muerte eterna.

Y tomándome de la mano me introdujo en la caverna. Apenas puse el pie en ella me encontré de improviso transportado a una sala magnífica con puertas de cristal. Sobre ésta, a regular distancia, pendían unos largos velos que cubrían otros tantos departamentos que comunicaban con la caverna.

El guía me señaló uno de aquellos velos sobre el cual se veía escrito: Sexto Mandamiento; y exclamó:

—La falta contra este Mandamiento: he aquí la causa de la ruina eterna de tantos jóvenes.

—Pero ¿no se han confesado?

—Se han confesado, pero las culpas contra la bella virtud las han confesado mal o las han callado de propósito. Por ejemplo: uno, que cometió

cuatro o cinco pecados de esta clase, dijo que sólo había faltado dos o tres veces. Hay algunos que cometieron un pecado impuro en la niñez y sintieron siempre vergüenza de confesarlo, o lo confesaron mal o no lo dijeron todo. Otros no tuvieron el dolor o el propósito suficiente. Incluso algunos, en lugar de hacer el examen, estudiaron la manera de engañar al confesor. Y el que muere con tal resolución lo único que consigue es contarse en el número de los réprobos por toda la eternidad. Solamente los que, arrepentidos de corazón, mueren con la esperanza de la eterna salvación, serán eternamente felices. ¿Quieres ver ahora por qué te ha conducido hasta aquí la misericordia de Dios?

Levantó un velo y vi un grupo de jóvenes del Oratorio, todos los cuales me eran conocidos, que habían sido condenados por esta culpa. Entre ellos había algunos que ahora, en apariencia, observan buena conducta.

—Al menos ahora —le supliqué— me dejarás escribir los nombres de esos jóvenes para poder avisarles en particular.

—No hace falta— me respondió.

—Entonces, ¿qué les debo decir?

—Predica siempre y en todas partes contra la inmodestia. Basta avisarles de una manera general y no olvides que aunque lo hicieras particularmente, te harían mil promesas, pero no siempre sinceramente. Para conseguir un propósito decidido se necesita la gracia de Dios, la cual no faltará nunca a tus jóvenes si ellos se la piden. Dios es tan bueno que manifiesta especialmente su poder en el compadecer y en perdonar. Oración y sacrificio, pues, por tu parte. Y los jóvenes que escuchen tus amonestaciones y enseñanzas, que pregunten a sus conciencias y éstas les dirán lo que deben hacer.

Y seguidamente continuó hablando por espacio de casi media hora sobre las condiciones necesarias para hacer una buena confesión.

El guía repitió después varias veces en voz alta:

—*Avertere!... Avertere!...*

—¿Qué quiere decir esos?

—¡Que cambien de vida!... ¡Que cambien de vida!...

Yo, confundido ante esta revelación, incliné la cabeza y estaba para retirarme cuando el desconocido me volvió a llamar y me dijo:

—Todavía no lo has visto todo.

Y volviéndose hacia otra parte levantó otro gran velo sobre el cual estaba escrito: *Qui volunt dívites fieri, incidunt irt tentationem et láqueum diáboli.*

Leí esta sentencia y dije:

—Esto no interesa a mis jóvenes, porque son pobres, como yo; nosotros no somos ricos ni buscamos las riquezas. ¡Ni siquiera nos pasa por la imaginación semejante deseo!

Al correr el velo vi al fondo cierto número de jóvenes, todos conocidos, que sufrían como los primeros que contemplé, y el guía me contestó:

—Sí, también interesa esa sentencia a tus muchachos.

—Explícame entonces el significado del término divites.

Y él:

—Por ejemplo, algunos de tus jóvenes tienen el corazón apegado a un objeto material, de forma que este afecto desordenado le aparta del amor a Dios, faltando, por tanto, a la piedad y a la mansedumbre. No sólo se puede pervertir el corazón con el uso de las riquezas, sino también con el deseo inmoderado de las mismas, tanto más si este deseo va contra la virtud de la justicia. Tus jóvenes son pobres, pero has de saber que la gula y el ocio son malos consejeros. Hay algunos que en el propio pueblo se hicieron culpables de hurtos considerables y a pesar de que pueden hacerlo no se han preocupado de restituir. Hay quienes piensan en abrir con las ganzúas la despensa y quien intenta penetrar en la habitación del Prefecto o del

Ecónomo; quienes registran los baúles de los compañeros para apoderarse de comestibles, dinero y otros objetos; quien hace acopio de cuadernos y de libros para su uso...

Y después de decirme el nombre de estos y de otros más, continuó: — Algunos se encuentran aquí por haberse apropiado de prendas de vestir, de ropa blanca, de mantas y manteles que pertenecían al Oratorio, para mandarlas a sus casas. Algunos, por algún otro grave daño que ocasionaron voluntariamente y no lo repararon. Otros, por no haber restituido objetos y cosas que habían pedido a título de préstamo, o por haber retenido sumas de dinero que les habían sido confiadas para que las entregasen al Superior.

Y concluyó diciendo:

—Y puesto que conoces el nombre de los tales, avísales, diles que desechen los deseos inútiles y nocivos; que sean obedientes a la ley de Dios y celosos del propio honor, de otra forma la codicia los llevará a mayores excesos, que les sumergirán en el dolor, en la muerte y en la perdición.

Yo no me explicaba cómo por ciertas cosas a las que nuestros jóvenes daban tan poca importancia hubiese aparejados castigos tan terribles. Pero el amigo interrumpió mis reflexiones diciéndome:

—Recuerda lo que se te dijo cuando contemplabas aquellos racimos de la vid echados a perder—, y levantó otro velo que ocultaba a otros muchos de nuestros jóvenes, a los cuales conocí inmediatamente por pertenecer al Oratorio.

Sobre aquel velo estaba escrito: *Radix omnium maiorum*. E inmediatamente me preguntó:

—¿Sabes qué significa esto? ¿Cuál es el pecado designado por esta sentencia?

—Me parece que debe ser la soberbia. —No, me respondió.

—Pues yo siempre he oído decir que la raíz de todos los pecados es la soberbia.

—Sí; en general se dice que es la soberbia; pero en particular, ¿sabes qué fue lo que hizo caer a Adán y a Eva en el primer pecado, por lo que fueron arrojados del Paraíso terrenal? —La desobediencia.

—Cierto; la desobediencia es la raíz de todos los males. —¿Qué debo decir a mis jóvenes sobre esto? —

Presta atención. Aquellos jóvenes los cuales tú ves que son desobedientes se están preparando un fin tan lastimoso como éste. Son los que tú crees que se han ido por la noche a descansar y, en cambio, a horas de la madrugada se bajan a pasear por el patio, sin preocuparse de que es una cosa prohibida por el reglamento; son los que van a lugares peligrosos, sobre los andamios de las obras en construcción, poniendo en peligro incluso la propia vida. Algunos, según lo establecido, van a la iglesia, pero no están en ella como deben, en lugar de rezar están pensando en cosas muy distintas de la oración y se entretienen en fabricar castillos en el aire; otros estorban a los demás. Hay quienes de lo único que se preocupan es de buscar un lugar cómodo para poder dormir durante el tiempo de las funciones sagradas; otros crees tú que van a la iglesia y, en cambio, no aparecen por ella. ¡Ay del que descuida la oración! ¡El que no reza se condena! Hay aquí algunos que en vez de cantar las divinas alabanzas y las Vísperas de la Virgen, se entretienen en leer libros nada piadosos, y otros, cosa verdaderamente vergonzosa, pasan el tiempo leyendo obras prohibidas. Y siguió enumerando otras faltas contra el reglamento, origen de graves desórdenes.

Cuando hubo terminado, yo le miré conmovido y él clavando sus ojos en mí, prestó atención a mis palabras.

—¿Puedo referir todas estas cosas a mis jóvenes?—, le pregunté.

—Sí, puedes decirles todo cuanto recuerdes.

—¿Y qué consejos he de darles para que no les sucedan tan grandes desgracias?

—Debes insistir en que la obediencia a Dios, a la Iglesia, a los padres y a los superiores, aún en cosas pequeñas, los salvará. —¿Y qué más?

—Les dirás que eviten el ocio, que fue el origen del pecado de [San] David: incúlcales que estén siempre ocupados, pues así el demonio no tendrá tiempo para tentarlos.

Yo, haciendo una inclinación con la cabeza, se lo prometí. Me encontraba tan emocionado que dije a mi amigo:

—Te agradezco la caridad que has usado para conmigo y te ruego que me hagas salir de aquí. El entonces me dijo:

—¡Ven conmigo!—, y animándome, me tomó de la mano y me ayudó a proseguir porque me encontraba agotado. Al salir de la sala y después de atravesar en un mohiento el hórrido patio y el largo corredor de entrada, antes de trasponer el dintel de la última puerta de bronce, se volvió de nuevo a mí y exclamó:

—Ahora que has visto los tormentos de los demás, es necesario que pruebes un poco lo que se sufre en el infierno. —¡No, no!—, grité horrorizado. El insistía y yo me negaba siempre.

—No temas —me dijo—; prueba solamente, toca esta muralla. Yo no tenía valor para hacerlo y quise alejarme, pero el guía me detuvo insistiendo:

—A pesar de todo, es necesario que pruebes lo que te he dicho— y aferrándome resueltamente por un brazo, me acercó al muro mientras decía:

—Tócalo una sola vez, al menos para que puedas decir que estuviste visitando las murallas de los suplicios eternos, y para que puedas comprender cuan terrible será la última si así es la primera. ¿Ves esa muralla?

Me fijé atentamente y pude comprobar que aquel muro era de espesor colosal. El guía prosiguió:

—Es el milésimo primero antes de llegar adonde está el verdadero fuego del infierno. Son mil muros los que lo rodean. Cada muro es mil medidas de espesor y de distancia el uno del otro, y cada medida es de mil millas; este está a un millón de millas del verdadero fuego del infierno y por

eso apenas es un mínimo principio del infierno mismo.

Al decir esto, y como yo me echase atrás para no tocar, me tomo la mano, me la abrió con fuerza y me la acercó a la piedra de aquel milésimo muro. En aquel instante sentí una quemadura tan intensa y dolorosa que saltando hacia atrás y lanzando un grito agudísimo, me desperté.

Me encontré sentado en el lecho y pareciéndome que la mano me ardía, la restregaba contra la otra para aliviarme de aquella sensación. Al hacerse de día, pude comprobar que mi mano, en realidad, estaba hinchada, y la impresión imaginaria de aquel fuego me afectó tanto que cambié la piel de la palma de la mano derecha.

Tengan presente que no les he contado las cosas con toda su horrible crueldad, ni tal como las vi y de la forma que me impresionaron, para no causar en vosotros demasiado espanto. Nosotros sabemos que el Señor no nombró jamás el infierno sino valiéndose de símbolos, porque aunque nos lo hubiera descrito como es, nada hubiéramos entendido. Ningún mortal puede comprender estas cosas. El Señor las conoce y las puede manifestar a quien quiere.

Durante muchas noches consecutivas, y siempre presa de la mayor turbación, no pude dormir a causa del espanto que se había apoderado de mi ánimo. Les he contado solamente el resumen de lo que he visto en sueños de mucha duración; puede decirse que de todos ellos les he hecho un breve compendio. Más adelante les hablaré sobre el respeto humano, y de cuanto se relaciona con el sexto y séptimo Mandamiento y con la soberbia. No haré otra cosa más que explicar estos sueños, pues están de acuerdo con la Sagrada Escritura, aún más, no son otra cosa que un comentario de cuanto en ella se lee respecto a esta materia. Durante estas noches les he contado ya algo, pero de cuando en cuando vendré a hablarles y les narraré lo que falta, dándoles la explicación consiguiente.

Como lo prometió, así lo hizo —continúa Don Lemoyne—. Seguidamente expuso este mismo sueño a los jóvenes de Mirabello y de Lanzo, pero resumiendo la narración.

Repitió cuanto había visto sin hacer cambios notables, no faltando

tampoco algunas variantes. Al narrarlo privadamente a sus sacerdotes y clérigos, añadía algunos detalles más. En muchas ocasiones omitía algunas cosas y en otras ponía de manifestó otras. En la descripción de los lazos introdujo una nueva idea sobre la argucia del demonio y de la manera de arrastrar a los jóvenes hacia el infierno, hablando de las malas costumbres. De muchas escenas no dio explicación: por ejemplo, de los personajes de agradable aspecto que se encontraban en la sala magnífica y que nosotros atreveríamos a decir que simbolizan: El tesoro de la misericordia de Dios, para salvar a los jóvenes que de otra manera habrían perecido. Tal vez eran los principales ministros de innumerables gracias.

Ciertas variantes provenían de la multiplicidad de las cosas vistas al mismo tiempo, las cuales se reproducían en su imaginación le hacían escoger lo que el [Santo] juzgaba más oportuno para sus oyentes.

Por lo demás, la meditación de los novísimos era cosa familiar en [San] Juan Don Bosco y como fruto de ella su corazón se encendía en una vivísima compasión hacia los pobres pecadores amenazados por el peligro de una eternidad tan horrible. Este sentimiento de caridad le hacía sobreponerse al respeto humano, invitando a la penitencia con una prudente franqueza incluso a personajes distinguidos, siendo de tal eficacia sus palabras que conseguía numerosas conversiones.

Nosotros hemos ofrecido fielmente aquí cuanto escuchamos de labios del mismo siervo de Dios y cuanto nos refirieron de viva voz o por escrito numerosos sacerdotes, formando con el conjunto una sola narración. Ha sido un trabajo arduo, porque deseábamos reproducir con exactitud matemática cada una de las palabras, cada unión de una escena con la otra, el orden de los diferentes hechos, los avisos, los reproches, todas las ideas expuestas y no explicadas, entre las cuales no faltará alguna de las que se dejan sobrentender. ¿Hemos conseguido nuestro propósito?

Podemos asegurar a los lectores que hemos buscado una sola cosa con la mayor diligencia, a saber: exponer con la mayor fidelidad posible las palabras de [San] Juan Don Bosco.

VOCACIÓN DE UNA JOVEN

SUEÑO 69.—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, pág. 331)

Escribe Don Joaquín Berto:

«Era el año de 1868, cuando una mañana se me presentaron dos señoras desconocidas pidiendo hablar con [San] Juan Don Bosco. Entraron en su habitación y apenas las vio el [Santo], sin dejarlas hablar, dijo sonriendo a una de ellas:

—Hágase monja y esté tranquila, porque tal es la voluntad del Señor.

Poco después, al verlas salir con lágrimas en los ojos, pregunté a [San] Juan Don Bosco la razón, el cual me dijo confidencialmente:

—Mira, esas dos señoras son hermanas, una de las cuales se quería hacer religiosa oponiéndose a ello la otra. Y entonces determinaron venir a pedir consejo a [San] Juan Don Bosco.

Yo repliqué:

—Pero ¿por qué lloraban?

—Porque sin dejarlas hablar les dije el motivo de su visita y ello les conmovió.

—¿Y cómo hizo usted para saber esas cosas?

---¡Qué curioso eres!

Mira, esta noche soñé que habían venido estas dos señoras a pedirme mi parecer sobre la vocación de una de ellas, y al verlas, las reconocí, y por eso lo único que he hecho ha sido repetirles el consejo que les di en el sueño.

EL PORVENIR DE UN JOVEN

SUEÑO 70—AÑO DE 1868.

(M.B. Tomo IX, pág. 331)

Una noche, después de las confesiones, mientras cenaba, el [Santo] contó el siguiente sueño a los que le rodeaban, entre los cuales estaba el citado Don Joaquín Berto.

Vi un joven del Oratorio tendido en el suelo en medio de una habitación. A su alrededor había cuchillos sin punta, pistolas, carabinas y miembros humanos descuartizados. Parecía estar agonizando. Yo le pregunté:

—¿Cómo es que te encuentras en este estado tan miserable?

—¿No lo deduce de los instrumentos que me rodean? Soy un asesino y muy pronto será condenado a muerte.

Después añadió: Conozco a ese joven y estaré sobre aviso para corregirle de sus defectos e infundirle sentimientos de piedad y mansedumbre, pero tiene una índole tan mala que me temo en verdad que su fin sea verdaderamente trágico.

Dicho joven, militando más tarde en las filas del ejército, fue fusilado por haber dado muerte al propio oficial. Por fortuna, antes de morir, cumplió con gran edificación de todos con sus deberes de cristiano.

LA NOVENA DE LA NATIVIDAD DE LA VIRGEN

SUEÑO 7.1 .—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, pág. 337)

El 2 de septiembre de 1868, [San] Juan Don Bosco habló así después de las oraciones de la noche:

¡Parece verdaderamente imposible! Cuando comenzamos alguna novena hay siempre jóvenes que desean marcharse de casa, o bien quieren ser despedidos. Había uno, el más culpable de ciertos desórdenes, que por varios motivos no podía ser despedido y, con todo, como impulsado por una fuerza misteriosa, se marchó.

Pasemos a otra cosa.

Supongamos que [San] Juan Don Bosco entra en casa por la portería y que llegue hasta aquí bajo los pórticos y que vea una gran señora que tiene un cuaderno en la mano y se lo alargue sin que él diga nada, diciéndole:

—Toma y lee.

Yo lo tomé y leí en la cubierta: Novena de la Natividad de María.

Abro la primera página y veo escritos los nombres de un número limitadísimo de jóvenes grabados en oro. Vuelvo la otra página y veo un número un poco mayor de nombres escritos con tinta ordinaria. Sigo volviendo páginas y observo que todas están en blanco hasta el final.

Ahora pregunto a uno de vosotros qué quiere decir esto.

Y en efecto, preguntó a un joven, ayudándole al mismo tiempo a contestar así:

—En aquel libro estaban escritos los nombres de los que hacían la novena. Los poquísimos grabados en oro son los que la hacen bien y con fervor. La otra parte, son los que la hacen con menos fervor. ¿Y los demás por qué no tenían sus nombres escritos en aquellas páginas? ¿Cuál será el motivo? Yo creo que son los paseos largos que han distraído tanto a los jóvenes que no son capaces de reconcentrarse. Si volviesen entre nosotros [Santo] Domingo Savio, Besuccio, Magone, Saccardi, ¿qué dirían? ¡Oh, cómo ha cambiado el Oratorio!

Por tanto, para agradar a la Virgen hagamos por frecuentar los Sacramentos y practiquemos las florcillas que yo o Don Francesia les daremos. La flor para mañana es ja siguiente: Hacer todas las cosas con

diligencia.

LOS DOS SEPULTUREROS

SUEÑO 72,—AÑO DE 1868.

(M. B. Tomo IX, págs. 398-399)

La noche del 30 de octubre el [Santo] narró el siguiente sueño:

El motivo de haberos reunido a todos aquí es porque les quiero contar alguna cosilla, tanto a los estudiantes como a los artesanos.

Imagínense ver a todos los jóvenes en el patio divirtiéndose. De pronto comienza a oscurecer, cesan los juegos y los gritos; se forman numerosos corrillos esperando que la campana dé la señal de ir al estudio: todavía hay algunos paseando; entretanto la noche avanza y apenas se puede distinguir a un joven de otro a no ser que uno se acerque mucho. Y he aquí que entran por la portería dos sepultureros que, caminando acompasadamente, llevan sobre los hombros una caja de muerto. Los jóvenes, al verlos pasar se retiran. Aquellos dos hombres prosiguen adelante y colocan el ataúd en el suelo en medio del patio que está ante la Prefectura interna del Oratorio. Los muchachos se colocan alrededor en forma de círculo, pero todos tienen miedo de hablar.

Los sepultureros quitan la tapadera del ataúd.

En aquel momento aparece la luna con su luz clara y penetrante, lentamente da una vuelta alrededor de la cúpula de la Iglesia de María Auxiliadora; da una segunda vuelta y después comienza una tercera, pero no la llega a terminar parándose sobre la iglesia y como si estuviese para caer.

Entretanto, apenas la luna hubo comenzado a iluminar el patio, uno de los sepultureros dio una vuelta, después otra ante las filas de los alumnos, mirando fijamente el rostro de cada uno, hasta que al ver a uno en cuya frente estaba escrita la palabra: Morirás, lo tomó para meterlo en la caja.

—A ti te toca— le dijo.

Pero el muchacho comenzó a gritar:

—Soy aún muy joven; quisiera prepararme; hacer las obras buenas que aún no he hecho.

—Yo no debo contestar a esto.

—Al menos déjeme que pueda ir a ver a mis padres.

—Yo no puedo responder a esto. ¿Ves allí la luna? Pues ya ha dado una vuelta, y después otra y después un poco más de media. Apenas desaparezca tendrás que venir conmigo.

Poco después, la luna desapareció en el horizonte y el sepulturero cogió al muchacho por la cintura, lo tendió en la caja, le puso a ésta la tapadera y sin más se la llevó con la ayuda del compañero.

Ya han oído mi relato, ahora tómenlo como si fuera una fábula o cosa semejante, o bien un sueño; lo que quieran.

En una ocasión conté un sueño en el que había visto el ataúd de un joven colocado allá bajo los pórticos. Aquel muchacho murió y se observó que, a pesar de que se le había advertido a los sepultureros que tenían que pasar por cierta parte, éstos al bajar al patio dijeron que les faltaba algo y para no dejar la caja en medio del patio, la colocaron debajo de los pórticos, en el mismo lugar en que yo la vi durante el sueño.

Que cada uno se pregunte a sí mismo: ¿No seré yo? Y que viva contento y alegre. Pero estemos todos preparados, para que después de las dos vueltas y media de la luna, esto es, cuando pasen dos meses y un poco más de medio, aquel a quien le toque morir esté preparado, Recuerden que la muerte se acerca como un ladrón nocturno. Y por eso aprovechémonos de este aviso celebrando bien la festividad de los Santos. Se puede ganar indulgencia plenaria, y para lucrarla no es necesario confesarse el domingo, con tal de que uno se haya acercado a este sacramento dentro de los ocho días es suficiente. Después de ganar ja indulgencia plenaria, se está delante del

Señor como si se acabara de recibir el Bautismo.

«Mañana es también ayuno: practiquen alguna mortificación».

De este sueño nos dejó una copia Don Joaquín Berto, que lo oyó de labios del [Santo].

Esta predicción debería haberse cumplido hacia la mitad de enero de 1869. Los alumnos, en su inmensa mayoría así lo creían. Nosotros añadiremos aquí una observación que hace el mismo Don Berto y es la siguiente: «Nosotros estábamos ya acostumbrados a constatar el cumplimiento de tales predicciones, de forma que nos habría causado estupor, considerándolo como una excepción de la regla, el ver que alguna no se realizaba. Me acuerdo de un solo caso en el que sucedió esto y fue en relación con el joven C, el cual cayó gravemente enfermo, pero después de haber recibido el Santo Viático y quizás también la Extremaunción, mejoró; vive todavía y es sacerdote. El [Santo] me dijo entonces que el tal era uno de los que debían morir, pero añadió:

—El Señor ha sido misericordioso con él, debido a las oraciones que se han rezado según su intención, y tal vez también porque no estaba preparado.

RECORRIENDO LOS DORMITORIOS

SUEÑO 73.—AÑO 1869.

(M. B. Tomo IX, pág. 581)

El joven Evasio Rabagliati, que había entrado en el Colegio de Mirabello el ocho de enero, se encontró por primera vez con el [Santo] con ocasión de la visita que éste hiciera en aquellos días a dicho Colegio, habiéndole oído narrar el siguiente sueño.

Soñó la primera noche de su llegada que se encontraba en la habitación en que se celebraban los exámenes, viendo venir hacia sí dos personas. Una con una caña o bastón en el que llevaba colgado un farol, y la otra llevaba un cartapacio debajo del brazo. Le invitaron a subir a los

dormitorios y al recorrerlo en su compañía se detuvieron a los pies de cada uno de los lechos. Uno bajaba la luz para que [San] Juan Don Bosco pudiese reconocer el rostro del que dormía, y la otra sacaba una hoja del cartapacio y la colocaba sobre la colcha. Sobre este papel estaba escrito el número de años que a cada uno de los durmientes le quedaba de vida.

El relato de este sueño causó una impresión enorme. El mismo Rabagliati fue a preguntar a [San] Juan Don Bosco qué tiempo le quedaba de vida. El [Santo] le dijo sonriendo:

—¿Conoces la aritmética?

—Sí— le contestó el joven.

Y con los dedos de la mano le hizo sumar, restar y barajar una gran cantidad de números hasta que obtuvo el 27. Rabagliati no se olvidó de esta cifra. A los veintisiete años se encontraba de Misionero en América y aquel mismo año tuvo una enfermedad gravísima en Buenos Aires, de forma que todos creían que no saldría de ella. Por la noche no podía dormir, porque presa de un continuo ataque de nervios iba empeorando cada vez más, de forma que el último mes ya no podía resistir. Don Costamagna, que conocía el secreto, invitó a todas las casas salesianas a que rezasen por él y el enfermo sanó.

Rabagliati había pedido a [San] Juan Don Bosco, antes de partir para las Misiones, alguna explicación sobre aquel sueño, y una vez el siervo de Dios le contestó:

—No creas en agüeros.

Y en otra ocasión:

—¿Pero qué importa? Los años pueden comenzar a contarse no sólo desde la época del sueño, sino también desde el día que te hiciste salesiano, o también desde cualquier otra fecha.

[San] Juan Don Bosco le contestó de esta forma porque lo había visto demasiado preocupado con esta idea. Por lo demás, todos quedaron

persuadidos de que fueron las oraciones de los compañeros las que le prolongaron la vida.

Don Evasio Rabagliati fue el apóstol y el padre de los leprosos de Colombia — escribe Don Lemoyne—, y ahora está de misionero en Chile y da testimonio de nuestro relato con Mons. Costamagna». [Murió luego en Santiago de Chile el dos de mayo de 1920, a los sesenta y seis años].

LA CONFESIÓN Y LOS LAZOS DEL DEMONIO

SUEÑO 74.—AÑO DE 1869.

(M. B. Tomo IX, págs. 593-596)

El día cuatro de abril [San] Juan Don Bosco contó el siguiente sueño a todos los jóvenes reunidos en el estudio después de las oraciones de la noche:

Me encontraba cerca de la puerta de mi habitación, y al salir miro a mi alrededor y me veo en la iglesia en medio de una muchedumbre tal de jóvenes que el templo aparecía completamente abarrotado. Estaban allí los alumnos del Oratorio de Turín, los de Lanzo, los de Miraballo y otros muchos a los cuales no conocía. No rezaban, sino que parecía que se estaban preparando para confesar. Una cantidad inmensa de ellos asediaba mi confesionario esperándome debajo del pulpito. Yo, después de haber observado un poco, me puse a considerar cómo conseguiría confesar a tantos muchachos. Pero después temí estar dormido, soñando, y para cerciorarme de que no lo estaba comencé a palmotear y sentía el ruido, y para asegurarme aún más alargué el brazo y toqué la pared, que está detrás de mi pequeño confesionario. Seguro ya de que estaba despierto, me dije:

—Ya que estoy aquí, confesemos— y comencé a confesar.

Pero pronto, al ver a tantos jóvenes, me levanté para ver si había otros confesores que me ayudasen; y no encontrando a ninguno, me dirigí a la sacristía en busca de algún sacerdote que quisiese escuchar confesiones. Y he aquí que vi por una parte y por otra a algunos jóvenes que tenían una cuerda

al cuello que les apretaba la garganta.

—¿Por qué tienen esa cuerda al cuello? Quítensela —les dije—. Pero sin responderme se quedaban mirándome con fijeza.

—Vamos —repetí a alguno—, quítate esa cuerda.

El joven al cual yo había dado esta orden obedeció, pero después me dijo:

—No me la puedo quitar; hay uno detrás que la sujeta.

Venga a ver.

Volví entonces la mirada con mayor atención hacia aquella multitud de muchachos y me pareció ver sobresalir por detrás de las espaldas de muchos de ellos dos larguísimos cuernos. Me acerqué un poco más para ver mejor y dando la vuelta por detrás del que tenía más cerca, vi un horrible animal de hocico monstruoso, forma de gatazo y largos cuernos, que apretaba aquel lazo. La bestia aquella bajaba el hocico y lo escondía entre las patas delanteras, y se encogía como para que no le viesen. Yo me dirigí a aquel joven víctima del monstruo y a algunos otros preguntándoles sus nombres, pero no me quisieron responder; al preguntarle a aquel feo animal se encogió aún más. Entonces dije a un joven:

—Mira, ve a la sacristía y dile a Don Merlone que te dé el acetre del agua bendita.

El muchacho volvió pronto con lo que yo le había pedido, pero entretanto yo había descubierto que cada uno de los jóvenes tenía a sus espaldas un servidor tan poco agraciado cómo el primero y que, éste, también procuraba pasar desapercibido. Yo temía aún estar dormido. Tomé entonces el hisopo y pregunté a uno de aquellos gatazos:

—Dime: ¿quién eres?

El animal, que no dejaba de mirarme, alargó el hocico, sacó la lengua y después se puso a rechinar los dientes como en actitud de arrojarse sobre mí.

—Dime inmediatamente qué es lo que haces aquí ¡bestia horrible! Ya puedes enfurecerte todo lo que quieras, que no te temo. ¿Ves? Con este agua te voy a dar un buen baño.

El monstruo me miraba como agazapado; después comenzó a hacer contorsiones con el cuerpo de tal forma, que las patas de atrás le llegaban a tocar los hombros por delante. Y nuevamente quiso arrojar sobre mí. Al mirarlo detenidamente vi que tenía en la mano varios lazos.

—¡Vamos! Dime qué es lo que haces aquí.

Y al decir esto, levanté el hisopo.

El bicho entonces pareció resuelto a emprender la huida.

—No te escaparás —continué diciendo—, yo te ordeno que te quedas aquí.

Lanzó una especie de gruñido y después me dijo:

—¡Mira!—, y me enseñó los lazos.

—Dime qué son esos tres lazos —añadí—, ¿qué significan?

—¿No lo sabes? Desde aquí —me dijo— con estos tres lazos obligo a los jóvenes a que se confiesen mal; de esta manera llevo conmigo a la perdición a la décima parte del género humano.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—¡Oh! No te lo diré porque tú lo descubrirás a ellos.

—¡Vamos! Quiero saber qué significan estos tres lazos.

¡Habla! De lo contrario te echaré encima el agua bendita.

—Por piedad, envíame al infierno pero no me echese ese agua.

—En nombre de Jesucristo, habla pues.

El monstruo, contorsionándose espantosamente, respondió:

—El primer modo con que aprieto este lazo es, haciendo callar a los jóvenes los pecados en la confesión.

—¿Y el segundo?

—El segundo, incitándoles a que se confiesen sin dolor.

—¿Y el tercero?

—El tercero no te lo quiero decir.

—¿Cómo? ¿No me lo quieres decir? Entonces te rociaré con agua bendita.

—No, no; hablaré —y comenzó a gritar desaforadamente—.

¿Cómo? ¿No te basta? ¡Ya te he dicho demasiado!, —y tomó a enfurecerse—.

—Quiero que me lo digas para comunicárselo a los Directores.

Y repitiendo la amenaza levanté el brazo. Entonces comenzó a despedir llamas por sus ojos y algunas gotas de sangre y dijo:

—El tercero es no hacer propósito firme y no seguir los avisos del confesor.

—¡Bestia horrible!—, le grité por segunda vez, y mientras quise preguntarle otras cosas e intimarle a que me descubriera la manera de remediar un tan gran mal y hacer vanas todas sus artimañas, todos los demás horribles gatazos que hasta entonces habían procurado pasar desapercibidos, comenzaron a producir un sordo murmullo, después prorrumpieron en lamentos y gritos contra aquel que había hablado

provocando una sublevación general.

Yo, al contemplar aquella revuelta y convencido de que no sacaría ya ventaja alguna de aquellos animales, levanté el hisopo y arrojando el agua bendita sobre el gatazo que había hablado:

—¡Ahora, vete!—, le dije. Y desapareció.

Después eché agua bendita por todas partes. Entonces, haciendo un grandísimo estrépito todos aquellos monstruos se dieron a una precipitada fuga, unos por una parte, otros por otra. Y al producirse aquel ruido me desperté y me encontré en mi lecho.

¡Oh, queridos jóvenes, cuántos de los que yo jamás había sospechado, tenían el lazo y el gatazo en las espaldas! Ya saben qué simbolizan esos tres lazos. El primero, que sujeta a los jóvenes por el cuello, simboliza el callar pecados en la confesión. El lazo les obliga a cerrar la boca para que no se confiesen del todo: o bien para que digan de ciertos pecados que cometieron cuatro veces que solamente incurrieron en ellos tres. El que tal hace, falta contra la sinceridad de la misma manera que el que calla pecados. El segundo lazo es la falta de dolor; y el tercero la falta de propósito. Por tanto, si queremos romper estos lazos y arrebatarnos de las manos del demonio, confesemos todos nuestros pecados y procuremos sentir un verdadero dolor de ellos y hagamos un firme propósito de obedecer al confesor.

Aquel monstruo, poco antes de montar en cólera, me dijo también.

—Observa el fruto que los jóvenes sacan de las confesiones. El fruto principal de ellas debe ser la enmienda; si quieres conocer si yo tengo a los jóvenes sujetos con los lazos, observa si se enmiendan o no.

Debo añadir que quise también que el demonio me dijera por qué se ponía detrás, sobre las espaldas de los jóvenes, y me respondió:

—Para que no me vean y poderlos arrastrar más fácilmente a mi reino.

Pude comprobar que los que tenían detrás aquellos monstruos eran muchísimos, más de los que yo hubiera sospechado.

Den a este sueño el alcance que quieran, lo cierto es que he querido observar y comprobar si era cierto cuanto he soñado y he sacado como consecuencia que todo era una verdadera realidad. Aprovechemos, pues, la ocasión que se nos ofrece de ganar la indulgencia plenaria haciendo una buena Confesión y una santa Comunión. Hagamos lo posible por vernos libres de estos lazos del demonio.

CASTIGOS SOBRE ROMA Y PARÍS

SUEÑO 75.—AÑO DE 1870.

(M. B. Tomo IX. págs. 779-783; Tomo X, págs. 59-63)

El seis de enero, fiesta de la Epifanía o de la manifestación del Señor, se celebró la segunda Sesión del Concilio Vaticano I, m la cual los Padres, según el rito, hicieron uno después de otro, comenzando por el Sumo Pontífice, la solemne profesión de fe.

La víspera de aquella memorable solemnidad [San] Juan Don Bosco vio en sueño cuanto vamos a exponer a continuación: fue el mismo [Santo] quien escribió lo que vio y oyó.

Sólo Dios lo puede todo, lo conoce todo y lo ve todo. Dios no tiene ni pasado ni futuro, para Dios no hay nada oculto; todas las cosas le son presentes y para El no hay distancia de lugar o de persona. Sólo El en su infinita misericordia y para su gloria puede manifestar las cosas futuras a los hombres.

La víspera de la Epifanía del corriente año de 1870 desaparecieron todos los objetos materiales de mi habitación y me encontré ante la consideración de cosas sobrenaturales. Fue algo que duró breves instantes, pero fueron muchas las cosas que vi. Aunque de forma y de apariencias sensibles, no se pueden comunicar a los demás sino con mucha dificultad con signos exteriores o sensibles. Quanto sigue podrá dar una idea de ello. En todo esto se encuentra la palabra de Dios acomodada a la palabra del hombre.

«Del Sur viene la guerra, del Norte viene la paz.

Las leyes de Francia no reconocen ya al Creador y el Creador se hará conocer y la visitará tres veces con la vara de su furor.

La primera abatirá su soberbia, con las derrotas, con el saqueo y con los estragos en las cosechas, en los animales y en los hombres.

En la segunda, la gran prostituta de Babilonia, aquella a la que los buenos llaman, suspirando, el prostíbulo de Europa, será privada del jefe y entregada al desorden.

¡París! ¡París! En vez de armarte con el nombre del Señor te rodeas de casas de inmoralidad. Estas serán por ti misma destruidas: tu ídolo, el Panteón, será reducido a cenizas, para que se cumpla lo que está escrito: *mentita est iniquitas sibi*. Tus enemigos te colmarán de angustias, de hambre, de espanto y quedarás convertida en la abominación de las naciones. Pero ¡ay de ti si no reconoces la mano que te hiere! Quiero castigar la inmoralidad, el abandono, el desprecio de mi ley, dice el Señor.

En la tercera caerás bajo una mano extranjera: tus enemigos verán desde lejos tus palacios incendiados, tus casas convertidas en montones de ruinas, bañadas en la sangre de tus héroes, que ya no existen. Pero he aquí que un gran guerrero del Norte llevará un estandarte; sobre la diestra que lo sustenta está escrito: "Irresistible es la mano del Señor". En aquel instante el Venerando Anciano del Lacio le salió al encuentro flameando una antorcha de luz vivísima. Entonces el estandarte se extendió y de negro que era se trocó blanco como la nieve. En el centro del estandarte estaba escrito con caracteres de oro el nombre de Quien todo lo puede.

El guerrero y los suyos hicieron una profunda inclinación al Anciano y se estrecharon la mano.

Ahora la voz del cielo se dirige al Pastor de los pastores. Tú ahora estás en la gran conferencia con tus asesores; pero el enemigo del bien no guarda un momento de reposo; estudia y practica toda clase de argucias contra ti. Sembrará la discordia entre tus asesores; suscitará enemigos entre mis hijos.

Las potencias del siglo vomitarán fuego y querrían que las palabras fuesen ahogadas en las gargantas de los custodios de mi ley. Pero esto no sucederá. Harán el mal, pero en perjuicio de sí mismos. Tú date prisa; si las dificultades no se resuelven, corta por lo sano. Si te sientes angustiado, no te detengas, sino al contrario, continúa adelante hasta que le sea cercenada la cabeza a la hidra del error. Este golpe hará temblar a la tierra y al infierno, pero el mundo recobrará la seguridad y todos los buenos se alegrarán. Conserva, pues, junto a ti solamente a dos asesores, pero a cualquier parte que vayas, continúa y termina la obra que te fue confiada.

Los días corren velozmente y tus años se acercan al número establecido; pero la gran Reina será siempre tu auxilio y como en los tiempos pasados, también en el porvenir será siempre *magnum et singulare in Ecclesia proesidium*.

Y a ti, Italia, tierra de bendiciones, ¿quién te ha sumergido en la desolación?... No digas que tus enemigos, sino tus amigos. ¿No oyes a tus hijos pidiendo el pan de la fe sin encontrar quien se lo parta? ¿Qué haré? Heriré a los pastores, ahuyentaré el rebaño, a fin de que los que se sientan sobre la cátedra de [San] Moisés busquen buenos pastos y la grey escuche dócilmente y se alimente.

Pero sobre la grey y sobre los pastores caerá mi mano; la carestía, la peste, la guerra, harán de manera que las madres lloren la sangre de los hijos y de los esposos muertos en tierra enemiga.

¿Y de ti, Roma, qué será? ¡Roma ingrata, Roma afeminada, Roma soberbia! Has llegado a tal punto de insensatez que no buscas y no admiras otra cosa en tu Soberano, más que el lujo, olvidando que tu gloria está en el Gólgota. Ahora él es anciano, decrepito, inerme, despojado; mas con su palabra esclavizada hace temblar a todo el mundo.

¡Roma... yo vendré cuatro veces sobre ti!

En la primera heriré tus tierras y sus habitantes.

En la segunda llevaré el estrago y el exterminio hasta tus murallas.

¿No abrirás aún los ojos?

Vendré por tercera vez, abatiré las defensas y a los defensores y al mandato del Padre comenzará el reinado del terror, del espanto y de la desolación.

Pero mis sabios huyen, mi ley es todavía conculcada, por eso haré una cuarta visita. ¡Ay de ti si mi ley continúa siendo letra muerta para ti! Habrá prevaricaciones entre los doctos y entre los ignorantes. Tu sangre y la sangre de tus hijos lavarán las manchas que has echado sobre la ley de tu Dios.

La guerra, la peste, el hambre son los flagelos con que será castigada la soberbia y la malicia de los hombres. ¿Dónde están, oh ricos, sus magnificencias, sus villas, sus palacios? Se han convertido en la basura de las plazas y de las calles.

Y vosotros, sacerdotes, ¿por qué no corren a llorar entre el vestíbulo y el altar, invocando la suspensión de los flagelos? ¿Por qué no toman el escudo de la fe y no suben a los tejados, y en las casas, y en las calles, y en las plazas, e incluso en los lugares inaccesibles, no desparraman la semilla de mi palabra? ¿Ignoran que esta es la terrible espada de dos filos que abate a los enemigos y que deshace la ira de Dios y de los hombres?

Estas cosas tendrán que suceder inexorablemente una después de otra.

Las cosas se proceden demasiado lentamente.

Pero la Augusta Reina del Cielo está presente.

El poder de Dios está en sus manos; disipa como la niebla a sus enemigos. Reviste al Venerando Anciano de todos sus antiguos hábitos.

Se producirá además un violento huracán.

La iniquidad se ha consumado, el pecado tendrá fin y antes de que transcurran dos plenilunios en el mes de las flores, el iris de la paz aparecerá sobre la tierra.

El gran Ministro verá a la esposa de su Rey vestida de fiesta.

En todo el mundo aparecerá un sol, tan luminoso, que jamás existió desde las llamas del Cenáculo hasta hoy, ni se verá otro semejante hasta el fin de los días».

[San] Juan Don Bosco hizo sacar una copia de este escrito a Don Julio Barberis, que fue la que llevó consigo a Roma.

Hizo hacer otra copia algunas semanas después, a Don Joaquín Berto, el cual dejó consignado en su Memoria:

«[San] Juan Don Bosco me comunicó el texto de una profecía por escrito que comenzaba con estas precisas palabras: Dios todo lo puede, Dios lo conoce todo, etc., recomendándome el más riguroso secreto y que no hablara de ello con nadie a no ser con el propio autor. Entre otras cosas se refería a la guerra entre Francia y Prusia, a las condiciones de la Iglesia y a la desolación que azotaba a Italia, como me explicó a mí al preguntarle sobre el particular. El [Santo] me hizo sacar una copia para enviarla a Roma a cierto prelado».

La Civiltà Cattolica, año XXIII, volumen VI, serie octava, año 1872, en las páginas 299 y 303, hace referencia a este vaticinio y transcribe algunos párrafos del texto del mismo haciéndolos preceder de estas autorizadas palabras: «Nos complacemos en recordar un recientísimo vaticinio que no ha sido anteriormente impreso y que es completamente desconocido para el público, vaticinio que fue comunicado desde una ciudad de Italia a un personaje de Roma el 12 de febrero de 1870. Nosotros ignoramos su procedencia. Pero podemos dar fe de que lo hemos tenido en nuestras manos, antes de que París fuese bombardeada por los alemanes e incendiada por los comunistas. Y añadiremos que nos causó gran maravilla el ver anunciada en él también la caída de Roma, cuando no se creía próxima ni probable».

Hemos conservado varias copias de esta profecía. La más autorizada es un manuscrito de Don Berto. Ofrece al principio la siguiente nota: «Fue comunicada el 12 de febrero de 1870 al Santo Padre», al margen se leen algunas notas o apostillas autógrafas del mismo [San] Juan Don Bosco y al final algunas aclaraciones, evidentemente escritas o dictadas con anterioridad a los hechos y revisadas nuevamente después por el [Santo].

Dichas apostillas y aclaraciones explicaban o determinaban los acontecimientos predichos, los cuales, como veremos, se cumplieron en gran parte poco después y parte de ellos, al menos hasta hoy, no se han cumplido.

Francia perdió su jefe y fue vencido por Prusia en 1870.

En París tuvieron lugar los horrores que todos conocen.

Es de notarse que interrogado inmediatamente sobre el cumplimiento de dichos hechos, [San] Juan Don Bosco contestó que tal vez no se llegaron a realizar jamás, porque el Señor en su misericordia, suele a veces indicar simplemente a los hombres el camino que podrían seguir en tal y en tal circunstancia para vencer ciertas dificultades y nada más; por tanto, cuando no se siguen las directrices trazadas, es evidente que no puede verificarse lo que ha sido indicado.

Las Memorias Biográficas en el tomo X nos ofrecen los siguientes datos relacionados con el sueño o visión precedente: «En 1870, exponía [San] Juan Don Bosco al Papa Beato Pio IX en audiencia que le fue concedida el 12 de febrero, un resumen de la primera visión. Llevaba consigo el relato escrito para presentarlo al Santo Padre, pero como no se atreviese a hacerlo, se limitó a leer un trozo que llevaba ya preparado relacionado con la Augusta Persona del Pontífice... También en la última audiencia que le concediera Beato Pío Pp. IX en el mismo año, volvió el [Santo] a hacer referencia a los sucesos políticos con tal precisión, que el Papa no pudo disimular la impresión y el dolor que aquellos pronósticos producían en su ánimo.

Poco después de la toma de Roma, al recordar la entrevista celebrada con el [Santo], por medio del Cardenal Berardi, mandó a decir a [San] Juan Don Bosco que hablase clara y positivamente. Y [San] Juan Don Bosco, que antes no había insertado en el escrito la parte leída en presencia del Romano Pontífice, la incluyó en la copia hecha por Don Berto, enviándola a Roma por conducto de un Cardenal; documento que fue conservado por Beato Pío Pp. IX junto con una carta anónima en la que se hacía constar que procedía de una "persona que en otras ocasiones ha demostrado tener ilustraciones sobrenaturales" y que sucederían "otras cosas que no se podían consignar por escrito sino verbalmente por lo delicado de ja materia"; añadiendo: "y si algo es demasiado oscuro veré si es posible dar alguna explicación"; terminando

con estas palabras: "Sírvese de estos datos como le plazca, solamente le rogaría no aludiese a mi nombre en manera alguna, por la razón que puede suponer».

[San] Juan Don Bosco impuso también al secretario que hizo la copia del documento la obligación del más riguroso silencio.

MUERTE DE UN SALESIANO

SUEÑO 76.—AÑO DE 1870.

(M. B. Tomo IX, pág841)

En aquellos días —dicen las Memorias Biográficas— [San] Juan Don Bosco asistía a dos de sus queridos hijos gravemente enfermos, que murieron en el Oratorio los primeros días de abril.

En el Necrologio se lee:

«Don Augusto Croserio, natural de Condove, murió el 1 de abril a la edad de veintiséis años. Los rasgos más salientes de su vida se encuentran en la Oración fúnebre pronunciada por el profesor Don Francisco Cerrutti».

La víspera de la muerte de Don Croserio, [San] Juan Don Bosco lo vio en sueño en actitud de ir a la bendición. Tenía un aspecto hermosísimo e iba revestido con una magnífica capa pluvial, recamada de oro y piedras preciosas y tachonada de refulgentes estrellas.

—¿Cómo es esto?, —se decía [San] Juan Don Bosco—. ¿Croserio aquí? ¿Entonces no está enfermo? ¡Ah! Ya comprendo. Esto indica que está próximo a marchar al Paraíso.



En efecto: el enfermo visto en el sueño murió a la mañana siguiente.

TRIUNFO DE LA IGLESIA

SUEÑO 77.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo IX, págs. 999-1000)

El manuscrito que contiene la profecía de [San] Juan Don Bosco sobre los castigos de París y Roma y otros diversos acontecimientos nos ofrece otra segunda revelación del [Santo] sobre el triunfo de la Iglesia.

He aquí el texto de la misma tomado de dicho documento:

Era una noche oscura, los hombres no podían distinguir el camino a seguir para regresar a sus pueblos, cuando apareció en el cielo una espléndida luz que iluminaba los pasos de los caminantes como si fuese mediodía. En aquel instante apareció una inmensa multitud de hombres, de mujeres, de ancianos, de niños, de monjes, de monjas y sacerdotes que, llevando a la cabeza al Pontífice, salían del Vaticano disponiéndose para la marcha procesionalmente.

Mas he aquí que un furioso temporal entenebrece el ambiente como si se entablase una lucha entre la luz y las tinieblas. Entretanto, la inmensa comitiva llega a una plaza cubierta de muertos y heridos; muchos de estos pedían auxilio en voz alta.

Las filas que formaban la procesión se redujeron bastante. Después de haber caminado por un espacio de tiempo correspondiente a doscientas salidas del sol, todos se dieron cuenta de que no estaban ya en Roma. El desaliento fue general y cada uno fue a agruparse alrededor del Pontífice para defender su augusta persona y asistirlo en sus necesidades.

En aquel momento aparecieron dos ángeles, que llevando un estandarte, fueron a presentarlo al Vicario de Cristo, diciendo:

—Recibe el estandarte de Aquel que combate y dispersa los más aguerridos ejércitos de la tierra. Tus enemigos han desaparecido, tus hijos imploran tu retorno con lágrimas y suspiros.

Fijando la mirada en el estandarte se veía escrito por una parte:

Regina sine labe concepta.

Y por la otra:

Auxilium Christianorum.

El Pontífice tomó con alegría el estandarte, pero al contemplar el número de los que habían quedado a su alrededor, que era reducidísimo, se sintió lleno de aflicción.

Los dos ángeles añadieron:

—Ve inmediatamente a consolar a tus hijos. Escribe a tus hermanos dispersos por las diferentes partes del mundo que es necesaria una reforma en las costumbres de los hombres. Esto no se puede conseguir sino repartiendo entre los pueblos el Pan de la Divina Palabra. Catequiza a los niños; predica el despego de las cosas de la tierra. Ha llegado el tiempo — concluyeron los ángeles— en que los pobres serán los evangélicos de los pueblos. Los sacerdotes serán buscados entre el azadón, la pala y el martillo, a fin de que se cumplan las palabras de [San] David: "Dios levantó al pobre de la tierra para colocarlo en el trono de los príncipes de su pueblo".

Oído esto, el Pontífice comenzó a caminar y la fila de la procesión fue en aumento. Cuando llegó a la Ciudad Santa comenzó a llorar al ver la desolación en que estaban sumidos sus ciudadanos, muchos de los cuales habían desaparecido.

Entrando después en San Pedro, entonó el Te Deum, al cual respondió un coro de ángeles cantando:

---Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.

Terminado el canto, cesó la oscuridad por completo, luciendo un sol esplendoroso.

Las ciudades y los pueblos y los campos habían disminuido de población; la tierra se hallaba arrasada como por un huracán, por una tormenta de agua y de granizo y las gentes iban al encuentro unas de otras diciendo conmovidas:

—*Est Deus in Israel.*

Desde el comienzo del exilio hasta el canto del Te Deum el sol se levanto doscientas veces. Todo el tiempo que transcurrió mientras sucedían estas cosas corresponde a cuatrocientas salidas del sol.

UNA VISITA AL COLEGIO DE LANZO

SUEÑO 78.—AÑO DE 1871.

(M. fi Tomo X. págs. 42-43)

En fecha del 11 de febrero de 1871, [San] Juan Don Bosco escribía al personal y alumnos del Colegio de Lanzo, la siguiente carta:

Mis queridos y amadísimos hijos:

Deseo, oh queridos hijos, ir a celebrar el Carnaval con vosotros. Cosa insólita porque en estas fechas no suelo ausentarme de Turín. Pero el afecto que tantas veces me han manifestado y las cartas que me han escrito me llevaron a tomar esta determinación. Con todo, existe un motivo aún más grave que me obliga a proceder así, y es una visita que les hice hace pocos días sin que lo vosotros advirtieran. Escuchen qué relato tan triste y doloroso. Como les he dicho, sin que vosotros y sus superiores lo notasen estuve ahí.

Al llegar a la placilla que hay delante de la iglesia vi un monstruo verdaderamente horrible. Sus ojos eran saltones y brillantes, el hocico grueso y chato, la boca grande, el mentón puntiagudo, las orejas semejantes a las de los perros, con dos cuernos de macho cabrío que le sobresalían de la cabeza. Este animal reía y bromeaba con algunos de sus compañeros que saltaban de acá para allá.

—¿Qué haces tú aquí, monstruo infernal?—, le dije asustado.

—Me divierto —contestó—; no sé qué hacer.

—¡Cómo! ¿No sabes qué hacer? ¿Entonces has determinado ya dejar en paz a mis queridos hijos?

—No es necesario que me ocupe de ellos, pues tengo dentro del Colegio a unos amigos que hacen mis veces estupendamente. Una selección de alumnos que se han alistado y se mantienen fieles a mi servicio.

—¡Mientes, padre de la mentira! Tantas prácticas de piedad, tantas lecturas, meditaciones, confesiones...

Me miró con una sonrisa sarcástica y haciéndome señas de que le siguiese, me condujo a la sacristía y me señaló al Director que estaba confesando:

—¿Ves?, —me dijo—. Algunos son mis enemigos; pero muchos me sirven también aquí y son los que prometen y no cumplen; se confiesan siempre de las mismas cosas y yo me gozo de sus confesiones.

Después me llevó a un dormitorio y me hizo observar a algunos que fingiéndose enfermos procuran no ir a la iglesia. Después me señaló a uno diciendo:

—Este estuvo ya en punto de muerte y entonces hizo mil promesas al Creador, pero ¡cuánto peor es ahora que antes!

Me condujo después a otros lugares de la casa y me hizo ver cosas que me parecían imposibles y que no les quiero escribir y que les diré de palabra. Entonces me llevó al patio y seguidamente con sus compañeros que estaban delante de la iglesia y le pregunté:

—¿Qué es lo que te presta un mejor servicio entre estos jóvenes?

—Las conversaciones, las conversaciones, las conversaciones. Todo viene de ahí. Cada palabra es una semilla que produce maravillosos frutos.

—¿Quiénes son tus mayores enemigos?

—Los que frecuentan la Comunión.

—¿Qué es lo que te produce mayor disgusto?

—Dos cosas: la devoción a María... Y al llegar aquí calló como si no quisiese seguir hablando.

—¿Cuál es la segunda?

Entonces no pudo disimular su turbación: adquirió las apariencias de un perro, de un gato, de un oso, de un lobo. Unas veces tenía tres cuernos, otras cinco, otras diez; tres cabezas, cinco, siete. Y esto casi al mismo tiempo. Yo temblaba y el monstruo quería huir; yo quería hacerlo hablar, hasta que le dije:

—Quiero que me digas qué es lo más que temes de todo cuanto se hace aquí. Y esto te lo ordeno en nombre de Dios Creador, tu Señor al cual todos debemos obedecer.

Al oír esto, tanto él como sus compañeros hicieron mil contorsiones, adoptaron unas formas que no querría ver más en la vida; después comenzaron a gritar haciendo un ruido horrible, terminando con estas palabras:

—Lo que mayor mal nos proporciona, lo que tememos más que nada es la observancia de los propósitos que se hacen en la confesión.

Estas palabras fueron dichas en medio de gritos tan espantosos y tan penetrantes, que todos aquellos monstruos desaparecieron como rayos y yo me encontré en mi habitación sentado junto a mi mesa de trabajo.

Lo demás se los narraré de viva voz con las consiguientes explicaciones.

EL ESTANDARTE FÚNEBRE

SUEÑO 79.—AÑO DE 1871.

(M. B. Tomo X, pág. 44)

En los comienzos del mes de noviembre de 1871, [San] Juan Don Bosco

daba el aviso de que antes de finalizar el año, uno de los alumnos del Oratorio pasaría a la eternidad.

Habiéndole preguntado alguien de la casa cómo había llegado a saberlo, contestó:

Me pareció ver en sueño un estandarte desplegado al viento llevado por algunas personas; parecían ángeles, pero no lo recuerdo bien.

Por una parte se veía pintada la muerte con su mortífera guadaña, en actitud de cortar el hilo de la vida de alguno; por la otra parte, aparecía escrito el nombre de un joven. En la parte inferior de aquella enseña, se leía: «1871-72», con lo que se quería indicar que aquel joven pasaría a la eternidad antes de que terminase el año.

Parece que este sueño se cumplió en la persona del jovencito Eugenio Lechi, de Felizzano.

POR LOS DORMITORIOS EN COMPAÑÍA DE LA VIRGEN

SUEÑO 80.—AÑO DE 1871.

(M. B. Tomo X, pág. 44)

En el año de 1871 Don Barberis tomó algunas notas sobre las muertes predichas por [San] Juan Don Bosco en aquellos años, haciendo resaltar que en la visita hecha a los dormitorios fue acompañado por la Santísima Virgen.

En el año de 1871 la Virgen bendita acompañó a [San] Juan Don Bosco a recorrer los dormitorios para indicarle que entre los jóvenes había uno que tendría que morir muy pronto, amonestándole al mismo tiempo para que lo preparase al gran paso.

Estas visitas a los dormitorios eran frecuentes.

A veces, a la cabecera de cada joven se veía un cartel en el que se ponía de manifiesto el estado de su conciencia; otras veces, sobre la frente del

durmiente, aparecía la calidad de su culpa; en una ocasión vio pendiente de la cabeza de una espada sujeta al techo de un hilo sutilísimo próximo a romperse, mientras que el tal se agitaba en el lecho angustiosamente, como quien es víctima de sueños espantosos. A veces vio también a los demonios en el dormitorio rodeando a ciertos jóvenes; a un solo demonio aguardando el permiso de la divina justicia para matar a otro.

Indudablemente, Don Barberis hace referencia a diversos sueños que [San] Juan Don Bosco tuvo en aquellos años.

EL DEMONIO EN EL PATIO

SUEÑO 81.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X, págs. 45-47)

Estando enfermo en Varazze, en diciembre de 1871 y enero de 1872, [San] Juan Don Bosco soñó varias veces con los alumnos del Oratorio. Así lo atestiguan varias cartas del salesiano Don Pedro Enria, que estaba siempre al lado del [Santo], y el Director de dicho Colegio, Don Juan Bautista Francesia.

Al regresar al Oratorio, una noche, no sabríamos precisar la fecha, en los comienzos de marzo, contó a los alumnos uno de aquellos sueños a los cuales se hacía pública referencia y que todos deseaban oír de sus labios; y pocos días después, el cuatro del mismo mes, volvía a exponer algunos detalles sobre el mismo.

Don Berto hizo también por escrito un extracto de este relato, pero por fortuna, llegó hasta nosotros uno más detallado, escrito evidentemente en aquellos días, no sabemos por quién, pero sí muy interesante.

Lo ofreceremos al lector literalmente.

Algún detalle es algo oscuro, es decir, que podría haber sido expuesto con mayor claridad; pero el conjunto deja entrever la importancia del documento.

He aquí el texto original.

A alguien le hablé en cierta ocasión de un sueño que había tenido; y varios me pidieron les dijese el significado del mismo. No faltó quien me escribiese desde otras casas habiéndome sobre esto. Ahora escuchen, porque les lo voy a contar a vosotros para que riáis un poco; pues ya se sabe que cuando uno sueña es porque está durmiendo, y, por tanto, démosle sólo la importancia que merece.

Yo, aun durante mi enfermedad, siempre estaba en medio de vosotros con el pensamiento. Allá hablaba siempre de vosotros de día, de noche y en todo momento, porque mi corazón estaba aquí. Por tanto, hasta cuando soñaba, soñaba con vosotros y con las cosas del Oratorio. Vine, pues, varias veces a visitarlos; y sabría referir las cosas relacionadas con muchos de los que me escuchan mejor que ellos mismos.

Es cierto que no venía con el cuerpo a hacerles estas visitas, porque si así hubiera sido me habrían visto.

Una noche, apenas me quedé dormido, he aquí que me pareció inmediatamente estar en medio de vosotros. Creí salir de la iglesia antigua encontrándome con uno que estaba en este rincón del patio.

El tal tenía un cuaderno en la mano en el cual estaban escritos los nombres de todos los jóvenes. El me miraba e inmediatamente se ponía a escribir. Abandonando este sitio, se fue al rincón de las clases antiguas, después al fondo de la escalera donde están actualmente y en menos tiempo del que yo tardo en decirlo, había dado una vuelta a todo el patio, observando y escribiendo sin perder tiempo.

Deseoso de saber quién era y qué era lo que escribía, fui detrás de él: pero iba tan de prisa que yo tenía que correr para que no se separase demasiado de mí. Pasó también al patio de los artesanos y con una celeridad extraordinaria, seguía observando y escribiendo. Sentí nuevo deseo de saber lo que escribía. Me acerqué y vi que escribía en el renglón en el cual estaba anotado el nombre de un joven y luego en otro. Mientras él miraba hacia una y otra parte, yo me aproximé aún más, volví algunas hojas y vi que en una parte estaban los nombres de los jóvenes y que en otras páginas del cuader-

no, de cuando en cuando, se veían figuras de animales. Al lado de algunos había un cerdo con estas palabras: *Conparatus est iumentis insipientibus, et similis factus est illis*. Junto a otros había pintada una lengua con dos puntas, con la inscripción: Sussurones, detractores... *digni sunt morte; et non solum qui ea faciunt sed etiam qui consentiunt faciéntibus*. Junto a otros había dos orejas de asno bien largas que, significaban las malas conversaciones, y estas palabras: *Corrumpunt bonos mores colloquia prava*. Otros tenían pintado un jabalí y algún otro animal diverso. Yo recorría las páginas con mucha rapidez, y pude observar cómo algunos nombres estaban grabados en el papel y no escritos con tinta, por lo que apenas si se podían entender.

Entonces miré con atención a aquel tal y vi que tenía dos orejas largas y muy rojas; y le brillaban en la frente dos ojos que destilaban sangre y despedían fuego.

—¡Ah! Ya te conozco— dije para mí.

Dio otras dos o tres vueltas por el patio y mientras se ocupaba con el mayor interés en su misión de observar y escribir, sonó la señal de la campana para ir a la iglesia. Yo me dirigí hacia ella y él se puso inmediatamente cerca de la puerta por donde tenían que pasar los jóvenes; desde allí los observaba a todos. Después que todos hubieron penetrado en el sagrado recinto, él también lo hizo colocándose en el centro del mismo cerca del cancel de la balaustrada y desde allí tenía la vista clavada en los jóvenes que escuchaban la Santa Misa. Yo lo quería ver todo, y al comprobar que la primera puerta de la sacristía estaba semicerrada, me dirigí a ella para poder seguir cada uno de los actos del intruso. Celebraba la Misa Don Cibrario. Al llegar el momento de la elevación los jóvenes entonaron la jaculatoria: «Sea alabado y reverenciado en todo momento el Santísimo y divinísimo Sacramento». Y al mismo tiempo se oyó un fragor en la iglesia como si ésta se desplomase; desapareció el individuo y desapareció también, entre una humareda y algunos trozos de papel convertidos en ceniza, el cuaderno que tenía en las manos.

Di gracias al Señor, que se había dignado vencer y arrojar fuera de su iglesia a aquel demonio. Comprendí que la asistencia a la Misa echa por tierra todas las ventajas que puede lograr el diablo y que los momentos de la Elevación son terribles para el enemigo de las almas.

Terminada la Misa salí, convencido de que no me encontraría más con aquel individuo; pero he aquí que apenas traspuse la puerta, veo a uno completamente encogido y con la espalda pegada a un rincón de la iglesia. Tenía en la cabeza un gorro rojo; observé atentamente y vi que de aquel gorro salían dos cuernos muy largos.

—¡Ah! ¿Todavía estás aquí, mala bestia?—, le grité con tal fuerza que asusté al pobre Enria que estaba junto a mi lechó, y entretanto me desperté.

Y prosiguió:

Aquí tienen el relato del sueño que tuve y aunque no es más que un sueño, por él pude conocer una cosa en la cual jamás había pensado. Y es que el demonio no se contenta con anotar en su libro el mal que ve hacer, pues el Señor en el juicio no le creería; sino que escribe también la sentencia de condenación tomada de la Escritura y de la ley de Dios; así, él mismo pronuncia el veredicto.

Ahora habrá muchos que desearán saber si tenían algo escrito, lo que tenían escrito y si sus nombres estaban anotados con tinta o no. Pero aquí no conviene que lo digamos en público; en particular podré contestar a quien así lo desee.

Otras muchas cosas vi en este sueño; hay otros muchos episodios con las palabras de indignación que dijo contra mí y contra algún otro, pero esto sería muy largo de contar; lo iremos diciendo poco a poco.

El día cuatro de marzo, después de las oraciones de la noche, [San] Juan Don Bosco volvió a hablar a los estudiantes y a los artesanos. He aquí sus palabras:

Tendría esta noche muchas cosas que decirles, pasadas y presentes; pero como hay tantos que preguntan continuamente algún detalle de aquel bendito sueño, hoy les diré algunas particularidades, pues contarlas todas sería el cuento de nunca acabar.

Alguno me preguntaba que si después de haberse quemado el cuaderno que llevaba aquel caballerete, no vi nada más. He aquí lo que vi

entonces. Apenas aquel libro quedó reducido a cenizas y aquel horrible animal desapareció, se levantó una especie de nubécula en medio de la cual vi como una bandera o estandarte en el que aparecía esta inscripción: "¡Gracia obtenida!", y había además otras cosas que yo no les quería decir para que no les enseñorearan un poco; pero se las manifestaré porque todos son buenos y virtuoso. Pude ver que sus conciencias, durante el tiempo que yo estuve ausente, se conservaron todas en buen estado.

Puedo asegurarles que han conseguido muchas gracias en favor de sus almas y también la que pediste para mí, a saber: mi curación.

Pero no fue esto todo lo que vi en el sueño. Mientras que yo y algún otro seguíamos a aquel demonio para ver lo que hacía y lo que escribía, pude ver que en el cuaderno estaban escritos los nombres de todos los jóvenes, pero después de cada dos o tres páginas, siguiendo la línea del nombre sobre el que se leía "72-73-74-75-76", al llegar a esta cifra en lugar del nombre había estas palabras: Réquiem aeternam; pasaba a otra página y otra vez se leía: Réquiem aeternam faltando el nombre de otro individuo que estaba en la primera.

Sólo pude ver hasta el "76"; conté los Réquiem aeternam y eran 22, de los cuales "6" correspondían al "72", pero hasta llegar al "76" eran 22.

Intenté interpretar esto, pues han de saber que los sueños hay que interpretarlos; y comprendí que antes del 76 se deberían haber cantado ya 22 Réquiem aeternam. Dudé un poco en aceptar esta interpretación, pareciéndome una cosa exagerada que entre nosotros antes del 76 tuvieran que morir tantos, estando todos sanos y robustos, pero no supe darme otra explicación. Esperemos que se puedan cantar también las otras palabras que vienen detrás, esto es, et lux perpetua luceat eis y nosotros podamos decir que tal luz resplandece ante nuestros ojos.

Ahora ni quiero, ni conviene que yo diga, cuántos y quiénes de entre vosotros tuvieran escritos el Réquiem aeternam; dejemos esto en el dominio de los juicios insondables de Dios; nosotros pensemos sólo en conservarnos en su gracia, para que cuando llegue nuestro día podamos presentarnos confiados al Divino Juez.

Por mi parte, habiendo obtenido por mediación de vuestras oraciones la curación, aunque no deseaba sanar —mas siendo la vida un don de Dios, y si El nos la conserva, es una gracia que nos concede ininterrumpidamente— procuraré emplearla siempre en su servicio y para bien suyo, pues sois vosotros quienes me han conseguido la salud, a fin de que podamos todos un día ir a gozar de Dios en el cielo, que tantos favores nos prodiga en este valle de lágrimas».

De las pacientes investigaciones hechas en los registros de la casa, tanto en los de la Prefectura como en los de las clases, como también en el Necrología de [Beato] Miguel Don Rúa, resulta que los muertos fueron realmente 22, y precisamente 6 en el 1872, 7 en el 73, 5 en el 74 y 5 en el 75. También Don Berto tomó apuntes de este sueño, pero posteriormente, por lo que no debe causarnos extrañeza alguna inexactitud; y ateniéndose a sus memorias declaraba también en el Proceso Informativo que [San] Juan Don Bosco había predicho seis muertos para el 72 y veintiuno para los tres años siguientes, concluyendo: «Habiendo visto con mis ojos... exactamente cumplida la predicción del primer año de 1872, no me preocupé de tomar nota de los demás, creyendo que sería inútil, pues según lo acostumbrado, morirían ciertamente en el tiempo predicho otros veintiuno, como en efecto sucedió, por lo que recuerdo».

En el cómputo realizado hemos excluido a los que murieron fuera del Oratorio, como Cavazzoli en Lanzo, otros en Borgo San Martino, en el hospital de San Giovanni, en familia, de forma que todos, comprendido el número, llegaría a igualar y tal vez a alcanzar el indicado por Don Berto.

EL RUISEÑOR

SUEÑO 82.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X, págs. 49-50)

Del 3 al 7 de julio de 1872, en el Oratorio tuvieron lugar los Ejercicios Espirituales para los alumnos, que fueron predicados por Don Lemoyne y por Don Corsi, y [San] Juan Don Bosco después de haber pedido al Señor que le diese a conocer si todos los habían hecho bien, tuvo este sueño que contó a

toda la comunidad:

Me pareció estar en un patio mucho más espacioso que el del Oratorio todo rodeado de casas, de plantas, de matorrales. En las ramas de los árboles y entre las espinas de las malezas había de trecho en trecho algunos nidos, con los polluelos a punto de emprender el vuelo en distintas direcciones. Mientras me complacía oyendo piar a aquellos pajarillos, he aquí que se cae delante de mí un animalillo que por su canto conocí que era un ruiseñor.

—¡Oh!, —dije—, si te has caído es que las alas no te sirven aún para volar y por tanto te podré coger.

Y diciendo esto avancé y alargué el brazo para apoderarme del animalillo.

—Pero ¿qué?, estaba ya casi rozándole las alas, lo tenía en mi poder como quien dice, cuando el pajarillo, haciendo un esfuerzo, comienza a volar llegando hasta la mitad del patio.

—Pobre animal —dije para mí—; es inútil todo esfuerzo; es inútil que intentes escapar, pues te perseguiré hasta capturarte. Y dicho esto comencé a correr detrás de él y cuando estaba para atraparlo me hace la misma jugada, y concentrando todas sus fuerzas consigue volar aún más lejos.

—¡Vaya con el animalejo!, —exclamé—; quiere salirse con la suya; pues bien, veremos quién gana la partida.

Y he aquí que me acerco a él por tercera vez y como si persistiese en la idea de burlarse de mí, cuando lo tenía casi en mi poder, se levanta como a la distancia de un tiro de escopeta y más aún.

Yo lo sigo con la vista, maravillado de su atrevimiento, cuando de pronto veo caer sobre aquel ruiseñor un enorme gavián que, aferrándolo con sus potentes garras, se lo lleva para devorarlo.

Al ver aquella escena sentí que la sangre se me helaba en las venas, y deplorando el infortunio del incauto, lo seguí con la mirada.

Yo me decía entretanto:

—Quise salvarte y no te dejaste prender, antes bien, te burlaste de mí tres veces seguidas y ahora pagas el precio de tu testarudez.

Entonces el ruiseñor con una voz muy débil, dirigiéndome la palabra, lanzó tres veces este grito:

—Somos diez... Somos diez... Somos diez...

Me desperté sobresaltado y, naturalmente, con la mente fija en el sueño y reflexionando sobre aquellas misteriosas palabras, pero no me fue posible deducir el sentido.

A la noche siguiente he aquí que continuó el mismo sueño.

Me pareció estar en el mismo patio, que parecía también rodeado de casas, de plantas y de matorrales, y he aquí que veo el terrible gavián que con una mirada feroz, con los ojos sanguinolentos, vuela cerca de mí. Maldiciendo la crueldad que había usado para con aquella pobre bestezuela, levanto la mano en señal de amenaza; el pajaraco huye entonces despavorido y, al hacerlo, deja caer a mis pies un papel en el que había diez nombres escritos. Lo recojo con ansiedad, lo devoro con la vista y leo en él los nombres de diez jóvenes que están aquí presentes.

Me desperté, y sin gran esfuerzo comprendí inmediatamente el secreto, a saber: que aquellos eran los jóvenes que no habían querido saber nada de ejercicios y que no habían ajustado las cuentas de sus conciencias y que en lugar de darse al Señor por mediación de [San] Juan Don Bosco habían preferido entregarse al demonio.

Me arrodillé, di gracias a María Auxiliadora que se había dignado darme a conocer de una manera tan singular los nombres de aquellos hijos que habían desertado de las filas, prometiéndole al mismo tiempo no cejar hasta que me fuese posible mi intento de reducir al redil a aquellas ovejas descarriadas.

Este relato es de Don Berto, retocado por Don Lemovne. Don Berto hizo

relación del mismo en el Proceso Informativo para la causa de Beatificación y Canonización del amadísimo Padre, terminando con estas palabras: «Recuerdo que dichos jóvenes fueron avisados privadamente en nombre de [San] Juan Don Bosco y que uno de ellos, no habiendo querido cambiar de conducta, fue despedido del Oratorio».

AL VOLVER DE VACACIONES

SUEÑO 83.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X. págs. 51-52)

He aquí lo que cuenta Don Evasio Rabagliati, entonces clérigo en el Oratorio, por habérselo oído a [San] Juan Don Bosco al principio del año escolar 1872-73.

Me pareció ver lo que todos los años sucede en esta estación. Las vacaciones estaban para terminar y los jóvenes acudían en grandes grupos al Oratorio; Sucedió entonces, por casualidad, que como saliese de casa para algunos asuntos míos, me encontré a uno que regresaba de las vacaciones. Lo observé un momento y al ver que no me saludaba lo llamé por su nombre, y cuando lo tuve junto a mí, le dije:

—Y bien, querido, ¿cómo has pasado las vacaciones?

—Bien— me respondió.

—Dime, ¿has observado los propósitos que me dijiste al marchar que cumplirías?

—¡Oh!, no: era algo muy difícil; aquí tiene sus recuerdos y mis propósitos, los he puesto en esta caja.

Y al decir esto me mostraba una cajita que llevaba debajo del brazo.

—¿Y por qué has mentado así —le dije— y has engañado a [San] Juan Don Bosco y al Señor? ¡Qué desgraciado! ¡Ah! Al menos procura ahora

arreglar las cosas de tu alma.

—¡Oh, sí!... ¡El alma!... ¡Ah, sí; hay tiempo! Después... después...

Y así diciendo se marchaba a otra parte. Pero yo le volví a llamar y le dije:

—Pero ¿por qué haces eso? Escúchame y recobrarás la alegría.

—¡Uff!—, exclamó encogiéndose de hombros por toda respuesta, y se alejó.

Yo, siguiéndole con una mirada llena de tristeza, le dije:

—Pobre muchacho, te has buscado tu propia ruina y no ves la fosa que te has abierto a tus pies.

Y al decir esto siento un ruido como de un cañonazo y me desperté asustado, encontrándome sentado en mi lecho.

Entonces, durante un buen rato, estuve meditando sobre lo que había visto, sintiéndome hondamente preocupado por la suerte de aquel joven.

Después, como me volviese a dormir, he aquí que continuó el sueño interrumpido.

Me pareció hallarme solo en medio del patio y al dirigirme hacía la portería me encuentro con dos sepultureros que venían a mi encuentro. Fuera de mí por la sorpresa, me acerqué a ellos para preguntarles:

—¿Qué buscan?

—¡Al muerto!—, me respondieron.

—Pero ¿qué dicen? Aquí no hay ningún muerto. Se han equivocado de puerta.

—Oh, no, de ninguna manera. ¿No es esta la casa de [Saan] Juan Don

Bosco?

—¡Cierto!—, respondí.

—Pues bien, nos avisaron que un joven de [San] Juan Don Bosco se había, muerto y que teníamos que enterrarlo.

—Pero, ¿cómo es esto? ¿Es que estoy soñando? Yo no sé nada.

Entretanto miraba a mi alrededor buscando a alguno.

El patio estaba desierto. Y continuaba diciéndome a mí mismo:

—¿Cómo es que no veo a nadie? ¿Dónde están todos mis hijos?
¡Además es de día!

Nos dirigimos hacia los pórticos y allí cerca encontramos una caja sobre la cual de un lado estaba escrito el nombre del joven muerto con la fecha del año 1872. En otra parte se leían estas terribles palabras: *Vitia eius cum pulvere dormient.* \

Como los sepultureros se lo quisiesen llevar, yo me opuse diciendo:

—No permitiré que se lleven a uno de mis hijos sin que yo le hable aún una vez.

Y me acerqué a la caja con intención de romperla; pero no me fue posible a pesar de todos los esfuerzos que hice. Y como yo siguiese en mis trece y los sepultureros se impacientasen, comenzaron a discutir conmigo, y uno en un arrebató de furor dio un tan gran golpe al ataúd que al romperlo me despertó, dejándome por todo el resto de la noche triste y melancólico.

A la mañana siguiente, lo primero que hice fue preguntar si el tal individuo estaba ya en el Oratorio y me dijeron que estaba jugando en el patio. Entonces me sentí aliviado en mi dolor.

Aquel desgraciado, a lo que parece artesano, fue el mismo a que se refirió también Don Luis Piscetta, que era alumno del Oratorio en el curso

1872-73, en el Proceso Informativo.

En el año de 1873 [San] Juan Don Bosco reunió una noche a todos los artesanos y a los estudiantes, y en las buenas noches, predijo, estando yo presente, que moriría un joven cuya muerte debía servir de lección, pero no de ejemplo que imitar. Un mes después murió el joven de quince años G... O..., que estaba completamente sano en la época de la predicción del [Santo].

Habiendo enfermado se le acercaron varios sacerdotes recomendándole calurosamente que pensase en su alma, pero el paciente se negó obstinadamente aduciendo diversos pretextos. Perdió el oído y la palabra y si bien los volvió a adquirir, aunque no plenamente, no quiso saber nada de Confesión y murió sin Sacramentos. A su muerte estuvo presente Santiago Ceva y fueron testigos de su obstinación Carlos Fontana y Miguel Vigna.

Sin duda [San] Juan Don Bosco no dejó de hacer cuanto pudo para prepararlo al gran paso; pero después, en aquellos días, hubo de ausentarse del Oratorio. El pobre joven, que se encontraba muy bien de salud, enfermó de improviso, siendo llamado para confesarlo Don Cagliero, que con las más suaves maneras lo invitó a que pensase en su alma; pero el infeliz, que apenas contaba quince años, le dijo repetidas veces que no era todavía tiempo, que no tenía ganas y que le dejase tranquilo. Don Cagliero se le acercó nuevamente y quiso hablar familiarmente con él, después le hizo algunas preguntas sobre su vida pasada, pero el pobrecillo que le había contestado ya algo, al darse cuenta de la intención del sacerdote, calló y se volvió hacia la otra parte. Don Cagliero insistió nuevamente, pero el enfermo persistió en su mutismo, muriendo sin Sacramentos el mismo día que [San] Juan Don Bosco regresaba al Oratorio.

La impresión de terror que causó esta muerte en el corazón de los jóvenes duró mucho tiempo».

LA PATAGONIA

SUEÑO 84.—AÑO DE 1872.

(M. B. Tomo X, págs. 54-55)

He aquí el sueño que decidió a [San] Juan Don Bosco a iniciar el apostolado misionero en la Patagonia.

Lo contó por vez primera a Beato Pío Pp. IX en el mes de marzo de 1876. Seguidamente repitió el relato del mismo a algunos salesianos en privado. Al primero a quien hizo esta confidencia fue a Don Francisco Bodrato el 30 de julio del mismo año, y Don Bodrato aquella misma noche lo contó a Don Julio Barberis, en Lanzo, donde había ido a pasar algunos días de vacaciones con un grupo de clérigos novicios.

Tres días después, Don Barberis se dirigía a Turín, y encontrándose en la biblioteca conversando con el Santo, mientras paseaban, oyó de sus labios el mismo relato. Don Barberis nada dijo de esto, habiendo experimentado una gran satisfacción por haber oído directamente de labios de [San] Juan Don Bosco la narración de este sueño, pues el [Santo] siempre solía añadir algún detalle nuevo.

También Don Lemoyne lo oyó del mismo [San] Juan Don Bosco, y tanto Barberis como Don Lemoyne lo pusieron por escrito.

[San] Juan Don Bosco —declaraba Don Lemoyne— les dijo que habían sido los primeros a los cuales había expuesto detalladamente esta especie de visión, que ofrecemos aquí repitiendo las mismas palabras casi, del [Santo].

Me pareció encontrarme en una región salvaje y por completo desconocida. Era una inmensa llanura completamente inculta, en la cual no se descubrían ni montes ni colinas. Pero en sus lejanísimos confines se perfilaban escabrosas montañas. Vi en ella una turba de hombres que la recorrían. Estaban casi desnudos, su altura y estatura eran extraordinarias, su aspecto feroz, los cabellos largos y erizados, el color bronceado y negruzco e iban vestidos con largas pieles de animales que les caían por las espaldas. Usaban como armas una especie de lanza larga y la honda o lazo.

Estas turbas de hombres, esparcidos por acá y por allá, ofrecían a los ojos del espectador escenas diversas: unos corrían detrás de las fieras para darles caza; otros llevaban clavados en las puntas de sus lanzas trozos de carne ensangrentada. Por una y otra parte los unos luchaban contra los otros,

otros peleaban con soldados vestidos a la europea, quedando el terreno cubierto de cadáveres. Yo temblaba al contemplar semejante espectáculo, y he aquí que en el límite de la llanura aparecen numerosos personajes, en los cuales, por sus ropas y por la manera de conducirse, reconocí a los Misioneros de varias Ordenes. Estos se aproximaron para predicar a aquellos bárbaros la religión de Jesucristo. Los observé atentamente, pero no reconocí a ninguno. Se mezclaron con los salvajes, pero aquellos bárbaros, apenas los tenían cerca, con un furor infernal y con una alegría diabólica se arrojaban encima de ellos, los mataban y con una saña feroz los descuartizaban y clavaban los pedazos de sus carnes en las puntas de sus largas picas. Después se volvían a repetir las luchas entre ellos y con los pueblos vecinos.

Después de haber observado aquellas horribles matanzas, me dije para mi:

—¿Cómo hacer para convertir una gente tan salvaje?

Entretanto vi en lontananza un grupo de nuevos misioneros que se acercaban a aquellos bárbaros con rostro alegre, precedidos por un número determinado de jovencitos.

Yo temblaba pensando:

—Vienen para hacerse matar.

Y me acerqué a ellos; eran clérigos y sacerdotes. Los miré atentamente y vi que eran nuestros salesianos. Los primeros me eran conocidos y si bien no pude conocer personalmente a otros muchos que seguían a éstos, me di cuenta de que eran también Misioneros salesianos, misioneros de los nuestros.

—Pero ¿cómo es esto?—, exclamé.

Estaba decidido a no dejarlos avanzar y me dispuse a hacerles que se detuvieran. Estaba seguro de que correrían la misma suerte que los anteriores. Quise hacerles volver atrás, cuando noté que su aparición había provocado la alegría entre todas las turbas de los bárbaros, los cuales depusieron las armas y su ferocidad y acogieron a nuestros Misioneros con las mayores muestras de cortesía.

Maravillado de esto me decía a mí mismo:

—¡Ya veremos cómo termina todo esto!

Y vi que nuestros misioneros avanzaban hacia aquellas hordas de salvajes; les instruían mientras ellos escuchaban atentamente sus palabras; les enseñaban y aprendían prontamente; les amonestaban y ellos aceptaban y ponían en práctica sus avisos.

Seguí observando y me di cuenta de que los misioneros rezaban el santo Rosario, mientras que los salvajes corriendo por todas partes se agrupaban alrededor de ellos y contestaban a aquellas oraciones.

Después los salesianos se colocaron en el centro de aquella muchedumbre y se arrodillaron. Los salvajes, después de deponer las armas a los pies de los misioneros, también se arrodillaron. Y he aquí que uno de los salesianos entonó el: «Alabad a María, oh lenguas fieles», aquellas turbas, todas a una voz, continuaron la letrilla tan al unísono y en tono tan fuerte que yo, asustado, me desperté.

Este sueño lo tuve hace cuatro o cinco años y me causó mucha impresión, quedando convencido de que se trataba de un aviso del cielo. Con todo, no comprendí su particular significado. Vi claramente que hacía referencia a Misiones extranjeras, en las que ya hacía tiempo había pensado con gran ilusión.

El sueño, pues, continúa Don Lemoyne, tuvo lugar hacia el 1872. Al principio, [San] Juan Don Bosco creyó que se trataba de los pueblos de Etiopía, después pensó en los alrededores de Hong-Kong y en los habitantes de Australia y de las Indias; sólo en el 1874, cuando recibió las más apremiantes invitaciones para que enviase los salesianos a la Argentina, comprendió claramente que los salvajes que había visto eran los habitantes de la inmensa región, entonces casi desconocida y conocida hoy con el nombre de Patagonia.

LOS PROPÓSITOS EN LA CONFESIÓN

SUENO 85.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X. pág. 56)

En la noche del 31 de mayo de 1873, después de las oraciones, al dar las buenas noches a los alumnos, el [Santo] les hizo esta importante declaración, llamándola "resultado de sus pobres plegarias" y que lo que iba a decir "provenía del Señor".

Durante todo el tiempo de la novena de María Auxiliadora, mejor dicho, durante todo el mes de mayo, en la Misa y en mis oraciones particulares pedí al Señor y a la Virgen la gracia de que me hiciesen conocer qué era lo que más contribuía a la ruina eterna de las almas.

Ahora no me atrevo a decirles si esto proviene o no del Señor; pero sí les puedo afirmar que casi todas las noches soñaba con que el motivo fundamental de la condenación eterna de los *más*, era la falta de propósitos en las Confesiones. Y así me pareció ver a algunos jóvenes que salían de la iglesia después de confesarse y que tenían cuernos.

—¿Cómo es esto?, —me decía para mí—. ¡Ah, esto proviene de la falta de propósitos en la Confesión! Este es el motivo por el que son tantos los que vienen a confesarse con frecuencia, sin enmendarse jamás; se confiesan siempre de las mismas cosas. Son los que (y hablo de casos hipotéticos, pues no puedo servirme de nada de lo que he oído en confesión porque es secreto), son los que al principio del año tuvieron un voto desfavorable y continúan con el mismo voto; los que murmuraban al comienzo del año y ahora continúan murmurando.

He creído oportuno decirles esto, porque es el resultado de las pobres oraciones de [San] Juan Don Bosco y procede del Señor.

De este sueño no dijo más en público, pero privadamente hizo uso de otros detalles que en él le fueron revelados para animar y amonestar a los jóvenes.

Para nosotros lo poco que dijo y la forma como lo dijo constituye una grave advertencia, que se ha de recordar con frecuencia a los alumnos.

LOS PECADOS EN LA FRENTE

SUEÑO 86.—AÑO DE 1873.

(M. B Tomo X. págs. 69-70)

La noche del 11 de noviembre de 1873, después de las oraciones, al dar las buenas noches, [San] Juan Don Bosco narraba este sueño que tuvo el 8 y el 10 del mismo mes.

El relato es de Don Berto.

Me parecía estar visitando los dormitorios y que los jóvenes estaban sentados en las camas, cuando he aquí que apareció un desconocido que tomándome la lámpara de la mano, me dijo:

—¡Ven y verás!

Yo le seguí. El se acercó entonces al lecho de cada uno de los alumnos y elevando la luz a la altura de la frente me invitaba a observar. Yo me fijé atentamente en la frente de cada uno de los muchachos y vi escritos en ella todos sus pecados. El desconocido me dijo entonces que escribiese, pero yo, creyendo que podría recordar todo, seguí adelante sin tomar nota de aquellas cosas que veía escritas. Pero reflexionando después sobre la imposibilidad de retener en la memoria todo cuanto había visto, volví atrás y lo anoté en mi libreta de apuntes.

Después de recorrer un dormitorio muy largo, mi guía me condujo a un rincón en el cual se encontraba un numeroso grupo de jóvenes con el rostro y la frente blancos y nítidos como la nieve. Entonces manifesté mi alegría, y él, siguiendo adelante, me señaló uno que tenía todo el rostro lleno de manchas negras, y después, prosiguiendo la marcha, vi a otros muchos y mientras tomaba nota de cuanto veía me decía a mí mismo:

—Así podré avisarles.

Por fin, al llegar al extremo del corredor, siento en un ángulo del mismo un gran ruido y después que entonaban en voz alta el *Miserere*.

Me volví a mi compañero preguntándole quién se había muerto y él me dijo:

—Se ha muerto el que viste cubierto de manchas negras.

—Pero ¿cómo, si ayer por la noche estaba todavía vivo; yo lo he visto pasear, y ¿dices que ha muerto?

El guía tomó un almanaque, lo abrió y después dijo:

—Mira aquí la fecha.

Miré y estaba escrito: día 5 de diciembre de 1873.

Dicho esto se volvió hacia una parte y yo hacia la otra y me encontré despierto en mi lecho.

Es cierto que esto es un sueño, pero ya en otras ocasiones estos sueños se cumplieron fatalmente; por tanto, nosotros, sin hacer caso de los sueños ni de otras cosas, recordemos la sentencia del Divino Salvador, el cual nos aconsejaba que estemos preparados.

Cuando hubo terminado de hablar el [Santo], todos, jóvenes, clérigos y sacerdotes, se le acercaron deseosos de saber lo que había visto escrito en la frente de cada uno, y a muchos de ellos, entre los cuales numerosos clérigos, no fue posible enviarlos a dormir antes de que les dijese confidencialmente lo que deseaban.

Al acompañarlo a su habitación —contaba Don Berto— me dijo que la lámpara que llevaba en el sueño era la misma que solía usar por la noche.

Y al llegar a su cuarto, mientras paseábamos juntos me dijo: —Qué poco se necesita para poner a los jóvenes en movimiento; tengo la seguridad

de que un sermón no les habría impresionado tanto. Es necesario que les cuente estas cosas con frecuencia.

Y yo añadí:

—¡Oh, sí; haría un gran bien! ¡Verá mañana cuántos acuden a confesarse! Oí a uno que decía:

—Esta noche no quiero preguntarle qué es lo que vio sobre mi frente, pues mañana no me atrevería a ir a confesarme.

En efecto, al día siguiente lo vi confesándose.

[San] Juan Don Bosco continuó hablando del que tenía la cara cubierta de manchas negras:

—Ya vino uno esta noche... Y me preguntó qué era lo que había visto y yo le dije dos o tres cosas; después me interrumpió:

—Basta, basta —dijo—, sabe demasiadas cosas. Y por la mañana lo vi confesándose.

El joven que tenía el rostro cubierto de manchas negras, el 4 de diciembre estaba aún jugando en el patio y hacia las cinco de la tarde sufrió un ataque de gripe. Fue conducido a la enfermería, por la noche se confesó y recibió la Extremaunción, por la mañana estaba en las últimas. Vinieron sus parientes y lo condujeron en coche al hospital de San Juan, y aquel día — precisamente el 5 de diciembre— a las once de la noche pasaba a la eternidad.

[San] Juan Don Bosco entretanto se encontraba en Lanzo, regresando al Oratorio el día 6, cuando la tía del enfermo, llorando, le comunicaba la doloroso noticia, que se difundió como un relámpago por toda la casa, despertando un espanto universal.

—¿Cómo?, —decían los alumnos—. ¿Ya ha muerto? ¡Si anteayer fue de paseo!

Y el [Santo], la noche siguiente, al dar las buenas noches consolaba a

sus oyentes diciendo que el difunto, antes de enfermar, había hecho su confesión general.

Don Berto, que en sus cuadernos anotó los nombres de los que interrogaron a [San] Juan Don Bosco sobre el estado de sus conciencias inmediatamente después de las buenas noches, y de aquél que también le preguntó interrumpiéndole al oír algunas palabras, y del que no se le quiso acercar aquella noche y se confesó a la mañana siguiente, y del propio difunto, hacía esta declaración en el Proceso Informativo:

«La noche del 7 de diciembre de 1873, acompañando al [Santo] a su habitación, al llegar a esta le pedí me manifestase de una manera confidencial, cómo hacía para conocer el interior de los jóvenes, especialmente sus pecados.

—Mira —me dijo—, casi todas las noches sueño que vienen a mí los jóvenes pidiéndome confesarse y que al hacer su confesión general me descubren todos sus enredos de conciencia, y después, a la mañana siguiente, cuando se acercan en realidad a hacerlo, yo no tengo más que manifestarles todos los embrollos que tienen en la conciencia.

—Escriba esas cosas que son tan útiles.

—¡Oh, de ninguna manera! Tales cosas pueden y deben servir solamente al que ejercita el sagrado ministerio... y cuando uno es favorecido por Dios con estos dones singulares»...

PREDICCIÓN DE UNA NUEVA MUERTE SUEÑO 87.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X, págs. 71-72)

Durante la visita que hiciera el [Santo] en el mes de diciembre de 1873 al colegio de Lanzo, contó un sueño semejante al anterior, haciendo referencia a una visita a los dormitorios, al canto del Miserere y a una muerte inminente.

Un joven llamado Julio Cavazzoli, de Fabbrico, diócesis de Guastalla, recomendado del Arcipreste de Campagnola, entró en el Oratorio en el 1870, pasando poco después a Lanzo, regresando al Oratorio en 1871; pero habiendo enfermado hacia fines de 1873 fue enviado nuevamente a Lanzo con la esperanza de que el clima de su nueva residencia le hubiese ayudado a recobrar la salud. Y en Lanzo estaba cuando [San] Juan Don Bosco hizo al colegio la visita a que hemos aludido, contando al mismo tiempo el presente sueño que quedó muy grabado en la mente de los alumnos. Carlos María Baratía, que hacía pocos días había entrado en el colegio de Lanzo, recordaba muchos años después al director del mismo, Don Lemoyne, que no había tomado nota alguna del hecho, ciertos detalles que ofrecemos al lector.

Le pareció a [San] Juan Don Bosco que un joven misterioso lo conducía a un dormitorio del Colegio. Todos los jóvenes descansaban en sus lechos. El guía, con una luz en la mano proyectándola sobre el rostro de los que dormían, daba a conocer al [Santo] los rostros de los muchachos. Los primeros tenían la frente blanca, otros surcada por una raya negra, otros tenían dos rayas negras (pecados veniales); otros tenían el rostro oscurecido como la niebla o como las tinieblas (pecados mortales). [San] Juan Don Bosco sacó un papel y con un lápiz apuntaba los nombres y el estado en que se encontraba cada uno. Al llegar al fondo del dormitorio fue cuando sintió cantar en el otro extremo, donde estaban los del rostro blanco, el *Miserere*.

—¿Qué significa este canto fúnebre?—, preguntó al joven misterioso que le acompañaba.

Y recibió esta respuesta:

—Ha muerto fulano de tal, el día tal.

—Pero ¿cómo es posible si hace poco estaba vivo?

—Ante Dios, el futuro es como el presente.

[San] Juan Don Bosco terminó diciendo que el hecho se verificaría de allá a un mes, pero no dio nombre alguno. Al mismo tiempo recordó a todos que estuviesen preparados.

Los jóvenes aseguraban que el [Santo] había dicho el nombre del tal al director.

Pasaron quince días y Cavazzoli cayó enfermo, muriendo poco después.

También Don Juan Gresino, que había entrado en el Colegio en 1872 nos exponía escuetamente el hecho, afirmando que [San] Juan Don Bosco había revelado al Director el nombre del que tenía que morir en breve.

Y el tal, joven de dieciocho años (había nacido en 1855) quince días después estaba a las últimas. “Fue confortado — como se lee en los registros parroquiales— con la Confesión, el Viático y la Bendición Papal”, pero no quería morir. El director le hizo observar que era una suerte morir bien preparado, pues ¿quién podía asegurar que más tarde se encontraría en las mismas disposiciones?

—Bien; si es así, quiero morirme, pero ¿qué tengo que hacer para morirme?

Se le sugirieron algunas jaculatorias para obtener una buena muerte y las repitió con toda devoción.

—¡Ahí, querido Jesús... José y María... les doy el corazón y el alma mía... Jesús, José y María... asistanme en mi última agonía... (comenzaba el estertor)... Jesús... José... y María... expire... en vuestros brazos... en paz... el alma mía.

Y murió serenamente el 21 de diciembre a las diez y media. En Lanzo — recordaba Don Gresino— [San] Juan Don Bosco dijo que aquel sueño lo había tenido la noche precedente y esto no nos debe causar extrañeza, puesto que él mismo había asegurado que casi todas las noches soñaba que escuchaba a sus hijos en confesión. En su inmensa caridad paterna bien merecía que el Señor le anunciase las muertes inminentes para que pudiese preparar a los que habían de morir, al gran paso.

LA MISERICORDIA DIVINA

SUEÑO 88.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X. págs. 73-76)

El 29 de noviembre de 1873, al regresar de su visita a las casas de Sampierdarena, Varazze y Alassio, después de las oraciones de la noche, [San] Juan Don Bosco narraba a sus oyentes este otro sueño del que Don Berto nos legó esta detallada relación:

En los pasados días, mis queridos jóvenes, en los cuales me encontré fuera de casa, tuve un sueño verdaderamente espantoso. Una noche me fui a acostar pensando en quién sería aquel que, en el sueño que hace poco les narré, me había acompañado con la linterna en la mano a visitar los dormitorios, haciéndome observar sobre la frente de los jóvenes las negras manchas que embadurnaban sus conciencias; esto es, si era el desconocido un hombre como nosotros, o bien un espíritu en forma humana. Y preocupado con esta idea me quedé dormido.

Cuando he aquí que me vi transportado al Oratorio, pero con gran sorpresa pude comprobar que no se hallaba situado en el mismo sitio. Estaba emplazado a la entrada de un inmenso y amplio valle flanqueado de dos montículos en forma de hermosas colinas.

Yo me encontraba en medio de los jóvenes allí concentrados, todos los cuales permanecían silenciosos y pensativos. Cuando, de pronto, veo aparecer en el cielo un sol tan luminoso y brillante que con su luz deslumbraba de tal manera la vista que para no quedar enceguecidos teníamos que permanecer con la mirada fija en el suelo. Así estuvimos durante un buen rato, hasta que la luz de aquel sol tan esplendoroso comenzó a disminuir poco a poco hasta llegar a extinguirse casi por completo, dejándonos envueltos en la más profunda oscuridad, de forma que los jóvenes, incluso los que estaban más próximos unos a otros apenas si podían verse y reconocerse recíprocamente.

Este repentino paso de la más viva de las luces a las más profundas tinieblas nos llenó a todos de un gran terror. Pero mientras yo pensaba en la forma de librarnos de aquella tétrica oscuridad, vi aparecer por una esquina del valle una luz verdosa que extendiéndose en forma de amplia faja venía a

colocarse sobre el mismo valle y describiendo un bellissimo arco tocaba con ambas extremidades ligeramente las dos colinas. Entonces, en medio de tanta oscuridad, apareció un poco más de luz y el referido arco iris, que era semejante a los que se ven después de la lluvia o de un furioso temporal, o como suele suceder al producirse una aurora boreal, dejando caer torrentes de luces de los más variados colores.

Mientras permanecíamos todos allí admirando y gozando de aquel agradable espectáculo, descubro allá en el fondo del valle un nuevo portento que hizo desaparecer al primero. Era un globo eléctrico de extraordinarias dimensiones, que parecía suspendido en el aire entre el cielo y la tierra, el cual despedía por todas partes haces de luz tan vivos que ninguno podía tener la vista fija en él sin peligro de caer sin sentido al suelo. Dicho globo bajaba hacia nosotros y convertía el valle en un lugar tan resplandeciente, que diez de nuestros soles en pleno cenit no habrían logrado un efecto semejante. Y a medida que se aproximaba, veía yo cómo los jóvenes caían de bruces al suelo deslumbrados por su resplandor, como si hubiesen sido heridos por un rayo.

Al ver aquello quedé al principio tan lleno de terror que no sabía qué partido tomar; pero después, reaccioné y haciendo un gran esfuerzo posé la mirada fija e impávidamente en el globo siguiendo todos sus movimientos, hasta que al llegar encima de nosotros se detuvo como a unos 300 metros de altura.

Entonces dije entre mí:

—¡Quiero ver en qué consiste este maravilloso e inaudito fenómeno!

Lo examiné, pues, detenidamente, a pesar de encontrarse tan alto, y pude descubrir que por la parte de arriba terminaba en forma de gruesa pelota sobre la cual estaban grabadas en grandes caracteres estas palabras: «El que todo lo puede». Todo alrededor estaba dotado de varias filas de balconillos ocupados por una inmensa multitud de personas de toda edad y condición, todas de aspecto glorioso y feliz, adornadas con vestiduras resplandecientes por la infinita variedad de los colores más diversos y de belleza indescriptible, que con sus sonrisas y actitud amistosa parecían invitarnos a tomar parte de su gozo y triunfo.

Del centro de aquel globo celeste partía una tupida lluvia de haces y de dardos de luz tan viva que, yendo a herir directamente a los jóvenes en los ojos, los dejaba sin sentido, haciéndoles vacilar y, finalmente, no pudiendo mantenerse en pie, se veían obligados a tirarse de bruces al suelo. Por mi parte, no pudiendo resistir un tan gran esplendor, comencé a exclamar:

—¡Oh Señor, te ruego o que hagas cesar este divino espectáculo o que me hagas morir, pues me es imposible resistir la vista de una tan extraordinaria belleza!

Al terminar de decir esto y como sintiese que las fuerzas me faltaban, me arrojé yo también al suelo gritando:

—¡Invoquemos la misericordia de Dios!

Después de unos instantes, un tanto repuesto de la emoción, me levanté y di una vuelta por el valle para ver qué había sido de nuestros jóvenes; y con gran sorpresa y admiración por mi parte, pude comprobar que estaban todos tendidos por el suelo, inmóviles y en actitud de rezar. Para cerciorarme de si estaban vivos o muertos comencé a tocarles con el pie, diciéndoles:

—¡Ea! ¿Qué haces aquí? ¿Están vivos o muertos?

Y uno me dijo:

—Estoy invocando la misericordia de Dios.

Y sucesivamente fui recibiendo la misma respuesta de todos los que estaban tendidos por tierra.

Pero al llegar a cierta zona del valle, vi con gran dolor a algunos que estaban de pie, derechos, en actitud de rebeldía, con la cabeza erguida y vuelta hacia el globo, como si quisieran desafiar la majestad de Dios y con el rostro negro como un carbón. Me acerqué a ellos, los llamé por sus nombres, pero no daban señal alguna de vida. Estaban fríos como el hielo y como fulminados por los rayos y por los dardos que emitía el globo por su obstinación en no quererse someter e invocar con sus compañeros la misericordia divina. Lo que me causó mayor desagrado fue, como dije,

comprobar que aquellos desgraciados eran bastante numerosos.

Mas he aquí que entretanto veo aparecer por el fondo del valle, como brotado del suelo, un monstruo de extraordinaria corpulencia y de una indecible deformidad. Era más horrible y deforme que cualquier monstruo de la tierra que yo jamás hubiera visto. Aquel endriago se venía acercando hacia nosotros a grandes pasos. Entonces hice levantar a todos los muchachos, los cuales, al ver aquella horrible aparición, se sintieron también llenos de pavor. Yo entonces, preocupado y anhelante, me puse a buscar por allí cerca para ver si había algún superior que me ayudase a acompañar a los muchachos al montículo más próximo y ponerlos así a salvo de las zarpas de aquella bestia feroz, si por acaso intentaba asaltarles; pero no encontré a nadie. Entretanto, el monstruo se acercaba cada vez más, y ya estaba a poca distancia de nosotros, cuando aquel globo que hasta entonces había permanecido inmóvil en el aire sobre nuestras cabezas, comenzó a moverse a toda velocidad y saliendo al encuentro de aquel monstruo llegó a colocarse precisamente entre nosotros y la bestia, bajando casi hasta el suelo como para impedirle que nos hiciera algún daño.

En aquel instante se oyó resonar en el valle como el retumbar de un trueno, esta voz:

—*Nulla est conventio Christi cum Belial!* No puede haber acuerdo posible entre Cristo y Belial, entre los hijos de la luz y los hijos de las tinieblas...; esto es, entre los buenos y los malos, que son llamados en la Sagrada Escritura precisamente hijos de Belial.

Al oír aquellas palabras me desperté todo tembloroso y como pasmado de frío, y aunque sólo eran las doce de la noche, no pude conciliar el sueño ni entrar en calor en toda ella.

Y si por una parte me sentí muy consolado al comprobar que casi la totalidad de nuestros jóvenes invocaban con humildad la misericordia de Dios y correspondían fielmente a los divinos favores, por otra parte les debo decir que me causó un gran dolor el número no pequeño de los ingratos que por maldad y dureza de corazón en resistir a todas las invitaciones de la gracia, habían sido castigados por la divina justicia quedando privados de vida.

A algunos los he llamado ya ayer noche y a otros hoy mismo, a fin de que se pongan en paz con el Señor y cesen de abusar de la Misericordia Divina, de ser piedra de escándalo para sus compañeros, pues no puede existir alianza alguna entre los hijos de Dios y los secuaces del demonio:

—Nulla est conventio Christi cum Belial.

Este es el último aviso que se les da.

Como ven, mis queridos jóvenes, mis recomendaciones proceden de un sueño como todos los demás; con todo, hemos de dar gracias al Señor, que se sirve de este medio para hacernos conocer el estado de nuestra alma y cómo prodiga generosamente sus luces y sus gracias a aquellos que invocan con humildad su auxilio y asistencia en las necesidades de alma y cuerpo, quia Deus superbis resistit, humilibus autem dat gratiam.

[San] Juan Don Bosco —escribe Don Berto— no dio otras explicaciones particulares del sueño; pero es fácil comprender las enseñanzas en él encerradas. Dios, mientras estamos in hac lacrymarum valle, de la misma manera que el día alterna con la noche, también en la vida espiritual permite el paso de la luz a las tinieblas, y quien soporta con fe y humildad las épocas de oscuridad y de aparente abandono, ve también tornar la luz más viva y brillante en un espléndido arco iris tendido sobre el horizonte. Y si permanece constante en la fe y en la humildad más profunda, el pensamiento orientado hacia Dios, llega a comprender cada vez con mayor claridad la propia nulidad y la sublime majestad de Dios y la belleza inefable del premio que nos tiene preparado, sintiendo siempre la necesidad de estar continuamente postrado ante su presencia implorando su infinita misericordia.

En cambio, el que, lleno de sí, descuida la vida interior, no pensando más que en las cosas terrenas y sin preocuparse de nada, pronto muere a la gracia y cae una y otra vez entre las garras del monstruo infernal, que da vueltas continuamente como un león rugiente, para arrebatarse las almas a Dios. Mientras que el que habitualmente vive unido a Dios en las pruebas más graves, permanece en su gracia, porque Dios lo defiende con la espada desenvainada y goza de su auxilio acá abajo asegurándose el premio en el Paraíso.

La humildad, por tanto, es el camino del cielo. Donde hay humildad dice San Agustín, allí hay grandeza, porque el humilde está unido a Dios. Y la humildad no consiste en aparecer mezquino en el vestido, en el obrar, en el hablar; sino en estar postrado, con toda la mente, con todo el corazón, con toda el alma, en la presencia de Dios, convencidos de la propia nulidad e implorando de continuo la misericordia divina.

LOS SENDEROS

SUEÑO 89.—AÑO DE 1874.

(M. B. Tomo X, págs. 77-79)

La relación de este sueño es de Don Berto y lo ofrecemos al lector tal y como se encuentra en el Proceso Informativo.

«El martes 17 de noviembre de 1874, después de las oraciones, el [Santo] nos anunció que al día siguiente serían las confesiones del Ejercicio de la Buena Muerte que harían los estudiantes el jueves próximo. Nos exhortó, según sus costumbre, a que lo hiciéramos bien, diciendo:

—Yo no soy ni quiero ser profeta, pero podría decirles que uno de nosotros aquí presente, no digo quién, no volverá a hacer más este piadoso ejercicio.

Al bajar de la cátedra, como en otras ocasiones en que había hecho idénticas predicciones, fue inmediatamente rodeado por los jóvenes que se manifestaban deseosos de saber particularmente del [Santo] si les tocaba en aquella ocasión presentarse ante el tribunal del Señor.

Fueron suficientes estas contadas palabras para que al día siguiente, mañana y noche, su confesionario se viese rodeado de una turba de jovencitos, deseosos de hacer con él la confesión general, como supe de labios de numerosos muchachos.

Como yo estaba entonces casi siempre presente a estas piadosas escenas, puedo asegurar que estas predicciones hacían más bien a nuestros

jovencitos que no diez tandas de ejercicios espirituales. Y este era el único fin que inducía al [Santo] a hacerlas, especialmente en público. Nos recomendaba, sin embargo, que no comunicásemos por escrito estas cosas a nadie, sino que todo quedase entre nosotros.

Para asegurarme aún más de que estos vaticinios no eran una piadosa estratagema para hacer el bien a los alumnos, en la noche del jueves 19 de noviembre de 1874, hablando con el [Santo] en su habitación, le pregunté en el seno de la confianza cómo hacía para anunciar con tanta espontaneidad la muerte de tantos jóvenes estando aún sanos y robustos, especialmente del que había hecho referencia hacía dos días, pronosticando que no volvería hacer más el Ejercicio de la Buena Muerte. [San] Juan Don Bosco me contestó aunque con cierto reparo:

Me pareció ver a todos nuestros jóvenes dando un paseo hacia un prado. En él vi que cada uno caminaba por un sendero trazado para él solo, por el que no podía transitar ningún otro. El sendero que se abría ante algunos era muy largo, y al borde del mismo, de trecho en trecho, se leía el número progresivo del año de nuestra Redención. El de otros era menos largo, y el de otros más corto aún. El de unos avanzaba un largo trecho y luego quedaba cortado, por tanto, el joven que caminaba por él al llegar a aquel lugar caía muerto al suelo.

Vi algunos que estaban sembrados de lazos y que eran sumamente cortos.

Finalmente vi a uno que delante de sí no tenía trazado alguno de sendero, terminaba a sus mismos pies y en él apenas si se distinguía el número 1875. Este es el que no volverá a hacer más el Ejercicio de la Buena Muerte, pues morirá en el 1874, o tal vez apenas llegue a ver el 1875, pero no podrá hacer más dicho ejercicio.

No hace falta decir que, según recuerdo, la predicción se cumplió plenamente. Sino que he de añadir que nosotros estábamos ya acostumbrados a ver cómo se realizaban estos vaticinios, y que nos habría causado asombro, como si se tratase de una excepción a la regla, el poder comprobar el que alguna vez no fuese así».

Sobre la realización de las predicciones de [San] Juan Don Bosco, Don Lemoyne escribe:

«En el año 1872 o en el 1873 o en el 74, anunció que antes de terminar el año moriría un joven. Finalizo el año sin que ninguno pasara a la eternidad. Había, sin embargo, en casa un joven gravemente enfermo, el cual se negaba obstinadamente a recibir los Santos Sacramentos. Todos habían intentado hacerle deponer su actitud, pero en vano. En todos los institutos de Turín se había rezado por esta intención. Finalmente, el enfermo moría en el mes de enero después de haberse confesado con [San] Juan Don Bosco y de haber recibido los Santos Sacramentos».

Los jóvenes le hicieron notar cómo su predicción no se había cumplido, pero es que no conocían plenamente lo que había sucedido.

[San] Juan Don Bosco les respondió:

—¿Es que querían que lo dejase morir sin haber recibido antes los Santos Sacramentos? ¿Iba a permitir semejante escándalo en casa?

Hubo, pues, una predicción, la gracia de una muerte retardada y una conversión. Parece que el difunto era un joven de veinticuatro años, al parecer mandado al Oratorio por la masonería para que actuase en medio de los compañeros.

Así lo aseguraba Don Evasio Rabagliati, testigo presencial del hecho.

MONSEÑOR GASTALDI

SUEÑO 90.—AÑO DE 1873.

(M. B. Tomo X, pág. 723)

Mons. Gastaldi, que antes de ocupar la sede de Turín había sido gran amigo de [San] Juan Don Bosco, elevado a esta, creyendo sin duda que defendía sus derechos in pontificalibus y la autoridad episcopal, fue causa de no pocas dificultades y penas para [San] Juan Don Bosco.

El Señor, para animar a su siervo, como de costumbre, le hizo ver en sueños cómo terminaría aquella penosa situación.

Le pareció al [Santo] que había tenido que salir para sus asuntos del Oratorio, a pesar de que llovía torrencialmente. Pasando por delante del palacio Arzobispal se encontró con Mons. Gastaldi, que vestido con sus más ricos paramentos episcopales, con la mitra en la cabeza y con el báculo en la mano, quería salir del palacio a pesar de aquella lluvia torrencial y de estar las calles llenas de barro.

[San] Juan Don Bosco le salió al encuentro y amablemente le pidió que se retirase a tiempo pues de otra manera quedaría todo cubierto de barro. Monseñor se volvió a él lanzándole una mirada burlona y sin decir una palabra se puso en camino. [San] Juan Don Bosco no se dio por vencido y le siguió rogándole insistentemente que le escuchase. Monseñor le contestó entonces:

—Vos métase en sus cosas.

Pero mientras decía esto resbaló, cayó al suelo ensuciándose todo de barro.

El [Santo] le ayudó a levantarse insistiendo nuevamente para que volviese atrás. Pero el Arzobispo le replicó:

—Vos sigáis su camino, que yo seguiré el mío.

Y no le hizo caso.

[San] Juan Don Bosco le seguía llorando, a cierta distancia, y continuaba suplicándole que no siguiese por aquel camino. Y he aquí que el Arzobispo cayó por segunda y por tercera vez, enlodándose cada vez más. Se levantó después a duras penas.

Cayó por cuarta vez para no levantarse más. Sus preciosas vestiduras estaban tan sucias que de todo su cuerpo no se veía otra cosa que una gruesa capa de barro. En vano intentó levantarse, sucumbiendo al fin.

Este sueño lo tuvo [San] Juan Don Bosco “apenas comenzaron las dificultades con Su Excelencia” y lo contó confidencialmente a algunos hermanos, entre los cuales estaba Don Bonora.

LA GUERRA CARLISTA DE ESPAÑA

SUEÑO 91.—AÑO DE 1874.

(M. B. Tomo X, pág. 1249)

He aquí un hecho singular dice Don Lemoyne en las Memorias Biográficas.

En el año de 1872, poco antes de que el partido carlista tomase las armas en España y proclamase rey, bajo el nombre de Carlos VII, al hijo del Infante Don Juan de Borbón, que en el 1868 había abdicado en su favor todos sus derechos, Don Carlos, que iba a ponerse al frente de sus partidarios, pasó por Turín acompañado del Conde Servanzi, Guardia Noble de Su Santidad, llegando ambos al Oratorio. El Conde, sin decir el nombre de su acompañante, se acercó a [San] Juan Don Bosco e hizo recaer la conversación sobre la insurrección española, diciendo: —¿Qué dice [San] Juan Don Bosco de Don Carlos?

Y el [Santo]:

—Que si es voluntad de Dios que ocupe el trono, lo ocupará; pero solamente con los medios humanos es casi imposible que triunfe en su empresa.

El Conde prosiguió:

—¿Conoce a Don Carlos?

Nadie había dicho a [San] Juan Don Bosco quién fuese el acompañante del Conde, pero contestó rápidamente:

—Este es Don Carlos.

Y Don Carlos, rompiendo el silencio, dijo:

—O ahora o nunca. Tengo muchos amigos y además me asiste el derecho.

—Bien —le replicó e/ [Santo]—; si quiere tener esperanza de éxito, proceda con recta intención para merecer las bendiciones de Dios.

Siguieron hablando de otras cosas y cuando Don Carlos se retiró, [San] Juan Don Bosco le acompañó hasta la puerta, donde encontrándose con Don Lemoyne le dijo con la acostumbrada sonrisa:

—Te presento a Don Carlos, aspirante al trono de España.

Don Carlos tendió la diestra a Don Lemoyne, le estrechó la mano y así terminó la visita.

Pero [San] Juan Don Bosco no se olvidó del joven guerrero.

Don Carlos llegó a España, donde comenzó la tercera guerra carlista, que duró cuatro años, primero contra Amadeo de Saboya, que abdicaba el 11 de febrero de 1873, después contra los republicanos; en el 1874 contra Alfonso XII... y el 29 de abril de 1874; escribe Don Berto:

«[San] Juan Don Bosco se encontraba en la iglesia confesando; eran las ocho de la mañana, cuando se puso de pie y le pareció encontrarse en medio de una gran batalla entre republicanos y carlistas. Sentía frecuentes cañonazos de una parte y de otra y quería llamar a alguno para saber qué era lo que sucedía», cuando aquella escena desapareció...

La lucha duró aún dos años, y en el 1876, Don Carlos abandona España, muriendo después en Italia, en Várese, el 18 de julio de 1909.

VOCACIONES TARDÍAS

SUEÑO 92.—AÑO DE 1875.
(M. B. Tomo XI, págs. 32-34)

En el año de 1875 tuvo origen una obra nueva a la que [San] Juan Don Bosco se entregó impulsado por su celo sacerdotal y por ilustraciones de lo alto.

Sabemos cómo aquellos tiempos eran contrarios a las vocaciones eclesiásticas. Aberraciones políticas, escuelas laicas, prensa desenfrenada, vilipendio de la Iglesia y de sus ministros, grave situación económica del clero eran otras tantas causas que habían contribuido a diezmar las filas entre los alumnos de los Seminarios.

Para salir al paso a tan angustiosa situación, el [Santo] no ahorró sacrificio. Además, viendo el cariz que tomaban las cosas, no se cansaba de repetir que los futuros ministros del culto se habían de buscar "en medio de los que manejaban la azada y el martillo". Pero ni aun esto era suficiente; pues los jóvenes son siempre jóvenes y a pesar de prodigarles los más solícitos cuidados, muchos de ellos, encaminados al sacerdocio, se pierden por el camino. [San] Juan Don Bosco había comprobado que apenas una minoría llegaba al sacerdocio.

¿Qué hacer, pues? La necesidad era cada vez más apremiante: si se continuaba al mismo ritmo, la escasez de sacerdotes ocasionaría ja desolación de la viña del Señor. [San] Juan Don Bosco, siendo un simple estudiante de bachillerato, se había prestado amablemente a ayudar a un buen hombre que a despecho de la edad quiso hacerse sacerdote y que gracias a la caridad del [Santo] había conseguido entrar en el Seminario, haciendo sus estudios y recibiendo las órdenes sagradas.

De otras vocaciones tardías [San] Juan Don Bosco se ocupó seguidamente, sobre todo en el Oratorio, donde admitió a las clases elementales a algunos individuos ya maduros, deseosos de entrar en la carrera eclesiástica. Así tuvo ocasión de constatar que tales sujetos se daban al estudio con ardor, manifestaban una sólida piedad y excelentes disposiciones para ayudar a los compañeros más jóvenes. Por tanto, mientras pedía insistentemente al Señor sobre la manera de proporcionar numerosos sacerdotes a la Iglesia, he aquí que le viene a la mente la idea de recoger jóvenes adultos bien dispuestos, de dotarles de un régimen especial preparándolos adecuadamente para ascender las gradas del altar.

Mientras reflexionaba sobre este santo designio, en los comienzos del 1875 sucedió algo que lo impulsó decididamente a la empresa.

El relato hecho por él mismo ante los miembros del Capítulo Superior fue inmediatamente consignado por escrito y nosotros lo reproducimos aquí ad litteram. Helo, pues:

Un sábado por la noche —dijo [San] Juan Don Bosco— me encontraba confesando en la sacristía; y pensaba en la escasez de sacerdotes y de vocaciones y en la manera de acrecentar su número. Veía ante mí un tan gran número de jóvenes buenos e inocentes que venían a confesarse y me decía a mí mismo:

—Quién sabe cuántos alcanzarán la meta y el tiempo que se necesita aún para que lleguen al sacerdocio los que perseveren; y la necesidad de la Iglesia es urgente.

Mientras me encontraba muy distraído con este pensamiento, aun sin dejar de confesar me pareció encontrarme en mi habitación sentado a mi mesa de trabajo, teniendo entre mis manos el registro donde están anotados los nombres de todos los que se hallan en casa. Y me decía entre mí:

—¿Cómo es esto? ¿Estoy confesando en la sacristía y en mi habitación al mismo tiempo? ¿Estaré soñando? No; éste es el registro de los jóvenes: ésta es mi mesa de trabajo.

Entretanto oí una voz detrás de mí que me decía:

—¿Quieres saber la manera de poder aumentar y pronto el número de los buenos sacerdotes? Examina ese registro y de él deducirás lo que tienes que hacer.

Yo examiné el registro y después dije:

—Estas son las listas de los nombres de los jóvenes de este año y de años precedentes y nada más.

Yo me encontraba muy preocupado, leía los nombres, seguía

reflexionando, miraba aquellas listas por abajo, por arriba, por todas partes, para ver si encontraba algo, pero nada.

Entonces me dije:

—¿Sueño o estoy despierto? ¿Me encuentro realmente aquí junto a mi mesa y la voz que he oído es una voz real?

Y de pronto quise levantarme para ver Quién había sido Aquella que me había hablado y en efecto: me levanté.

Los jóvenes que estaban a mi alrededor dispuestos a confesarse, al ver que me levantaba de una forma tan imprevista y un tanto nervioso, creyeron que me había sucedido algo, que me sentía mal y acudieron a sostenerme, pero yo, después de tranquilizarles asegurándoles que no me ocurría nada, seguí confesando.

Terminadas las confesiones y habiendo vuelto a mi habitación, miré sobre mi mesa y vi realmente el registro con los nombres de los jóvenes que están en casa, pero no encontré nada más. Examiné aquel libro, pero no me explicaba cómo de aquella observación podría deducir la manera de tener pronto muchos sacerdotes a mi disposición. Examiné otros registros que tenía en la habitación, pero al principio no saqué consecuencia alguna. Pedí más registros atrasados a Don Ghivarello; pero todo fue inútil. Seguí reflexionando sobre esto y ojeando los registros antiguos para obedecer el mandato de aquella voz misteriosa, y pude sacar como conclusión que de tantos jóvenes como emprenden los estudios en nuestros colegios para darse a la vida eclesiástica, apenas el 15 por 100, esto es, ni siquiera 2 de cada 10 llegan a vestir el hábito talar, alejándose del Santuario, bien por asuntos familiares, por los exámenes liceales o por cambio de idea que suele suceder frecuentemente en el año de retórica. En cambio, los que comiencen estudios en edad adulta, casi todos, esto es, un 8 por cada 10, visten el hábito clerical, lo que consiguen en menos tiempo y con menos trabajo. Me dije entonces:

—De éstos puedo estar más seguro y terminan antes; esto es lo que buscaba. Es necesario, pues, que me ocupe de ellos, que abra colegios especialmente para ellos y que vea la manera de cultivarlos de una forma

especial.

Los resultados darán a conocer si se trata de un sueño o de una realidad.

Desde aquel momento —continúa Don Lemoyne— la idea de abrir colegios, en los que los jóvenes adultos, llamados al estado eclesiástico, pudiesen hacer estudios intensivos a ellos apropiados, tomó cuerpo convirtiéndose en un firme propósito.

UN ÁRBOL PRODIGIOSO

SUEÑO 93.—AÑO DE 1875.

(M. B. Tomo XI, pág. 34)

El 15 de marzo tuvo [San] Juan Don Bosco un sueño estando en Roma, por medio del cual la Providencia hacia desaparecer muchas sombras del camino del [Santo]. Lo contó en la Ciudad Eterna en casa de los señores Sigismondi, estando a la mesa en compañía de su secretario Don Berto, que le había acompañado en aquel viaje, de quien es la siguiente relación.

He aquí cuanto dijo el [Santo] en esta ocasión:

Esta noche pasada pude descansar muy poco. Tuve un sueño que me impresionó bastante y es el siguiente:

Me pareció encontrarme en un jardín junto a un árbol frutal cargado de unas frutas de un tamaño tal que causaba admiración. Aquel árbol estaba cargado de frutas de tres clases: higos, melocotones y peras. Más he aquí que, de pronto, comenzó a soplar un Viento impetuoso y empezó a granizar de tal forma que sobre mis espaldas caían gruesos granizos mezclados con piedras. Entonces intenté retirarme, pero apareció Uno que me dijo:

—¡Pronto, coge!

Y busqué inmediatamente un canasto, pero era demasiado pequeño, por lo que el otro me gritó:

—¡Busca otro canasto más grande!

Y en efecto, cambié el anterior por otro de mayor tamaño; pero apenas hube puesto en él dos o tres de aquellas frutas cuando quedó completamente lleno.

El otro me volvió a gritar, diciéndome que cogiera otro canasto aun más grande y cuando lo tuve, añadió:

—Pronto, de lo contrario el granizo lo echará todo a perder.

Entonces me puse a coger de aquellas frutas. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando al coger de aquellos higos de excepcional tamaño, me di cuenta de que estaban podridos por una parte.

El desconocido, entonces, se puso a gritar:

—¡Pronto, escógelos!

Me puse al instante a separar los buenos e hice tres divisiones en el cesto: en una puse los higos, en otra los melocotones y en otra las peras, pero aquellas frutas, a saber, los higos, los melocotones y las peras eran tan grandes (más que los dos puños de un hombre), que yo no me cansaba de admirarlas, tan gruesas y hermosas eran.

Entonces, el desconocido me dijo:

—Los higos son para los Obispos, las peras son para ti y los melocotones para América.

Y dicho esto comenzó a dar palmadas repitiendo: —

¡Animo, bien, bien, muy bien!

Y desapareció.

Yo me desperté quedándome este sueño tan impreso en la mente que

no lo pude desechar.

No nos consta que [San] Juan Don Bosco estableciese inmediatamente una relación entre el sueño y la obra de las vocaciones tardías que entonces acariciaba; pero en el curso de los acontecimientos tal relación se puso de manifiesto. Se necesitaba una acertada elección, especialmente al principio, no fuera a ser que individuos poco preparados diesen al traste con la empresa.

El canasto grande de gran capacidad, simbolizaba la amplitud de los locales destinados a tal fin; los higos para los Obispos eran los jóvenes para sus seminarios; los melocotones para América, los misioneros salesianos, y las peras los hermanos para la sede central de la Congregación.

¿Y la tempestad de granizos y de piedra que cayó sobre las espaldas del [Santo]? Las dificultades que llovieron sobre él provenientes especialmente de las alturas, como de dos Ordinarios de los cuales se conservan cartas en Roma enviadas para impedir la aprobación de la Obra.

EL CORCEL MISTERIOSO SUEÑO 94.—AÑO DE 1875.

(M. B. Tomo XI. págs. 257-260)

En las buenas noches del 30 de abril, [San] Juan Don Bosco, exhortando a sus oyentes a hacer bien el mes de mayo, después de haber recomendado el fiel cumplimiento de los propios deberes y la elección de alguna práctica devota en honor de María, añadió que tenía un sueño que contar; pero que no habiendo entonces tiempo por ser demasiado tarde, lo haría el domingo siguiente, 2 de mayo.

Los jóvenes estaban impacientes y a aumentar esta expectación contribuyó el haber tenido que prorrogar el relato del sueño hasta el día 4 por no estar el [Santo] en condiciones de hacerlo. Finalmente en la noche de dicha fecha, [San] Juan Don Bosco pudo satisfacer los deseos generales.

Después de las oraciones y desde la cátedra de siempre se expresó así:

Aquí me tienen dispuesto a cumplir mi palabra. Saben que los sueños se tienen durmiendo. Acercándose, pues, el tiempo de los Ejercicios espirituales, pensaba en la forma que debía emplear para que mis jóvenes los hiciesen bien y qué había de aconsejarles para que sacasen el fruto consiguiente. Y así me fui a descansar con este pensamiento la noche del domingo 25 de abril, víspera de los ejercicios. Apenas me acosté comencé a soñar...

Me pareció encontrarme completamente solo en un valle extensísimo: por una parte y otra se veían altas colinas. Al fondo del valle, por una parte, el terreno se elevaba y en ella resplandecía una luz vivísima y en la otra parte el horizonte se presentaba muy oscuro.

Mientras contemplaba esta llanura, vi venir hacia mí a Buzzetti con Gastini, los cuales me dijeron:

—[San] Juan Don Bosco, suba a caballo, ¡pronto!

Yo les contesté:

—¿Se quieren burlar de mí? Saben que hace mucho tiempo que no subo a caballo.

Los dos jóvenes insistían; pero yo me resistía diciendo:

—No quiero montar a caballo; lo hice una vez y me caí.

Buzzetti y Gastini continuaban presionando cada vez con mayor tesón diciendo:

—Pronto, suba a caballo, que no tenemos tiempo que perder.

—Pero, en resumidas cuentas, después de montar a caballo, ¿dónde quieren conducirme?

—Vamos, vamos, dése prisa.

—Pero ¿dónde está el caballo? Yo no veo ninguno.

—¡Allá está!—, exclamó Gastini señalando hacia una parte de aquel valle. Yo me puse a mirar hacia el lugar indicado y, en efecto, vi un brioso y hermosísimo caballo. Tenía las patas gruesas y largas, la crin espesa y el pelo brillantísimo.

—Y bien —continué—, puesto que quieren que monte a caballo, lo haré; pero si me caigo...

—Esté tranquilo —me respondieron—, estamos nosotros aquí para ayudarle en cualquier circunstancia.

—Si me rompo el cuello —dije a Buzzetti—, tú tendrás que ponérmelo en su sitio.

Buzzetti comenzó a reír.

—No es hora de reír—, murmuró Gastini.

Y así nos acercamos al animal. Monté a la grupa con mucho trabajo ayudado por ellos y al fin heme caballero en mi caballo. ¡Cuan alto me pareció entonces aquel animal! Creí estar como sobre un elevado pedestal desde el cual divisaba todo aquel valle hasta sus más lejanos confines.

Cuando he aquí que mi caballo se pone en movimiento despertando en mí nueva admiración: me pareció entonces encontrarme en mi propia habitación, por lo que me pregunté a mí mismo:

—¿Dónde estamos?

Y veía venir en mi busca, sacerdotes, clérigos y otras muchas personas, todos asustados y anhelantes.

Después de recorrer un buen trecho, el caballo se detuvo. Entonces vi venir hacia mí a todos los sacerdotes del Oratorio en compañía de numerosos clérigos, los cuales rodearon al animal. Entre ellos vi a [Beato] Miguel Don Rúa, a Don Cagliero, a Don Bologna. Al llegar se pusieron firmes contemplando a aquel enorme animal sobre el cual estaba yo sentado; pero

ninguno decía palabra. Yo los veía a todos con aspecto melancólico, que reflejaba una turbación que jamás había contemplado en ellos. Llamé junto a mí a Don Bologna y le dije:

—Don Bologna, tú que estás en la portería, ¿sabes decirme si hay alguna novedad en casa? ¿Cuál es la causa de la turbación que veo en todos los rostros?

Y él me contestó:

—Yo no sé ni dónde estoy, ni lo que hago... Estoy aturdido... Vinieron algunos, hablaron, se marcharon; la portería es un continuo ir y venir que yo no comprendo.

—¡Oh! ¿Es posible, —me decía yo a mí mismo— que hoy tenga que suceder alguna cosa extraordinaria?

Entonces uno me entregó una trompeta, diciéndome que me quedara con ella que la necesitaría. Yo le pregunté:

—¿Dónde estamos?

—Toque la trompeta— me dijo.

Soplé en ella y se oyeron estas palabras: Estamos en el país de la prueba...

Después se vio descender de lo alto de la colina una cantidad de jóvenes tal, que creo pasasen de los cien mil. Ninguno de ellos hablaba. Todos armados de una horquilla, avanzaban a toda marcha hacia el valle. Entre ellos vi a todos los jóvenes del Oratorio y de otros colegios nuestros y a muchísimos a los cuales no conocía.

Entretanto, por una parte del valle comenzó a oscurecerse el cielo de tal manera que parecía de noche y apareció un número inmenso de animales semejantes a los tigres y a los leones. Estos monstruos feroces, de cuerpo descomunal y de patas robustas y cuello largo, tenían la cabeza más bien pequeña. Su hocico producía espanto; con los ojos enrojecidos y casi fuera de

las órbitas, se lanzaron contra los jóvenes, los cuales, al verse asaltados por aquellos animales, se aprestaron para la defensa. Los muchachos tenían en la mano una horca de dos puntas con la que hacían frente a aquellas alimañas, levantándola o bajándola según la dirección del ataque de las mismas.

Los monstruos, no pudiendo vencer a sus víctimas al primer asalto, mordían el hierro de la herramienta, se rompían los dientes y desaparecían. Había algunos cuya horca sólo tenía una punta y los tales sufrían heridas por parte de las fieras atacantes; otros la tenían con el mango roto; otros carcomido por la polilla; otros eran tan presuntuosos, que se arrojaban contra aquellos animales sin arma alguna siendo víctimas de su temeridad, y no pocos encontraron la muerte en la lucha. Muchos conservaban la horquilla con el mango nuevo y con dos puntas.

Entretanto mi caballo fue rodeado desde un principio de una cantidad extraordinaria de serpientes. Pero con sus saltos y dando coces a diestra y siniestra, las aplastaba o las alejaba, elevándose cada vez a mayor altura y ganando en corpulencia.

Entonces pregunté a alguno qué significaban aquellas horcas de dos puntas. Me trajeron uno de aquellos instrumentos y vi escrito sobre uno de sus apéndices: «Confesión» y en el otro: «Comunión».

—¿Qué significan esas dos puntas?—, pregunté.

—Toca la trompeta— me fue respondido.

Soplé y de la trompeta salió esta voz: La confesión y la Comunión bien hechas.

Soplé de nuevo y se oyó lo siguiente: El mango roto: Confesiones y Comuniones mal hechas. Mango carcomido: Confesiones defectuosas.

Terminado este primer asalto, di con el caballo una vuelta por el campo de batalla y vi muchos heridos y muchos muertos.

Observé que algunos yacían por el suelo estrangulados; con el cuello horriblemente inflamado y deforme; otros con el rostro desfigurado de una manera horrible, y otros muertos de hambre a pesar de que tenían junto a sí

un plato de riquísimos confites.

Los estrangulados son los que habiendo tenido la desgracia de haber cometido de pequeños algún pecado, no se confesaron nunca de él; los de la cara deforme, eran los golosos; los muertos de hambre, los que se confiesan, pero después no ponen en práctica los avisos y amonestaciones del confesor.

Junto a cada uno de aquellos que tenían el mango carcomido, se veía escrita una palabra. Uno tenía escrito: «Soberbia»; otro, «Pereza»; otro, «Inmodestia», etc. Hay que hacer notar que los jóvenes al caminar pasaban sobre una alfombra de rosas y se sentían jubilosos de tal circunstancia; pero apenas habían avanzado unos pasos, después de lanzar un grito, caían muertos o quedaban heridos, pues bajo las rosas había abundantes espinas. Otros, en cambio, pisando aquellas rosas valerosamente, caminaban sobre ellas y se animaban recíprocamente saliendo victoriosos.

Pero de nuevo se oscureció el cielo y en un momento apareció una cantidad de animales y monstruos superiores a los de la primera vez, todo lo cual sucedió en menos de tres o cuatro segundos y hasta mi caballo se vio asediado por aquellas alimañas. Los monstruos siguieron creciendo sin medida, de forma que también yo comencé a sentir miedo, pareciéndome ya que aquellas zarpas habían arañado todo mi cuerpo. Suerte la mía que en aquel momento me proporcionaron a mí también una horquilla; entonces comencé a combatir y los monstruos se dieron a la fuga. Todos desaparecieron: se daban a la fuga, vencidos en la primera acometida.

Entonces soplé en la trompeta y resonó por todo el valle esta **VOZ**:

—¡Victoria, victoria!

—Pero ¡cómo!, —dije yo—, ¿hemos conseguido la victoria? ¿Y a pesar de ello hay tantos muertos y tantos heridos?

Entonces tocando nuevamente la trompeta oí esta voz:

Tregua a los vencidos.

Después el cielo se serenó y apareció un arco iris tan bello, de tantos

colores, que es imposible el describirlo. Era de tal magnitud como si apoyándose en Superga y describiendo una curva llegase a caer sobre el Moncenisio. He de hacer notar que los vencedores tenían sobre sus cabezas coronas tan brillantes, de tantos y tales colores, que causaba maravilla el contemplarlas; además sus rostros resplandecían con una belleza incomparable.

Hacia el fondo, en una zona del valle y en la mitad del arco iris, se veía una especie de tribuna ocupada por gente llena de júbilo y de una hermosura tal, imposible de imaginar. Una nobilísima Señora regiamente vestida se acercó a la orilla de aquel balcón diciendo:

—Hijos míos, vengan, cobíjense bajo mi manto. Y al mismo tiempo extendió un anchísimo manto y todos los jóvenes corrieron a colocarse bajo él; noté que algunos en vez de correr volaban y eran los que llevaban escrito en sus frentes: «Inocencia»; otros caminaban a pie y otros se arrastraban; también yo comencé a correr y en el instante que duró mi carrera, díjeme para mí:

—O esto termina o si continua aún un poco más moriremos todos. Y al decir esto, mientras continuaba corriendo, me desperté.

Por el motivo que dirá más adelante, volvió sobre el argumento el seis de mayo, fiesta de ja Ascensión. Habiendo dispuesto que se reunieran estudiantes y artesanos, después de las oraciones de la noche, les habló de esta manera:

«La otra noche no se lo pude decir todo porque estaba presente un forastero. Estas cosas deben quedar entre nosotros, y no se deben escribir ni a los padres ni a los amigos. Yo se lo digo todo a vosotros, incluso mis pecados: aquel valle, aquel país de prueba, es el mundo. La semi -oscuridad es el lugar de perdición; las colinas, los mandamientos de la ley de Dios y de la Santa iglesia, las serpientes, los demonios; jos monstruos, las malas tentaciones. Aquel caballo creo que representaba al caballo que hirió a Heliodoro y es la confianza en Dios; los que pasaban sobre las rosas y caían muertos, son los que se entregan a los placeres de este mundo que ocasionan la muerte al alma. Los que pisotean las rosas son los que desprecian los placeres del mundo y salen vencedores. Los que vuelan a colocarse bajo el

manto de la Señora, son los inocentes.

Ahora, los que deseen saber qué arma tenían, si fueron vencedores o vencidos, muertos o heridos, que vengan a mí que se lo comunicaré poco a poco. Si bien no conocí a todos aquellos jóvenes, pude identificar a los que se encuentran aún en el Oratorio. Y otros que tal vez vendrán con el tiempo, si los llegase a ver, me recordaría perfectamente de su fisonomía». \

El secretario Don Berto —continúa Don Lemoyne—, qué escribió este relato, añade que hay muchas cosas que [San] Juan Don Bosco explicó de una manera prolija pero que él no recuerda. En la mañana del siete le preguntó en su habitación:

—¿Cómo Vos hacéis para acordarse de todos los jóvenes que vio en el sueño y para decir a cada uno el estado en que se encontraba, especificando de una manera tan precisa sus defectos?

—¡Ah! Con el Otis Botis Pia Tutis—. Que era una de las respuestas que solía dar cuando quería eludir un pregunta embarazosa.

También Don Barberis, al hablarle de esto mismo, oyó esta respuesta de labios de [San] Juan Don Bosco, cuyo semblante se había tornado muy serio:

—¡Se trata de algo más que de un sueño!— Y cortó la conversación pasando a hablar de otra cosa.

Don Berto termina su relato con estas palabras: «También yo que estoy escribiendo esta reseña quise preguntarle lo que me interesaba, obteniendo una respuesta tan precisa, que hube de decir emocionado hasta las lágrimas: Si hubiera venido un ángel del cielo no me habría hablado con tanta precisión».

Por segunda vez —continúa Don Lemoyne— ofreció el sueño precedente tema para las buenas noches. He aquí el diálogo que se entabló entre Don Barberis y [San] Juan Don Bosco en presencia de los jóvenes del Oratorio:

—Si me permite, señor [San] Juan Don Bosco, esta noche desearía hacerle algunas preguntas: En las noches pasadas, como había entre nosotros algunos forasteros, no me atreví a hacerlo. Desearía nos diese alguna explicación sobre el último sueño.

—Habla, habla —contestó [San] Juan Don Bosco—. Es cierto que ha pasado ya mucho tiempo desde el día que hice la narración del mismo, pero no importa.

—Hacia el final del sueño —continuó Don Barberis— dijo que algunos volaron a colocarse bajo el manto de María, que otros corrían y que otros iban despacio, que algunos caminaban sobre el fango y que quedaban atollados y que, por tanto, no llegaban a colocarse bajo su amparo. Nos dijo que los que volaban eran los inocentes; es fácil de comprender quiénes eran los que iban de prisa, pero ¿quiénes son los que quedaron empantanados?

—Estos últimos —replicó [San] Juan Don Bosco—, que por lo general no llegan a colocarse bajo el manto de María, son aquellos que están apegados a los bienes de la tierra. El egoísmo no les hace pensar más que en sí mismos; ellos mismos se llenan de fango y no son capaces de hacer un esfuerzo para conseguir las cosas del cielo. Ven que la Virgen María les llama, querrían ir, dan algunos pasos, pero el fango les atrae. Y así sucede una y otra vez. El Señor ha dicho: «Donde está tu tesoro allí está tu corazón». Los que no se elevan a los tesoros de la gracia, ponen su corazón en las cosas de la tierra y no piensan más que en los goces terrenales, en enriquecerse, en prosperar en los negocios y adquirir fama. Y para el Paraíso, nada.

—Hay otra cosa —prosiguió Don Barberis—que Vos, señor [San] Juan Don Bosco no nos ha contado al narrarnos el sueño, pero que la ha dicho a alguno en particular y que desearía diese de ella una explicación, y es lo siguiente:

Alguno le preguntó sobre su estado, a saber, si corría o si iba despacio, si se había puesto bajo el manto de la Virgen; si tenía el arma rota o carcomida. Y Vos contestastéis que no lo pudo ver bien porque se interponía entre Vos y el joven que le hacía la pregunta una nube.

—Tú eres teólogo y lo debes saber —contestó [San] Juan Don Bosco—.

Cierto. Había varios jóvenes, por cierto no muy numerosos, a los cuales no pude ver bien. Los observaba, los reconocía, pero no podía ver nada más. Y los tales, queridos míos, son aquellos que permanecen cerrados para con los superiores, los que no le abren su corazón, los que no son sinceros. Si ven un superior por una parte, en vez de hacerse en contradicho con él, evitan el encuentro. De éstos algunos vinieron a preguntarme el estado en que los vi, pero ¿qué quieren que les responda? Podía decirles: Tú no tienes confianza con los superiores, tú no les abres tu corazón. Por eso no olviden lo que les voy a decir: una de las cosas que mayor bien les puede hacer es esta: manifiéstense a sus superiores, tengan mucha confianza en ellos, sean abiertamente sinceros.

—Aun desearía preguntarle una cosa —prosiguió Don Barberis— pero me temo que me tache de demasiado curioso.

—¿Quién no sabe que eres curioso?, —le contestó [San] Juan Don Bosco—. (Risas generales). Pero afortunadamente tu curiosidad es buena. Cuando un jovencito pregunta siempre esto o aquello a quien lo puede saber, para instruirse, hace bien. En cambio, hay algunos que están siempre como las lechuzas, jamás preguntan nada, al contrario. Esto no es buena señal.

—¡Ahí Entonces no quiero ser de éstos —dijo Don Barberis—. La pregunta que hace mucho tiempo quería hacerle es la siguiente: En aquel célebre sueño, ¿vio solamente las cosas pasadas de los jóvenes, o también el porvenir, lo que cada uno hará y lo que llegará a conseguir?

—Sí, sí— respondió [San] Juan Don Bosco—. No vi solamente las cosas pasadas, sino el porvenir que se presenta ante los jóvenes. Cada joven tenía delante de sí varios caminos, unos estrechos y espinosos y otros cubiertos de clavos de puntas afiladas. Pero todas estas sendas estaban cubiertas también de gracias del Señor, e iban a parar a un jardín amenísimo, en el que se disfrutaba de toda suerte de delicias.

—¿Con esto nos quiere decir —prosiguió Don Barberis— que sabría indicar a cada uno el camino que debe seguir, esto es, cuál es su propia vocación, adonde irá a parar y qué derroteros seguirá?

—Respecto al camino que ha de seguir cada uno —dijo el [Santo]—y al

fin que ha de conseguir, no es el caso hablar ahora de ello. El decirle a un joven: Tú seguirás por el camino de la impiedad, es cosa que no le hace bien; sólo lograría llenarte el corazón de pavor. Lo que sí puedo decir es esto: que si el tal emprende tal camino, puede tener la seguridad de que sigue la senda del cielo, que es aquella para la que es llamado; y que quien no sigue este camino, no va por un sendero derecho. Algunos caminos son estrechos, Henos de guijarros y recubiertos de espinas, pero tengan buen ánimo, mis queridos hijos; junto a las espinas está también ¡a gracia de Dios; y, por otra parte, es tan grande el bien que nos aguarda al final, que pronto se olvidarán las heridas.

Lo que deseo que no olviden es que todo esto fue un sueño y nada más que un sueño, en el que nadie está obligado a creer. He comprobado que todos los que me piden explicaciones, echan mis avisos a buena parte; con todo hagan lo que recomienda San Pablo: Probate spiritus et quod bonum est tenete. Otra cosa que desearía que no olviden es que recuerden al pobre [San] Juan Don Bosco en sus oraciones, a fin de que no me suceda lo que dice San Pablo: Cum aliis predicaverim, ego reprobus efficiar, que mientras os predico a vosotros no me suceda que me condene yo. Yo procuro avisarles, pienso en vosotros, os aconsejo, pero temo hacer como la clueca, que va buscando insectos, gusanillos, semillas y toda clase de alimentos, pero todo para sus pollitos, y si no tienen otra comida abundante preparada para ella, se muere de hambre. Recen, pues, por mí al Señor, para que no me suceda esto, sino que yo también consiga adornar mi corazón con muchas virtudes, de forma que pueda agradar a Dios y podamos todos juntos ir a gozar de El y a glorificarlo en el Paraíso. Buenas noches.

LA PALABRA DE DIOS Y LA MURMURACIÓN

SUEÑO 95. AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, pág.41)

En ¡a segunda mitad de enero el [Santo] tuvo un sueño simbólico al que hizo referencia hablando con algunos salesianos. Don Barberis le pidió que lo contase en público, pues sus sueños agradaban mucho a los jóvenes, les hacían un gran bien y con ello cobraban un gran cariño al Oratorio.

—Sí, eso es cierto —replicó el siervo de Dios—; hacen bien y son escuchados con avidez; el único que salgo perjudicado soy yo, pues necesitaría tener pulmones de hierro. Se puede decir que en el Oratorio no hay uno solo que no se sienta movido al oír semejantes narraciones; pues, por regla general estos sueños se refieren a todos y cada uno quiere saber el estado en el cual ha sido visto y que es lo que debe hacer, qué significado tenga esto o aquello; y yo me siento atormentado día y noche. Si deseo despertar el afán de las confesiones generales, no tengo más que contar un sueño... Escucha, vamos a hacer una cosa. El domingo le hablaré a los jóvenes y tú me preguntarás públicamente. Yo entonces contaré el sueño.

El 23 de enero, después de las oraciones de la noche, [San] Juan Don Bosco subió a su cátedra. Su rostro radiante de alegría manifestaba como siempre el gozo que sentía al encontrarse entre sus hijos. Después de hacerse un poco de silencio Don Barberis manifestó deseos de hablar y dijo:

—Perdone señor [San] Juan Don Bosco, ¿me permite que le haga una pregunta?

—Habla, habla replicó el [Santo].

—He oído decir que en estas noches pasadas ha tenido un sueño sobre sementera, sembrador, gallinas... y que se lo ha contado ya al Clérigo Calvi. ¿Sería tan amable que nos lo quisiera contar también a nosotros? Crea que nos proporcionaría un gran placer.

—¡Qué curioso!—, dijo [San] Juan Don Bosco en tono de chanza. Y la risa fue general.

—No me importa que me llame curioso, con tal de que nos cuente el sueño. Y con estas palabras creo interpretar la voluntad de todos los jóvenes, los cuales ciertamente le escucharán con sumo gusto.

—Sí es así se lo contaré. No quería decir nada, porque hay cosas que se refieren a algunos de vosotros en particular, y algunas otras que te interesan también a ti, y que hacen que las orejas se pongan calientes; pero como me lo has pedido, las contaré.

—Pero, señor [San] Juan Don Bosco, por favor, si hay algún palo para mí, no me lo vaya a dar aquí en público.

—Yo contaré las cosas como las soñé; que cada uno tome lo que le corresponde. Pero antes que nada es necesario que cada uno recuerde bien, que los sueños se tienen durmiendo y durmiendo no se razona; por eso, si en lo que les voy a contar hay alguna cosa buena, alguna amonestación provechosa, acéptese. Por lo demás que nadie pierda la serenidad. Ya les he dicho que al soñar por la noche yo estaba durmiendo, pues hay algunos que sueñan también de día y algunas veces estando despiertos, con lo que causan verdaderos disgustos a sus profesores convirtiéndose en alumnos un tanto fastidiosos.

Me pareció encontrarme lejos de aquí, cerca de Castelnuovo de Asti, mi pueblo. Tenía ante mí una gran extensión de terreno, situada en una amplia y bella llanura; pero aquellas tierras no eran nuestras, ni yo sabía de quién fuesen.

En aquel campo vi a muchos trabajando con azadas, con palos, con rastrillos y con otras herramientas diversas. Quiénes araban, quiénes sembraban, quiénes allanaban la tierra, quiénes se entretenían en otros diversos menesteres. Veían acá y acullá los capataces dirigiendo los trabajos y entre estos últimos me pareció encontrarme también yo. Diversos coros de labradores estaban en otra parte cantando. Yo lo observaba todo maravillado y no sabía identificar aquel lugar para mí desconocido, mientras me decía a mí mismo: —Pero ¿por qué trabajan estos tanto?

Y me contestaba:

—Para proporcionar el pan a mis jóvenes.

Y era verdaderamente admirable el ver cómo aquellos buenos agricultores no interrumpían ni por un instante su labor, aplicados constantemente a sus tareas con un ardor creciente y con una diligencia similar. Sólo algunos reían y bromeaban entre sí.

Mientras yo contemplaba tan hermoso espectáculo, dirijo la vista a mi

alrededor y compruebo que me rodeaban algunos sacerdotes y muchos de mis clérigos, unos muy próximos a mí y otros un poco más distantes.

Yo me decía a mí mismo:

—Debo de estar soñando; mis clérigos están en Turín; aquí, en cambio, estamos en Castelnuovo. Y además, ¿cómo puede ser esto? Yo estoy vestido de invierno desde los pies a la cabeza; ayer mismo sentí un frío intensísimo y, en cambio, aquí están sembrando el trigo.

Y me tocaba las manos y continuaba caminando mientras me decía:

—Pero no, no debe ser un sueño, porque esto que estoy viendo es un campo; este clérigo es el clérigo A... en persona, y aquel otro el clérigo B... además, en el sueño ¿cómo iba a poder ver esto y lo otro?

Entretanto vi allí cerca, aunque aparte, un anciano que por su aspecto parecía muy benévolo y sensato, entretenido en observarme a mí y a los demás. Me acerqué a él y le pregunté:

—Dígame, buen hombre, ¿qué es lo que estoy viendo?, porque no entiendo nada de esto. ¿Dónde estamos? ¿Quiénes son esos trabajadores? ¿De quién es este campo?

—¡Oh!, —me respondió el desconocido—; ¡vaya unas preguntas que me ha hecho! ¿Usted es sacerdote y desconoce estas cosas?

—Pero, vamos, dígame —le repliqué—, ¿a Vos le parece que estoy soñando o despierto? Porque a mí me parece que estoy soñando y no creo posibles las cosas que estoy viendo.

—Posibilísimas, mejor dicho, reales, y a mí me parece que Vos estáis completamente despierto. ¿No se da cuenta? Habla, ríe, bromea.

—Sí, pero hay algunos a los cuales les parece en el sueño hablar, oír, trabajar, como si estuviesen despiertos.

—No, no, deseche esa idea; Vos estáis aquí en cuerpo y alma. —Bien,

sea como dice; y, puesto que estoy despierto, dígame de quién es este campo.

—Vos habéis estudiado latín —continuó el anciano—, ¿cuál es el primer nombre de la segunda declinación que ha estudiado en el Donato? ¿Se recuerda aún?

—Sí que lo recuerdo, pero ¿qué tiene que ver esto con lo que le he preguntado?

—¡Muchísimo!, —me replicó el desconocido—. Diga pues el primer nombre que se estudia en la segunda declinación. —Es *Dominus*. —¿Y cómo hace el genitivo? —*Domini*.

—Bien, muy bien, *Domini*; este campo, pues, es *Domini*, del Señor.

—Ya comienzo a entender algo— exclamé. Estaba maravillado de la manera de proceder de aquel anciano. Entretanto vi a varias personas que llegaban con sacos de trigo para sembrarlo y a un grupo de campesinos que cantaban: *Exit, qui seminat, seminarte semen suum*.

A mí me parecía un crimen arrojar aquella simiente y hacerla pudrir bajo tierra. ¡Era un trigo tan magnífico!

—¿No sería mejor —me decía para mí— molerlo y hacer con él pan o pastas?

Pero después pensé:

—Quien no siembra, no recoge. Si no se arroja a la tierra la semilla y esta no se pudre ¿qué se recogerá después?

Mientras tanto vi salir de todas partes una cantidad extraordinaria de gallinas que se metían en el sembrado para comerse él trigo que los otros habían arrojado como simiente.

Y el grupo de los cantores prosiguió cantando: *Venerunt aves caeli, sustulerunt frumentum et reliquerunt zizaniam*.

Yo di una mirada a mi alrededor y observé a mis clérigos que estaban conmigo. Uno con los brazos cruzados miraba a los demás con fría indiferencia; otros charlaban con los compañeros; otros se encogían de hombros, quiénes miraban al cielo, quiénes se reían al contemplar aquel espectáculo, otros proseguían tranquilamente sus recreos y sus juegos, otros desempeñaban alguna de sus ocupaciones; pero ninguno hacía por espantar las gallinas y echarlas fuera. Yo me volví entonces a ellos muy disgustado y llamando a cada uno por su nombre, les dije:

—Pero ¿qué hacen? ¿No ven que las gallinas se están comiendo todo el trigo? ¿No ven que están destruyendo toda la buena simiente, haciendo desvanecerse todas las buenas esperanzas de estos agricultores? ¿Qué recogeremos después? ¿Por qué permanecen ahí mudos? ¿Por qué no gritan? ¿Por qué no las espantan?

Pero los clérigos se encogían de hombros, me miraban y no decían nada.

Algunos ni se volvieron a escucharme; ni se habían fijado en el campo, ni se preocuparon de hacerlo después que yo les hube reprendido.

—¡Qué necios son!, —continué—. Las gallinas tienen ya el buche lleno. ¿No pueden dar unas palmadas, así?

Y al decir esto comencé a palmotear, encontrándome verdaderamente embrollado, pues mis palabras no servían para nada. Entonces algunos comenzaron a espantar a las gallinas, pero yo me decía para mí:

—¡Sí, sí! Ahora que se han comido todo el trigo van a echar a las gallinas.

Y, mientras tanto, llegó hasta mi el canto del grupo de los campesinos, cuya letra decía: *Canes muti nescientes latrare*.

Entonces me dirigí a aquel buen anciano y entre estupefacto e indignado, le dije:

—¡Vamos! Déme una explicación de cuanto estoy viendo; que no

entiendo nada. ¿Qué representa esa semilla arrojada a la tierra?

—¡Esta sí que es buena!, —replicó el anciano—. *Semen est verbum Dei.*

—¿Y qué quiere decir el hecho de que las gallinas se lo coman como acabo de ver?

El viejo, cambiando de tono de voz, prosiguió: —¡Oh! Sí quiere una explicación más completa se la daré. El campo es la viña del Señor, de que nos habla el Evangelio, y puede también representar el corazón del hombre. Los agricultores son los obreros evangélicos, que siembran la palabra de Dios especialmente con la predicación. Esta palabra podría producir mucho fruto en el corazón que fuese un terreno bien preparado. Pero ¿qué sucede? Que vienen las aves del cielo y se llevan la semilla. —¿Qué representan estos animales?

—¿Quiere que se lo diga? Simbolizan las murmuraciones. Después de oír una plática que podría producir su efecto, comienzan los comentarios con los compañeros. Uno ridiculizan un gesto, otro la voz, otro la palabra del predicador y he aquí que el fruto del sermón desaparece. Otro acusa al predicador de un defecto físico o intelectual; un tercero se ríe de su forma de expresión y el fruto de la plática cae por tierra. Lo mismo habría que decir de una buena lectura, cuyo bien queda obstaculizado por la murmuración. Las murmuraciones son tanto más malas en cuanto que generalmente son secretas, escondidas y viven y crecen donde menos sospechamos. El trigo, aunque caiga en un terreno no muy bien cultivado, nace, crece, alcanza una altura bastante considerable y produce fruto. Cuando sobre un campo recién sembrado se abate la tempestad, el campo queda asolado y no produce mucho fruto, pero algo produce. La mies no será muy vistosa, pero las plantas crecerán; darán poco fruto, pero alguno darán... En cambio, cuando las gallinas o los pájaros picotean la simiente, ya no hay nada que hacer: el campo no producirá ni poco ni mucho; no producirá fruto de ninguna clase. De la misma manera si las pláticas, si las exhortaciones, si los buenos propósitos son seguidos de una distracción, de una tentación, etc., darán menos fruto; en cambio, si se sigue la murmuración, el hablar mal o cosas semejantes, no se pierde algo, sino todo por completo. ¿Y a quién le corresponde palmotear, insistir, gritar, vigilar, para que estas murmuraciones, para que estas malas conversaciones no se produzcan? Vos lo sabéis!

—Pero, ¿qué es lo que hacían aquellos clérigos?, —le pregunté—. ¿Acaso no podían ellos impedir tan gran mal?

—Nada impidieron —prosiguió el anciano—. Unos estaban observando como estatuas mudas; otros no se fijaban, no pensaban, no veían o estaban con los brazos cruzados; otros no tenían valor para impedir tal mal; algunos, aunque pocos, se unían a los murmuradores, tomando parte en su maledicencias y haciendo el oficio de destructores de la palabra de Dios. Tú que eres sacerdote, insiste sobre esto: predica, exhorta, habla, no tengas nunca miedo de decir demasiado; todos saben que el poner en ridículo a quien predica, a quien exhorta, a quien da buenos consejos es una de las cosas que pueden ocasionar mayor mal. Y el permanecer mudo cuando se ve algún desorden y el no impedirlo, especialmente si se puede y se debe, es hacerse cómplice del mal de los demás.

Yo, impresionado al oír estas palabras, quería seguir mirando, observando esto y aquello, amonestar a los clérigos y animarlos a cumplir con sus deberes. Pero vi que se aprestaban ya a poner en fuga a las gallinas. Al avanzar unos pasos, tropecé con un rastrillo de los de extender la tierra, que había sido dejado allí, y me desperté.

Y prosiguió:

Ahora dejémoslo todo a un lado y saquemos alguna moraleja.

—Don Barberis, ¿qué te parece de este sueño?

Que es un garrotazo con todas las de la ley y que al que le coge de lleno no lo deja bien parado.

—Cierto —replicó [San] Juan Don Bosco—, es una lección de la cual hemos de sacar provecho. No lo olviden, mis queridos jóvenes; eviten entre vosotros toda suerte de murmuración, considerándola como el mayor de los males; huyan de ella como se huye de la peste y no sólo procuren evitarla vosotros, sino haced que los demás también la eviten. Algunas veces, unos consejos santos, unas obras extraordinariamente buenas, no hacen tanto bien como el que consigue impedir una murmuración o una palabra que pueda dañar a los demás. Armémonos de valor y combatámosla

valientemente. No hay peor desgracia que hacer perder su eficacia a la palabra de Dios. Y a veces basta una palabra, basta una broma.

ANUNCIO DE TRES MUERTES

SUEÑO 96.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 45-48)

La misma noche que [San] Juan Don Bosco narraba a los jóvenes el sueño precedente, continuó:

Les he contado un sueño que tuve hace varias noches, pero la noche pasada soñé algo que deseo también narrarles. No es aún muy tarde, son apenas las nueve y, por tanto, tengo tiempo de exponérselos. Por lo demás procuraré no ser muy largo.

Me pareció, pues, encontrarme en un lugar que ahora no sabría decir qué lugar fuese; ciertamente que no era Castelnuovo y creo que tampoco el Oratorio. Y llegó uno a toda prisa a llamarme:

—¡[San] Juan Don Bosco, venga! ¡[San] Juan Don Bosco, venga!

—¿Por qué tanta prisa?—.pregunté.

—¿No sabe lo que ha sucedido?

—■No sé lo que quieres decirme- explícate mejor— repliqué con cierta inquietud.

—¿No sabe que el tal joven, tan bueno, tan lleno de brío está gravemente enfermo; mejor dicho, moribundo?

—No creo que quieras burlarte de mí —le dije—, porque precisamente esta mañana he estado hablando y paseando con ese muchacho del cual me dices ahora que está moribundo.

—¡Ah! [San] Juan Don Bosco, yo no quiero engañarle y me creo en la obligación de decirle toda la verdad. El joven en cuestión necesita urgentemente de su presencia y desea verle y hablarle por última vez. Venga, venga pronto, porque de otra manera no tendrá ya tiempo.

Yo, sin saber dónde, marché a toda prisa detrás de aquél. Llego a cierto lugar y veo a alguna gente triste y llorosa que me dice:

—Pronto, pronto, que está en las últimas.

—Pero ¿qué es lo que ha sucedido?—, pregunté.

Y me introdujeron en una habitación, en la que vi a un joven acostado, con el rostro descompuesto, de un color cadavérico y con una voz y una respiración y un ronquido que lo ahogaba y que apenas le permitía hablar.

—Pero ¿no eres tú fulano de tal?—, le dije.

—Sí, yo soy.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy mal.

—¿Y cómo es que te veo en tal estado? ¿Ayer y esta misma mañana, no paseabas tranquilamente debajo de los pórticos?

—Sí —replicó el joven—, ayer y ésta mañana paseábamos debajo de los pórticos; pero ahora dése prisa que necesito confesarme; me queda muy poco tiempo.

—Calma, calma; hace pocos días que te has confesado.

—Es cierto, y no creo tener culpa alguna grave en mi corazón; pero a pesar de ello quiero recibir por última vez la santa absolución antes de presentarme al Divino Juez.

Yo escuché su confesión. Y entretanto observé que iba empeorando

visiblemente y que la tos estaba a punto de ahogarlo.

Aquí es necesario proceder a toda prisa —me dije para mí— si quiero que reciba aún el Santo Viático y la Extremaunción. El Viático no lo podrá recibir porque no podría tragar la forma. ¡Pronto, los Santos Óleos!

Y diciendo esto salgo de la habitación y mando inmediatamente a un individuo por la bolsa de los Santos Óleos. Los jóvenes que se hallaban presentes me preguntaron:

—Pero ¿está realmente en peligro? ¿Está en las últimas como dicen?

—Seguro —les respondí—, ¿no ven cómo tiene la respiración cada vez más difícil y cómo la tos le sofoca?

—Pero sería mejor traerle el Viático y así fortalecido enviarlo a los brazos de María.

Y mientras yo me afanaba en preparar lo necesario, oigo una voz que dice:

—¡Ya expiró!

Vuelvo a entrar en la habitación y me encuentro al enfermo con los ojos extraviados, sin respiración, muerto.

—¿Ha muerto?—, pregunté a los que lo asistían.

—¡Ha muerto —me respondieron—, ha muerto!

—¿En tan poco tiempo? Díganme: ¿no es éste fulano?

---Sí, es fulano.

—No puedo dar crédito a mis ojos. Ayer mismo estaba paseando conmigo debajo de los pórticos.

—Ayer paseaba y hoy está muerto— me replicaron. —

Por suerte era un joven bueno— exclamé. Y proseguí diciendo a los jóvenes que estaban a mi alrededor: —¿Ven, ven? Este no ha podido ni siquiera recibir el Viático, ni la Extremaunción. Demos con todo gracias al Señor que le dio tiempo para que se confesase. Este joven era muy bueno, se acercaba a menudo a los Santos Sacramentos y esperamos que esté gozando ya de la felicidad de la gloria, o al menos, que esté en el Purgatorio. Pero si les hubiese sucedido a otros lo mismo ¿qué sería ahora de ellos?

Dicho esto nos pusimos todos de rodillas y rezamos el *De profundis* por el alma del pobre difunto.

Entretanto iba yo a mi habitación cuando me veo llegar a Ferraris de la librería, el cual, todo afanoso, me dice: —[San] Juan Don Bosco, ¿sabe lo que ha sucedido? —

Claro que lo sé. Que ha muerto fulano. —No es esto lo que quiero decirle: hay otros dos muertos. —¿Cómo? ¿Qué? —Fulano y fulano.

—Pero ¿cuándo han muerto? No te entiendo. —Sí, otros dos, que han muerto antes de que usted llegase. —¡Y por qué no me han llamado?

—No hubo tiempo. ¿Vos sabéis decirme cuándo ha muerto este de aquí?

—Ahora mismo— le respondí.

—¿Vos sabéis en qué día y en qué mes estamos —prosiguió Ferraris.

—Sí que lo sé; estamos a 22 de enero, segundo día de la novena de San Francisco de Sales.

—No —dijo Ferraris—, vos se equivocáis, señor [San] Juan Don Bosco; fíjese bien.

Levanté los ojos al calendario y leí: 26 de mayo.

—¡Esto sí que es grande!, —exclamé—. Estamos en enero y bien me lo dice la ropa que llevo puesta; nadie se viste en mayo de esta manera; en

mayo no estaría la calefacción encendida.

—Yo no sé qué decirle, ni qué razón darle, pero estamos a 26 de mayo.

—Pero si ayer mismo murió este nuestro compañero y estábamos en enero.

—Se equivoca —insistió Ferraris—, estábamos en tiempo de Pascua.

—Esta es más gorda que la anterior.

—Sí, señor, seguro, en tiempo de Pascua; estábamos en tiempo de Pascua y fue más dichoso por morir en tiempo de Pascua que los otros dos que murieron en el mes de María.

—Tú te burlas —le dije—, explícate mejor, de otra manera no comprendo nada.

Abrió los brazos, golpeó las manos la una contra la otra, fuerte, muy fuerte: Chiac, chiac. Y yo me desperté. Entonces exclamé:

—Oh, afortunadamente se trata de un sueño y no de una realidad. ¡Qué miedo he tenido!

Tal es el sueño que tuve la noche pasada. Vosotros denle la importancia que quieran. Yo mismo no quiero prestarle enteramente fe. Con todo, hoy he querido comprobar si los que vi muertos en el sueño estaban aún vivos y he constatado que están sanos y robustos. Ciertamente, que no es conveniente que manifieste y no lo diré quiénes son los tales. Con todo vigilaré a aquéllos y si fuese necesario les daré algún consejo para que vivan bien y los prepararé de forma que no se den cuenta; para que si en realidad tuvieran que morir, la muerte no les sorprenda sin estar preparados. Pero que nadie comience a decir: ¿Será éste, será el otro? Sino que cada uno piense en sí mismo.

Que nada de esto los intranquilece. El efecto que este relato debe causar en vosotros es sencillamente el que nos sugirió el Divino Salvador en el Evangelio: Estote parati, quia, qua hora non putatis, filius hominis veniet. Es

ésta una gran advertencia, mis queridos jóvenes, que nos hace el Señor. Estemos preparados siempre, porque en la hora en que menos lo pensemos puede llegar la muerte y el que no está preparado para morir bien, corre grave peligro de morir mal. Yo me prepararé lo mejor que pueda y vosotros debéis hacer lo mismo, a fin de que a cualquier hora que al Señor le plazca llamarnos, podamos estar dispuestos a pasar a la feliz eternidad. Buenas noches.

Las palabras de [San] Juan Don Bosco se escuchaban siempre en medio de un religioso silencio; pero cuando contaba cosas extraordinarias, entre los centenares de jóvenes que le escuchaban, no se sentía ni una tos ni el más leve ruido con los pies. La impresión causada duraba semanas y meses y tras la impresión se producían los cambios radicales de conducta en algunos discípulos. Después aumentaba la clientela alrededor del confesionario del [Santo]. El suponer que él inventaba aquellos relatos para asustar y hacer cambiar de vida a los jóvenes, a nadie se le ocurría, pues los vaticinios de muertes próximas se cumplían siempre y ciertos estados de conciencia vistos en los sueños respondían a la realidad.

¿Pero el temor producido por tan lúgubres predicciones no era una pesadilla opresora? No es creíble. Numerosas eran las posibilidades y soluciones que se ofrecían ante una multitud de más de ochocientos muchachos, para que cada uno de ellos se sintiese preocupado. Por otra parte, la creencia generalmente admitida de que quien moría en el Oratorio iba al Paraíso y el hecho de que [San] Juan Don Bosco preparaba a los designados sin que se diesen cuenta, contribuía a desterrar de los ánimos todo temor. Además sabemos cuan grande es la volubilidad juvenil, de momento la fantasía se siente herida e impresionada, pero el recuerdo que tal efecto produce pronto se borra. A sí nos lo aseguran numerosos testigos de aquellos tiempos.

Una vez que los jóvenes marcharon a dormir, algunos hermanos que rodeaban al [Santo], lo abrumaron a preguntas para saber si alguno de ellos eran los que debían morir. [San] Juan Don Bosco, sonriendo según su costumbre y moviendo la cabeza, les decía:

—¡Ya! ¡Ya! ¿Quieren que les diga quién es, para hacer morir a alguno antes de tiempo?—.

Viendo que no conseguían nada, le preguntaron si en el primer sueño vio también a algún clérigo haciendo el oficio de las gallinas, esto es, entregado a la murmuración.

[San] Juan Don Bosco, que estaba paseando, se detuvo, observó a sus interlocutores y con una sonrisa muy significativa a flor de labios, añadió:

—Alguno, alguno había —parecía que quiso significar—, eran pocos, pero no digo más.

Entonces le preguntaron que les dijese si ellos estaban entre los perros mudos.

El [Santo] respondió de una manera muy genérica, haciendo observar que era necesario estar sobre aviso para evitar las murmuraciones y, en general, todos los desórdenes y sobre todo las malas conversaciones.

—¡Ay del sacerdote y del clérigo —dijo— que estando encargado de la vigilancia ve los desórdenes y no los impide! Deseo que todos sepan y entiendan que con la palabra «murmuraciones» yo no entiendo indicar solamente a los que cortan trajes, sino que me refiero a toda palabra, a todo mote, a toda conversación que pueda hacer frustrar en un compañero el fruto de la palabra de Dios. Además, quiero hacer constar que es un gran mal el permanecer mano sobre mano cuando se conoce algún desorden, sin hacer nada para impedirlo o no procurando que lo ataje quien debe y puede nacerlo.

Uno de los más inquietos dirigió al [Santo] una pregunta bastante atrevida:

—¿Y Don Barberis, por qué entra en el sueño? Vos dijisteis que había algo para él y el mismo Don Barberis parece que se esperaba un buen estacazo...

El propio Don Barberis estaba presente y, al principio, parecía que [San] Juan Don Bosco se resistía a contestar. Pero después, habiendo quedado con el [Santo] algunos sacerdotes nada más, y como por otra parte el interesado mostrase su conformidad, el [Santo] manifestó el secreto:

—Es que Don Barberis —dijo— no predica bastante sobre este punto, no insiste sobre esto cuanto fuera de desear.

Don Barberis manifestó que ni en el año pasado, ni durante el año en curso había tratado con detención estas materias en sus conferencias a los novicios; se sintió, pues, complacido al recibir esta observación y la tuvo presente para el porvenir.

Dicho esto subieron todas las escaleras y después de besar la mano a [San] Juan Don Bosco cada uno se retiró a descansar. Todos, menos Don Barberis, que según lo acostumbrado acompañó al [Santo] hasta la puerta de su habitación. [San] Juan Don Bosco al comprobar que estaba aún preocupado y que no habría podido dormir por la impresión recibida por las cosas expuestas, le hizo entrar en su despacho, cosa desacostumbrada en él, diciéndole:

—Ya que tenemos todavía tiempo, demos algunos paseos por la habitación.

Y así continuó hablando con él por espacio de media hora.

Entre otras cosas le dijo:

—En el sueño los he visto a todos y en el estado en que cada uno se encontraba: si hacía las veces de gallina, de perro mudo, si estaba en el número de aquellos que después de ser avisados comenzaron a trabajar o entre los que no se movieron. De todos estos datos yo me sirvo en las confesiones, para exhortar en público y en privado, siempre que veo que mis palabras pueden hacer algún bien. Al principio no hacía gran caso de estos sueños, pero después me di cuenta que causan mayor efecto que muchos sermones, incluso para algunos son más eficaces que una tanda de ejercicios espirituales, por esto me sirvo de ellos. ¿Y por qué no? En la Sagrada Escritura se lee: Probate spiritus; quod bonum est tenete. Veo que ayudan a hacer el bien, veo que agradan, ¿por qué mantenerlos secretos? Incluso he podido observar que contribuyen a aficionar a muchos a la Congregación.

— Yo mismo he comprobado —le interrumpió Don Barberis— de

cuánta utilidad han sido estos sueños y cuan saludables. Incluso narrados en otra parte, hacen mucho bien. Donde [San] Juan Don Bosco es conocido este puede decir que son sueños suyos; donde no es conocido se pueden presentar como especie de parábolas. ¡Oh si se pudiese hacer una recopilación exponiéndolos en forma de parábolas! Serían leídos por grandes y pequeños, en ventaja de sus almas.

—Sí, sí; harían mucho bien, estoy convencido de ello.

—Pero, tal vez —se lamentó Don Barberis— ninguno los ha recogido por escrito.

—Yo— replicó el [Santo], no tengo tiempo de hacerlo y de muchos no me recuerdo ya.

—Los que yo recuerdo —continuó Don Barberis—, son los que se refieren al progreso de la Congregación y a la dilatación del manto de la Virgen...

—¡Ah, si!—, exclamó [San] Juan Don Bosco.

E hizo referencia a varias visiones de esta clase. Adoptando después un aire más grave y un tanto turbado, prosiguió:

—Cuando pienso en la responsabilidad que pesa sobre mí en la posición en que me encuentro, tiemblo de pies a cabeza... ¡Qué cuenta tan tremenda tendré que dar a Dios de todas las gracias que nos ha concedido para la buena marcha de nuestra Congregación!

EL AUXILIO DEL CIELO

SUEÑO 97.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 187-188)

En abril de 1876 [San] Juan Don Bosco contó a su secretario dos sueños o amonestaciones que Don Berto se apresuró more sólito a poner por escrito.

El velo que encubre su significado íntimo es tan transparente que creemos no necesitan mayor explicación.

En la noche del siete de abril, Don Berto oyó gritar a [San] Juan Don Bosco mientras dormía:

—¡Antonio, Antonio!

Por la mañana le preguntó si había dormido e hizo referencia al grito que había oído. Entonces el [Santo] le contó lo siguiente:

Me pareció estar en el último tramo de una escalera, en un lugar estrecho, cuando se paró delante de mí una hiena que no me dejaba dar un paso. No sabiendo cómo librarme de ella, pedí auxilio a mi hermano Antonio, que hacía ya muchos años que había muerto. Finalmente la hiena avanzó hacia mí con las fauces abiertas y yo, no viendo otro medio de salvación le eché las manos al pescuezo. Me sentí angustiado ante tamaño peligro y más al comprobar que nadie acudía en mi socorro. Mas he aquí que al fin vi descender de la altura de los montes un pastor que me dijo:

—El auxilio tiene que venir de lo alto; perorara conseguirlo hay que descender muy bajo. Cuanto más bajo se está, de tanta mayor altura vendrá el auxilio. Este animal Solamente causa daño al que le hace caso y a quien busca el peligro. Y seguidamente me desperté.

BEATO PAPA PIÓ IX

SUEÑO 98.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, pág. 188)

Una noche —escribe Don Berto, [San] Juan Don Bosco tuvo un sueño del que el mismo [Santo] hizo el relato siguiente:

Me pareció encontrarme en mi pueblo y a él vi llegar al Papa [Beato] Pio IX. Yo no me podía convencer de que en efecto fuese el Pontífice en persona, por lo que le pregunté:

—¿Cómo? ¿No tiene la carroza, Santo Padre?

—Si, sí, ya he pensado en ello. Mi carroza es la fidelidad, la fortaleza y la dulzura.

Pero estaba exhausto de fuerzas y dijo:

—Yo ya he llegado al fin.

—No, no, Santo Padre —le dije yo—: Hasta que los asuntos relacionados con la Congregación no terminen, no puede morir.

Entonces apareció una carroza, pero sin caballos. ¿Y quién la pondría en movimiento? Y he aquí que vi tres animales: un perro, una cabra y una oveja tirando del carruaje del Pontífice. Pero, al llegar a cierto punto, aquellos animales no la podían mover y el Papa se encontraba cada vez más agotado. Yo estaba arrepentido de haberlo invitado a venir a mi casa y de no haberme preocupado de hacerle descansar un poco. Pero me decía a mí mismo:

---Apenas lleguemos a la casa del Capellán de Murialdo, lo arreglaremos todo. Entretanto la carroza seguía parada. Entonces levanté una especie de eje que por la parte de atrás tocaba el suelo. El Papa al ver esto, comenzó a decir:

—Si estuvieras en Roma y lo vieran realizar ese trabajo, sería objeto de risa.

Y mientras estaba entregado a mi tarea me desperté.

LA FE, NUESTRO ESCUDO Y NUESTRO TRIUNFO SUEÑO 99.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 349-356)

En la noche del 27 de junio de 1876, [San] Juan Don Bosco, después de las oraciones dijo a los jóvenes del Oratorio, entre otras cosas, lo siguiente:

Me he olvidado de una cosa, esto es, de contarles un sueño. Me hubiera gustado narrárselos esta misma noche, pero son ya las nueve y tendría que resumirlo demasiado: (Gritos generales: Cuéntelo, cuéntelo). Es un poco complicado y bastante largo y es necesario que se lo narre detenidamente y con todos sus detalles. Esta noche he hablado ya demasiado y por eso mañana por la noche, sin detenerme en otros asuntos, trataré solamente del sueño. Les hará reír un poco y les causará también un poco de miedo: lo mismo que me ha sucedido a mí. Por lo demás deseo que lo consideren como lo que es, como un sueño. Dejémoslo, pues, para mañana. Entretanto les deseo muy buenas noches.

Los jóvenes, y no solamente ellos, esperaban con ansiedad el relato del sueño; [San] Juan Don Bosco mantuvo su promesa, pero con un día de retraso, en las buenas noches del 30 de junio, festividad del Corpus Christi.

Comenzó de esta manera:

«Me alegro de volveros a ver. ¡Oh cuántos rostros angelicales tengo vueltos hacia mí! (Risas generales). He pensado que si les cuento el sueño de que les hable les causaría un poco de miedo. Si yo tuviera un rostro angelical les podría decir: ¡Mírenme! Y entonces se disiparía todo temor. Pero desgraciadamente no soy más que un poco de barro, como todos vosotros. Sin embargo, somos obra de Dios y puedo decir con San Pablo que sois gaudium meum et corona mea.--- vosotros sois mi alegría y mi corona. Mas no hay que extrañarse si en la corona hay algún Gloria Patri un poco mohoso. Pero volvamos al sueño. Yo no les lo quería contar por miedo a atemorizarlos; pero después pensé:

Un padre no debe ocultar nada a sus hijos, tanto más si éstos tienen interés por conocer lo que el padre sabe; bueno es, pues, que los hijos sepan lo que el padre hace y conoce. Por eso me he decidido a contárselos con todos sus detalles; pero les ruego que le den simplemente la importancia que se suele dar a los sueños y que cada uno lo tome cómo más le agrade y de la forma más beneficiosa. Tengan entendido, pues, que los sueños se tienen durmiendo (risas generales); pero sepan, además, qué este sueño no lo he tenido ahora, sino hace quince días, precisamente cuando estaban terminando sus ejercicios. Hacía mucho tiempo que yo pedía al Señor que me

hiciese conocer el estado de alma de mis hijos y qué podía yo hacer para su progreso en la virtud y para desarraigar de sus corazones ciertos vicios. Estos eran los pensamientos que me preocupaban durante estos ejercicios. Demos gracias al Señor porque los ejercicios, tanto por parte de los estudiantes como de los artesanos, han resultado muy bien. Pero no terminaron con ellos las misericordias divinas; Dios quiso favorecerme de manera que pudiese leer en las conciencias de los jóvenes, como se lee en un libro; y lo que es aún más admirable, vi no solamente el estado actual de cada uno, sino lo que a cada uno le sucederá en el porvenir. Y esto fue también para mí algo inusitado; pues no me podía convencer de que pudiese ver de una manera semejante, tan bien y con tanta claridad, tan al descubierto las cosas futuras y las conciencias juveniles. Es la primera vez que me sucedía esto. También pedí mucho a la Santísima Virgen, que se dignase concederme la gracia de que ninguno de vosotros tuviese el demonio en el corazón y abrigo la esperanza de que también esto me haya sido concedido; pues tengo motivos suficientes para creer que todos vosotros habéis manifestado sus conciencias. Estando, pues, ocupado en estos pensamientos y rogando al Señor me mostrara qué es lo que puede favorecer y perjudicar la salud de las almas de mis queridos jóvenes, me fui a descansar y he aquí que comencé a soñar lo que seguidamente les voy a contar».

El preámbulo del sueño —continúa Don Lemoyne— está saturado del acostumbrado sentido de humildad profunda; pero en esta ocasión termina con una afirmación de tal naturaleza, que excluye toda duda acerca del carácter sobrenatural del fenómeno.

El sueño se podría titular así: La fe, nuestro escudo y nuestra victoria.

Me pareció —comenzó diciendo [San] Juan Don Bosco— encontrarme con mis queridos jóvenes en el Oratorio. Era hacia el atardecer, ese momento en que las sombras comienzan a oscurecer el cielo. Aun se veía, pero no con mucha claridad. Yo, saliendo de los pórticos, me dirigí a la portería; pero me rodeaba un número inmenso de jóvenes, como suelen hacer vosotros, como prueba de amistad. Unos se habían acercado a saludarme, otros para comunicarme algo. Yo dirigía una palabra, ahora a uno ya a otro. Así llegué al patio muy lentamente, cuando he aquí que oigo unos lamentos prolongados y un ruido grandísimo, unido a las voces de los muchachos y a una gritería feroz que procedía de la portería. Los estudiantes, al escuchar aquel insólito

tumulto se acercaron a ver; pero bien pronto los vi huir precipitadamente en unión de los artesanos también asustados, gritando y corriendo hacia nosotros. Muchos de éstos se habían salido por la puerta que está al fondo del patio.

Pero al crecer cada vez más el griterío y los acentos de dolor y de desesperación, yo preguntaba a todos con ansiedad qué era lo que había sucedido y procuraba avanzar para prestar mi auxilio donde hubiera sido necesario. Pero los jóvenes, agrupados a mi alrededor, me lo impedían. Yo entonces les dije:

—Pero déjenme andar; permítanme que vaya a ver qué es lo que produce un espanto tal.

—No, no, por caridad, me decían todos; no siga adelante; quédese, quédese aquí; hay un monstruo que lo devorará; huya, huya con nosotros; no intente seguir adelante.

Con todo quise ver qué era lo que pasaba y deshaciéndome de los jóvenes avancé un poco por el patio de los artesanos, mientras todos los jóvenes gritaban: —

¡Mire, mire! —¿Qué hay? —¡ Mire allá al fondo !

Dirigí la vista hacia la parte indicada y vi a un monstruo que al primer golpe me pareció un león gigantesco, tan grande que no creo exista uno igual en la tierra. Lo observé atentamente; era repulsivo; tenía el aspecto de un oso, pero aun más horrible y feroz que éste. La parte de atrás no guardaba relación con los otros miembros siendo más bien pequeña; pero las extremidades anteriores, como también el cuerpo, los tenía grandísimos. Su cabeza era enorme y la boca tan desproporcionada y abierta, que parecía hecha como para devorar a la gente de un solo bocado; de ella salían dos grandes, agudos y larguísimos dientes a guisa de tajantes espadas.

Yo me retiré inmediatamente donde estaban los jóvenes, los cuales me pedían consejo ansiosamente; pero ni yo mismo me veía libre del espanto y me encontraba sin saber qué partido tomar. Con todo les dije:

—Me gustaría decirles qué es lo que tienen que hacer; pero no lo sé.

Por lo pronto concentrémonos debajo de los pórticos.

Los jóvenes se habían estrechado alrededor de mi persona. Todos los ojos estaban fijos en mí:

—[San] Juan Don Bosco: ¿qué es lo que hemos de hacer?—, me decían.

Y yo también miraba a los jóvenes, pero en silencio, no sabiendo qué hacer.

Finalmente exclamé:

—Volvámonos hacia el fondo del pórtico, hacia la imagen de la Virgen, pongámonos de rodillas, invoquémosla con más devoción que nunca, para que ella nos diga qué es lo que tenemos que hacer en estos momentos para que venga en nuestro auxilio y nos libre de este peligro. Si se trata de un animal feroz, entre todos creo que lograremos matarlo; y si es un demonio, María nos protegerá. ¡No teman! La Madre celestial se cuidará de nuestra salvación.

Entretanto el oso continuaba acercándose lentamente, casi arrastrándose por el suelo en actitud de preparar el salto para arrojarse sobre nosotros.

Nos arrodillamos y comenzamos a rezar. Pasaron unos minutos de verdadero espanto. La fiera había llegado ya tan cerca que de un salto habría caído sobre nosotros. Cuando he aquí que, no sé cómo ni cuándo nos vimos trasladados todos del lado allá de la pared encontrándonos en el comedor de los clérigos.

En el centro del mismo estaba la Virgen, que se asemejaba, no a la estatua que está bajo los pórticos o a la del mismo comedor, o a la de la cúpula o también a la que está en la iglesia. Mas, sea como fuese, el hecho es que estaba radiante de una luz vivísima que iluminaba todo el comedor, cuyas dimensiones en todo sentido habían aumentado cien veces más, apareciendo esplendoroso como un sol al mediodía. Estaba rodeada de bienaventurados y de ángeles, de forma que el salón parecía un paraíso.

Los labios de la Virgen se movían como si quisiese hablar, para

decirnos algo.

Los que estábamos en aquel refectorio éramos muchísimos. Al espanto que había invadido nuestros corazones sucedió un sentimiento de estupor. Los ojos de todos estaban fijos en la imagen, la cual con voz suavísima nos tranquilizó diciéndonos:

—No teman; tengan fe; esta es solamente una prueba a la cual les quiere someter mi Divino Hijo.

Observé entonces a los que fulgurantes de gloria hacían corona a la Santísima Virgen y reconocí a Don Alasonatti, a Don Ruffino, a un tal Miguel, hermano de las escuelas cristianas, a quien algunos de vosotros han conocido y a mi hermano José; y a otros que estuvieron en otro tiempo en el Oratorio y que pertenecieron a la Congregación y que ahora están en el Paraíso. En compañía de éstos vi también a otros que viven actualmente.

Cuando he aquí que uno de los que formaban en el cortejo de la Virgen dijo en alta voz:

—*Surgamus!*

Nosotros estábamos de pie y no entendíamos qué era lo que nos quería decir con aquella orden y nos preguntábamos:

—Pero ¿cómo *surgamus*? Si estamos todos de pie.

—*Surgamus!*—, repitió más fuerte la misma voz.

Los jóvenes, de pie y atónitos, se habían vuelto hacia mí, esperando que yo les hiciese alguna señal, sin saber entretanto qué hacer.

Yo me volví hacia el lugar de donde había salido aquella voz y dije:

—Pero ¿qué es lo que tenemos que hacer? ¿Qué quiere decir *surgamus*, si estamos todos de pie?

Y la voz me respondió con mayor fuerza:

—*Surgamus!*

Yo no conseguía explicarme este mandato que no entendía.

Entonces otro de los que estaban con la Virgen se dirigió a mí, que me había subido a una mesa para poder dominar a aquella multitud y comenzó a decir con voz robusta y bien timbrada, mientras los jóvenes escuchaban:

—Tú que eres sacerdote debes comprender qué quiere decir *surgamus*. ¿Cuando celebras la Misa no dices todos los días *sursum corda*? ¿Con esto entiendes elevarte materialmente o levantar los afectos del corazón al cielo, a Dios?

Yo inmediatamente dije a voz en cuello a los jóvenes:

—Arriba, arriba hijos, reavivemos, fortifiquemos nuestra fe, elevemos nuestros corazones a Dios, hagamos un acto de amor y de arrepentimiento; hagamos un esfuerzo de voluntad para orar con vivo fervor; confiemos en Dios. Y hecha una señal, todos se pusieron de rodillas.

Un momento después, mientras rezábamos en voz baja llenos de confianza, se dejó oír de nuevo una voz que dijo:

—*Surgite!* Y nos pusimos todos de pie y sentimos que una fuerza sobrenatural nos elevaba sensiblemente sobre la tierra y subimos, no sabría precisar cuánto, pero puedo asegurar que todos nos encontrábamos; muy alto. Tampoco sabría decir dónde descansaban nuestros pies. Recuerdo que yo estaba agarrado a la cortina o al repecho de una ventana. Los jóvenes se sujetaban, quiénes a las puertas, quiénes a las ventanas, quién se agarraba acá, quién allá; quien a unos garfios de hierro, quién a unos gruesos clavos, quién a la cornisa de la bóveda. Todos estábamos en el aire y yo me sentía maravillado de que no cayésemos al suelo.

Y he aquí que el monstruo que habíamos visto en el patio, penetra en la sala seguido de una innumerable cantidad de fieras de diversas clases, todas dispuestas al ataque. Corrían de acá para allá por el comedor, lanzaban horribles rugidos, parecían deseosas de combatir y que de un momento a

otro se habían de lanzar de un salto sobre nosotros. Pero por entonces nada intentaron. Nos miraban, levantaban el hocico y mostraban sus ojos inyectados en sangre. Nosotros lo contemplábamos todo desde arriba, y yo, muy agarradito a aquella ventana, me decía:

—Si me cayese, ¡qué horrible destrozo harían de mi persona! Mientras continuábamos en aquella extraña postura, salió una voz de la imagen de la Virgen que cantaba las palabras de San Pablo:

—*Sumite ergo scutum fidei inexpugnabile.*

Era un canto tan armonioso, tan acorde, de tan sublime melodía, que nosotros estábamos como estáticos. Se percibían todas las notas desde la más grave a la más alta y parecía como si cien voces cantasen al unísono.

Nosotros escuchábamos aquel canto de paraíso, cuando vimos partir de los flancos de la Virgen numerosos alígeros jovencitos que habían caído del cielo. Se acercaron a nosotros llevando escudos en sus manos y colocaban uno sobre el corazón de cada uno de nuestros jóvenes. Todos los escudos eran grandes, hermosos, resplandecientes. Se reflejaba en ellos la luz que procedía de la Virgen, pareciendo una cosa celestial. Cada escudo en el centro parecía de hierro, teniendo alrededor un círculo de diamantes y su borde era de oro finísimo. Este escudo representaba la fe. Cuando todos estuvimos armados, los que estaban alrededor de la Virgen entonaron un dúo y cantaron de una manera tan armoniosa, que no sabría qué palabras emplear para expresar semejante dulzura. Era cuanto se puede imaginar de más bello, de más suave, de más melodioso.

Mientras yo contemplaba aquel espectáculo y estaba absorto escuchando aquella música, me sentí estremecido por una voz potente que gritaba:

—*Ad pugnam!*

Entonces todas aquellas fieras comenzaron a agitarse furiosamente. En un momento caímos todos, quedando de pie en el suelo y he aquí que cada uno luchaba con las fieras, protegido por el escudo divino. No sabría decir si la batalla se entabló en el comedor o en el patio. El coro celestial continuaba

sus armonías. Aquellos monstruos lanzaban contra nosotros, con los vapores que salían de sus fauces, bolas de plomo, lanzas, saetas y toda suerte de proyectiles; pero aquellas armas o no llegaban hasta nosotros o daban sobre nuestros escudos rebotando hacia atrás. Pero el enemigo quería herirnos a toda costa y matarnos y reanudaba sus asaltos, pero no nos podía producir herida alguna. Todos sus golpes daban con fuerza en los escudos y los monstruos se rompían los dientes y huían. Como las olas, se sucedían aquellas masas asaltantes, pero todos hallaban la misma suerte.

Larga fue la lucha. Al fin se dejó sentir la voz de la Virgen que decía:

—*Haéc est victoria vestra, quae vincit mundum, fides vestra.*

Al oír tales palabras aquella multitud de fieras espantosas se dio a una precipitada fuga y desapareció. Nosotros quedamos libres, a salvo, victoriosos en aquella sala inmensa del refectorio, siempre iluminada por la luz viva que emanaba de la Virgen.

Entonces me fijé con toda atención en los que llevaban el escudo. Eran muchos millares. Entre otros vi a Don Alasonatti, a Don Ruffino, mi hermano José, al Hermano de las Escuelas Cristianas, los cuales habían combatido con nosotros.

Pero las miradas de todos los jóvenes no podían apartarse de la Santísima Virgen. Ella entonó un cántico de acción de gracias, que despertaba en nosotros nuevos sentimientos de alegría y nuevos éxtasis indescriptibles. No sé si en el Paraíso se puede oír algo superior.

Pero nuestra alegría se vio turbada de improviso por gritos y gemidos desgarradores mezclados con rugidos de fieras. Parecía como si nuestros jóvenes hubiesen sido asaltados por aquellos animales, que poco antes habíamos visto huir de aquel lugar. Yo quise salir fuera inmediatamente para ver lo que sucedía y prestar auxilio a mis hijos; pero no lo podía hacer porque los jóvenes estaban en la puerta por la que yo tenía que pasar y no me dejaban salir en manera alguna. Yo hacía toda clase de esfuerzos por librarme de ellos, diciéndoles:

—Pero déjenme ir en auxilio de los que gritan. Quiero ver a mis

jóvenes y si ellos sufren algún daño o están en peligro de muerte, quiero morir con ellos. Quiero ir aunque me cueste la vida.

Y escapándome de sus manos me encontré inmediatamente debajo de los pórticos. Y ¡oh, horrible espectáculo! El patio estaba cubierto de muertos, de moribundos y de heridos.

Los jóvenes, llenos de espanto, intentaban huir hacia una y otra parte perseguidos por aquellos monstruos que les clavaban los dientes en sus miembros, dejándoles cubiertos de heridas. A cada momento había jóvenes que caían y morían, lanzando los ayes más lastimeros.

Pero quien hacía la más espantosa mortandad era aquel oso que había sido el primero en aparecer en el patio de los artesanos. Con sus dientes semejantes a dos tajantes espadas, traspasaba el pecho de los jóvenes de derecha a izquierda y de izquierda a derecha y sus víctimas con las dos heridas en el corazón caían miserablemente muertas.

Yo me puse a gritar resueltamente:

—¡Animo, mis queridos jóvenes!

Muchos se refugiaron junto a mí. Pero él oso al verme corrió a mi encuentro. Yo, haciéndome el valiente, avancé algunos pasos hacia él. Entretanto algunos jóvenes de los que estaban en el refectorio y que habían vencido ya a las bestias, salieron y se unieron a mí. Aquel príncipe de los demonios se arrojó contra mí y contra ellos, pero no nos pudo herir porque estábamos defendidos por los escudos. Ni siquiera llegó a tocarnos, porque a la vista de los recién llegados, como espantado y lleno de respeto huía hacia atrás. Entonces fue cuando mirando con fijeza aquellos sus dos largos dientes en forma de espada, vi escritas dos palabras en gruesos caracteres. Sobre uno se leía: *Otium*; y sobre el otro: *Gula*.

Quedé estupefacto y me decía para mí:

—¿Es posible que en nuestra casa, donde todos están tan ocupados, donde hay tanto que hacer, que no se sabe por dónde empezar para librarnos de nuestras ocupaciones, haya quien peque de ocio? Respecto a los jóvenes, me parece que trabajan, que estudian y que en el recreo no pierden

el tiempo. Y no sabía explicarme aquello.

Pero me fue respondido:

—Y con todo, se pierden muchas medias horas.

—¿Y de la gula?, —me decía yo—. Parece que entre nosotros no se pueden cometer pecados de gula aunque uno quiera. No tenemos ocasión de faltar a la templanza. Los alimentos no son rebuscados ni tampoco las bebidas. Apenas si se proporciona lo necesario. ¿Cómo pueden darse en casa casos de intemperancia que conduzcan al infierno?

De nuevo me fue respondido:

—¡Oh, sacerdote! Tú crees que tus conocimientos sobre la moral son profundos y que tienes mucha experiencia; pero de esto no sabes nada; todo constituye para ti una novedad. ¿No sabes que se puede faltar contra la templanza incluso bebiendo inmoderadamente agua?

Yo, no contento con esto, quise que se me diese una explicación más clara y como estaba el refectorio aún iluminado por la Virgen, me dirigí lleno de tristeza al Hermano Miguel para que me aclarase mi duda.

Miguel me respondió:

—¡Ah, querido, en esto eres aún novicio! Te explicaré, pues, lo que me preguntas.

—Respecto de la gula, has de saber que se puede pecar de intemperancia, cuando incluso en la mesa se come o se bebe más de lo necesario; se puede cometer intemperancia en el dormir o cuando se hace algo relacionado con el cuerpo, que no sea necesario, que sea superfluo.

Respecto al ocio has de saber que esta palabra no indica solamente no trabajar u ocupar o no el tiempo de recreo en jugar, sino también el dejar libre la imaginación durante este tiempo para que piense en cosas peligrosas. El ocio tiene lugar también cuando en el estudio uno se entretiene en otra cosa, cuando se emplea cierto tiempo en lecturas frívolas o permaneciendo

con los brazos cruzados contemplando a los demás; dejándose vencer por la desgana y especialmente cuando en la iglesia no se reza o se siente fastidio en los actos de piedad. El ocio es el padre, el manantial, la causa de muchas malas tentaciones y de múltiples males. Tú, que eres director de estos jóvenes, debes procurar alejar de ellos estos dos pecados, procurando avivar en ellos la fe. Si llegas a conseguir de tus muchachos que sean temperantes en las pequeñas cosas que te he indicado, vencerán siempre al demonio y con esta virtud alcanzarán la humildad, la castidad y las demás virtudes. Y si ocupan el tiempo en el cumplimiento de sus deberes, no caerán jamás en la tentación del enemigo infernal y vivirán y morirán como cristianos santos.

Después de haber oído todas estas cosas, le di las gracias por una tan bella instrucción, y después, para cerciorarme de si era realidad o simple sueño todo aquello, intenté tocarle la mano; pero no lo pude conseguir. Lo intenté por segunda vez y por tercera, pero todo fue inútil: sólo tocaba el aire. Con todo yo veía a todas aquellas personas, las oía hablar, parecían vivas. Me acerqué a Don Alasonatti, a Don Ruffino, a mi hermano, pero no me fue posible tocar la mano a ninguno de ellos.

Yo estaba fuera de mí y exclamé:

—Pero ¿es cierto o no es cierto todo lo que estoy viendo? ¿Acaso no son estas personas? ¿No los he oído hablar a todos ellos?

El Hermano Miguel me respondió:

—Has de saber, puesto que lo has estudiado, que hasta que el alma no se reúna con el cuerpo, es inútil el que intentes tocarme. No se puede tocar a los simples espíritus. Sólo para que los mortales nos puedan ver debemos adoptar la forma humana. Pero cuando todos resucitemos para el Juicio, entonces tomaremos nuevamente nuestros cuerpos inmortales, espiritualizados.

Entonces quise acercarme a la Virgen que parecía tener algo que decirme. Estaba muy próximo a Ella, cuando llegó hasta mis oídos un nuevo ruido y nuevos gritos que procedían del exterior. Inmediatamente quise salir por segunda vez del comedor; pero al intentar hacerlo, me desperté.

Una vez que hubo terminado su relato ---continúa Don Lemoyne— el [Santo] añadió estas observaciones y recomendaciones:

—Sea lo que fuere de este sueño de una tan variada estructura, el hecho es que en él se explican algunas palabras de San Pablo. Pero era tal el abatimiento y la postración de fuerzas que él me produjo, que pedí al Señor no se ofreciese a mi mente nunca más un sueño semejante; pero he aquí que a la noche siguiente hube de contemplar las mismas escenas y el final que no había visto la noche precedente. Y comencé a gritar de tal manera que Don Berto, que me oyó, vino a preguntarme por la mañana la razón de mis gritos y si había pasado la noche sin dormir. Estos sueños me han causado mayor cansancio que si hubiese pasado toda la noche en vela y escribiendo.

Como ven, esto es un sueño y yo no quiero concederle importancia alguna, sino hacerle solamente el caso que se puede hacer a un sueño.

Desearía que no escribiesen a casa nada sobre esto, ni que se hablase de él aquí o allá, a fin de que los extraños al Oratorio, que nada conocen de nuestras cosas, no vayan a decir, como ya lo han dicho, que [San] Juan Don Bosco hace vivir a sus jóvenes de sueños. Esto desde luego no importa mucho; que digan lo que quieran. Que cada uno saque del sueño lo que se pueda interesar. Por ahora no les daré explicación alguna, puesto que todos lo pueden comprender fácilmente. Lo que les recomiendo muchísimo es que reaviven su fe, la cual se conserva especialmente con la templanza y con la fuga del ocio.

Sean enemigos de este y amigos de aquélla. En otra ocasión volveré a tratar este argumento, entretanto les deseo buenas noches.

LAS OVEJAS FIELES Y LAS DESERTORAS

SUEÑO 100.—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, pág. 387)

En una carta escrita por el [Santo] a Don Barberis, a la sazón Maestro de Novicios en Lanzo, le decía entre otras cosas:

Ahora quiero contarte un sueño o fábula o historia que forjó mi mente la noche de la festividad de Santa Ana.

Vi un pastor que trabajaba por alimentar, proporcionar buenos pastos y alejar el peligro de sus ovejas. Hacía un año que estaba empeñado en aquel trabajo y había sudado mucho; y estaba contento de sus fatigas porque las ovejas estaban muy gordas y bien cargadas de lana, produciéndole abundante leche.

Cuando llegó el tiempo del esquila, señaló el día e invitó a algunos amigos para hacer un poco de fiesta.

El buen pastor penetró muy temprano en el redil y se dio cuenta de que faltaban algunas ovejas. ¿Dónde han ido a parar las ovejas que faltan?, —preguntó—

Y se le respondió:

—Vino un hombre, les propuso pastos mejores y así ilusionadas se marcharon con él. Es todo lo que sabemos.

—¡Pobre de mí!, —dijo el pastor lleno de aflicción—. De aquellas ovejas por las que trabajé y derramé tantos sudores pensaba sacar un poco de lana y también un poco de queso y ahora me doy cuenta de que trabajé en vano.

Opera et impensa perit.

—No— replicaron las ovejas con un lenguaje por todos entendido, no; algunas ovejas se llevan la lana, pero nosotras te compensaremos no sólo con la nuestra, sino hasta con nuestra piel.

El pastor se sintió contento e hizo mil caricias a las ovejas que permanecieron fieles en el redil y a los pastos, sin dejarse seducir por las lisonjas.

Un buen premio a quien me dé la explicación de cuanto acabo de

exponer.

Dios les bendiga a todos y recen por quien se profesa, su afectísimo amigo en J. C., Sac. Juan Bosco.

TRABAJO Y TEMPLANZA

SUEÑO 101 .—AÑO DE 1876.

(M. B. Tomo XII, págs. 463-472)

Como clausura y recuerdo de los ejercicios espirituales de aquel año. [San] Juan Don Bosco contó un sueño simbólico, que es uno de los más instructivos de cuantos hasta entonces había tenido. Don Lemoyne tomó apuntes del mismo mientras el [Santo] hablaba; después lo puso todo por escrito y se lo dio a leer al buen padre que hizo algunas leves modificaciones.

Para mayor claridad dividiremos la narración en cuatro partes.

PRIMERA PARTE

«Dícese —comenzó el [Santo]— que no se debe hacer caso de los sueños: les aseguro que en la mayor parte de los casos también yo soy de este mismo parecer. Con todo, algunas veces, aunque no nos revelan cosas futuras, nos sirven para hacernos conocer cómo hemos de resolver asuntos intrincadísimos y la prudencia con que hemos de solventar algunas cuestiones. Entonces se les puede hacer caso, por el bien que nos proporcionan.

Deseo contarles ahora un sueño que me ocupó, se puede decir, todo el tiempo de estos ejercicios y que me tuvo agitado particularmente la noche pasada. Se los voy a contar tal y como lo tuve, resumiéndolo acá y allá un poco para no ser demasiado largo, pues me parece rico de muchas importantes enseñanzas.

Me pareció, pues, que estábamos todos reunidos y que nos dirigíamos de Lanzo a Turín. Íbamos montados en cierto vehículo, pero no sabría decirles si viajábamos en ferrocarril o en ómnibus; lo seguro es que no lo

hacíamos a pie. Al llegar a un punto del camino, no recuerdo dónde, el vehículo se detuvo. Yo descendí de él para ver qué era lo que sucedía, cuando se me presentó un personaje que no sabría describir. Me parecía de alta y de baja estatura al mismo tiempo; grueso y delgado; blanco y rojo; caminaba por la tierra y por el aire. Me sentí lleno de estupefacción, pues no sabía darme razón de todo aquello, cuando dándome ánimos a mí mismo, le pregunté:

—¿Quién eres?

Y él sin más me respondió:

—Ven.

Yo quería saber antes quién fuese, qué es lo que quería, pero el repitió:

—Ven pronto; hagamos girar los vehículos hacia este campo.

Lo más admirable era que hablaba bajo y alto al mismo tiempo y a varias voces, por lo que yo me sentía extraordinariamente maravillado.

El campo era extensísimo, aun a simple vista, y muy llano; no había en él surcos y estaba apisonado como si fuera una era. No sabiendo qué decir y viendo a aquel personaje tan resuelto, hicimos volver a los vehículos, los cuales entraron en aquel campo y después les ordenamos a todos los que iban dentro que bajasen. Todos lo hicieron en un santiamén, y he aquí que apenas echaron pie a tierra desaparecieron los carruajes sin saber donde irían a parar.

—Ya que hemos bajado, me dirás..., me dirá..., me dirás... dije yo en tono vacilante, al no saber cómo tratar a aquel personaje ¿por qué nos has hecho parar en este lugar?

Entonces me respondió:

—Por una razón muy grave; para librarnos de un grandísimo peligro.

—¿Qué peligro?

—El de un toro furioso que no deja pasar a una persona viva por el lugar en que se encuentra. *Taurus rugiens quaerens quem devoret.*

—Despacio, querido, tú atribuyes al toro lo que en la Sagrada Escritura el Apóstol San Pedro dice del león: *leo rugiens!*

—No importa,, allí era *leo rugiens* y aquí es *taurus rugiens*. El hecho es que tienes que estar alerta. Llámalos a todos que se congreguen a tu alrededor. Anúnciales con toda solemnidad y premura que estén atentos, muy atentos y que apenas sientan el mugido del toro, que es extraordinario e inmenso, que se arrojen inmediatamente al suelo y que permanezcan así boca abajo con la cara vuelta a la tierra hasta que el toro haya pasado. ¡Ay de aquel que no escuche y no siga tu consejo; y no se postre boca abajo de la manera que te he dicho! Está irremisiblemente perdido, pues se lee en las Sagradas Escrituras que quien se humilla será ensalzado y el que se ensalza será humillado: *quí se humiliat exaltabitur, et qui se exaltat humiliabitur.*

Después me añadió de nuevo:

—¡Pronto, pronto! El toro está para llegar; grita, grita fuerte que se tiren al suelo.

Yo gritaba y él me decía:

—¡Más, más! Grita aún más fuerte, más fuerte.

Yo lo hice tan fuerte que creo que asusté a Don Lemoyne que dormía en la habitación contigua a la mía; más no podía gritar.

Y he aquí que, de pronto, se siente el mugido del toro.

—¡Atención! ¡Atención! Que se pongan formando una línea recta, próximos los unos a los otros en una y otra parte dejando un pasillo en medio para que el toro pueda pasar.

Esto me gritó el personaje. Yo, a mi vez, a voz en cuello di esta orden a los jóvenes y en un abrir y cerrar de ojos todos se postraron en tierra y

nosotros comenzamos a ver al toro que desde muy lejos llegaba lleno de furor. Si bien la gran mayoría de los muchachos estaban echados en el suelo, con todo había algunos empeñados en ver al toro y no se postraban en tierra por completo; afortunadamente eran pocos.

Entonces aquel individuo me dijo:

—Ahora verás lo que les va a suceder a éstos; ya verás la suerte que les va a caber por no querer abajarse.

Yo quise avisarles gritar aun, correr adonde estaban; pero el otro se negaba; yo insistí que me dejara. Pero me contestó secamente:

—Tú también tienes que abajarte, ¡obedece!

No me había aún tirado al suelo, cuando un terrible mugido, espantoso, tremendo, se dejó sentir. El toro estaba ya próximo a nosotros. Todos temblábamos y nos preguntábamos:

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

—No teman; pegúense al suelo— les gritaba yo.

Y el desconocido continuaba diciendo en alta voz:

Qui se humiliat, exaltabitur, et qui se exaltat, humiliabitur... qui se humiliat... qui se humiliat...

Una cosa extraña que me llenó de estupor fue la siguiente: que a pesar de que yo tenía la cabeza pegada al suelo y de estar completamente con los ojos pegados al polvo, veía perfectamente todo cuanto a mi alrededor sucedía. El toro tenía siete cuernos en forma de círculo, dos los tenía situados sobre la nariz, dos en el lugar de los ojos, dos en el sitio corriente de los cuernos y uno encima. Y ¡cosa maravillosa! Dichos cuernos eran fortísimos, movibles, se los podía volver hacia donde quería, de manera que para echar por tierra a uno, al correr, no tenía que volverse de un lado o de otro, sino que bastaba con que prosiguiese adelante, sin retroceder, para abatir a quien encontraba. Los cuernos más largos eran los que tenía sobre el hocico, con

los que causaba estragos verdaderamente espantosos.

Ya estaba el animal muy cerca. Entonces el personaje comenzó gritar:

—Ahora se verá el efecto de la humildad. Y ¡oh maravilla!, en un instante todos nosotros nos vimos levantados en el aire, a una considerable altura, de modo que era imposible que el toro nos pudiese alcanzar. Los que no se habían bajado no fueron levantados. Y al llegar el toro los destrozó en un momento. Ni uno solo se salvó. Nosotros entretanto, elevados de aquella manera en el aire, teníamos miedo y decíamos:

—Si caemos desde aquí arriba sí que estamos perdidos. ¡Pobres de nosotros, entonces! ¿Qué será de nosotros?

Entretanto veíamos al toro que intentaba alcanzarnos; daba saltos terribles para darnos cornadas; pero no nos pudo hacer ningún mal.

Entonces, más furioso que nunca, hace ademán de ir en busca de algunos compañeros, como diciendo:

—Entonces nos ayudaremos los unos a los otros y formaremos una escalera...,

Y así, *habens iram magnam*, se fue.

Entonces nos encontramos nuevamente tendidos en el suelo y el personaje aquel comenzó a gritar: —Volvamos hacia el mediodía.

SEGUNDA PARTE

Y he aquí que, sin comprender cómo sucedía aquello, la escena cambió por completo delante de nosotros. Dirigiendo nuestra mirada hacia el mediodía, vimos expuesto el Santísimo Sacramento; había muchas velas encendidas en una y otra parte y ya no se veía el prado, sino que nos parecía encontrarnos en una iglesia inmensa, muy bien adornada.

Mientras estábamos todos postrados en adoración delante del Santísimo, he aquí que vinieron muchos toros furiosos, todos dotados de

cuernos horribles y espantosos. Al llegar, como todos estábamos en acto de adoración delante del Santísimo Sacramento, no nos pudieron hacer ningún mal. Nosotros entretanto habíamos comenzado a rezar la Corona en honor del Santísimo Corazón de Jesús. Poco después, no sé cómo, miramos y los toros no estaban ya. Dirigiendo nuestra vista a la parte del altar, comprobamos que las luces habían desaparecido, que el Sacramento no estaba ya expuesto; desapareció la iglesia; pero ¿dónde estábamos? Nos encontrábamos en el campo donde habíamos estado primeramente.

Vosotros comprenderéis perfectamente que el toro es el enemigo de las almas, él demonio, que siente una gran ira hacia nosotros y que busca continuamente hacernos mal. Los siete cuernos son los siete pecados capitales. Lo que nos puede librar de los cuernos de este toro, esto es, de los asaltos del demonio, del caer en los vicios, es principalmente la humildad, base y fundamento de las virtudes.

TERCERA PARTE

Nosotros entretanto, estupefactos y maravillados nos mirábamos los unos a los otros; ninguno hablaba, no sabíamos qué decir. Se esperaba que [San] Juan Don Bosco hablase o que aquel personaje dijese alguna cosa. Cuando he aquí que, tomándome aparte aquel desconocido, me dijo:

—Ven, que te voy a hacer ver el triunfo de la Congregación de San Francisco de Sales. Súbete sobre esta roca y verás.

Era una gran peña que sobresalía en medió de aquella llanura incommensurable y yo me subí a ella. ¡Oh, qué inmensidad se extendía ante mis ojos! Aquel campo que jamás habría imaginado tan vasto, me pareció que ocupase toda la tierra.

Hombres de todos los colores, vestidos de las formas más diversas, de todas las nacionalidades, estaban allí reunidos. Vi tanta gente que no sabría decir si en el mundo existe una población semejante. Comencé a observar a los primeros que se ofrecían a nuestra vista. Estaban vestidos como nosotros los italianos. Yo conocía a los de las primeras filas y había numerosísimos Salesianos que conducían como de la mano a multitud de escuadrones de

niños y de niñas. Después les seguían otros con varios grupos; y después otros muchos a los cuales no conocía y a los que no podía distinguir, formando un número indescriptible.

Hacia el mediodía aparecieron ante mis ojos, sicilianos, africanos y un pueblo integrado por un número incontable de gente desconocida para mí. Todos eran conducidos por los Salesianos, de los cuales sólo conocía a los que iban en las primeras filas.

—¡Vuélvete!—, me dijo aquel desconocido.

Y he aquí que vi ante mí a otros pueblos de gente incalculable por su número, vestida de una manera diversa que nosotros; llevaban pieles y una especie de capas que parecían de terciopelo, todas de distintos colores. Aquel personaje me hizo dirigir la mirada hacia los cuatro puntos cardinales. Entre otras cosas, hacia la parte de oriente vi una mujeres con los pies tan pequeños que apenas si podían estar de pie y que casi no podían caminar. Lo más maravilloso era que por todas partes veía Salesianos que conducían falanges y falanges de niños y de niñas y, al mismo tiempo, un concurso inmenso de pueblo. Siempre me eran conocidos los que iban en primera fila; pero a los que venían detrás los desconocía por completo, lo mismo a los misioneros. Muchas cosas no las puedo contar con todos sus pormenores porque me haría interminable.

Entonces el desconocido que me había guiado y me había aconsejado lo que tenía que hacer, tomó de nuevo la palabra y me dijo:

—Mira, observa; ahora de momento no comprenderás todo cuanto te voy a decir, pero, presta atención: todo cuanto has visto es la mies preparada para los Salesianos. ¿Has visto qué campo tan inmenso por cultivar? Pues esta extensión sin límites ante la cual te encuentras es el campo reservado a tus hijos. Los Salesianos que has visto son los operarios de esta porción de la viña del Señor. Muchos de los que trabajan en ella te son conocidos. El horizonte se dilata ante tu vista y has visto aparecer ante ti mucha gente para ti desconocida; esto quiere decir que no solamente en este siglo, sino también en el próximo y en los siglos futuros, los Salesianos continuarán trabajando en su campo. Pero ¿sabes con qué condiciones se podrá conseguir lo que has visto? Te lo voy a decir. Mira, es necesario que hagas

imprimir estas palabras que serán como su lema, como su palabra de orden, su distintivo. Nóvalo bien: El trabajo y la templanza harán florecer a la Congregación Salesiana. Harás explicar estas palabras, las repetirás continuamente, insistirás en su significado. Harás imprimir un manual que las explique y haga comprender bien que el trabajo y la templanza son la herencia que dejas a la Congregación y al mismo tiempo su gloria.

Yo le respondí:

—Lo haré de mil amores; todo esto está muy de acuerdo con el fin que nos hemos propuesto; es lo mismo que recomiendo a mis hijos día a día y siempre que se me presenta la ocasión.

—¿Estás, pues, bien persuadido de ello? ¿Me has comprendido bien? Esta es la herencia que les dejarás y di con toda claridad a ellos que mientras sepan corresponder tendrás seguidores al mediodía, al norte, al oriente y al occidente. Ahora termina los ejercicios y encáminalos a su destino. Estos serán los modelos, después vendrán los otros.

Y he aquí que aparecieron nuevamente los ómnibus para conducirnos a todos a Turín. Yo observaba atentamente y pude ver que eran unos vehículos *sui generis*, extraños a más no poder. Los nuestros comenzaron a subir a ellos; mas aquellos ómnibus no se apoyaban en ninguna parte y ya me temía que los jóvenes se cayesen de ellos y no quería dejarlos partir. Pero el guía me dijo:

—Deja, deja que marchen; no necesitan apoyo, basta con que cumplan bien aquella máxima: *Sobrii estote et vigilate*. Si se pone bien en práctica esto no hay peligro de caer aunque no estén apoyados en nada y la carroza siga su marcha.

CUARTA PARTE

Partieron, pues, y yo me quedé solo con el desconocido.

—Ven —me dijo inmediatamente—; ven, que quiero que veas lo más importante; ¡Oh! Tendrás que aprenderlo bien. ¿Ves allá aquel carro?

—Sí que lo veo.

—¿Sabes qué es?

—No lo veo bien.

—Si quieres verlo bien, acércate. ¿Ves aquel cartelón? Acércate, obsérvalo bien; sobre él aparece un emblema; esto te lo explicará todo. Yo me acerqué y vi pintado en aquel cartelón cuatro clavos muy gruesos. Entonces me volví al guía para decirle:

—Si no me lo explica, no entiendo nada.

—¿No ves esos cuatro clavos? Obsérvalos bien. Son los cuatro clavos que desgarraron y atormentaron de una forma tan cruel la persona del Divino Salvador.

—¿Y qué me quieres decir con eso?

—Son los cuatro clavos que atormentan a las Congregaciones religiosas. Si te libras de esos cuatro clavos, esto es, si procuras que tu Congregación no sea atormentada por ello, o sea, si sabes tenerlos alejados de vosotros, entonces las cosas marcharán bien y se salvarán.

—Pero, te vuelvo a decir que no sé qué es lo que significan esos clavos— repliqué.

—Si quieres tener una explicación más clara, observa detenidamente este carruaje que lleva los clavos por emblema. Mira: este vehículo tiene cuatro departamentos, cada uno de los cuales corresponde a un clavo.

—¿Y qué significan los departamentos?

—Observa el primero.

Observé y leí sobre el cartel: *Quorum Deus venter est.*

—¡Oh! Ahora comienzo a comprender algo.

Entonces el desconocido me respondió:

—Este es el primer clavo que atormenta y arruina a las Congregaciones religiosas. Hará también grandes estragos entre vosotros, si no estás atento. Combate contra él y verás cómo todas tus cosas proceden bien. Ahora pasemos al segundo departamento; lee la inscripción correspondiente al segundo clavo: *Quaerunt quae sua sunt, non quae Jesu Christi*. Estos son los que buscan las propias comodidades, su bienestar, y trabajan en ventaja propia o de sus parientes, sin buscar el bien de la Congregación que es el que forma parte de la porción de Jesucristo. Presta, pues, atención; aleja de ti este flagelo y verás prosperar a tu Congregación.

Tercer departamento: Observé la inscripción del tercer clavo y era la siguiente: *Aspidis lingua eorum*.

—Clavo fatal para las Congregaciones son los murmuradores, los chismosos; los que siempre están criticando con razón o sin ella.

Cuarto departamento: *Cubiculum otiositatis*.

—A esta porción pertenecen los ociosos, muy numerosos por cierto. Cuando en una Congregación comienza a introducirse el ocio, la comunidad queda completamente arruinada; en cambio, mientras abunda el trabajo, no existe peligro alguno de ruina. Ahora observa otra cosa que podrás ver en este carruaje y de la que muchísimas veces no se hace caso y que yo quiero que consideres con especial atención. ¿Ves aquel escondrijo que no forma parte de ningún departamento, pero que afecta a todos? Diríamos que es como un medio departamento o apartado.

—Sí que lo veo; pero no hay en él más que hojarasca, unos matojos altos y alguna hierba toda enmarañada.

—Bien, bien: esto es lo que quería que observaras.

—¿Y qué puedo deducir de todo esto?

—Observa la inscripción que aparece medio escondida.

Me fijé bien y leí: *Latet anguis in herba*.

—¿Y qué quiere decir esto?

—Mira, hay ciertos individuos que están escondidos, que no hablan, que jamás abren el corazón a los superiores, que rumian sus secretos en sus corazones, mucha atención: *latet anguis in herba*. Los tales son verdaderos flagelos, verdadera peste para las Congregaciones. Los malos, si se les tiene al descubierto pueden ser corregidos, pero si están escondidos no, porque no nos damos cuenta del mal que hacen y de cómo se multiplica el veneno en sus corazones y cuando se les descubre apenas si hay ya tiempo para remediar el mal que han ocasionado. Apréndete, pues, bien las cosas que has de tener alejadas de la Congregación, no olvides cuanto has oído, ordena que se expliquen estas cosas y que sean largamente comentadas. Si lo haces así, puedes estar tranquilo sobre el porvenir de tu Congregación, que las cosas prosperaran de día en día.

Entonces le pedí a aquel personaje que para no olvidar nada de cuanto me había dicho me dejase un poco de tiempo para poder escribir.

—Si quieres escribirlo —me dijo—, inténtalo; pero me temo que te falte el tiempo. Presta mucha atención.

Mientras me decía estas cosas y yo me disponía a escribir, me pareció oír un rumor confuso, una agitación a mi alrededor. El suelo firme de aquel campo parecía moverse. Entonces yo dirigí la vista a mi alrededor para comprobar si había alguna novedad y vi que los jóvenes que habían partido poco antes volvían de todas partes hacia mí llenos de espanto; e inmediatamente después percibí el mugido del toro y vi al mismo toro que los perseguía. Al aparecer el animal fue tal mi terror que al verlo me desperté.

Les he referido este sueño antes de separarnos porque estoy bien persuadido de que sería una excelente conclusión de ejercicios el que nosotros permaneciéramos fieles a nuestro lema: Trabajo y templanza; y que procurásemos evitar a todo trance los cuatro clavos que causan las ruinas de las Congregaciones: El vicio de la gula, el buscar las propias comodidades,

entregarse a las murmuraciones y al ocio, a lo que habría que añadir que cada uno se muestre siempre abierto, claro, sincero con los propios superiores. De esta manera proporcionaremos un gran bien a nuestras almas y al mismo tiempo podremos salvar aquellas otras que la Divina Providencia confíe a nuestros cuidados.

[San] Juan Don Bosco había anunciado —escribe Don Lemoyne— y prometido en el curso de la narración que explicaría mejor el último punto referente a la templanza contando una especie de apéndice o complementó del sueño; pero después, al pasar a la segunda parte de su relato, se olvidó de hacerlo. Al despertarse, como dijo, impresionado por la súbita y nueva aparición de la fiera, sintió deseos de conocer alguna cosa más y logró su deseo apenas se quedó otra vez dormido.

Lo que vio entonces lo contó más tarde a los clérigos. Don Berto, que estaba presente, lo escribió y se lo mandó a Don Lemoyne, el cual le dio publicidad.

Estaba deseoso de conocer los efectos de la templanza —dijo [San] Juan Don Bosco— y de la intemperancia y con este pensamiento me fui a dormir; pero he aquí que apenas me quedo dormido apareció de nuevo nuestro personaje invitándome a seguirlo y a ver los efectos de la templanza. Me condujo, pues, a un amenísimo jardín, lleno de delicias y de flores de todo género y especie. En él observé una gran cantidad de rosas, las más espléndidas, símbolo de la caridad: jazmines, claveles, lirios, violetas, siemprevivas, girasoles y un sinnúmero de flores representando cada una virtud. ■, —Ahora, presta atención— me dijo el guía.

Y desapareció el jardín y sentí un fuerte ruido.

—¿Qué sucede? ¿De dónde viene ese ruido?

—Vuélvete y observa.

Me volví, y ¡oh espectáculo inaudito!, vi un carro de forma cuadrada tirado por un cerdo y por un sapo de enorme tamaño.

—Acércate y mira dentro.

Me adelanté para examinar el contenido del carro. Estaba lleno hasta rebosar de los animales más asquerosos: cuervos, serpientes, escorpiones, basiliscos, babosas, murciélagos, cocodrilos, salamandras. Yo no pude soportar aquel espectáculo y mientras, horrorizado, volví la mirada, por el mal olor que despedían todos aquellos bichos asquerosísimos, sentí como un estremecimiento y me desperté, percibiendo aún durante un buen espacio de tiempo aquel mismo hedor; y mi imaginación estaba aún tan turbada por cuanto había visto, que pareciéndome que todavía tenía delante de los ojos aquellas alimañas, no pude descansar en toda la noche.

>>Sigue Parte III>>

PARA ABRIR EL ENLACE: CTRL + CLIC

PARTE I: SUEÑOS 1>49

<http://iteadjmj.com/LIBROSW/sjb1.doc>

PARTE III: SUEÑOS 102>153

<http://iteadjmj.com/LIBROSW/sjb3.doc>

INDICE DE SUEÑOS DE SAN JUAN BOSCO

<http://iteadjmj.com/LIBROSW/indicesjb.doc>

MATERIAS DE SUEÑOS DE SAN JUAN BOSCO

<http://iteadjmj.com/LIBROSW/materiassjb.doc>